GUERRA DEL PACÍFICO



PRÓLOGO

I

Con el título de *Episodios de la Guerra del Pacífico,* doy á luz una serie de cuadros sobre los motivos generatrices de la trascendental evolución histórica que la guerra de conquista de los años 1879 hasta 1881, realizó, modificando la geografía política del continente sud-americano.

No son más que esbozos ó bocetos á toscas pinceladas, sin correlación ó secuela narrativa ni engarce cronológico, aunque como exposición de hechos, seguramente exactos, imbíbita lleven en sí la revelación del estado psicológico, político social, de cada una de las naciones que militaron en la contienda.

Vedado me hube, desde que concebí la idea de dibujarlos, la por demás ímproba tarea de historiar razonada y filosóficamente la guerra americana.

No todos pueden seguir á Tácito, en el escarpado sendero por donde ascendió su genio.

Escribir la historia de la guerra de esos pueblos, en época en que hierven ensoberbecidas é intransigentes las pasiones, que el espíritu nacional ardiente y vivaz lucha con las emulaciones de un vidrioso y suspicaz patriotismo, es, si no imposible, por lo menos poco verosímil.

La ecuanímica imparcialidad, la rectitud absoluta del criterio y serena inteligencia, condiciones intrínsecas del análisis, juicio y fallo

en los hechos, no son condiciones que lícito sea suponer posean los coetáneos y hasta infatuados actores en el éxito y la fortuna, ó contrariados con los reveses sufridos.

La historia no inventa ni improvisa; reproduce con fidelidad y exactitud. Es el espejo en cuya límpida superficie se copian las imágenes sin la menor alteración. No extrae los elementos de su trama entre los reclamos y captaciones que el espíritu de nacionalidad impone.

La independencia y libertad del historiador está en directa relación á la distancia en que se coloca: así como no le es dado posesionarse de un medio ambiente ó atmósfera impregnada aún en la pólvora de las batallas.

Los hombres que se encuadran en los grandes acontecimientos de la historia, han de contemplarse á la distancia; talmente como las elevadas montañas en cuya lontananza se borran las grietas y profundas arrugas de sus accidentadas superficies.

Sólo pasado el tiempo, sucedidas las generaciones, se depuran los errores de la narración histórica y las hiperbólicas apreciaciones que con intencional enaltecimiento arrancan del marco las figuras reales para ajustarlas á otro afiligranado, idealizadas por la sensual vanidad de concupiscente patriotismo.

La biografía invariablemente apologética, la loa épica y ensalzamiento sistemático, apagan el eco de la severa crítica y de la auténtica exposición.

« Cuando uno se ha impuesto el deber de decir la verdad sobre « los acontecimientos de la historia, — dice Mr. A. Thiers, — no ha « de desfigurarlos por debilidad y condescendencia ó alterarlos ú « omitirlos por pasión y negligencia, ni mentir á sabiendas ó no, á « su siglo y á los venideros ».

« La historia no nos dice: Hay una ficción; sino: Soy la verdad ».

« Si un padre queriendo instruir á sus hijos, los reuniese y les « dijese: Voy á contaros lo que mi abuelo y mi padre hicieron y « lo que yo he hecho para hacer la fortuna de nuestra familia; voy « á contaros sus buenas acciones, sus faltas, sus errores, en fin, « todo, para ilustraros y preveniros á imitarlos y poneros en el « camino de la dicha y el honor, ¿comprenderéis que este padre, á « quien se escucha con religioso silencio, trastorne sus relaciones,

« las altere intencionalmente, dando á sus hijos ideas falsas sobre « negocios, penas y placeres de la vida? »

« La historia representa al padre instruyendo á sus hijos; y después « de esta definición ¿será posible figurárnosla vana, exagerada « y disfrazada y declamatoria? Yo tolero todo en las artes, pero la « menor pretensión por parte de la historia me enfada. En la his- « toria todo ha de ser, la composición, el drama, el estilo, verda- « dero, sencillo y sobrio. Por consiguiente, en todos los géneros « del talento, el que mejor conviene á la historia para conser- « var tan preciosas cualidades, es aquel profundamente inteligente « que ve las cosas como son, con exactitud, y quiere expresarlas « como las ha visto ». — (*Historia del Consulado y el Imperio,* « Prólogo).

Es por tal concepto que no he querido incurrir en el clásico defecto de los historiadores contemporáneos de esta guerra.

Los chilenos, peruanos, bolivianos y hasta los extranjeros asimilados, á quienes una dilatada residencia en el territorio donde tienen cordial hospedaje, inspiran profundas simpatías y vínculos de incondicional afecto, adulteran la verdad, glosando los hechos de tal manera, que no se acomodan ni al mismo escenario donde se desarrollaron.

Así, Vicuña Mackenna trata de ostentar independencia en el relato, y la pasión le sojuzga, é incurre en lamentables inexactitudes, dejando que el error y la impostura se substituyan á la virtud y al heroísmo.

Barros Arana no es leal, ni en la exposición ni en la crítica. Sus páginas son alumbramientos de pueril vanidad, imputables á las hazañas del ejército y marina, que según sus propias expresiones, sobrepujan á las de todos los hombres en los siglos de la historia universal.

« El encuentro del 21 de Mayo es, — dice otro chileno, — el más heroico combate naval que registre la historia ».

No puede, tampoco, prestarse fe al escritor peruano, ni al boliviano, enajenada la integridad respectiva en las exageraciones chilenas, en relaciones apócrifas ó desfiguración preconcebida de hechos, rozando por el demérito de sus contrarios el amor propio nacional, hasta lastimarle hondamente por los calificativos de pro-

pio engrandecimiento, y de cuya antítesis surge la denigración contraria.

Así, pues, según mi juicio, lícito es á los contemporáneos dar sus personales impresiones, pero abstenerse de comentarios para los que se carece de fidelidad. « Es condición esencial del historiador, « que no se le sienta ni se le perciba. Desde el momento que se le « siente y se conoce que no tiene otro objeto que manifestar las « cosas, ya es defectuoso ».

« La primera condición es extinguir en el alma las pasiones. »

« Como quiera que nadie puede jactarse de tener la balanza de la justicia en la mano sin que el fiel se mantenga más ó menos inclinado por el platillo de las especiales simpatías, preciso es alejarlas de la naturaleza del autor. La justicia es la balanza de Dios en manos del hombre : — debe tenerla firme y segura para usar de ese atributo divino ».

Ahora bien : en boca del conquistador y en la época en que la conquista es un crimen, la historia es un anacronismo. ¿ Cómo puede el filósofo y el estadista olvidar los principios del derecho humano, á cuya luz resplandecen los hechos que éstos defienden y sostienen, caracterizándoles moral y socialmente? El que escribe glorificando á los enemigos de la civilización y de las doctrinas progresistas y humanitarias, incurre en el peligro de matar una idea por medio de una consigna. Se engaña hasta el punto de introducir en la historia como elemento de fuerza, la inmensa debilidad del crimen.

Así, pues, me he emancipado de los narradores interesados, en la descripción de las batallas y de los dramas suscitados, y consiguientemente en el juicio de sus hombres, procurando acercarme á la verdad, como casi testigo unas veces de las funciones de armas, ó con datos del mejor origen, conociendo el pensamiento, propósitos y resoluciones adoptados por cada gobierno y sus combinaciones, encontrándome, por excepcional posición, en el secreto de los acuerdos de los beligerantes.

Que la crítica filosófica y moral de este acontecimiento, el derecho y la justicia, y la censura ó absolución, los fulmine la historia cuando pronuncie su sapientísimo veredicto.

Los motivos de la guerra se destacan con todos sus contornos y

lineamientos, en claro y nítido lienzo. Estúdiese la política de Chile desde la emancipación de América; los trabajos de su diplomacia, su sistema de gobierno, la fisonomía psicológica de sus hombres conspicuos, y se tendrá la razón de sus principios internacionales y de su constitución.

Hay, entre tanto, mucho que aplaudir y hasta respetar en el espíritu del pueblo chileno; es: su energía, valor, abnegación hasta el sacrificio, patriotismo hasta el martirio.

Chile, para el chileno es más que el hogar amado; es el cielo de sus complacencias y de sus ideales y el orgullo de sus excelsas tradiciones.

La patria le embriaga y exalta hasta el delirio. El ¡viva Chile! en su boca es el grito de consuelo en sus tribulaciones y dolores, de entusiasmo en el peligro y de alegría en sus victorias.

Si el Perú y Bolivia hubiéranse sentido animados de ese fanatismo patrio; si sepultado hubieran sus funestas discordias, dominando sus revoluciones y evitando el despilfarro de sus más preciosos elementos en armas y soldados, por luchas intestinas provocadas, no obstante la guerra extranjera, Chile no habría cosechado laureles en todas las batallas. Más de uno de los brazos de sus guerreros tronchado habría caído al golpe del hacha de sus rivales y contrarios.

La guerra del Pacífico contiene grandes enseñanzas para los pueblos inapercibidos que miran con desdeñosa indiferencia crecer y levantarse erguidas las ambiciones dominadoras de vecinos arrogantes é inquietos, que buscan su engrandecimiento sin escrúpulos y sin virtud: — *si vis pacem para bellum.*

La honra y la integridad de las naciones está vinculada á su patriotismo y á su dignidad.

GUERRA DEL PACÍFICO

EPISODIOS

ANTOFAGASTA

I

A poco tiempo de emancipados de la Corona de España los Estados sud-americanos, comenzó el pleito de sus límites y fronteras.

Fluir hacía, cada cual, sus derechos de movedizos jalones; pues que los alzados, demarcando la jurisdicción colonial, retirados habían sido de continuo. Los Virreyes, Capitanes Generales, y Adelantados, intérpretes de la Real voluntad y de su soberanía, los alteraban ó confundían á su albedrío.

Debió sensatamente adoptarse como el génesis de las soberanías inmanentes territoriales el *uti possidetis* del año X, época en la que se proclamó la independencia del Nuevo Mundo; pero aquellas naciones á las que cupo la peor suerte en la distribución de la patria heredad, no conformes con el reparto, acudieron á los documentos emanados de Reales Cédulas, cartas ó declaraciones provenientes de la misma *Sede metropolitana* en los juicios suscitados con motivo de tales diferencias.—De ahí, pues, la perpetua contienda entre las Repúblicas del Continente.

II

Encerrada la de Chile en una faja de tierra, dentro de la cordillera de los Andes y el Océano Pacifico, no hubo de resignarse con tan mezquina herencia y trató de ensanchar sus fronteras hacia Atacama, por uno de sus vientos, y el Estrecho de Magallanes, por el otro; ensayando el sistema de las reclamaciones diplomáticas.

Así, pues, cuando la mano del explorador experto desgarró la mortaja de arena en que se envolvía el desolado desierto de Atacama y surgieron á la superficie las inagotables cobaderas, los salitres y fosfatos, tan preciosos como los placeres auríferos; y la industria metió sus brazos en esos tesoros, cuando la azada y la comba del minero rompieron la epidermis de piedra de los rojos y azulados cerros, haciendo reventar sus entrañas en argentífero rosicler, ya Chile había hundido *la diplomática garra* en el debate con Bolivia, esforzándose en demostrar con acopio de documentos de origen colonial, sus títulos á grados geográficos más avanzados que aquellos que cubrir debían legítimamente su territorio.

III

El descubrimiento de la región argentífera en el denominado punto de Caracoles, enardeció el debate hasta temerse un rompimiento, conjurado tiempo después por un tratado del que fueron signatarios: el doctor Mariano Baptista, Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia, y el distinguido diplomático chileno doctor Carlos Walker Martínez.

Tampoco eran cordiales en el fondo, aunque afectasen formas de irreprochable corrección, las relaciones del Perú y Chile.

No podía perdonar este último al Perú la expropiación decretada por su presidente Manuel Pardo, de los yacimientos salitreros de Tarapacá y su estanco, explotados como habían sido hasta entonces, sin competencia, por caudales de su nación.

Las pérdidas debidas al desvío de esa fuente de riqueza é indus-

tria que representaba toda la prosperidad y renta de su comercio, le hirió hondamente, viéndose sin mercado para su inteligente actividad desalojada del teatro en que actuaba con tan fecundo y proficuo suceso.

Tras ese golpe, Chile disponíase á hacer sentir el peso de su fuerza sobre las dos repúblicas y mandó construir buques y rellenó sus arsenales. El Perú, á su vez, aumentó su marina, y se hizo dueño de elementos poderosos, pero que no podían servirle tanto como á Chile, en un conflicto internacional; porque Chile gozaba de paz interior inalterable, mientras que el Perú, sacudido por intestinas convulsiones, gastaba y hasta perdía tan caros medios de poder en su funesto servicio.



MANUEL PARDO

La amenaza de Chile suspendida sobre los destinos de Bolivia y el Perú, debía naturalmente allegar á las dos naciones y ligarlas, como en efecto las ligó en pacto secreto de alianza defensiva.

Se firmó el tratado de límites con Chile y firmó Bolivia la alianza con el Perú.

He ahí cómo ambas repúblicas formaron esa confederación secreta, previendo la guerra á que serían provocadas en plazo más ó menos remoto y una y otra alternativamente ó las dos á la vez.

El mismo tratado chileno-boliviano no tardaría en proporcionar á Chile el pretexto deseado; porque estipulada la comunidad

de zonas, la colisión había de producirse, por mucha prudencia que observara el débil contra el fuerte, realizándose también en esta ocasión la fábula del *Lobo y el Cordero.*

IV

Sobrevino el calculado desacuerdo, con motivo de un impuesto de origen privado que se obligó voluntariamente pagar á Bolivia, la Compañía anónima explotadora de las salinas del Toco, que más tarde se dijo chilena, para alegar la violación del tratado. La Compañía mencionada no era propietaria del terreno, sino que tenía derecho sólo á su explotación.

Bolivia sostenía que ese impuesto emanaba de acto de posesión inherente á su soberanía y que, ejerciendo esa inalienable é imprescriptible facultad, no había violado cláusula alguna del convenio vigente porque la de la referencia prescribía la liberación de impuestos, pero nunca las condiciones con las que permitía explotar sus territorios, á cuyo orden pertenecía el discutido.

En esa estación del debate y cuando nada anunciaba ni su acrimonia ni su recrudescencia, el 14 de Febrero de 1879, el barco blindado «Blanco Encalada», de la armada de Chile, dió fondo en la bahía de Antofagasta, desembarcó tropas de su ejército y ocupó militarmente la ciudad boliviana arriando su bandera é izando en señal de soberanía su pabellón de guerra.

La guarnición y autoridades de Bolivia recibieron intimación perentoria y apremiante de desocupar el patrio suelo, so pena de ser expulsados por la fuerza; y como no pudieran resistir á la arrogante intimación hubieron de retirarse al interior.

Así cambió de nacionalidad el litoral boliviano.

El derecho de la fuerza hizo su aparición en la América latina, proclamado por aquella nación que en el exergo de su moneda circulante y en su mismo escudo de armas usara ya el lema sarcástico de: « Por la razón ó la fuerza. »

V

La contribución de 10 centavos á la que se hubo referido la ley de 14 de Febrero, no era un impuesto de los que se comprendían en el artículo 4.° del tratado de 1874, sino un gravamen compensativo de una cesión temporal de territorio salitrero á una compañía anónima que con autorización del gobierno de Bolivia se formó para explotarlo. El artículo 4.° del tratado disponía: « la liberación de impuestos á las « personas, industrias y capitales chilenos »; pero no á sociedades que, según las leyes de Bolivia, debían ser consideradas bolivianas y que, además, siendo sus acciones títulos al portador, no podían presumirse en manos chilenas solamente hasta que no fueran presentadas y se recogieran del comercio.



SANTAMARÍA
Ministro de Gobierno y R. Exteriores de Chile

El manifiesto de 18 de Febrero de 1879, circulado por el Ministro de Relaciones Exteriores de Chile á las naciones amigas, dando la razón que había tenido para romper con Bolivia, decía: « El 12 del presente mes, S. E. el Presidente de la República ordenó que fuerzas nacionales se trasladaran á las costas « del desierto de Atacama, para *reivindicar* y ocupar en nombre « de Chile los territorios que poseía antes de ajustar con Bolivia « los tratados de límites de 1866 y 1874. »

El contra-manifiesto del Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia, de 1.° de Marzo, decía, á su vez: « Los acontecimientos « harto trascendentales y de creciente importancia para el Conti- « nente Americano, que vienen sucediéndose con marcados carac- « teres de violencia y escándalo desde el 14 de Febrero último, « me ponen en la penosa necesidad de dirigirme á V. E. para ma- « nifestarle la injusticia y ultrajante audacia con que el Gobierno « de Chile ocupó á mano armada la parte del litoral boliviano « comprendido entre los grados 23 y 24 de latitud austral, ha- « ciendo presa de las importantes poblaciones de Antofagasta, Me- « jillones y Caracoles, tres fuentes de riqueza por sus productos « naturales de salitres, guano, metales de plata y de cobre y otras « muchas sustancias. » — Concluye: — « La agresión de Chile en « plena paz, sin previa declaración de guerra, ni otro trámite, « pendientes aún las negociaciones entabladas en esta ciudad (La « Paz) por el señor Encargado de Negocios del Gobierno Chi- « leno, no ha podido menos que sorprender á mi Gobierno y to- « marle plenamente desprevenido. »

El texto en lo principal del decreto expedido por el Presidente de Bolivia, con motivo de la ocupación chilena de territorio boliviano, es el siguiente:

« Considerando: Que el Gobierno de Chile ha invadido de hecho « el territorio nacional, sin observar las reglas del derecho de « gentes, ni las prácticas de los pueblos civilizados, expulsando « violentamente á las autoridades y nacionales residentes en el « Departamento de Cobija: Que el Gobierno de Bolivia se en- « cuentra en el deber de dictar las medidas enérgicas que la situa- « ción exige, sin apartarse, no obstante, de los principios que « consagra el derecho público de las Naciones. — Decreto: Ar- « tículo 1.° Queda cortado todo comercio y comunicaciones con la « República de Chile, mientras dure la guerra que ha promovido « á Bolivia. Artículo 2.° Los chilenos residentes en territorio bo- « liviano serán obligados á desocuparlo en el término de diez días « contados desde la notificación. »

Las cláusulas relativas al *casus fœderis* del tratado de alianza celebrado el año de 1873 entre el Perú y Bolivia son:

« Artículo 1.° Las Altas Partes contratantes se unen y ligan para

« garantizar mutuamente su independencia, su soberanía y la inte-
« gridad de sus territorios respectivos, obligándose en los términos
« del presente *tratado,* á defenderse contra toda agresión exterior,
« bien sea de otro ú otros estados independientes ó de fuerzas sin
« bandera que no obedezcan á ningún poder constituído. »

« Art. 2.º La alianza será efectiva para conservar los derechos
« expresados en el artículo anterior y en los casos de ofensa, que
« consistan :—1.º En actos dirigidos á privar á alguna de las *Altas*
« *Partes* contratantes de una porción de su territorio con ánimo
« de apropiarse su dominio ó de cederlo á otra potencia :—2.º En
« actos dirigidos á someter á cualquiera de las *Altas Partes* con-
« tratantes á protectorado, venta ó cesión de territorio, ó estable-
« cer sobre ella cualquiera superioridad, derecho ó preeminencia
« que menoscabe ú ofenda el ejercicio amplio y completo de su
« soberanía é independencia. »

« Art. 3.º Reconociendo ambas partes contratantes que todo
« acto legítimo de alianza se basa en la justicia, se establece para
« cada una de ellas, respectivamente, el derecho de decidir si la
« ofensa recibida por la otra está comprendida entre las designa-
« das en el artículo anterior. »

« Art. 8.º Las *Altas Partes* contratantes se obligan también :—
« 1.º A emplear con preferencia, siempre que sea posible, todos
« los medios conciliatorios para evitar un rompimiento ó para ter-
« minar la guerra, aunque el rompimiento haya tenido lugar, repu-
« tando entre ellos, como el más efectivo, el arbitraje de una ter-
« cera potencia. »

CALAMA

I

El desierto de Atacama se extiende á orillas del Océano Pacífico y se dilata hasta morir al pie de la Cordillera de los Andes.

La sábana inmensa atraviesa esas tristísimas soledades por quebradas secas y profundas que arrastran en sus madres sombrías, en vez de las aguas vivificadoras, las llamaradas de fuego de un calor que se materializa hasta casi hacerse tangible.

Las montañas bañadas por el sol, reverberan como focos de luz de intensas proyecciones.

El viento sopla y el huracán solloza, levantando columnas de arena, cuyos pedruscos y polvos caen en lluvia de sólidas moléculas.

Las tempestades sin relámpagos y sin rayos, son más espantosas que las que truenan y vibran en los espacios cargados de electricidad, porque remedan el odio hipócrita y dolor sordo sin gemidos ni lágrimas.

Una mar de arena se agita sobre mudas ondas que se escurren solapada y alevosamente. La luz del día se eclipsa en pleno meridiano, y caen las sombras negras de noche tenebrosa. Los astros lívidos ceden al vértigo de la naturaleza y huyen despavoridos, temiendo ser alcanzados en su rota por el furor de la tormenta.

El único elemento que se enseñorea del páramo, es el viento: ora impetuoso, ora desencadenado en furiosos huracanes que se

convierten en trombas que revientan con mayor fragor que los rayos y truenos de las tempestades en otras latitudes.

Las altas montañas se cubren con la nieve que en forma de blancas plumas desciende errante y flota sin peso hasta asentarse pausadamente á sus faldas, pero sin tocar el médano maldito.

II

En medio de la misma calma del desierto, la impresión del viajero es abrumadora.

La bestia que le conduce sobre el ancho y robusto lomo, hunde con fatiga y timidez, en cada paso que adelanta, el ferrado casco sobre el movedizo lecho é inclina la cabeza y muerde el freno apagando las orejas con dolorosa resignación. Dilátanse sus ojos y ensánchanse sus fauces jadeantes de sed.

La insolación y la fiebre afligen al viajero que siente, entretanto, hervir en sus venas la sangre, como si las irradiaciones de una hoguera caldearan su carne y sus huesos. Sus sienes golpean y su corazón late hasta lastimar el pecho que le contiene.

Pero, he ahí que de repente, á la situación de congoja suprema de cuerpo y espíritu, sucede la promesa llena de consuelos é inefable alivio.

Allí... muy distante... muy distante, en el arco que describe el zenit y donde parece apoyarse la bóveda del firmamento, divisan, hombre y bestia, resplandeciente llanura de vegetación y cristalinas corrientes que la mojan con sus frías aguas.

La bestia, con ese instinto de conservación que es la máxima ley de la naturaleza impuesta á todos los seres, saluda su próximo descanso con alegres y sonoros rebuznos ó agudos relinchos. Y el hombre siente que la fuerza le vuelve y se calma su angustia.

No son los mirajes seductores de engañoso espejismo que pueblan los aires temblorosos con las imágenes y paisajes que finge la fantasía enferma y que la mirada confirma en acto de visión imaginativa: es la realidad que toma de la mano al viajero para conducirlo hasta sus huertos y bajo atmósfera de aire oxigenado

y nitroso, que en sus emanaciones acuosas penetra en sus fibras, en sus venas, en sus arterias y en sus miembros, vivificándole con reacciones deliciosas.

III

Calama, como un oasis, ostenta en amplios paños de tierra cubiertos de trébol y cebada, sus huertos, sus cabañas tapizadas de musgo y líquenes, sus chilcas como palmas y las espadañas de sus arroyos como cintas atornasoladas que enlazan los apretados tallos y los murmurantes manantiales que brotan entre marcos de menuda yerba y silvestres flores, respaldando las festivas enredaderas y vistosas plantas de sus blancas y risueñas casas.

Calama era, antes del descubrimiento de las minas de Caracoles y fundación del puerto de Antofagasta, el centro del tráfico mercantil del interior de Bolivia, en la región del Sud, y cuando Cobija era único puerto boliviano.

Grandes recuas de mulas invernaban en los salitrosos pastizales, para conducir las mercaderías importadas de Chile á Potosí, Chuquisaca y Tarija.

Después, la decadencia de Cobija hizo cesar casi del todo el comercio por Calama.

IV

Fué allí donde en éxodo doloroso é irritante exilio, se detuvo la columna militar cual judíos extrañados de su patrio suelo.

Después de tres días de marcha fatigosa, llegó sombría y resuelta, con la esperanza de vengarse del despojo de que había sido su territorio víctima á título *irrito de conquista.*

Pensaban los bolivianos proscriptos, que sus enemigos no verían coronada su obra ni satisfecha su codicia si no se apoderaban de Caracoles, emporio de riquezas, y los demás pueblos aquende el

paso de Ascotán de la cordillera andina y las ricas cercanías de Lípez, línea anticlinal ó *divortia aquarum* entre el desierto y la altiplanicie boliviana.

V

A poco la ocupación chilena del Litoral se extendió hacia Caracoles, Chiuchíu, Atacama y amenazó Calama, donde las autoridades arrojadas de Antofagasta resolvieron resistir á los conquistadores, aunque sucumbieran al número y á la fuerza. Era su ánimo sellar con sangre, en su último baluarte, la protesta contra la usurpación y la conquista.

Al brillar el sol de uno de los días serenos del mes de Marzo, que la niebla mostraba disipando y rasgando las gasas de nácar y oro que cubrían el horizonte, dibujáronse sobre los blancos lienzos de la llanura, las sombras de jinetes y peatones numerosos, al propio tiempo que el penetrante eco del clarín llegaba confundido con las cajas y pífanos de las tropas : — era el cuerpo de los « Cazadores del desierto. »

Dirigíanse resueltamente al pueblo, que tomaron sin obstáculo, porque la pequeña fuerza boliviana, organizada por el doctor Ladislao Cabrera, habíase emboscado en las chilcas, hacia el camino de Santa Bárbara y que protege la retirada en dirección de Ascotán.

El punto no podía ser mejor elegido. La yerba subía á mucha altura y era tan tupida, que antes de ser descubierto el que se aposta entre sus hojas y tallos protectrices, ha podido impunemente matar y aun hacerse invisible por mucho tiempo, produciendo un daño espantoso, aunque llegara á sucumbir después de los estragos causados.

Los invasores acudieron al punto de la emboscada.

Una mortal descarga hizo terrible carnicería en el pelotón de la avanzada chilena que retrocedió en desorden poco satisfactorio para el principio de la acción, que fiando en su número iba como va el cazador en cinegética aventura, satisfecho y con

toda seguridad sobre la pieza á cuyo ojeo enviara jaurías amaestradas.

Repitióse la descarga y en seguida se hizo el fuego graneado, atinando recién los asaltadores á dispersarse y protegerse en los matorrales y los accidentes del boscaje, poco ha risueño y plácido con sus sonoras corrientes y su seno de esmeraldas, cambiado de pronto en un volcán de centellas y rayos, como si la planta del soldado extranjero herido hubiera la pila voltaica del territorio profanado cargada al máximum de electricidad y determinado su poderosa explosión.



Doctor LADISLAO CABRERA

Al fin, sin embargo, el número se sobrepuso al valor y el heroísmo fué supeditado por la fuerza.

Los araucanos adueñáronse del boscaje y la pequeña columna boliviana diezmada, sucumbía matando un número mucho mayor que el de sus combatientes; logrando ponerse á salvo el Doctor Cabrera, el Teniente Coronel Carrasco y otros pocos jefes protagonistas del lance de inaudito esfuerzo contra un enemigo de indisputable bravura y de indomable constancia y serenidad.

No debe cerrarse esta página sangrienta de la toma de Calama, sin recordar el nombre del mancebo atacameño que, como un león, erizada la bermeja melena, echando fuego por los ojos, se enderezó en su agonía, ensangrentado é imponente, fulminando con infatiga-

ble diestra la muerte á los enemigos que le ciñeron en un cinturón de fuego, intimándole rendición, seducidos por su temerario arrojo.

Los testigos de esta hazaña pronuncian su nombre con entusiasmo.

Bolivia le debe una estatua que perpetúe su memoria en el bronce, ostentando ante las generaciones la altiva figura del adolescente mártir cuyo nombre hasta ese momento oscuro como el del negro Faluchò, héroe del Castillo del Sol, es: — Calazanes.

VI

El hecho de armas de Calama no le hacen figurar los historiadores de la guerra con toda la importancia que le da el prestigio del valor y energía desplegada por el reducidísimo número de vecinos que se unieron á la escasa guarnición desalojada de Antofagasta y que se retiró á Calama, bajo las órdenes de las autoridades militares y políticas del litoral boliviano. Los historiadores ó narradores de la guerra de las tres repúblicas pasan sin detenerse, y apenas mencionan muy brevemente el combate de Calama.

Si cualquier choque, por insignificante que sea, ha merecido los honores del encomio y de especialísimos comentarios y descripciones estimulatorias y hasta discernimientos de calificativos honrosos á los contendientes, no se explica cómo una función de armas tan heroica y notable, haya pasado poco menos que inapercibida ó solamente glorificada y aplaudida por algunos de los escritores bolivianos, entre los que debe citarse á don Joaquín Lemoine, en su hermosa biografía del General Eleodoro Camacho.

Bien podía abrirse una página brillante en la historia de la guerra, consagrada á la refriega, si no se le quiere dar el nombre de combate, por las escasas fuerzas que jugaron en la lucha, siendo muy superiores en número y armamento las chilenas.

Los bolivianos á las órdenes del doctor Ladislao Cabrera y el Teniente Coronel Rufino Carrasco, jefe de la guarnición militar, no pasaban de ciento cincuenta hombres. Los chilenos tenían la

legión « Cazadores del Desierto », cuerpo en su mayor parte formado de jóvenes comerciantes, mineros y vecinos chilenos de Caracoles y Antofagasta; perfectamente equipados y dotados de armas magníficas, contando con un efectivo de más de trescientas plazas, fuera de los individuos que los acompañaban y que si no pertenecían á la legión la reforzaron en los momentos del peligro y el combate.

« Los Cazadores del Desierto », especie de franco-tiradores, tenían una disciplina y organización severas, aunque virtualmente no formaran parte del ejército de línea, por la calidad de las personas que constituían el cuerpo. El esfuerzo de la escasa falange boliviana, al afrontarlo, es un acto de temeridad que debe ser preferentemente mencionado como manifestación de valor buscando en el martirio la honra de la patria y el lustre ineclipsable de su bandera. La desproporción misma engrandece el sacrificio.

A ese hecho de armas se le ha dado un nombre especial que he olvidado, porque me ha parecido más propio el de Calama, en cuyo ejido tuvo lugar el encuentro y sangrienta brega.

COSTUMBRES DE LIMA

PLAZA DE ACHO

I

Conserva la ciudad de los virreyes ciertas costumbres coloniales, á más de las europeas de moderna importación, haciendo gracia de las de índole puramente americana.

Lima, antigua metrópoli del Pacífico, ha tenido por dilatados años el cetro de la civilización y la opulencia de todo el continente sud-americano, manteniendo su orgullo nobiliario y las tradiciones aristocráticas, sin olvidar aquellos espectáculos oriundos de la España monárquica, en los que, sin embargo, la Corte, sin rozarse con el pueblo, participaba de sus impresiones y de sus ruidosos entretenimientos.

Se señalan especialmente entre estas costumbres, las procesiones de los santos y de las vírgenes de innúmeras advocaciones; las fiestas de la cuaresma y semana santa; verbenas y aguinaldos de navidad; los paseos á los Amancaes, Piedra Lisa y la Portada de las maravillas; las carnestolendas y los toros de los ganados bravíos de Bujama y la Cieneguilla en la Plaza de Acho; recuerdos de aquellos tiempos de la chupa, la capa, la espada y la saya y manto, costumbres que no han logrado arrancar del pueblo, ni los *espíritus fuertes,* con el cáustico racionalismo filosófico y que se han connaturalizado con el esclarecido linaje de las elevadas

clases sociales, aunque las hubiera broceado, después, la mezcla de los favoritos de la riqueza y aventureros de la fortuna.

Lima es, por excelencia, la ciudad española de la América latina.

II

La capital del virreinato del Perú, como una diosa coronada de estrellas y envuelta en gasas de oro, se recuesta majestuosa en los esmaltados ribazos de la cordillera, bañándose en las linfas del Rimac, bajo un cielo de puro tisú y al estruendo de las inquietas olas de la mar brava. Brisas tíbias bríndanle los efluvios de sus inmarcesibles vergeles y bálsamos saludables emanados de una naturaleza exhuberante y lujuriosa en fecundación continua de una lascivia y sensualidad inexplicable, enardeciendo los sentidos y precipitando las pulsaciones del corazón.

Jamás el helado soplo del invierno hubo marchitado las plantas de sus risueños pensiles, ni el verano agitó sus alas de fuego abrasando los capullos de las perfumadas flores sorprendidas en sus castísimos cálices.

La vegetación y las flores rebosan incienso y savia á favor de las emanaciones vivíficas de su continua y próvida generación.

III

Pasaron esos tiempos y hoy la limeña no cubre el embelesador palmito ya con la leve espumilla del negro manto; y la bordada manila de colores abigarrados no dibuja su artística y escultural cintura. El rostro como un pedazo de cielo que se ostenta limpio y despejado, hace brillar en la ebúrnea faz de azucenas y jazmines los luceros de sus ojos, más refulgentes que la estrella de la mañana.

No han perdido ni en gracia ni en espiritualidad, y la tapada de los tiempos de antaño se conserva en toda su espléndida lozanía

y pristino donaire, con todos sus atractivos y chispeante imaginación bajo el manto de la China.

Se la ve seguir la procesión solemne de Santa Rosa ó de la virgen de Mercedes, quemando pastillas olorosas en pebeteros de oro y bracerillos de filigrana de plata, y su sonrisa resplandece en una cara picaresca en la que se retrata, sino el pecado, su irresistible tentación. Tiene el aspecto y las alas del ángel, y todas las fruiciones de la sensual voluptuosidad y los éxtasis de la pasión más intensa y de los placeres inefables del amor. Sale del templo, y el paseo fulgura como cuando asoma el sol en la mañana, y las penas y las agitaciones de la vida se disipan como las sombras de la noche.

La limeña es la Eva de ese tentador paraiso que hace olvidar al bíblico, para acordarse sólo de que el amor es la ley ineludible del universo y que no hay nada más fuerte que su dominio en la tierra.

IV

Pero vuelvo á las costumbres de la secular ciudad fundada por Pizarro.

Cerca del « Prado de los Descalzos » y atravesando el « Puente de Piedra » hecho construir por uno de los primeros virreyes sobre el bullicioso Rimac, en una extensa avenida de altísimos y robustos álamos y sauces de Castilla, se alza una plaza en forma de anfiteatro, construída toda ella de cal y ladrillo y cubierto el piso de menuda arena. En sus sólidos flancos levántanse palcos cerrados con anchas ventanas y una gradería de madera que va á descansar en una espaciosa vereda debajo de la que se abren las claraboyas de palcos ocultos con vista despejada hacia la plaza: — tal es la « Plaza de Acho. »

Apenas llegué á Lima, quise presenciar el famoso espectáculo.

Me encaminé, en efecto, en un día de gran corrida, á aquel novedoso palenque.

La sorpresa fué para mí aumentando por grados hasta llegar

á la admiración. Estudiaba en esa numerosa concurrencia todos los fenómenos de los recuerdos pretéritos. Y mi ilusión era tan grande, que creía al penetrar en la plaza, descubrir en el palco de gala, al Virrey con el manto de púrpura, la corona en la frente y la espada en el cinto, rodeado de sus innumerables cortesanos.

Una porción de pequeñas mesas en el patio anterior á la plaza contenían viandas de preferencia y platos de buen paladar que solicita el público en tales diversiones.

Los huevos duros, entre pimientos bermejos de incitante olor; el pescado crudo y acidulado con limón y naranja agria, que tiene el nombre de *ceviche;* el aguardiente en botellas de cristal y la chicha de maíz, ese licor de los indígenas heredado por los criollos; la porción de banderillas de todos matices adornando los turrones y los bizcochos; y alrededor de todos los manjares, mulatas y cuarteronas vestidas con sus vistosas ropas de cristianar, comiendo con los dedos y recibiendo el obsequioso tributo de mulatos y cholos emperifollados y vestidos con galanura y elegancia. Hablando todos á la vez y con esa algarabia aturdidora, entre carcajadas de risa que suenan francas y alegres, predisponiendo el espíritu á la placidez y al olvido de toda mala impresión.

De repente suena una caja y un clarín que anuncian el principio de la función. Varios cohetes rompen el aire y la gente se apresura á tomar posición en el lugar del espectáculo. Reina el silencio que precede á las grandes emociones.

Cuatro capeadores, cabalgando en hermosos bridones que tiemblan de impaciencia, penetran en la arena del circo, envueltos en ámplias capas rojas, tomando gradual colocación.

El caballo que ocupa el primer término parece que presiente á la fiera; alza las orejas, dilata espantada la mirada, ensancha las narices y pisotea nervioso y alternativamente con las manos y las patas.

El jinete, con la rienda corta y apretada en sus ijares sudorosos las rodillas, le alienta con la voz y acaricia la erizada crin con la mano y toma la capa y espera.

El feroz cornúpeto se presenta y rápido como un rayo embiste al jinete; el caballo gira y describe un semicírculo de línea vertiginosa, rozando con su anca palpitante las puntas de los afilados

cuernos del novillo que, burlado en sus sangrientos antojos, se detiene con espanto y sorpresa, para volver á cargar de nuevo y experimentar igual desengaño. Y esas suertes se repiten con los cuatro toreadores. El toro jadeante y echando espuma por la boca y fuego de los ojos, escarba frenético con sus pezuñas de acero el suelo y brama de coraje.

Muy luego cambia la escena.

Una cuadrilla de chulos vestidos de calzón corto con fajas de seda y chaquetas franjeadas de alamares y borlas de oro, con una larga coleta por peinado y una capa en el brazo avanza en la arena, se distribuye, llama al toro, lo acosa y es perseguida cubriéndose en las barreras. Tan pronto saltan los chulos como giran en torno del *bicho*, auxiliándose en el peligro hasta que el clarín anuncia al *banderillero* que ha llegado el momento de su riesgosa prueba.

Se destaca gentil y apuesto de la comitiva, llevando empuñados los *reiletes* adornados con cintas multicolores; contempla un momento desdeñosamente la fiera y se precipita rápida y osadamente sobre ella, yendo á estrellarse en el erizado morro, punto de apoyo sobre el que gira con un movimiento veloz como un relámpago hacia el costado por donde se lanza ciega la bestia, clavándole á dos manos las banderillas que le muerden como culebras y le hacen prorrumpir en un bufido de dolor que tiene toda la amargura del sollozo. Al mismo tiempo la plaza estalla en un grito de entusiasmo, oyéndose por mucho tiempo resonar el palmoteo de la inmensa concurrencia.

El eco del clarín llama en seguida al *espada* que con el acero y una *muletilla* se presenta; y sin hacer caso al *bicho*, se dirige al palco de la autoridad ofertándole el toro que va á inmolar, con palabras expresivas, de un tecnicismo gárrulo y pintoresco.

Se encamina sin vacilar hacia donde está el cornúpeto *empacado*, y en compañía de toda la cuadrilla que le sigue como su escolta, lo trastea en varios *pases de bandola*, hasta que le coloca á satisfacción, y entonces se lanza sobre él para darle muerte *á volapié*, deslizando la espada hacia el corazón de la fiera y tratando de preservarse de degollarla; ó la espera *á pie firme* y la mata recibiendo la embestida y hundiéndole el flamígero acero que como

un rayo la arroja de rodillas á las plantas de su terrible adversario. Cae en la arena entre borbollones de negra sangre, despidiéndose de la vida con un ténue mugido de dolor y una contracción muscular que sacude el enorme y rudo cuerpo.

A la sazón se presenta un hombre vestido pintorescamente, cuyo nombre de *puntillero* ó *cachetero* indica su oficio; pues con un puñal ó un pequeño estoque abrevia la agonía del novillo cuando yace moribundo á la vista de los espectadores.

En ese mismo momento se abre el portón del circo ó redondel, y seis mancebos montados en briosos brutos, enjaezados con pieles y grandes plumeros en la frente de los corceles, arrastran una plataforma con ruedas donde se coloca el cuerpo inanimado de la víctima que la arrastran á escape.

Una breve pausa sobreviene.

Rompe el espacio el ruido de los cohetes. Aparecen los capeadores de á caballo y se reproduce la escena anteriormente descripta, sin que por eso merme el interés y la emoción que agita el espíritu de los espectadores. Unico espectáculo, tal vez, en que la sensibilidad no se gasta ni se embotan las impresiones que á cada momento se renuevan más intensas y más profundas. La primera vez que presencié ese espectáculo, un continuo crispamiento de nervios y una zozobra inexplicable me dominaban dolorosamente.

La vista del peligro de los hombres y la fiereza de la bestia indómita y la sangre vertida en nuestra presencia, son otros tantos motivos de malestar y desagrado; pero después, cuando llegó á interesarme la lucha de la fiera, el valor consciente del hombre y la inteligencia que le constituyen rey de la creación, el espectáculo me ha parecido digno de la virilidad y ánimo masculino que conjura la muerte con la serenidad, y no la teme debido á su destreza y valentía.

No encuentro, hoy por hoy, razón á esos declamadores plañideros y sentimentalistas, que con aspecto hipócrita condenan las corridas de toros como funciones salvajes y aplauden á los pequeños acróbatas y niños funámbulos á quienes desarticula y descoyunta la codiciosa mano del especulador saltimbaqui que los trepa en la maroma, les hace dar vueltas en el aire y los lanza en el trapecio, haciéndoles correr el peligro de una muerte desastrosa ó causán-

doles enfermedades que los llevan al hospital donde concluyen sus días en la miseria.

Las mujeres y los niños deben ser alejados de todo peligro que les quite el prestigio y el respeto que infunde su propia debilidad.

El torero es un hombre adiestrado en la lidia, y casi nunca cae rendido por la fiera, á la que domina; la muerte de un mónstruo no solicita lágrimas ni inspira lástima y compasión.

V

La digresión me obliga á volver al tema. — Estoy en la plaza de Acho, y no saldré de ella sin pasar breve revista á sus concurrentes.

Los palcos altos los ocupa la aristocracia, que en ese día da tregua á su ceremoniosa etiqueta y engulle *cebiche* y come *turrón* semejante á cualquier ganapán, usando, como los demás prójimos, de los dedos y de las manos, y bebe chicha de *maní* y *de cora*.

Las gradas las ocupa el pueblo soberano, en todas sus categorías, desde el menestral y artesano, al comerciante, abogado, médico y hasta el *mataperro* y *maricón*, tipos propios de Lima, que hacen una perspectiva pintoresca de trajes y colores, comiendo rigurosamente con los dedos y bebiendo á más y mejor y sin reparo alguno licores de toda clase, que se venden pregonados con especial entonación y diversos motes. *El doctor Panchito*, se denomina al aguardiente; *el veterano*, á la chicha alcoholizada; *bálsamo de Juvencio,* á las mistelas, y la *señorita* á un ponche compuesto de limonada, agua de piña y aguardiente.

En los palcos *ocultos* están y reinan sin rival las *chuchumecas,* especie de *manolas,* con todo su desgaire y desenfado, sin hacer excepción de su gracia y la originalidad de sus chispeantes ocurrencias; las *horizontales* de tupé y gracejo; las *chuquizas*, mulatas hermosas y záfias y desvergonzadas que beben alcohol y fuman cigarros puros, insultan y acarician á los toreros y son capaces de enderezar el puño contra el lucero del alba.

Cada clase de estas mujeres y sus obligados acompañantes de *toda la escala social,* hace su campamento el día de la corrida de

toros en el palco *oculto,* donde se entrega á toda clase de desórdenes y licencias.

Terminada la corrida es de ver cómo se derrama la concurrencia en las avenidas y calles de la ciudad, así á pie como en los mil carruajes que recorren los parques y se asemejan á una nube de mariposas que de pronto hubieran invadido el prado.

VI

La costumbre de las corridas de toros en Lima, está encarnada de tal manera en el pueblo, que sería muy difícil desarraigarla y hacerla desaparecer. En ese día se dan cita todas las clases sociales para divertirse sin recelo y con entera confianza y libertad.

En la plaza de Acho es donde el observador hace su agosto y espiga los tipos sociales de la original y simpática capital del Perú y antiguamente del virreynato más opulento de España en América.

LIMA

I

Impresionó vivamente á toda la América la ocupación militar de Antofagasta, efectuada por Chile, sin previa intimación ni precedente diplomático que diera á conocer los motivos de acto tan insólito.

Obtemperar deben las naciones en sus leyes á los preceptos del derecho.

No les es dado proceder *ex-abrupto,* ni asaltarse é invadirse sin las declaraciones de estilo.

Han de discutirse antes los motivos de sus reclamos en la región serena de los principios y las doctrinas, y á la luz de la justicia que rige los destinos de los hombres y de los pueblos.

Cuando agotádose hubiera la discusión de cancillería y el pueblo reclamante sintiera vulnerados sus derechos, llegaría recién el *casus belli*, cuya comunicación anticipada cumple hacer á los amigos, notificando á la vez *el ultimátum* á la nación adversaria.

Se observa esta práctica rigurosa é invariablemente entre los países y estados celosos de cumplir las leyes que vinculan las relaciones mantenidas entre sí. Esa práctica consulta la igualdad, equilibrio y autonomía de cada estado, sea superior ó inferior en poderío.

Es en virtud del respeto que se deben y á que están sujetos y obligados, que existen las pequeñas nacionalidades dentro de los grandes pueblos, sin que la criminal tentación absorcionista roce ni lastime su independencia.

Chile prescindió en absoluto de tales prácticas prescriptas por las leyes, costumbres y formalidades diplomáticas.

Se apoderó del litoral de Bolivia, abatió su bandera é izó el pendón del conquistador, adueñándose, no sólo de los grados geográficos disputados, sino de los que reconoció oficialmente como propiedad indiscutible de la República fundada por Bolívar.

Inapercibida Bolivia, contra la agresión, inerme y descansando en la confianza que inspira el respeto por los principios y leyes internacionales, no pudo contestar con las armas y resistir al cauteloso asalto. Empezó por armarse para acudir á los campos de batalla, compelida á la guerra por el hecho inaudito de fuerza, enviando, además, su representante al Perú, para reclamar el cumplimiento y ejecución del tratado.

El gobierno del Perú, entre tanto, no creyó agotados completamente los recursos conciliatorios, capaces de solucionar el conflicto satisfactoria y dignamente; y envió á Chile una misión extraordinaria de mediación, encomendada al distinguido diplomático Lavalle, de harto encarecida sagacidad en su patria y fuera de ella.

A pesar de los esfuerzos del diplomático peruano, fracasó la mediación, aun antes de ser discutida oficialmente, porque no se creyó en su sinceridad, y se pensó que era un ardid de carácter dilatorio y para holgarse en los preparativos que necesitaban realizar, puesto que á raíz de las negociaciones que se pretendía incoar, dice que hubo descubierto el Gobierno de la Moneda la existencia del tratado de la alianza.

Deshauciado el plenipotenciario peruano, debía lógicamente esperarse la resolución única, correspondiente á tan decisiva actitud: — la declaración de guerra al Perú.

Instado antes, sin embargo, el gobierno peruano, desde el primer momento de la invasión del territorio boliviano, por la prensa y el pueblo de toda la República, y en especial por el de Lima, á la anticipada declaración, no se atrevió á afrontar la responsabilidad de acto tan grave, ni á desalentar tampoco las exigencias y clamores del patriotismo lastimado.

Mostrábanse los espíritus impacientes, irritados pero indecisos, cuando la arrogante declaración y el reto de Chile llegó al palacio de los Virreyes, resonando en plazas, calles, cuarteles, universida-

des y en todos y cada uno de los hogares de la metrópoli peruana, y en toda la República, á la que el telégrafo anunció ese mismo día el acontecimiento.

Lima se estremeció de coraje ante el sangriento desafío.

Todos sus habitantes, sin distinción de rangos, sexos, edades y condiciones, recogieron el guante, y se lanzaron á las calles, aclamando la guerra, y pidiéndola entre vítores estruendosos al Perú y anatemas á Chile.



General PRADO
Presidente del Perú

El encorvado viejo de rugoso rostro y guedejas plateadas; el audaz adolescente, la doncella, la matrona y la hembra bravía, el mulato y la chuchumeca, inflamaban la sangre con sus exhortaciones fervientes, haciendo penetrar el fuego del entusiasmo hasta la médula de los huesos.

Organizáronse instantáneamente manifestaciones contra Chile, en grupos imponentes, con estandartes y bandas de música.

Llegó una muy numerosa al palacio de gobierno, pidiendo escuchar la palabra del primer magistrado de la República.

El General Prado se presentó conmovido, y con esa palidez de la impresión intensa que recoge la sangre en la fuente de donde mana, para circular más aceleradamente, sea que se precipite en oleadas, estimulada por las pasiones, sea que corra entre los relámpagos de la electricidad que se desprende de las más íntimas sensaciones.

El Presidente, con acento viril y voz clara, dijo las solas palabras:
—« Compatriotas: Chile quiere la guerra, á la que no le hemos « provocado: sea. La tendrá, pero sangrienta, terrible y sin cuartel. « Os lo juro. »

Otra manifestación se encaminó á la Legación de Bolivia, en cuyos balcones la esperaban sus ministros Zoilo Flores y el enviado especial con motivo de la guerra declarada á Bolivia, Serapio Reyes Ortiz, acompañados de numerosos compatriotas y peruanos.

Un joven de la universidad, porta-estandarte entre los manifestantes, dirigió la palabra.

Tendió el brazo hacia la masa de gente que encumbraba la calle, y en elocuentes frases expresó lo solemne del espectáculo que ofrecía un pueblo dispuesto al sacrificio. La significación del hecho y los sentimientos elevados que inspira la reunión de ciudadanos estimulados por el amor á la patria, dispuestos á derramar hasta la última gota de su sangre en defensa del suelo amado, del hogar bendito, *alma mater* del hombre y noble resumen de todos sus afectos, pasiones y sentimientos.

La concurrencia aclamó al orador imberbe; — otros muchos le sucedieron, y los aplausos atronaban los aires. Las calles se ostentaban plenas, y casi no se podía circular. Por momentos aumentaba el gentío, que ya no escuchaba los discursos, y sólo vitoreaba.

De la Legación de Bolivia se dirigió á la de la Argentina.

Estalló en sus puertas una de las más ruidosas manifestaciones espontáneamente populares de que hasta entonces se hiciera memoria.

Los prolongados vivas al pueblo de Mayo resonaron como proferidos por un solo eco que se dilataba en las ondas de la atmósfera, caldeándola con las palpitaciones de los corazones agitados por la exaltación del amor nacional.

Esos diez mil aclamantes estaban animados de un solo y mismo sentimiento: la patria.

El Doctor José Evaristo Uriburu, Ministro Argentino en el Perú y Bolivia, estaba en ese momento ausente de la Legación; era fuerza que el Secretario lo reemplazara en el honor de agradecer la prueba de especial simpatía que involucraba el acto, y así lo hizo.

A poco llegó el Ministro: recibió á los manifestantes en los salo-

nes de la Legación, recomenzando las protestas de cordialidad calurosa, y pronunciándose discursos entusiastas.

Distinguióse por el sobrio y culto lenguaje y la discreción severa de sus conceptos, el diplomático integérrimo: «que diciéndose « testigo del movimiento patriótico operado en momentos tan so- « lemnes, felicitaba al pueblo de Lima, moderado, y tranquilo y « celoso de su hònra, como correspondía á un pueblo lleno de he- « roicas y gloriosas tradiciones.»

El crepúsculo, con sus reflejos de luces matizadas y fugitivos celajes que se apagan paulatinamente en las sombras de la noche, puso término á las manifestaciones, aunque á la luz de las estrellas, los grupos y los oradores continuaran infatigables agitando la población en los paseos y en las plazas.

Las campanas de cien campanarios echadas á vuelo, llenaban los aires con sus sonoros y vibrantes ecos.

Tal fué el efecto producido en Lima con ocasión de la declaratoria de guerra lanzada tan altivamente por la República de Chile al Perú.

II

Desde ese momento, y rotos los vínculos de aparente confraternidad entre chilenos y peruanos, empezaron esas hostilidades bárbaras que de tan expresiva manera han revelado el encono y emulación, incubadas por las nacionalidades americanas, no obstante ser de raza, origen é idioma semejantes, y que formar debían una sola familia, si el que juzga á esos pueblos se atiene á las relaciones íntimas con que juntas nacieron á la vida de la libertad y la independencia.

Lavalle recibía en Chile, poco antes de esto, la siguiente nota:

« La manifestación hecha en estos últimos días al ministro chi- « leno en Lima por el gobierno de V. E. de que no podía decla- « rarse neutral en nuestra contienda con Bolivia, por tener un « pacto de alianza defensiva que V. E. me negó en la conferencia « habida el 31 del pasado, ha hecho comprender á mi gobierno

« que es imposible mantener relaciones amistosas con el Perú.
« Ateniéndome á la respuesta que V. E. me dió en la primera con-
« ferencia que tuvimos el 11 de Marzo último, contestando á la
« interrogación que le hice sobre si existía ó no pacto y en la que
« V. E. me aseguró que no tenía conocimiento de él, que creía que
« no existía... mi gobierno ve que el de V. E., reservando el pacto
« á V. E. y á este gobierno, se ha colocado en una situación pro-
« fundamente irregular.

« Mi gobierno se ha sorprendido al saber que el Perú proyec-
« tase y suscribiese ese pacto en los momentos en que manifestaba
« hacia Chile sentimientos de cordial amistad.

« A ese acto misterioso y en el que se pactó la reserva más ab-
« soluta, el Gobierno de Chile, contesta con elevada franqueza que
« declara rotas las relaciones con el Gobierno del Perú y lo consi-
« dera beligerante.»

El mismo día 3 de Abril el plenipotenciario de Chile en Lima, don Joaquín Godoy, declaraba la guerra al Perú y pedía sus pasaportes en los términos siguientes:

« Al estallar el conflicto que sin provocación del gobierno del
« infrascripto, y bien á pesar suyo, ha interrumpido las relaciones
« amistosas que ligaban á Chile con Bolivia, y colocado á las dos
« naciones en estado de guerra, la armonía más perfecta existía
« entre Chile y el Perú... En tal situación, natural era esperar
« que la causa de Chile en el conflicto aludido, causa á cuyo lado
« militan la razón y la justicia, la civilizazión y la buena fe, hubiese
« encontrado en el pueblo y en el gobierno del Perú nobles adhe-
« siones y ardientes simpatías... Imposible es, por tanto, expresar
« el sentimiento de asombro y de sorpresa con que el gobierno de
« Chile y la Nación entera han tomado nota de la actitud asumida
« por el Perú... Ninguna precaución ha sido bastante para ocultar
« por más tiempo la existencia del tratado secreto de alianza que
« en 1873 celebraron Bolivia y el Perú. Según ese pacto, ajustado
« cuando Chile descansaba en la confianza de que una profunda
« paz reinaba en sus relaciones con este país, con Bolivia y con
« todas las naciones, el Perú quedó formalmente obligado á cons-
« tituirse, dado el conflicto hoy existente, en enemigo de Chile, y
« á comprometer en su daño, sus naves, sus ejércitos y sus teso-

« ros. No solo existe ese compromiso, consignado en el pacto
« secreto de 1873. El gobierno del infrascripto es sabedor de que
« el de V. E. ha empezado á darle cumplimiento, suministrando
« directa, aunque ocultamente, al de Bolivia, armas y municiones
« de guerra.

« Profundamente ofendido Chile por la actitud del Perú, revela-
« da en estos hechos concretos, pudo desconocer, desde luego, el
« carácter neutral que pretende conservar esta nación y tratarla
« como enemiga... No ignora V. E. que el infrascripto tuvo el pe-
« sar de saber que no obtendría del gobierno peruano declaración
« de neutralidad que le fué pedida, en el de haber dado por funda-
« mento de su negativa la existencia concertada con uno de los
« beligerantes, en el de haber suministrado á este auxilios directos
« de armas y municiones, y en la actitud bélica que revelan des-
« pués de estos antecedentes, los activos aprestos que el infrascrito
« mencionó en su citado despacho de 17 de Marzo, y que han con-
« tinuado y continuan con inusitada solicitud; todo esto hace ver
« que no es compatible con la dignidad de Chile, el mantenimiento
« de esta legación... Declara por tanto el infrascripto terminada
« su misión de paz... (Firmado) —*Joaquín Godoy*. »

ANÍBAL PINTO

El Presidente de Chile es altamente reputado por sus dotes de carácter, su ilustración y competencia en el manejo de la cosa pública y la administración nacional. Diplomático sereno y sagaz político, le cupo en suerte ser quien rompiera bruscamente las relaciones mantenidas con el Perú y Bolivia é introducir en el derecho internacional sud-americano, el de conquista y la ley bárbara de la fuerza por sobre la fuerza del derecho.



ANÍBAL PINTO
Presidente de la República de Chile

Nada habría sido, y hasta un timbre excelso de gloria para su gobierno, si procediendo con estricta sujeción á los inmutables y eternos principios de justicia, hubiera pretendido reivindicar derechos conculcados ó destruir antagonismos perturbadores de la integridad, el progreso y la paz de su nación, dando origen á conflictos de mor-

tificante índole y depresivas de la dignidad de un pueblo celoso de su honor y tradiciones envanecedoras por un patriótico heroísmo, si las discusiones ardientes ocasionadas á susceptibilidades intransigentes, no hubieran podido concluir con el avenimiento impuesto sin esfuerzo por el país más poderoso; pero que la impaciencia y arrogancia, más que eso, el apresuramiento sin pretexto y sin motivo, llevara hasta el extremo de apoderarse de territorrios que *Tratados solemnes* declaraban de propiedad de la Nación despojada, es algo de inusitado en la historia de los pueblos civilizados y regidos por leyes y principios que enaltecen sus instituciones, reconociendo el derecho que corresponde, así al individuo en sus relaciones sociales, como á los pueblos y sus relaciones internacionales; honrando al débil por lo mismo que no representa más fuerza que aquella que hace imbíbita en el hecho de incorporarse á la humanidad de que forma parte, y honrando á las naciones, no en razón de su poder y elementos de agresión y resistencia sino por el deber y respeto á su autonomía y libertades inajenables é imprescriptibles.

Bolivia no podía detener la marcha triunfal de la arrogante é infatuada política de Chile, cediendo á sus exigencias de superioridad vanidosa, hasta donde era lícito, sin menoscabo de su dignidad, no alquitarada en susceptibilidades antojadizas, y de suspicaz calificación; sino más bien, pasando por sobre todo acto de altanería innoble la calma y dejando dibujada en la tela de la justicia la razón de la honra de un pueblo y su estimación internacional. El derecho es á la fuerza lo que la virtud á la maldad é hipocresía. El patriotismo que no se inspira en la ley, deshonra la nación que toma para sí por acción arbitraria lo que no le pertenece y con el despojo cubre la desnudez de su estructura moral.

Bolivia no podía, ni hacía política exterior. Ni los hombres que la gobernaban, se habían propuesto vencer las estrechísimas líneas de sus ambiciones, sin penetrar en los antecedentes que se hubieran relacionado con las cuestiones hábil y lealmente sostenidas por diplomáticos de verdadero fuste, triunfando siempre en el terreno de la propiedad litigada. Pero Chile, por lo mismo que se encontraba encajada en un pequeñísimo territorio como en el lecho de Procusto, trató de romperlo y saltar de esa especie

de sepulcro de bronce á la arena de las usurpaciones y la conquista.

Bolivia, pues, gobernada por Daza, titulado presidente constitucional, pero dictador y déspota sin rendirse á sistema administrativo alguno; sin propósitos definidos, ni aún siquiera aceptando un plan preconcebido, aunque él determinara la desarticulación republicana y democrática para convertir el gobierno en un dominio ó esclavocracia militar, no pudo dar pretesto alguno serio al célebre rompimiento doloso de que lo hizo víctima apoderándose de un litoral desguarnecido y sin custodia, porque descansaba en la fe del respeto internacional que reconocen las naciones civilizadas, las que antes de ir á los campos de batalla en apoyo del derecho que les asiste, fundan la energía de sus reclamos y la justicia tratando de conservar íntegra su soberanía indiscutida é indiscutible.

Hace uso de todo su poder y fuerza cuando se agotan las cuestiones de cancillería.

Dominada,—vuelvo á repetir,—la República boliviana por Daza y entronizada la canalla advenediza que le rodeaba apoyándola incondicionalmente, no se había establecido sistema alguno en rodear al país de ese respeto que cubre su autonomía territorial.—Era una permanente orgía y desfrenada dilapidación de los caudales públicos.—Perseguidos y desterrados todos los ciudadanos honrados de cualquier filiación social que no fuera la de la camaradería del soldado sanguinario, no se preocupaba nadie en aquellos aquelarres ó danzas macabras de infames ebrios y favoritas escandalizadoras por su cinismo y desvergüenza, haciendo caso omiso de intereses tan graves como los internacionales pendientes.—Bolivia consideraba á Chile tan distante de cualquier rozamiento ó pretensiones sobre sus territorios y sus propiedades de gran valía, pero que no las apreciaban, sino declamatoriamente sin tratar de explotarlas, como si la República limítrofe, ambiciosa y sin escrúpulos, estuviera á tanta distancia como el Japón ó la China; se habrían visto y se habrían tenido por locos los hombres públicos que hubieran proferido voces de alarma anunciando hostilidad alguna, pero aun ni siquiera la más leve alteración en las relaciones de ambos países, pues que se creía platónica, y tesis únicamente de gimnasia diplomática la ley votada por el Congreso de Bolivia, gravando la

extracción del salitre:—tema puramente universitario y de texto ó torneo doctrinal, sin trascendencia en el debate de cancillería y cuyas consecuencias, planteadas é impuestas por la nación mejor preparada y más fuerte, tenían que dominar de seguro incruentamente hallándose fórmulas conciliatorias de acomodamiento que hubiéranse encontrado de acuerdo con la honra de la República sacrificada.

Chile, pues, se apoderó del litoral de Bolivia por un golpe de mano.—Y un Presidente, uno de los hombres más justos y honrados, fué empujado por la opinión de su país á consumar el mayor de los atentados que se han cometido en América, proclamando la ley de la conquista en países republicanos y democráticos.

El Presidente de Chile pertenece á la categoría de esos hombres silenciosos y modestos que concentran en sí las fuerzas que otros desperdician por vanidad; que preparan el camino por donde todos deben ir:—hombres desinteresados que sólo piden á la política la satisfacción de su buen obrar.

Talento profundo, instrucción sólida, carácter activo, despojado de toda ambición, se refugiaba en las horas que pertenecen al hogar en el seno de una familia á la que hubo consagrado toda su ternura. Fué hábil periodista, renunciando en la discusión el recurso de la diatriba y el sarcasmo, evitando todo lo que pudiera desviar el debate de la región de principios y doctrinas.

Si la grandeza del hombre ha de medirse por la abnegación y el talento, ningún chileno merece tanta veneración y respeto como el señor Pinto. Y entre tanto la historia le señala esa responsabilidad que pesa sobre las reputaciones de los hombres, cuando por condescendencia ó presión popular y ambiciones de países que anhelan un engrandecimiento con el sacrificio de los más débiles se dejan arrastrar á condescendencias que debieron haber tenido el valor de conjurar, deseando para su país un título de mayor gloria que el de la opulencia y engrandecimiento material:—el de la honradez y el del reconocimiento del derecho y de la justicia:—dos polos sobre los que gira el mundo moral y el crédito de las naciones en la honra y gloria que á cada una corresponde en la historia de los pueblos.

EJÉRCITOS CHILENO Y ALIADO

I

La armada de la alianza reducíase á la fragata: « Independencia » con 14 cañones; dos de á 150 libras y 12 de á 70; 2004 toneladas de porte; 550 caballos de fuerza y coraza de 4 pulgadas; construída el año 1864.



Capitán VILLAVICENCIO
Comandante de la Corbeta «Unión»

Monitor « Huáscar » con dos cañones de á 300 en una torre giratoria; 1130 toneladas, 300 caballos de fuerza, coraza de cuatro pulgadas y media en el centro, y dos y media pulgadas en los extremos, blindaje de la torre cinco y media pulgadas: construído el año 1865.

Buques de madera: corbeta « Unión » con doce cañones de á 70.

Cañonera « Pilcomayo » con seis cañones: dos de á 70 y 4 de á 40.

Dos monitores ó baterías flotantes: el « Atahualpa » y el « Manco-Capac » con dos cañones cada uno de á 500; construídos en los Estados

Unidos, y traídos á remolque hasta el Callao el año de 1869 y que no podían servir sino anclados en los puertos.

Bolivia no tenia un solo buque.

El ejército de tierra permanente en Bolivia y el que tenia cuando Chile invadió su territorio, apenas alcanzaba á 2232 soldados de todas armas y con fusiles de varios sistemas. Logró reunir 4500 soldados, con los que marchó su Presidente á Tacna.

Luego empezóse á formar un nuevo ejército en el sud, por el General Campero, que en su mayor remonta y efectivo alcanzó á cerca de tres mil hombres y se mantuvo cubriendo el interior de los departamentos de Potosí, Chuquisaca y Oruro, que no podían dejar en acefalía por temor de que el ejército chileno, que tenia su cuartel general en Antofagasta, se posesionara de ellos y obligara á reconcentrar todos sus elementos en el interior sin poder mandar soldados del ejército del norte, al Perú.

El Perú, el 2 de Abril de 1879, es decir, el día antes de la declaración de guerra, contaba con un ejército de tres mil hombres en Iquique y sus alrededores; y otros tres mil de todas armas en Lima, á los que podían agregarse los celadores y la policía, haciendo un total de ocho mil hombres.

Chile, el 2 de Abril, tenía trece mil hombres según declaración del Ministro de Relaciones Exteriores al Congreso chileno; y mil de fuerza permanente y seis mil de los repatriados residentes en el Perú, habiendo ordenado la remonta hasta nueve mil del ejército permanente.

Resumen:—Ejército boliviano: 4500 hombres en territorio peruano;—2800 en el sur de Bolivia.

Peruano: 8000 hombres entre Iquique y Lima.

Estas cifras fueron aumentando después con varios contingentes de los departamentos peruanos y bolivianos y los guardias nacionales de ambos países.

La armada chilena constaba:

Del « Lord Cochrane », con seis cañones de á 300 libras.

« Blanco Encalada », con seis cañones, también de á 300.

Buques de madera:—Tres corbetas: « Chacabuco » con 9 cañones de á 150, y 7 de 70 y 40.

« O'Higgins » con 9 cañones, 2 de á 150, y 7 de á 70 y 40.

« Esmeralda » con 12 cañones de á 60.

Dos cañoneras: « Magallanes », con cuatro cañones, 1 de á 115 y 3 de á 70.

« Covadonga » con 2 cañones de á 150.

Los blindados hacían fuego sobre una batería abierta á todos los puntos del compás, con una coraza de nueve pulgadas, de 2032 toneladas y fuerza motriz de 1000 caballos, con doble hélice; construídos en Inglaterra en el puerto de Hull, uno en 1874 y el otro en 1875.

Resumen: — Chile—2 blindados y cinco buques de madera, con 12 cañones de á 300, seis de á 150, y 30 de diferentes calibres.

Perú—dos blindados, dos baterías flotantes, y dos buques de madera, con dos cañones de á 300, dos de á 150, 30 de calibres diversos, y los monitores con 4 cañones de á 500.

II

Salta á primera vista la superioridad inmensa de Chile y su mayor fuerza, tanto en mar como en tierra. Y se admira que no hubiera sido aprovechada impidiendo las fortificaciones de Iquique y Arica y apoderándose de ambas plazas.

La escuadra, con el auxilio de los buques de la Compañía Sud-Americana convertidos en transportes, pudo haber transportado el total de las fuerzas de su ejército y ayudádolo en sus asaltos y batallas, poniendo en *calzas prietas* á los dos países, que para recobrar las posiciones perdidas habrían tenido que hacer esfuerzos inauditos y tal vez ineficaces; porque á medida que ambas naciones se hubieran organizado con todos los elementos necesarios de resistencia y hostilidad y hasta para tomar la ofensiva, el ejército de ocupación ganaba, sin duda, en poderío y disciplina, siendo más fácil vigorizar su organización y aumentar su efectivo que formarlo bajo el fuego de los combates.

La escuadra misma, en los mares del norte y custodiando la costa, ó situada en la boca del puerto del Callao, era invencible é inexpugnable, pues que intentar algo contra ella habría sido una temeridad inútil y seguramente frustránea.

Entre tanto, Chile no tuvo coraje ó atrevimiento bastante para abrir esa campaña audaz, osada y de rápida ejecución sobre los indefensos puertos del litoral peruano.

Su ejército se acuarteló en Antofagasta; empleando el tiempo precioso para las operaciones atrevidas y de éxito, en disciplinarse y limitando las operaciones de la escuadra al bloqueo flojo y aur tímido del puerto de Iquique y á recorrer los mares próximos á la costa en convoy precaucional de cualquier ataque de la escuadra enemiga ó bombardeando poblaciones inermes.

Así fué que el «Huáscar» y los pocos buques peruanos de madera se lanzaron conduciendo tropas y acechando á los buques chilenos, hasta echar á pique á la «Esmeralda»; atacar la plaza de Antofagasta; apresar un transporte con un regimiento de caballería,—el «Rimac»;—y aterrorizar las poblaciones ribereñas de Chile y sus puertos francos, alarmando á la población del mayor de todos ellos, el puerto de Valparaíso, al que se creyó un día ver llegar al «Huáscar» en son de combate.

Las observaciones anteriores las sugiere el sentido común, sin que sea preciso recurrir para la censura á la ciencia militar ni á los consejos de una prudencia racional y severa, tratándose nada menos que de una guerra en la que iban comprometidos los destinos y la suerte de Chile, que á ser vencido, tenía que desaparecer del mapa americano.

La escuadra chilena, infinitamente superior á la peruana, no comprometía inconsideradamente su potencia en un combate naval.

El ejército chileno tampoco podía ser vencido, con doble número al aliado; estando dispuesto y perfectamente armado, con armas de los mejores sistemas modernos en ese tiempo, y una poderosa artillería Krupp, que no poseía el ejército confederado.

¿Ofrecido habrían resistencia alguna las tropas de Iquique y Arica, desartillados como se encontraban ambos puertos?

¿Resistido hubieran al bombardeo y rápido desembarco efectuado bajo los fuegos de los cañones de sus buques?

Imposible; del todo imposible, y hasta inverosímil.

Desaprovechados esos primeros momentos de indiscutible superioridad y desequilibrio, la guerra debió tomar el aspecto que llegó á tener, demostrando claramente, si no una nulidad abrumadora en

la nación que la declaró, por lo menos ineptitud de parte de sus jefes y conductores; igual, sin duda, á la de la alianza, que en vez de acelerar sus preparativos y adquirir elementos de resistencia y de poder, se adormeció en una confianza próxima á la insensatez é imprevisión más pueriles, por no decir estúpidas.

Daza, llegando ufano á Tacna, entre las flores que derramaban profusamente manos femeniles sobre su cabeza, victoreando al soldado valiente á la cabeza de su pequeña fuerza, que podía ser muy valiente, pero que no era muy disciplinada, ni podía medirse en campal batalla con doble número; era apenas para Chile, la presunción de una fuerte resistencia que debía quebrar con sus numerosos y aguerridos batallones.

Prado, en unión con Daza, apenas disponían de un número de soldados, escaso, para oponerse al empuje de sus adversarios.

La costa, abierta y dominada por la artillería de la escuadra chilena, no ofrecía abrigo ó seguridad á las tropas de la alianza.

Si, pues, más tarde fué contingente la suerte de las armas chilenas y se expusieron á desastres que si no tuvieron lugar culparse deben á la invencible incapacidad de los Generales de los ejércitos contrarios que no supieron aprovecharse de la tardanza y zozobra con que ejecutaban sus operaciones; esto no quiere decir que en los primeros momentos no se hubieran expuesto á contratiempo alguno.

Una vez declarada la guerra al Perú, Chile debió desembarcar sus fuerzas en el litoral peruano, batiendo sus escasas guarniciones; las ventajas obtenidas le habrían ahorrado sacrificios máximos y riesgos mortales de perecer en la demanda y verse reducida á la mísera condición de nación humillada, vencida y anonadada.

---

21 DE MAYO

I

La escuadra chilena comandada por el Contra-Almirante Williams Rebolledo, que bloqueaba Iquique, zarpó silenciosamente de su fondeadero en demanda de la flota peruana, que la suponía surta en aguas del Callao, bajo el fuego de sus inexpugnables fortalezas.

Mientras aparecían dando bordadas casi por el frente de la Isla de San Lorenzo, evolucionando fuera de los tiros de las baterías, los Comandantes Grau y Moor, de los blindados « Huáscar » é « Independencia », marinos de acreditada pericia y consumado valor, habían hecho anticipadamente rumbo á los puertos del Sud en procura de los transportes chilenos conductores de las tropas de desembarco, proyectando la recalada al puerto de Iquique y proponiéndose forzar el bloqueo por sorpresa y echar á pique las naves que encontraran sosteniéndolo.

Los buques bloqueadores mandados por los Capitanes Prat y Condell, eran la « Esmeralda », corbeta de tradiciones gloriosas, ya vieja y con artillería antigua y de escaso calibre; y la « Covadonga », pequeño buque-aviso que apresó la « Esmeralda » en la guerra de las Repúblicas del Pacífico con España, dando origen al suicidio del Almirante Pareja, jefe de la escuadra española.

II

Hacia el meridiano del 21 de Mayo se advirtió en la ciudad ocupada por las divisiones perú-bolivianas, al mando del General

Buendía, la extraña agitación de los buques bloqueadores que levaban apresuradamente anclas y maniobraban como si se dispusieran con la celeridad mayor á combate inevitable ó que algún peligro inminente les amenazara; buscando, en fin, posiciones estratégicas para contrarrestar fuerzas más poderosas.

Alcanzáronse á divisar entonces, hacia la línea que en el círculo del horizonte y en la más lejana extensión de las olas cierra la



Combate entre el « Huáscar » y la « Esmeralda »

visual, dos ligeras nubecillas que por momentos se agrandaban y corrían rápidas por sobre el azul del espacio iluminado con los rayos dorados y rojos de un sol de invierno que bañaba la mar en sus vívidos y deslumbrantes resplandores.

A poco, aparecieron los cascos de dos buques que paralelamente se dirigían á todo vapor, contra los barcos chilenos, manifestando su arboladura de guerra y afianzando el pabellón nacional al tope.

Los marinos, que dominan la distancia con el poder del órgano ejercitado, distinguiendo á cada buque por su construcción y estructura, reconocieron al « Huáscar » y á la « Independencia ».

De repente resonó el estruendo del cañón á la vez que rompió el zafarrancho de combate en los buques chilenos, que repercutió el aire reflectándose en la superficie vibrante de las olas, respondido por el eco marcial de la generala del ejército que á paso de carga venía á formar en la playa y tomar la participación que le cupiera en el duelo comenzado. — Los vivas á Chile y aclamaciones al Perú, se mezclaban y confundían como si se tratara de un simulacro de batalla y la sangre no fuera á correr en furiosa é incontenible hemorragia sobre la cubierta de los cuatro buques que se aprestaban á la terrible refriega.



Capitán ARTURO PRAT
Comandante de la Corbeta « Esmeralda »

El segundo cañonazo de los peruanos dejóse oír en la misma bahía y fué la señal del combate aceptado sin trepidar por los marinos chilenos, no obstante la máxima desproporción de sus fuerzas é inferioridad de sus naves.

Maniobró cada buque contra el enemigo que tenía más próximo, rompiendo los fuegos sin esquivar el combate, ó más bien solicitándolo y afrontando el abordaje, único medio, por audaz que parezca, de nivelar las probabilidades, aunque muy remotas, de victoria.

Pero el « Huáscar » arremetió tres veces á la « Esmeralda » con

su formidable ariete, averiándole primero y arrojándola á pique en el tercer espolonazo.

Entre tanto, el Capitán Prat, que midió con ojo sereno el estrago de su corbeta, en el instante supremo del naufragio, irguióse fiero y altivo empuñando su espada de combate y con voz de trueno dió la orden de abordaje, cayendo en el momento del choque á la cubierta del « Huáscar ».

La « Esmeralda » se hundió en el mar marcialmente y con la empavesada y enhiesta bandera al tope.

Prat fué victimado antes de que Grau tuviera tiempo de acudir en su auxilio, recibiéndole agonizante en sus brazos y tomando la espada, no al rendido, sino al soldado heroico que retara tan atrevida y denodadamente á la muerte.

Envió la veneranda reliquia á su viuda, honrando los restos del marino ilustre que en ese día histórico dió á su patria gloria y á su esclarecido nombre inmortalidad.

Se ha pretendido en vano oscurecer el brillo del acto grandioso con insidiosas versiones engendradas en vulgar envidia.

El jefe de la nave que aceptó la lucha sin considerar la superlativa desproporción entre ésta y el monitor peruano, sin abatir su bandera, ni intentar prudente retirada, prefiriendo honrosamente hundirse en el océano, no pudo caer, ni cayó, si no como los mártires del honor militar y del patriotismo, con el arma del héroe en la mano y el nombre amado de la patria en los labios.

III

Mientras tanto, la fragata « Independencia », mandada por el Capitán Moor, perseguía á la « Covadonga », que gobernada con serenidad y destreza navegó hacia los acantilados y escollos de la costa, huyendo de su poderoso adversario, para salvarse, merced á su poco calado y la velocidad de su marcha.

Temiendo, sin duda, el jefe peruano, que se le escapase por la hábil maniobra puesta en práctica, enderezó el timón sobre los escollos de *Punta Gruesa*, donde se bifurca la costa y abre una pe-

queña ensenada; forzó su máquina y cañoneó al pequeño barco que lleno de averías y á punto de ser pasado por ojo y derrumbado por la inmensa mole de acero y el espolón de su cortante proa se salvó dejando á la fragata herida en un traidor escollo no advertido á flor de agua y oculto alevosamente entre las hirvientes espumas de la reventazón. El rudo choque sobre el peñasco cambió como por arte de magia la situación de los combatientes.—El gigante se convirtió en enano, y el enano tomó las aterrorizantes proporciones del gigante. Volvió la « Covadonga »



Fragata « Independencia »

proa sobre la deshecha nave y fusiló sin piedad y á mansalva su tripulación, tratando de precipitar y consumar el naufragio á cañonazos.

IV

El « Huáscar » después de su victoria fondeó al frente de la ciudad, enajenada de júbilo, ignorando aún que la desgracia sufrida con la pérdida de la « Independencia » neutralizaba de un deplorable modo los efectos del triunfo.

El Perú quedó sin el más poderoso de sus elementos marítimos, con el naufragio de la « Independencia ».

Así es que si en ese día Chile perdió una de sus naves, más bien valiosa reliquia de la gloria de su marina que útil para aumentar su prepotencia naval, el Perú perdió el único buque que, unido al « Huáscar », podían hacer frente á los blindados « Cochrane » y « Blanco Encalada »; quedando reducida su marina á completa inferioridad con relación á la de Chile, lo que en una guerra como la emprendida por los beligerantes, obligados á conducir tropas al vasto litoral donde debía desarrollarse la acción de sus armas comprometía seriamente el éxito final de la campaña.

V

Cayó la noche triste y oscura y en sus sombras lúgubres envolvió los despojos mortales de los extintos en el combate y los gloriosos restos de las naves sacrificadas.

El solemne silencio sucedió á la algazara de la pelea, dejando en el aire la vibración como el eco que se apaga en el seno de las montañas ó el recuerdo que aún hace resonar los gritos, los vítores, los cañonazos y el rugir de la metralla y que como incrustado en la tierra ó impregnado en la atmósfera y las olas sobreexiste por el espanto de la naturaleza.

Sólo la mar respira gemebunda en el lecho donde duermen confundidos los huracanes y las tempestades, repitiendo en movimiento incesante los periódicos golpes que deshacen en polvorosa espuma, sobre las accidentadas rocas de la ribera, sus amargas é hirvientes aguas.

VI

El 21 de Mayo, brillante cifra en la historia de las dos naciones del Pacífico, vió descender al ocaso su sol de púrpura alumbrando

con moribundos rayos de luz los cadáveres de los héroes y los restos de dos naves con muchedumbre de sus valientes marinos: una de ellas hundida en la pelea y la otra comprometida por indeliberada temeridad de su brioso Comandante.

Surgió un astro en la constelación de los héroes:—Arturo Prat;—que con su denodada muerte, dió á su patria testimonio de su amor por la gloria de sus armas.

Grau manifestóse tan noble y magnánimo como en todos los actos de su vida, llena de virtudes y de grandeza. Bravo en la batalla hasta la temeridad, humilde en la victoria y generoso con el vencido hasta derramar lágrimas de consuelo en compañía del enemigo prisionero aliviando sus dolores. Así honró debidamente á los muertos en el combate del 21 y mejoró la suerte de los caídos socorriéndoles con la mayor compasión y humanidad.

VII

Tomo algunos datos de los tripulantes de la «Esmeralda» que sobrevivieron al desastre de su nave.

Una carta del Teniente F. Sánchez á su hermano Carlos dice:

« Los que nos salvamos, fuimos tomados á medio ahogar por los « botes del «Huáscar» completamente desnudos. »

La carta del oficial A. Hurtado á su padre dice:

« Nos salvamos alrededor de 60, á nado.—A los 20 minutos fuimos « recogidos por los botes del «Huáscar». Después se nos dió ropa « y permanecimos algún tiempo y se nos llevó á tierra, donde hoy « estamos prisioneros. »

El historiador Tomás Caivano describe la persecución llevada por la fragata «Independencia» contra la «Covadonga» en estos términos:

«Mientras el «Huáscar» se dirigía contra la «Esmeralda» al « entrar en la rada de Iquique, la «Independencia» se ponía en « persecución de la «Covadonga», que evitando la desigual « batalla se daba solícitamente á la fuga.—Airosa, ligera y veloz, la « Covadonga» emprendió su fuga navegando cerca de la costa, de

« la cual seguía todas las caprichosas sinuosidades; y la « Indepen-
« dencia » que por su inmensa mole se hallaba obligada á estar
« *al largo,* por necesitar más agua, no le quedaba más camino que
« el de correrle detrás en una línea paralela algo distante y caño-
« nearla con su débil artillería que hacía aún menos eficaz la dis-
« tancia. »



Capitán CONDELL
Comandante de la Corbeta «Covadonga»

« Las dos naves enemigas
« ejecutaban á la perfección
« su propio cometido; y los
« dos cañones de á 150 de
« la « Independencia » los
« únicos que podrían pro-
« curarle alguna ventaja por
« la distancia obligada que
« separaba las dos naves,
« habían causado ya algu-
« nas averías de considera-
« ción á la « Covadonga »
« cuando no pudieron se-
« guir haciendo fuego. Es-
« tos dos cañones montados
« á toda prisa en el Callao,
« por obreros poco exper-
« tos y que además carecían
« de los elementos necesa-
« rios, — puesto que, como
« hemos dicho, los dos aco-
« razados peruanos se repa-
« raron como se pudo en el
« puerto del Callao, donde
« se encontraban abandona-
« dos en el más deplorable estado al comenzar la guerra,—se en-
« contraban el uno á popa y el otro á proa del barco :—el pri-
« mero se desmontó al segundo disparo, y el segundo se quedó
« inmóvil sin poder girar en ningún sentido al *undécimo,* de ma-
« nera que ya no fué posible servirse de él.

« Limitada la acción de la « Independencia » á sus pequeños ca-

« ñones de 70, su Comandante Moor, deseoso de poner fin á la « lucha, aunque la disminución en la velocidad de la « Covadonga » « le probara que ésta tenía serias averías y que su resistencia no « podía prolongarse mucho tiempo, decidió recurrir al espolón, « apenas le fuese posible navegar en las mismas aguas que la nave « enemiga; y aprovechando el momento en que ésta, navegando en « aguas profundas se disponía á entrar en una ensenada baja, en



Combate de Punta Gruesa, Mayo 21 de 1879

« la cual le hubiera sido imposible seguirla, lanza contra ella inme- « diatamente su propio navío. Pocos segundos todavía y el espolón « de la « Independencia » hubiera partido por mitad á la « Cova- « donga », cuando un escollo submarino desconocido, no señalado « en ninguna Carta, sobre el cual la cañonera chilena pasó sin aper- « cibirlo, detiene violentamente la marcha de la « Independencia », « haciéndola naufragar. »

¿ Qué hizo entonces la « Covadonga »?

La relación del oficial de señales de la « Independencia » informa :

« Al vernos encallados, nos cañonearon impunemente los de la « Covadonga » por más de 40 minutos y con las ametralladoras de « sus cofas fusilaban á nuestros náufragos que procuraban salvar, « unos en botes y otros á nado después que cesaron los fuegos de « nuestros cañones, cubiertos ya por el agua.

« Con la sonda en la mano, en el momento que ésta marcaba « *nueve brazas*, fondo más que suficiente, se dió la embestida con- « tra la «Covadonga».—La roca contra la que chocó la « Indepen- « dencia » no está marcada en ninguna Carta, el buque navegaba « en ese momento en 9 brazas de agua, y aún después de varado « medía 7 ½ á 8 ½ brazas de fondo en todo su derredor. »

El Comandante de la « Covadonga » en el parte que pasa á su gobierno manifiesta el estado á que fué reducida su nave, que debió considerarla perdida sin el traidor escollo que destrozó á su enemiga.

« Trabajando nuestra máquina con sólo cinco libras de presión, « y el buque haciendo mucha agua á causa de los balazos que re- « cibió, recalamos á Tocopilla, donde el buque recibió con el auxi- « lio de carpinteros enviados de tierra, las reparaciones más urgen- « tes, tapando los balazos á flor de agua y proseguí al Sud en la « mañana del 24, tocando en Cobija á la una y media, donde reci- « bimos el vapor del Norte, que condujo al contador á Antofagasta « y á los heridos, con la comisión de verse con el General en Jefe, « para pedirle un vapor que fuera á buscarnos, pues el buque no « andaba más *de dos millas y seguía haciendo mucha agua.* »

Chile celebró semejante acontecimiento como la más espléndida victoria *de cuantas fueron conseguidas en el reino de los mares desde la creación del mundo.*—(Caivano, Historia de la guerra de América entre Chile, Perú y Bolivia, página 219).

Los Comandantes de la « Esmeralda » y la « Covadonga » fueron proclamados en Chile, los más grandes capitanes del Universo y los marinos chilenos, en general, los primeros combatientes de los mares.—(Misma obra, página 220).

En la orden del día leída el 29 de Mayo á los tripulantes de la escuadra chilena, decía Williams Rebolledo :

« La « Esmeralda » fué echada á pique con la gloria con que vivió « siempre.—La « Independencia » ha sido completamente destruí- « da, y la « Covadonga » ha podido retirarse en dirección á Antofa- « gasta ».

La Patria de Valparaiso llama al encuentro de 21 de Mayo, « el más heroico combate naval que registra la historia universal. »

Catorce diputados chilenos presentaron á la Cámara, el 1.° de Junio, un proyecto de ley para recompensar á los combatientes de la « Esmeralda » y la « Covadonga »:—«El combate del 21 de Mayo « en Iquique,—dice el proyecto,—de los buques « Esmeralda » y « Covadonga » con los blindados peruanos « Huáscar » é « Inde- « pendencia », es un hecho de armas sin precedentes en nuestra « historia, por la heroicidad de los que sucumbieron como márti- « res de la patria y la serenidad, valor y pericia de los que sobre- « vivieron y triunfaron en la más terrible y desigual de las luchas. « La goleta « Covadonga », hábil é intrépidamente dirigida por sus « jefes, luchó con la fragata acorazada « Independencia » y consi- « guió hacerla encallar y hundirla en las aguas de la costa peruana. « Actos tan heroicos, servirán de ejemplo á las generaciones veni- « deras. »

Barros Arana, en su Historia de la guerra del Pacífico, página 95, dice:

« El combate de Iquique produjo una profunda impresión en « todo el mundo. La prensa de Europa y de América no halla pa- « labras bastante ardientes para pintar el heroísmo de los chilenos.»

Exageración es ésta, que hasta podría censurarse como delito de lesa-verdad histórica, máxime si quien la afirma, aspira al título de historiador.

La prensa de Chile fué en América la única que ensalzó el acontecimiento, hasta hacerlo superior á las batallas de Trafalgar y Lepanto.

Prat murió heroicamente, y la «Esmeralda» cayó con gloria; pero el triunfo de la « Covadonga » es de tal manera calificado, que tolerar la afirmación en silencio, es hacerse cómplice de esa inepcia pretenciosa y arrogante cuya vanidad sólo puede compararse á la de la nación que tal juicio aventura, exponiéndose á un humillante y desdoroso desmentido.

EL « HUASCAR »

I

Era una noche del mes de Octubre de 1882, noche alumbrada por la melancólica luz de la luna en horizonte diáfano, sin nubes y un cielo tachonado de estrellas.

Navegaba en la bahía de Mejillones, cuya mar tranquila como un espejo reflejaba en su superficie un fondo oscuro indefinible y misterioso.

Brisa fresca soplaba de la costa, después de atravesar la Cordillera nevada de los Andes y los páramos urentes del Desierto de Atacama, ese Sahara americano cuyos huracanes no son menos terríficos que el *simoun* asolador.

La bahía de Mejillones imita la forma de una cimitarra de bruñido acero, cuya empuñadura toca en lo que los pescadores de esas solitarias riberas llaman la « Punta Angamos » y la corva y ancha hoja de salida se dirige en rápida corriente hacia las costas bravas del mar de Antofagasta.

II

Sentados en la cubierta del vapor «Laja», un oficial de la marina peruana, entre los raros sobrevivientes del famoso combate del «Huáscar», y en esa homérica lucha en que perdió la nave, la patria infortunada de Atahualpa, divisamos muy inmediata la costa y las

arenas rojas de la playa que en la noche y á los rayos de la luna hacía la impresión de campos ensangrentados por el furor de las batallas.

Los picos desiguales de los peñascos, escollos y rocas que bordan las orillas y cortan el paso á las olas, las obligan á balancearse é hincharse deshaciéndose en amplias y mudas ondas, sin espumas, para volver en seguida pesadamente al centro que abandonaran ufanas é imponentes.

Vimos, de pronto, una espesa y renegrida columna de humo aparecer en el horizonte casi á la línea de la base del macizo promontorio que forma el cerro sobre rotos pedestales de accidentados peñascos; humo que se extendió á lo lejos formando encajes de sutiles crespones: era un buque de guerra que avanzaba rápidamente en demanda del puerto de Mejillones, cuyos edificios se confundían entre las sombras proyectadas por las montañas y las barrancas del suelo.

Ese buque es el «Huáscar», me dijo el oficial, con voz sorda y cuyo nervioso eco vibró en mis oídos como un sollozo, apagándose casi instantáneamente la exclamación en un gemido de crepitación dolorosa, ruido que hace el metal enrojecido en la hornalla y que se apaga bruscamente en el agua. Es el «Huáscar», repitió señalándole con mano temblorosa y lágrimas en los ojos.

Hoy mismo, donde se le ve anclar, el águila caudal de nuestra marina, cayó encentadas las alas y desgarrado en pedazos el noble cuerpo, el día cruel y de horror eterno para la memoria de sus defensores y tripulantes y en que se perdió para siempre.

¿No os parece una misteriosa evocación la de ese buque, á estas horas, en esta noche, en este mar y en el aniversario de la catástrofe?

¿No es el alma de acero de ese terrible monitor, mandado por el perínclito Grau, que como un fantasmas ó ángel exterminador recorría el litoral chileno, infundiendo el terror á la vez que el respeto á sus cuitados moradores?

¿Veis las proporciones de gigante que toma, allí, en el fondo del horizonte y en el cristal de las aguas que dibujan agrandados infinitamente sus esbeltos mástiles?

Oh!; vais á oír—me dijo,—la historia del buque, de ese día y las hazañas de sus heroicos defensores.

La escena no podía ser más grandiosa ni más patético y solemne el escenario. Estábamos en el mismo mar y sitio, al frente del mismo buque y teniendo por narrador uno de los actores del sangriento drama. Sentí que por mis venas corría el intenso frío de una emoción de horror.—Se dirigió mi vista espantada hacia el encorazado que se mecía perezoso sobre el fatigado oleaje. Y tal es el poder de la imaginación, impresionada, que me parecía ver brotar de sus costados sangre y en gotas sonoras é hilos rojos caer á la mar, cuyas negras fauces los engullían. Creía escuchar ayes y quejidos de agonizantes, gritos como si se escaparan de una tumba, y me parecía que iban aumentándose, por grados, como si del mismo casco sombrío y férreo y de los palos y tablas y planchas de templado acero hubieran partido atronadores de rabia y de dolor que en ese día se incrustaron y penetraron en la insensible materia de la nave y en los momentos de la gigante lucha.

III

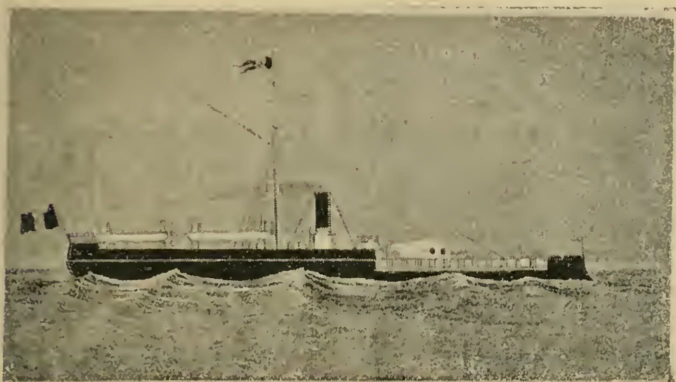
El oficial comenzó el relato en los siguientes términos:

Un General que no correspondió á la confianza que depositara en él mi patria, entregándole sus destinos, era como Presidente, el Director Supremo de la guerra cuyas operaciones estaban por entonces libradas exclusivamente á la marina.

Después de la pérdida de la «Esmeralda», compensada desgraciadamente con nuestra poderosa nave la «Independencia». recorrimos las costas; unas veces sorprendiendo á los buques enemigos que por la noche dejaban el fondeadero y levantaban el bloqueo de nuestros puertos del sud, sin echarlos á pique, por la incomparable generosidad de nuestro magnánimo jefe, otras bombardeando las plazas artilladas, pero sin dirigir un solo proyectil á las poblaciones. Después de haber apresado un transporte enemigo, que la formidable escuadra chilena no pudo defender, regresaba á Arica, conduciendo prisionero un escuadrón de caballería con todos sus jefes, oficiales y soldados y su lujoso equipo, «Granaderos á caballo» que conducía á Antofagasta el «Rimac».

Creímos que después de tanto tiempo de tan peligroso servicio, nos enviarían al Callao, aunque no fuera á reparar nuestras fuerzas, pero siquier á recomponer la máquina y limpiar los fondos del blindado, que en las continuas expediciones había perdido la velocidad de su marcha.

No fué, sin embargo, así, ordenando de nuevo el Director de la guerra, á despecho de las observaciones del Contra-Almirante, nuestra partida á las costas del Sud; y no obstante de tenerse noticia de que la escuadra enemiga con sus buques perfectamente limpios de fondos, nos esperaban en convoy y organizados en dos



El «Huáscar»

divisiones; cada una de ellas con uno de sus blindados cuya marcha había sido debidamente acelerada y aumentada en los diques de Valparaiso.

El Contra-Almirante hizo rumbo, sin trepidar, á las costas ocupadas por Chile; y nos mantuvimos vigilando las operaciones de guerra y transporte de tropas que se apresuraban para formalizar la campaña.

No tardó en hacerse conocer en toda su formidable transcendencia la imprevisión é imprudencia del Presidente peruano.

IV

En la mañana del 8 de Octubre de 1879, y cuando rayaba el alba zarpamos del proceloso surgidero de Antofagasta con rumbo á la bahía en cuyas aguas nos encontrábamos á la sazón.

Era tan espesa y densa la niebla que no se veía el mar donde navegábamos con toda la fuerza de la máquina y guiados sólo por la brújula—Esa tupida gasa y de color de humo cubría como un sudario el océano, hasta que un tinte róseo se difundió en toda la extensión del horizonte, dejando ver el sol, pálido, escudo de bronce que poco á poco fué aumentando el brillo de su foco hasta resplandecer con toda la fuerza de su luz.

Disipada apenas la niebla, vimos en el fondo movible de la superficie de las olas y en los límites del horizonte flotar una nubecilla de vapor. Al costado opuesto divisamos otro humo semejante, y después cinco más que en líneas asíntotas encaminábanse, cerrando la superficie en ellas comprendidas.

No necesitamos gran penetración ni mucha práctica de mar para darnos cuenta de que la escuadra enemiga se dirigía en nuestra persecución y que no pasaría una hora sin que tuviera lugar el temible é ineludible encuentro.

El valiente jefe de nuestra nave, comprendiendo perdido á su buque, pero disimulando bajo su incontrastable serenidad su cuidado y zozobra, mandó maniobrar en retirada virando á tierra y torciendo bruscamente su rumbo; pero se encontró con que el enemigo había tomado sus precauciones y que no le dejaba más recurso que el combate desproporcionado é insensato de un buque con dos cañones contra dos blindados, cada uno de los cuales representaba la fuerza y el poder, de cinco monitores como el «Huáscar».—Resolvió, pues, mostrar á sus contrarios cómo saben morir los héroes, y esperó el ataque de pie, en su torre de mando, embistiendo al primer blindado, el «Blanco Encalada» de la insignia, con su espolón y poniéndose por una hábil maniobra entre sus dos enemigos.

La primera andanada del buque chileno barrió nuestra cubierta, hiriendo de muerte á nuestro jefe, que al ser conducido á la cámara, arrebatólo otra bomba dejando de su cuerpo, como único resto

la planta altiva que momentos antes hollara serena la cubierta del buque.

El denodado Carbajal tomó el mando y con voz de trueno dió la orden de fuego, gritando un viva al Perú y mandando afianzar la bandera gloriosa. Desde ese momento todo fué confusión y horror, tronando sin cesar los cañones y rugiendo una tempestad de bombas y de balas que en menos de una hora dejaron el buque sin timón, sin el propulsor de la hélice, sin las calderas de la máquina, desmontados los cañones y muertos los artilleros. Herido Carbajal, fué reemplazado por Espinosa; fuera de combate éste, Palacios, el esforzado y temerario oficial, acribillado de heridas, con la mandíbula destrozada y asido al palo mayor, sujetaba la driza de la bandera, pistola en mano, para evitar que el miedo que implora clemencia, la arriara.



MIGUEL GRAU
Jefe de la escuadra peruana

Siguieron á esos valientes, Sánchez, Garenzón, después Bondi; y todos los oficiales arrastrándose heridos se dirigieron á la Santa Bárbara, para hacer volar el buque; otros abrieron las válvulas de inmersión para sumergirlo; pero en ese instante los chilenos se apoderan del monitor y empieza el abordaje. — No tienen más que heridos en quienes saciar su sed de sangre y cesa la matanza; cierran las válvulas y salvan el buque con gritos de triunfo y alaridos de gozo y alegría.

Les parece un sueño verse y encontrarse dueños del buque fantasma, que tantas pesadillas les causara.

Ya no existe Grau, el héroe legendario de la Guerra del Pacífico, á cuyo nombre temblaban y huían despavoridos vecindarios enteros de los puertos y las ciudades.

Fué estrecha la tierra de los Incas para ofrecer sepulcro glorioso, al grande hombre y el Océano le dió tumba en sus entrañas—Sirviéronle de funerales augustos el imponente tronar de los cañones de ocho buques enemigos y de salvas solemnes la metralla de los terribles encorazados que le perseguían con envidia y con furor.

Grau cayó á la manera de Nelson en Trafalgar: alta la frente. coronada con la aureola inmortal del genio. La vista fija en el pabellón adorado flotante al tope de su «Huáscar»; su postrer gemido fué un viva al Perú.

V

El único consuelo que tiene mi patria en medio de sus amarguísimas tribulaciones, es no haber dejado de sus reliquias mortales, en el suelo enemigo, sino la planta que más de una vez victoriosa. pisó sobre sus buques rendidos.

¡Pobre Huáscar!—y así diciendo y sin hablar más palabra, se encaminó el joven oficial silenciosamente á su camarote.

He ahí la batalla célebre de Angamos, que la refiero con la misma fidelidad con que me ha sido narrada por uno de sus actores.

VI

Es un hecho que la quilla del «Huáscar» estaba cargada de conchas y toda clase de materias sólidas que se adhirieron á sus fondos en tanto tiempo de no haber intentado limpiarlos, habiendo disminuído su andar considerablemente. Cuando el 30 de Septiembre de 1879 zarpó en cumplimiento de la orden del Presidente Prado,

á los mares del Sud, no obstante las observaciones del Contra-Almirante Grau, la velocidad de su marcha normal había desaparecido sensiblemente, de tal modo que si la escuadra enemiga lo alcanzaba en su derrotero, no podía rehuír el combate y debía sucumbir al número y la superioridad enormísima de la fuerza marítima chilena. Pero el Presidente Prado, con la estólida confianza del ignorante y fiado *en la buena suerte de la nave*, insistió en la expedición, sin rendirse á las prudentes observaciones de su jefe, quien expresó: «que obedecía porque así era su deber, pero estaba seguro de llevar el «Huáscar» á un seguro sacrificio». Su convicción absoluta se demuestra en el hecho de haber enviado á su consorte á Lima, momentos antes de partir de Arica, un paquete que contenía documentos de familia, como si fuera su testamento.

VII

El 8 de Octubre, después de la caída del «Huáscar» en aguas de Mejillones, el Comandante de la escuadra chilena, Contra-Almirante Galvarino Riveros, pasaba á su gobierno el parte del combate en los términos siguientes:

« A las 9 a m. se trabó un combate entre el «Cochrane» y el «Huás-
« car». A las 10 entró al combate el «Blanco», haciendo algunos
« disparos sobre el blindado, que fueron inmediatamente contesta-
« dos. Hubo un instante en que dejó de verse izada la bandera
« del «Huáscar» y se creyó concluído el combate; pero la bandera
« peruana volvió á levantarse en la nave enemiga y la lucha conti-
« nuó. Hubo un instante en que el «Huáscar» pasó como á 25 me-
« tros de distancia del «Blanco» disparando sus cañones y haciendo
« nutrido fuego con las ametralladoras de sus cofas. El «Cochrane»,
« alejado por algún trecho del «Huáscar», por el movimiento que
« este Monitor hizo sobre el «Blanco», volvió otra vez sobre él y
« maniobrando con oportuna destreza colocó al enemigo entre
« dos fuegos. En esos momentos el «Huáscar» bajo una lluvia de
« proyectiles de nuestros blindados se vió obligado á *rendirse*».

Pero la contradicción sobre el hecho de no haberse *rendido* el

«Huáscar», ha triunfado como verdad histórica de excelsa gloria para la marina peruana; no sólo lo comprueba el parte militar del Teniente Pedro Garenzón, que transcribo á continuación, sino el mismo testimonio de los marinos de los buques enemigos y á los que se refirió la prensa chilena, que también copio literalmente.

Parte del *cuarto y último* Comandante del «Huáscar», Teniente P. Garenzón, después de la muerte de los tres que sucedieron al Contra-Almirante Grau.

« El «Huáscar»—dice—se encontraba sin gobierno, por tercera « vez; pues las bombas enemigas penetrando por la *bobadilla* « habían roto *los aparejos y cáñamos de la cana*, lo mismo que « *los guardines de combate y varones de la cadena del timón*. « Esas bombas al estallar ocasionaron por tres veces incendio en « la cámara del Comandante y oficiales, destruyéndolas completa- « mente. Otra bomba había penetrado en la sección de la máquina « por los camarotes de los maquinistas, produciendo un nuevo « incendio. También tuvimos otros dos incendios, uno bajo la « torre del Comandante y el otro *en el sollado de proa*. En este « estado y siendo de todo punto imposible ofender al enemigo, « resolví, de acuerdo con los tres oficiales de guerra que quedamos « en combate, sumergir el buque antes de que fuera presa del ene- « migo y con tal intento mandé al Alférez de fragata Ricardo Herre- « ra, para que en persona comunicara al maquinista la orden de « abrir las válvulas, la cual fué ejecutada en el acto, habiendo « sido para ello indispensable parar la máquina. Eran las 11 y 10 « minutos cuando se suspendieron los fuegos del enemigo.

« El buque principiaba á sumergirse por la popa y habríamos « conseguido su completa sumersión, si la circunstancia de haber « detenido el movimiento de la máquina no hubiera dado lugar á « que llegaran al costado las embarcaciones arriadas por los bu- « ques enemigos, á cuya tripulación no nos fué posible rechazar « por haber sido inutilizadas todas las armas que teníamos dispo- « nibles.

« Una vez á bordo los oficiales que las conducían, obligaron á los « maquinistas, revólver en mano, á cerrar las válvulas, cuando ya « teníamos cinco pies de agua en la sentina y esperábamos hun- « dirnos de un momento á otro:—procedieron activamente en apa-

« gar los varios incendios que aun continuaban y nos obligaron á « pasar á bordo de los blindados, junto con los heridos. El núme- « ro de los proyectiles que ha recibido el. buque no se puede pre- « cisar, pues apenas ha habido sección que no haya sido destruí- « da.... Debo manifestar igualmente que cuando los oficiales y « tripulación de los botes subieron á la cubierta del buque, se « encontraron el *pico caido* por haberse roto la driza de cadena « que lo sostenía, de manera que el *pabellón* que pendía de él y « que había sido izado por segunda vez, se encontraba en la cu- « bierta, cuya circunstancia hice notar al Teniente 1.º señor Toro, « del «Cochrane» y á otros oficiales cuyos nombres no recuerdo».— Antofagasta, Octubre 10.—(Prisionero á bordo del vapor «Copiapó»).

Los diarios chilenos describían el combate refiriéndose á sus más prolijas investigaciones, del modo siguiente:

« Al emprender el «Huáscar» la última expedición, sabían ya que « nuestros blindados habían limpiado sus fondos y que tenían ma- « yor andar. El Presidente Prado fué el único que dudó de esa « ventaja del «Blanco» y del «Cochrane»:—Grau no.»

PISAGUA

I

En la mañana del 2 de Noviembre desplegóse al frente del pequeño puerto de Pisagua, la flota chilena convoyando numerosos transportes que conducían el ejército que debía operar en tierra, sobre las fuerzas de la alianza concentradas en Iquique y el mismo puerto que se disponían á atacar.

Componíase la escuadra del blindado «Cochrane», la «O'Higgins», «Covadonga» y «Magallanes», cruceros «Loa» y «Amazonas» y trece transportes armados con cañones de grueso calibre, sobre cuyos puentes venía un ejército de 10.000 hombres, con caballería, artillería, ambulancias y toda clase de vituallas.

Era uno de esos días de claridad diáfana que con igual brillo iluminan el mar y el cielo y cuyo horizonte irradia intensa luz.

El inconstante elemento ostentaba su palpitante superficie estremecida aunque sus aguas se hubieran adormecido en el sueño de su oleaje. Creíase contemplar un niño en una cuna de cristal: tan risueño y pacífico se mostraba, como si jamás se hubiera alzado airoso é irritado rugiendo con los sollozos de los vientos y las mil atronadoras voces de la tempestad.

La playa, erizada de peñascos y rocas, extiéndese en lonja estrecha de tierra roja y arena color polvo de bronce oxidado y los edificios y pequeñas casas de madera pintados de blanco ú ocre, se recostaban contra la barranca por donde serpentea el camino de hierro que conduce á la cima de la altiplanicie, en la que se explota salitre, borax, algunas cobaderas y abundantes minas de cobre.

A espaldas de los acantillados y gruesos codos que forma la estrecha playa accidentada y desigual, se habían construído las baterías.

La fuerza que debía impedir el desembarco estaba atrincherada en las barricadas naturales de las orillas peñascosas del mar, que ocultan al pueblo y detrás de sacos de arena preparados como muralla, estimándose que tales parapetos ofrecerían abrigo á los combatientes y duplicarían sus ventajas por tener que pelear con enemigo á descubierto y que no podría sustraerse al blanco de sus descargas.

Los buques chilenos tocaron zafarrancho de combate.

Retumbaron al mismo tiempo los cañonazos como un terremoto, conmoviendo de pronto el suelo y amenazando partirlo en millares de abismos.

El acero y el hierro chocaron contra la roca y la peña viva, desgastándola y dividiéndola, y sepultándose después entre la suelta arena de la barranca y la playa que devoraban los proyectiles.

Pero los soldados que defendían la plaza, pasado el primer aturdimiento producido por las descargas de la artillería de grueso calibre que nunca hubieran sentido ni escuchado estallar, y que les parecía que su estampido era sobrado para destruir y reducir á la nada sus parapetos y hundir y sumergir todo el pueblo en los abismos profundos del océano, reaccionaron é hicieron á su vez fuego; y el hierro y el acero salió al encuentro de los asaltantes, rechazados en partes, echados á pique en otras y volviendo siempre al asalto para en seguida retroceder cubriéndose el mar y la playa de heridos y cadáveres y tiñendo de sangre el muerto oleaje.

El bombardeo incesante y terrible de los buques y el nutrido fuego de las tropas que intentaban desembarcar, hacíase cada momento más sostenido y serio.

De tal manera resonaban eu el mar y en el espacio las descargas, que se producía un fenómeno tan extraño sin semejante entre todos los ruidos de la naturaleza, porque no era ni como el huracán, ni las olas, ni los truenos; — vibraba la atmósfera, pero no con ese imponente y uniforme estampido del « Trueno horrendo, que

« en fragor revienta, — y ronco retumbando se dilata — por la in-« flamada esfera » — (Olmedo — Canto á Junín) ; sino con esa crepitación estruendosa que desgarra los tímpanos y penetra en alaridos, y se infiltra en los nervios para producir sensaciones dolorosas ó herir el organismo de pavor como una sucesión no interrumpida de descargas eléctricas.

Defendida la batería de tierra por el Comandante Recabarren, respondía al fuego de la escuadra con bravura y acierto, y la fuerza de la infantería boliviana no cejaba, sosteniendo sus posesiones, no obstante su escaso número y lo imprevisto del ataque ; pues que no era esperado en ese punto, ni menos en ese día.

Siete horas de sangrienta brega obtuvo el resultado de enseñorear de la playa á las tropas chilenas que saltaron formándose y lanzándose en batallones al paso de carga bajo la protección irresistible de su poderosa artillería naval.

El incendio causado por el bombardeo tomó tal incremento, alimentado por las materias combustibles almacenadas en los depósitos de salitre, que rodeaban sus blancas y rojas llamas toda la extensión de la planta del pueblo, haciendo irrespirable el aire y de tal manera caliginosa la atmósfera que enloquecía y asfixiaba con los tormentos de la sed, del hambre, y el abrumante cansancio : — 50 mil quintales de salitre se incendiaron ese día.

Cuando triunfó el ejército chileno de la resistencia opuesta por las tropas aliadas á su desembarco, y se entregaron á la fuga emprendiéndola en dirección á la pampa por los cerros que delimitan la costa abrupta de la mar, se contrajo á efectuar su reunión y organizarse. Cesó el fuego.—Recogiéronse los heridos para darles auxilios y á los muertos la honrosa sepultura del soldado que ha ofrendado su vida en los altares de la patria amada.

Destacáronse en seguida pelotones de tropas en persecución de los fugitivos y estableciόse el campamento, allí donde no llegaban las llamaradas del incendio, ni el olor deletéreo del salitre y de la pólvora. — Procurábanse las sombras de sus carpas ó tiendas de lienzo, armadas apresuradamente, para ponerse al abrigo del sol y en previsión de la fría niebla nocturna.

Aproximóse la escuadra al surgidero y los transportes anclaron sobre la costa, siempre en son de combate.

Acamparon las divisiones á las vibrantes notas guerreras de sus marchas, poblando los aires y dilatándose en las sonoras ondas del mar entre los vítores y aclamaciones.

Duró el bombardeo cinco horas y la operación peligrosa del desembarco se hizo en siete horas.

El combate fué reñido hasta que la artillería de grueso calibre y el fuego de fusilería de millares de soldados se impuso y dominó á las tropas que defendían el puerto y á su única batería valientemente servida, hasta haber agotado todas sus municiones, desmontada una de sus piezas y perecido la mayor parte de sus artilleros.

El pánico, *quid terrificum* de los desastres bélicos, habíase apoderado de los vencidos; al extremo de exponerse, más bien, á las bombas enemigas en descubierto, en vez de hurtarse al peligro y retirarse con más seguridad por los escollos y peñascos de la playa hasta Platillos ó Iquique, campamentos de las tropas confederadas.

La proporción en que pelearon en Pisagua se calcula por diez chilenos contra uno de los defensores de la plaza.

Cuando el Coronel Granier, jefe de la infantería boliviana, abandonaba el campo por la cintura de la barranca, á la vista de la escuadra que asistía al espectáculo de la derrota como desde palco escénico, emprendiendo retirada, los gritos de inmerecido escarnio se dirigían á él y las tropas á quienes vencieron, no por mayor valor, sino por el número de los combatientes.

II

El 2 de Noviembre, á las 3 p. m. más ó menos, el primer ejército chileno, forzando la posición de Pisagua, pisó playa peruana dando comienzo á la campaña de Tarapacá: la provincia y departamento salitrero más rico de esa república, que á poco dominó con sus armas incorporándola á su territorio por *la conquista,* proclamada después como un principio internacional, estableciendo la doctrina de la fuerza con el apoyo irritante de reflexiones que repugnan á la civilización, que el espíritu de justicia y moral rechazan y condena la legislación universal.

La fuerza elevada al rango del derecho, es la negación de toda responsabilidad política y social.

En aquellas naciones donde se profesa la doctrina de que el *hecho* constituye el *derecho,* y el *éxito* es el origen *máximo* de aquél, el utilitarismo se enseñorea al grado de no reconocerse más justicia ni virtud que las acciones emanadas de las hazañas militares, de los sacrificios y el valor de los soldados. La victoria lleva al militar triunfalmente bajo de arcos exornados, y el pueblo rinde homenaje al guerrero conquistador antes que á la bondad y moralidad de la causa que defiende.

El mundo político, en tanto, se esconde avergonzado ante el cinismo de la orgullosa generación, entre las nubes de incienso que loando quema al soldado vencedor.

La conciencia de las naciones enmudece ante esa titulada gloria.

Vienen después otros tiempos. — El poder y la fortuna de la nación conquistadora se trueca. — La nación humillada se levanta y la que consagraba el derecho de la fuerza cae á su vez á las plantas del conquistador.

La verdadera doctrina es, sin duda, la que declara : « que la victoria no confiere derechos ». — (Declaración de la política internacional argentina.)

El derecho tiene por madre á la justicia.

Tan criminal es ante la conciencia humana el pueblo que se apropia de los bienes ajenos, como el criminal que desposee á sus víctimas en encrucijada alevosa.

Pero aún no es tiempo de juzgar ni apreciar históricamente los hechos relativos á esa desastrosa guerra cuyos episodios me he propuesto narrar á grandes rasgos.

Esa tarea la han afrontado historiadores, con más ó menos brillo é imparcialidad; aunque ninguno haya pertenecido neutralmente á otro país que el de los beligerantes.

Vicuña Mackenna y Barros Arana son historiadores chilenos.—Paz Soldán es peruano.—Jaimes, que ha descripto las batallas de Tacna y Arica, consagrando recuerdos de las batallas de San Juan, Chorrillos y Miraflores, en pintoresco lenguaje y brillantes colores, llenos de interesantísimos cuadros, es boliviano.—Los demás han escrito sobre motivos de la guerra y hechos aislados de la alianza, haciendo

conocer ó revelando la justicia ó injusticia de la causa y los procedimientos motejados ya á Chile por la alianza, ya á aquellas repúblicas unidas en pacto secreto defensivo contra Chile.—Mármol, argentino, refiere el estado y organización del ejército boliviano de Tacna.—Joaquin Lemoine, escritor boliviano, vehemente y de mucho brillo, hace servir la guerra de marco afiligranado y artístico en el que engarza el retrato de su héroe Eleodoro Camacho.

« La Alemania tendrá dos provincias más ; pero no ha llegado el caso de que así sea ; y no será jamás», —decía V. Hugo, en la Asamblea Nacional francesa de 1.° de Marzo de 1870 en Burdeos: —« Usurpar no es poseer. — La posesión supone el consenti-« miento. — ¿ Es verdad que Turquía posee á Atenas, que Austria « poseía á Venecia, que Rusia posee á Varsovia, España á Cuba, « Inglaterra á Gibraltar ? De hecho sí ; de derecho no.

« Yo digo que la fuerza no da derecho alguno,—continúa.—Los « prusianos vencedores dominarán la Francia ? En la actualidad « tal vez ; en lo sucesivo nunca.—Toda mano extranjera que coja « este hierro candente, ó sea la Francia, tendrá que soltarlo. »

« ¿ Es posible figurarse el presente y el porvenir borrado por el « pasado ? »........

« Otros tiempos vendrán ; ya conocemos el tiempo en el que « podremos desquitarnos. — De hoy en adelante la Francia no « pensará más que en recogerse en sí misma, en educar á sus hijos, « en imbuir su santa indignación á esos niños que con el tiempo se-« rán hombres, en fundir cañones, en crear un ejército que sea « pueblo, en fortalecerse, en consolidarse, en regenerarse, en vol-« ver á ser la Francia del 92, la Francia de la idea, pero también « la Francia de la espada.—Y día vendrá en que se levante invenci-« ble y entonces se la verá de un salto recobrar la Lorena y la Al-« sacia. »

No debo hacer aplicaciones enfadosas que la historia las tiene anticipadas.

Las nacionalidades no se construyen artificialmente y por la fuerza de las armas, ni se desarticula un organismo natural para con sus miembros fragmentados confeccionar una mayor y de más grandes elementos.

El amor á la gloria, acompañado de codicia y ambición, son la-

zos tendidos á la justicia y á la libertad, en los que caen las naciones conquistadoras.

El derecho antiguo. el derecho de conquista aplicado en pleno siglo XIX, disponiendo de pueblos como de rebaños, es igual al de la esclavitud: un insulto á la dignidad humana y á la civilización cristiana.

Copio á continuación un episodio interesante, dado á luz por un autor cuyo apellido no conocemos, publicado en un diario de Bolivia, que casualmente cayó en mis manos.

Helo aquí:

La fuerza guarnecedora de Pisagua estaba compuesta de 190 hombres de *la guardia nacional*, organizada pocos días antes, y 800 plazas de ejército de línea.

El enemigo traía á bordo 10.000 soldados veteranos.

La costa de Pisagua sólo se hallaba defendida por dos cañones de á 100, sistema Parrot; los chilenos contaban con los buques de guerra, con que atacaron la casi indefensa playa, 21 cañones, entre los que podemos distinguir 6 de á 300, 4 de á 150, uno de á 115, etc., sin contar los de los cruceros y trasportes armados en guerra, que también hacían fuego.

La superioridad no podía ser más real.

Pero no importa: el valor suplió al número y el sacrificio no hizo estéril una derrota.

Pisagua ardía.—Los buques chilenos situados casi á tiro de revólver, vomitaban sobre la población, desde el proyectil del rifle hasta la bomba incendiaria, cobarde recurso que sólo sirve para arruinar la propiedad.

50,000 quintales de salitre y 200 toneladas de carbón de piedra ardían en la estación del ferrocarril, y sus variados humos, confundiéndose con el de la pólvora y el de las casas incendiadas en la ciudad formaban á ésta una atmósfera tétrica, que parecía anunciarle que le serviría de sudario.

Los defensores del pequeño puerto contemplaban todos estos horrores con estoica abnegación.—Despreciando el fuego del enemigo que sembraba la muerte entre ellos, no le contestaban y esperaban el momento oportuno de hacerlo con ventaja.

Los dos cañones, únicos contrarios á la poderosa artillería enemiga, se habían callado; uno, obligado por los proyectiles chilenos que hicieron volar su plataforma y explanada; el otro, por haberse desmontado al primer tiro.

A las 10 a. m. 35 lanchas se desprendieron de los costados de los buques invasores y bogaban en dirección al muelle.

Pronto se hallaron frente á él y tomando distintos rumbos, se prepararon para el desembarco.

Llegó el gran momento.

La voz del jefe de la plaza, Comandante Isaac Recabarren, su eco, la corneta de órdenes, hizo vibrar en los aires el toque de : *¡fuego!*

Por primera vez, desde que principió el ataque del enemigo, dieron gusto al dedo nuestras fuerzas, enviando sus proyectiles con tan buen éxito, que los asaltantes retrocedieron atemorizados hasta el punto de su partida.

Una segunda expedición se acercó y, nuevamente, nuestros bizarros soldados la hicieron retroceder.—Pero la fatiga los ahogaba; hacía dos horas que eran diezmados á mansalva: las municiones se les acabaron y no vino refuerzo de ninguna especie en su ayuda.... Era preciso vencer ó morir; y entusiastas patriotas aceptaron el dilema!.... Cual si conociera la decisión de ese puñado de valientes, el enemigo cambió de plan de ataque y dirigió la tercera remesa de lanchas á la caleta de Huata, distante dos millas de Pisagua hacia la parte Norte.

El enemigo pisó tierra y la lucha en terreno firme principió.

Palmo á palmo se disputaban el suelo que pisaron los contendores.

Al fin el número dominó al valor.

El chileno venció; mas su victoria le costó centenares de víctimas.

Nuestras abatidas fuerzas se batieron en retirada.

....

Un grupo de guardias nacionales se dirigió por las afueras de Pisagua, á tomar el camino que conducía al *Hospicio*, punto distante diez leguas y en el que estaba acantonado parte del ejército unido Perú-boliviano.

Sudorosos, jadeantes, muertos de sed, marcharon esos buenos patriotas, vencidos, pero no humillados.

La mirada ansiosa de sangre, de 30 chilenos, distinguió el grupo y corrieron todos á cortarles el paso.

Pronto se acercaron á ellos y les intimaron rendición.

Ninguna respuesta recibieron sus palabras; pero vieron, llenos de asombro, que los perseguidos hacían alto, y formándose en cuadro, desafiaron sus iras disparando sus rifles y poniendo á cinco de sus compañeros fuera de combate.

La ira de los chilenos no reconoció límites á vista de este hecho; furiosos atacaron con la bayoneta á ese puñado de bravos sin darles tiempo para cargar nuevamente sus armas; y éstos con igual encarnizamiento resistían el choque....¿Cuánto tiempo duró el combate?

....

Uno á uno fueron cayendo sin vida esos valerosos hijos del Perú; pero arrastraron en su caida á muchos de sus enemigos.

Como los granaderos de la guardia imperial en la batalla de Waterloo, prefirieron morir antes que gozar de la vida por merced de los contrarios.

Pero lo glorioso de ambos sacrificios no es igual....Los soldados de Napoleón defendían á un hombre, y su heroicidad, si bien admirable, no encerraba la grandeza de una noble idea.

Los ocho guardias nacionales de Pisagua murieron defendiendo á la patria; «á esa *idea igual en todos los cerebros,* á ese *latido igual en todos los corazones,* á ese *impulso igual en todos los brazos*» que es como concibe lo que es Patria, uno de nuestros más inteligentes escritores del presente.

El sacrificio de los granaderos imperiales se nos figura bravura de los locos; el sacrificio de los modestos artesanos de Pisagua, hechos soldados por el peligro que corría la patria, es la bravura que inspira la fe de lo grande, de lo honroso....

Sectarios de esta fe, cayeron como buenos uno tras otro.

Sus cuerpos quedaron tendidos en el camino, y hoy son nada más que tierra, pero sus alentados espíritus moran en la mansión de los héroes y desde allí nos dicen: «No nos olvidéis, y en el momento de la prueba, cumplid como nosotros ....»

DAZA

PRESIDENTE DE BOLIVIA

Una de esas aberraciones inconcebibles que hacen dudar de la influencia que ejerce la inteligencia y la virtud en las sociedades civilizadas, poniendo hasta en problema la dignidad nacional, es la exaltación de Daza á la Suprema magistratura de Bolivia.



DAZA
Presidente de Bolivia

Aventurero vulgar y repugnante histrión, fruto espúreo del cuartel de militares corrompidos é indisciplinados, nació en Sucre, en la infecta bohardilla del cholo ladino y retrechero.

La jerga del soldado lo sustrajo al látigo del gendarme que hubo más de una vez castigado sus hábiles rapiñas.

Nieto de un semicretino apellidado Grosolin, de hercúlea musculatura y que tragaba sapos y devoraba la carne cruda en público, al precio de algunas monedas de plata, su desarrollo es de atleta y su fuerza extraordinaria.

Tiene de su padre la viveza nativa de esos mestizos de español é indio, que superan en astucia á ambas razas, respectivamente.

Cutis lechoso y amarillento, de abultadas mejillas, boca grande, labios gruesos y húmedos, con dientes blancos y agudos como los del chacal, de bigote corto, barba escasa, cabellos recios, rebeldes y enhiestos, cabeza redonda, cejas espesas, ojos grandes, pero hundidos en órbitas adosadas en un frontal deprimido y estrecho, rodeados de un círculo rojo y sanguinolento que denuncian al libertino insaciable y al glotón sensual, apasionado de todos los placeres materiales; temperamento ardiente, de movimientos nerviosos, rápidos y ágiles como los de una pantera; alto de talla, grueso pero esbelto, de puño de boxeador y ancho y rudo pecho, hombros abiertos y cuello taurino; mostrando en todos sus detalles una organización á prueba de fragua y de martillo, voz apagada y turbia pero imperativa; he ahí el retrato del tirano que ha aherrojado Bolivia, por varios años, dejando su único prestigio de valeroso é intrépido soldado, en la guerra del Pacífico, sobre las caldeadas arenas de la quebrada de Camarones, cuando el miedo de la batalla le hizo renunciar á la gloria envidiable de mandar un ejército y morir ó vencer en la honrosa demanda y en desagravio de las dos naciones aliadas.

Ninguna vida más accidentada que la suya.

Apenas adolescente, se presentó de soldado raso en la fuerza revolucionaria del entonces Coronel Nicanor Flores, que la encabezó en el Sur de Bolivia, contra el General Jorge Córdoba, Presidente á la zazón y á favor de D. José María Linares y que fué de Sucre sobre Potosí, librando combate y venciendo á las tropas del Gobierno en el Punto de Cussi-Huasi: — (Casa alegre).

Después recorrió todo el territorio en las marchas y contramarchas ejecutadas por el cuerpo á que pertenecía, que disciplinado severamente por el Teniente Coronel Eloy Martínez y mandado por el valiente militar ya nombrado, Coronel Flores, era uno de los más afamados y temidos batallones del ejército de Linares.

Daza ha sido desde su más temprana edad de carácter servil y adulador é intrigante. Se le apodaba en el cuartel, por sus compañeros, con el de su abuelo materno Grosolín, adulterado en

Chocholín, por razón de no hablar el español la plebe boliviana, que familiarmente se expresa en el idioma primitivo del Perú, la *Quichua*.

Se ganaba fácilmente la simpatía y voluntad de sus jefes y era temido de sus iguales por su formidable fuerza y arte de reñir á puñadas y puntapiés, en los que descollaba sin rival.

Ascendió de sargento á oficial y llegó á Teniente cuando sobrevino el *golpe de Estado* en 14 de Enero de 1861, que dió cuenta del Gobierno del ilustre Dictador y honrado mandatario José María Linares, que murió proscrito en Chile el 6 de Octubre de 1861.

Después del *triunvirato* erigido con motivo del *golpe de traición y no de estado*, como lo apellidaron sus autores, fué exaltado el General José María Acha á la Presidencia, y escoltado por el batallón que mandaba Flores, vino á Sucre, donde la lealtad é hidalgo proceder del Coronel lo salvaron de segura caída á impulsos de una revolución que estalló, pero sin éxito, por haber hecho falta la fuerza del batallón que resistió á entregar á los revolucionarios el caballeroso Flores.

Crecía Daza á la sombra de estas agitaciones políticas, debiendo siempre sus ascensos á la perspicacia y tino con que sabía espiar las oportunidades extremas para hacer necesarios sus esfuerzos, muchas veces tomando por su sola cuenta y sobre sí mismo las eventualidades de una comisión peligrosa.

Cuando estalló una revolución contra el General Acha, en Sucre, donde Daza estaba entre los militares de la guarnición de la plaza, proclamando al General Belzu, revolución encabezada por el General Torrelio; Daza, gran trotador y jinete infatigable, hizo el trayecto de las 150 leguas que median entre Sucre y La Paz, donde se encontraba el Presidente y sus tropas, en tres días, llevando la noticia del movimiento, de suma importancia, pues que mediante ella el Gobierno envió oportunamente al General Gregorio Pérez, con una división que debeló el movimiento insurreccional, librando en las mismas calles de la Capital de la República un reñido combate que dispersó á los revolucionarios.

Bien se comprende la clase de recompensa alcanzada por Daza y por su hazaña hípica y el servicio impagable que fué su

cousecuencia. El General Acha le dió el grado efectivo de Capitán.

El 28 de Diciembre de 1864, Mariano Melgarejo, General temerario, de gran ambición y de un valor rayano en lo fabuloso, asaltó el palacio de Gobierno en Cochabamba, sublevando varios cuerpos del ejército en vísperas de la elección de Presidente constitucional, por cumplimiento del período ordinario del General Acha.

Derrotó su guarnición y se proclamó Jefe Supremo y Dictador de Bolivia, asesorado por el Doctor Mariano Donato Muñoz, que como único Ministro y Secretario General, entró á compartir con el terrible soldado el mando de la desgraciada república.

Daza en esa emergencia fué uno de los primeros dispuestos á escoltar al Dictador, recibiendo mando de tropa aunque nada más que como subalterno.

Se inició á poco la campaña del ejército constitucional contra la dictadura de Melgarejo.

Los pueblos levantados en armas formaron un ejército compuesto de lo más notable del país en militares y ciudadanos, que se reconcentraron sobre las plazas de Potosí en el Sur y La Paz en el Norte de la República.

Resolvió Melgarejo atacar el Sur, donde mandaba el General Nicanor Flores, recién elevado á esa jerarquía militar por los pueblos de Sucre y Potosí; y se puso en marcha sobre la última de estas ciudades.

Flores á su vez resolvió, á la aproximación de Melgarejo, retirarse á Puno, pueblo poco distante de Potosí, para organizar convenientemente sus fuerzas; y así lo verificó el mismo día y pocas horas antes que Melgarejo entrase á la ciudad.

A los pocos días, 5 de Agosto de 1865, presentóse el General Flores á la vista del pueblo potosino y desplegó sus tropas sobre la peñascosa cerrillada de la Cantería, á un costado de la hermosa pirámide bermeja que con sus cinco mil bocas minas de diversos colores, rebosando desmontes argentíferos, avecina su cúspide altiva á las nubes que la coronan: el Cerro de Potosí.

Apenas se apercibió Melgarejo de la presencia de las tropas constitucionales, saltó del lecho do yacía postrado de grave enfermedad y vistiendo el abigarrado uniforme de parada y

envuelto el robusto y colosal cuerpo con la capa escarlata que habitualmente usaba, montó en su caballo de batalla *Holofernes*, y á la cabeza de sus batallones y en especial de su predilecto, llevó el irresistible ataque sobre las formidables y escabrosas posiciones de Flores, tomándolas y desalojándolo á bayonetazos no obstante la ruda resistencia que se le opuso.

La acción duró treinta y cinco minutos en choque porfiado y sangriento; haciendo Melgarejo prisioneros á los jóvenes más notables de Cochabamba y Sucre: doctores, poetas y periodistas que se batieron en las primeras filas rifle en mano; y ordenó *incontinenti* que fueran pasados por las armas.

En este hecho brutal distinguióse con notoriedad señaladísima el *celebérrimo Chocholín*, que quitó á un soldado el rifle y lo descargó sobre el poeta Nestor Galindo y lo mató, todo por halagar al cholo infame cochabambino.

Fué elegido al servicio de Melgarejo tercer jefe del batallón «Colorados», cuyos soldados eran todos ahijados ó compadres del feroz tirano, que les hacía dar prest de los más altos grados militares, aunque revistaran de rasos ó clases.

No hubo revolución en la que no figurara el batallón «Colorados» «Leales de Melgarejo» que corría de un ángulo al otro de la República á batir facciosos como jauría amaestrada.

Un buen día, sin embargo, arriesgóse el comerciante de La Paz, Juan Granier, joven reputado intrépido, á hacer proposiciones de soborno al entonces Comandante Daza, para que entregase su batallón á los revolucionarios. Celebróse el pacto por la suma de 20.000 bolivianos y el batallón secundó la revolución que el Coronel Agustín Morales vino del extranjero á acaudillarla.

Vencido Melgarejo quedó Daza de Jefe del batallón, con el grado de Teniente Coronel y Granier de segundo jefe; pasando Daza de favorito de Melgarejo á favorito de Morales.

Convocó Morales, Presidente provisorio proclamado por la revolución, una Asamblea Constituyente en Sucre, la que elegida reunióse para reconstituir el país y restablecer el régimen de las instituciones democráticas, olvidadas en tantos años de luctuosa tiranía.

Fueron sus diputados los más distinguidos hombres públicos del país y sus más esclarecidos ciudadanos.

Abriéronse sus sesiones con la aparatosa renuncia del Presidente provisorio.

Un mensaje á la Asamblea, inspirado en el aparente desinterés cívico, fundaba los motivos de la indeclinable dimisión.

Establecía que el título augusto de *libertador* era incompatible con el de magistrado supremo.

«No se recoge,—decía,—la banda presidencial en el campo de batalla, ni es gaje tampoco de la fortuna de las armas».

La Asamblea, que creyó entrever de buena fe en Morales un Cincinato, no quiso renunciar á la gloria de inscribir en la primera página del Diario de sus Sesiones, ese acto de abnegación excelsa y se dispuso á aceptarla;—cuando fué sorprendida en medio de sus deliberaciones secretas, por el menguado Coronel, que acompañado de sus Edecanes y Jefes del Ejército, hizo irrupción en el recinto de la Asamblea, mandando abrir sus puertas á una barra de ebrios mercenarios y encarándose á sus representantes y al ilustre anciano Tomás Frías, que les presidía, prorrumpió en soeces recriminaciones acusándoles de prematuras ambiciones é intenciones anarquizadoras.

El silencio y la estupefacción más dolorosa pintóse en los semblantes de los conspicuos diputados reunidos en nombre del pueblo, apresurándose su Presidente en suspender la sesión al golpe nervioso de la campanilla y dejando abandonado su puesto.

Creyóse disuelta la Asamblea, por ese atentado de cínico autoritarismo; y disponíanse los convencionales, despechados, á abrir campaña contra el osado Coronel que así vejara á la Nación en la persona de sus representantes; pero, apercibido el déspota del peligro que corría y aconsejado por sus parciales y ministros y aún por distinguidos funcionarios de patriotismo y dignidad insospechables, entre los que el Arzobispo de Charcas, Doctor Pedro Puch, fué hasta la increpación, volvió sobre sus pasos y se allanó á dar una satisfacción completa á la Asamblea, y retirar su renuncia para no ponerla en el extremo conflicto de aceptarla en mérito de su comprometida dignidad.

La reconciliación de Presidente y Asamblea fué resuelta por ostensible cordialidad como acto de abnegación patriótica de parte de aquellos constituyentes, que sin creer en la sinceridad del Pre-

sidente, consideraban de sana política esquivar los escollos y dificultades en que habría naufragado y estrelládose la paz pública y la reorganización de las instituciones, expuestas de nuevo á tempestad deshecha y sangrienta.

La prenda de enmienda exigida al vencedor de Melgarejo, fué la formación de un ministerio parlamentario compuesto de los mejores elementos de la Asamblea.

A fin, pues, de que cesara la anarquía inicial y que oficialmente constara al país la armonía reinante entre los poderes y la guerra civil no se encendiera amenazando sorber en proceloso oleaje de sangre, el orden y la libertad, Morales mandó disponer un banquete dedicado á todos los miembros de la Asamblea.

Pero escrito estaba que Daza, esbirro mercenario y jefe de genízaros al servicio de todas las tiranías, descubrir debía en ese mismo banquete y en un rasgo propio de su brutal y perversa índole, la hipocresía y deslealtad política de Morales; hombre rudo, vicioso y criminal, que diciéndose Aristógiton, descargó sobre Belzú, el 6 de Septiembre de 1850, á traición, las pistolas de asesino, porque influído había como Presidente de la República, en el Congreso, para que no le reconociera una crecida indemnización de perjuicios que los cholos amotinados de Cochabamba le habían irrogado en el saqueo de su casa de negocio.

Reunidos los diputados, Ministros del Ejecutivo y Poder Judicial, altos funcionarios civiles, eclesiásticos y militares, con el Arzobispo, Municipalidad y distinguidos vecinos, al rededor de la suntuosa mesa de Morales, llegó el momento de las declaraciones oficiales, con los discursos pronunciados por los corifeos de las distintas agrupaciones principistas, que eran acogidas con alborozo.

Espumaba rebosante el champagne en el cristal de las copas; el rostro animado reflejaba la satisfacción, dando suelta á la esperanza de bienestar que la caída de un régimen ominoso é insensato y el triunfo sobre el despotismo militar prometían. Esparcíanse entre nubes de ilusiones patrióticas las nobles ideas en la mesa del festín, sin mirar que cubrían traidores abismos de intenciones liberticidas de una tiranía en avanzada gestación.

Morales sonreía sarcástica y socarronamente. Sus ojos verdes y redondos de felino, relampagueaban y su abultado y cobrizo ros-

tro de mulato se teñía de rojo, estimulada su turbulenta sangre por la elevada temperatura del recinto y las continuas libaciones.

De pronto la alegría trocóse en indignación, cuando Daza, ya Coronel ascendido por Morales, con voz ronca y amenazante, dejó oír soeces invectivas dirigidas á uno de los jóvenes diputados, á quien denunciaba á su amo con estas ó parecidas palabras:—«Señor, Aguirre me insulta; ¿qué debo hacer?—Pues.... arrojarle una botella,—díjole Morales».—Al mismo tiempo la botella hendía el aire por sobre las respetables cabezas de los ilustres comensales y se deshacía en pedazos en la pared, á muy poca distancia del sitio ocupado por Nataniel Aguirre, hijo de un esclarecido estadista que honró á su patria con sus talentos.

Daza, el ratero que más de una vez sintió que el látigo de la Policía mordiera sus desnudas carnes exhibidas en escarnio, alzó el insolente brazo sobre uno de los representantes del belicoso pueblo de Cochabamba y en presencia de lo más distinguido de la sociedad boliviana de cita en el banquete oficial.

Concluyó la mesa por el apresurado abandono de los concurrentes, que dejaron el palacio en desorden y tumulto inexplicables.

Creíase, después de ese acto, asumiendo ya la Dictadura que arrebatara á Melgarejo, en sangriento combate de barricadas con iguales ínfulas y con la misma salvaje tiranía de su antecesor.

Casimiro Corral, entre tanto, Ministro y favorito de Morales, persuadió á la *alimaña humana* de la necesidad de no provocar en los convencionales la irritación de los arrogantes pueblos á quienes representaban, obligándolo al disimulo y á la hipocresía.

Con la destreza y la sagacidad sutilizadas por la ambición de conservar el elevado puesto á que había sido exaltado inmerecidamente, supo convertir la escena escandalosa en acto primo de indeliberada irascibilidad producida por hirientes frases en imprudente provocación lanzada á un militar ensoberbecido por sus acciones de guerra y celoso de su fama de valiente.

El Diputado envió sus padrinos retando á duelo al soldado, pero el soldado pidió venia á su superior para batirse, eludiendo de tal manera y tan cobarde como villana, el lance de honor á que fuera emplazado.

Dióle orden Morales de trasladarse al frente de su batallón á la

ciudad de La Paz, donde debía dirigirse él mismo una vez clausurada la Asamblea Constituyente.

Desde ese punto desencadenóse sobre Bolivia, otra vez más, el despotismo con su cortejo de persecuciones y vejámenes deprimentes de la altivez y dignidad de los pueblos republicanos.

Daza, su lugar-teniente, era un digno genízaro y secuaz sicofanta del émulo del rey Zulú Cetiwayo.

Pasados los dos años de Presidencia provisoria, reunió el Congreso que debía convocar á elecciones, pero advirtiéndose pronto sus tendencias, agigantada su soberbia y vanidad con los goces del poder discrecional, entregándose á la incontinencia y relajación moral más extraordinarias, no tardó en clausurarla pretendiendo asumir la dictadura.

La disolvió con un discurso parecido al pronunciado otrora en Sucre, con la diferencia que el primero hirió en el rostro con sus groseros cargos á los representantes sorprendidos en sesión secreta, y el pronunciado en La Paz no tuvo más auditorio que la chusma famélica que siguió la procesión militar de jefes y edecanes que le acompañaban, singularizándose el diputado Jorge Delgadillo, único de todos del poder legislativo que le acompañara:—todos los de la comitiva asistían vestidos de punta en blanco.

Entre tanto, la revolución fermentaba sordamente como el volcán que va á hacer erupción, saturada la atmósfera política de ese ambiente de relámpagos y huracanes, presagio de sangrientos estragos.

El suelo se estremecía bajo las plantas del tirano, ebrio de licor y de lujuria, á cuyos antojos había cedido hasta la voz de la naturaleza, ley que pone en reparo y respeto á la hija, de las solicitaciones sensuales del padre y á la madre de las de sus hijos.

Morales profanó el lecho filial, convirtiéndole en tálamo de torpe mancebía.

El pueblo de La Paz, escandalizado, veía continuamente atravesar sus calles en poderosos palafrenes y con escoltas suntuosas, á la hija y al padre, con esa repugnancia con que se mira la inmoralidad impune en el poder y la mancha del crimen en el primer magistrado de la Nación.

Una noche de memoria perdurable y ejemplo ó experiencia

para los déspotas y tiranos de todos los pueblos, Morales cayó traspasado el robusto pecho por cinco balas que su sobrino el Teniente Coronel Federico Lafaye le asestara, lastimada su dignidad de militar y caballero, que sintió abatirse el puño del mulato sobre su altivo á la par de hermoso rostro.

Reuníanse en el salón del palacio, habitualmente, algunos jefes del ejército, parientes y amigos de Morales y una nube de cortesanos.

Era la noche del 27 de Noviembre de 1871, aquel mismo día en el que clausuró la Asamblea sin representantes, ó más bien, con la presencia de uno solo y aun empleado de Morales, para asumir la Dictadura. Varias mesas de juego eran ocupadas por los contertulios y cortesanos habituales.

Por una ancha puerta artesonada, que conducía á las habitaciones interiores de la regia mansión presidencial, apareció, hacia las nueve, la colosal figura del tirano, medio ebrio, engarzada, por decirlo así, en el marco de mármol y altos relieves dorados, á medio esconderse entre las obscuras cortinas de terciopelo rojo orladas de flecos de oro.

Apenas asomó uno de los jefes de cuya lealtad dudaba, y se le hizo aún más sospechoso ese día por no haber formado parte de su comitiva, fué acremente interrogado, lanzándose finalmente sobre él, é intentando arrojarlo por el balcón próximo á la plaza. Federico Lafaye trató de calmar á su tío, reflexionándole sobre la inconveniencia del acto injusto y arbitrario, cuando volvió contra él embravecido, abandonando á Laviña, de quien hiciera presa antes, y le endilgó brusca y repentinamente dos bofetadas que fueron á contundir fuertemente las mejillas del apuesto joven, profiriendo las palabras: *á ti también.*

Un alarido, más bien que un grito de cólera, se escapó de la garganta de Lafaye. Todos los circunstantes pusiéronse de pie, expectando ansiosos la escena de cruel violencia que se desarrollaba tan inopinadamente.... ¡A mí!.... dijo el agredido,—en el paroxismo de la irritación, suscitada por ultraje tan alevoso como infame; y sacando un revólver del bolsillo, hizo, uno tras otro, cinco tiros sobre el ancho pecho del mulato, que se desplomó en tierra para no levantarse más.

Quedaron todos abismados y estremecidos, sin atinar con el desenlace de escena tan trágica, con excepción del mismo Lafaye, que sereno cruzó, con la pistola descargada en la mano, por enmedio de la turba de edecanes, guardias y retenes, yéndose al cuartel de su cuerpo de rifleros, que comandaba Laviña, para qüe viniera al palacio á custodiar el parque del ejército, y asilándose en seguida, sigilosamente, en la casa del noble y caballeroso Joaquín Caso, de donde á los tres días se expatrió por temor á las vejaciones de los odios de partido.



LAFAYE

Daza, que no se atrevió á poner sus miras á la altura de la Presidencia de Bolivia, fué tan sagaz, astuto y advertido en esta ocasión, que optó por entregarse y ofrecer su espada y su batallón al Presidente del Consejo de Estado, sucesor constitucional en el mando, por acefalía ó muerte del jefe del Poder Ejecutivo.

Reunida la Asamblea, en posesión del mando provisorio el Presidente del Consejo de Estado, fué Daza promovido á la clase de general, con retención del mando de su batallón, que no quiso por concepto alguno abandonar, comprendiendo que era la égida ó talismán de su valer político, y pedestal, tal vez, con el tiempo, de sus futuras aspiraciones.

Frías convocó los comicios para la elección de Presidente, resultando proclamado por la asamblea electoral el Teniente Coronel D. Adolfo Ballivián, que asumió el mando en Junio de 1873, entre el contento general y las aclamaciones de los partidos amantes

de la paz y el progreso.—Daza, por primera vez, púsose del lado de la buena causa.

Eu los albores de esa era regeneratriz, y llena de promesas para el país, el patriota y estadista Ballivián descendió á la tumba, en juvenil edad y casi de repente, en medio del dolor y consternación de su patria, el 14 de Febrero de 1874. No gobernó más que nueve meses, y ya de nuevo la banda tricolor cruzó el noble pecho del anciano ilustre Tomás Frías, que por muerte del Presidente debía constitucionalmente completar su período.

Daza fué llamado al Ministerio de la Guerra y colmado de honores.

Olvidando sus antecedentes, y creyéndole purificado en el crisol del patriotismo, cuyos ejemplos recibiera momento á momento de sus compañeros de gabinete, los republicanos esclarecidos Daniel Calvo y Mariano Baptista, y del ínclito jefe y eximio y honrado jurisconsulto Doctor Pantaleón Dalence, Ministro de Hacienda, hasta el punto de darle el mando de todas las fuerzas y enviarlo contra los motines que reventaban sucesivamente en diferentes departamentos de la consuetudinariamente anarquizada República.

La sublevación del General Quintín Quevedo, batida en «Villasanta de Chacoma», cerca de La Paz, en la que el batallón «Colorados» desempeñó uno de los principales papeles, exornó la frente de Daza con los laureles que consagraron su fama de bravo y leal, por más que al Coronel Eleodoro Camacho cupiera la gloria de la jornada.

Desde entonces nadie fué osado en Bolivia á volver la vista sobre el pasado de ese intrigante de estofa vil y alma ruin, hasta el extremo de que se consintió que su nombre figurara al frente de la del caballeroso é ilustrado hombre público Doctor José María Santibáñez, en las elecciones para la renovación del Poder Ejecutivo, como candidato á la Presidencia de la República.

Temiendo el General no resultar electo, en los momentos en que debía practicarse el escrutinio, sublevó el ejército, y se proclamó Presidente, apresando al Doctor Frías, á quien en ese lenguaje lagotero del cholo ladino ó mestizo astuto, llamaba *su padre*, pocos momentos antes, y con él á sus compañeros de ministerio, á los

que, asimismo, prometía y juraba por su honor y la cruz de su espada, fidelidad y consecuencia ilimitadas.

Una vez en el solio, no tardó en trillar el camino seguido por sus antecesores Melgarejo y Morales.

Rufianes eran sus parciales y cortesanos. Hembras codiciosas y desvergonzadas meretrices las que le rodeaban como sus mancebas y concubinas.

Vasta ribaldería el palacio de gobierno.—Los jefes de sus batallones, esbirros con entorchados y medallas, hasta hacerlos servir de lacayos y bufones y sentir á menudo las rudas caricias de sus acerados puños. Despreciados por el soldado, eran el escarnio de aquellas mujeres del cuartel, que en Bolivia gobiernan las cuadras y por ende al ejército entero.

Las francachelas y comilonas, convertidas en bacanales y orgías, único espectáculo que ofrecía el gobierno del crapuloso Daza, hizo olvidar pronto la austera tradición de las integérrimas administraciones de Ballivián y Frías.

En esos babilónicos festines del *Nabuco* chuquisaqueño, si no apareció el *Mane, Thecel, Phares,* escrito en letras de fuego en la mansión burdelaria, se salpicó, en cambio, más de una vez, con la sangre homicida.

Así reposaba el cholo trujamán, falsificación caricaturesca del Sultán, en el mullido lecho del adulterio, la concupiscencia y la habitual embriaguez, cuando fué sorprendido por la declaración de guerra de Chile.

Eran los días del *carnaval,* y entregádose había el *sátrapa indígena* á sus vulgares placeres, á la sazón que recibiera la noticia de la ocupación militar de Antofagasta.

El efecto que debía producir á Bolivia tan inesperado acontecimiento, turbar podía la fiesta, por lo que se propuso ocultarlo hasta de sus mismos favoritos y confidentes.

Cuando se agotaron las diversiones y ya no quedaba sino el hastío y cansancio que sobrevienen al abuso y licencia de muchos días de orgía y libertinaje, estalló recién la cómica indignación, que simulaba haberse apoderado del mandón hipócrita, prorrumpiendo en olímpicas amenazas de exterminio contra la nación alevosa, invasora del patrio suelo.

Si Bolivia comprendido hubiera la perfidia y espíritu felón de ese hombre funesto, é incapaz del menor sentimiento de abnegación, quebrado habría, sin duda, en sus manos la espada del General encargado de la santa misión de llevar sus huestes á los campos de batalla en pos de la victoria ó de la gloriosa muerte.

Pero creyó en el valor y en la influencia de la hermosa causa de la defensa del patrio suelo, y olvidando hasta la afrenta de su dominación y esclavitud, se entregó á él, mandándole sus hijos, nada más que bolivianos desde ese momento, y no partidarios de caudillos ó bandos políticos, á alistarse bajo la enseña nacional y formar el ejército libertador.

Militares distinguidos como el General Juan José Pérez y el Coronel Eleodoro Camacho; jóvenes de mérito y gentes de todas las clases sociales, depusieron resentimientos liberticidas en los altares de la patria, y apresuráronse á formar las legiones decididas á afrontar los sufrimientos y peligros de las rudas campañas.

Atravesaron cordilleras y desiertos en marchas rápidas, llegando á Tacna, donde confraternizaron con los peruanos. vinculados en alianza pactada por homogéneos é iguales intereses; cadenas de inquebrantables eslabones, fundidos en la obligación de defender el suelo y la integridad de su territorio.

Mientras duraron las demostraciones de júbilo y expansiones de alegría; mientras los festejos al aire libre y perfumado con las flores que derramaban profusamente sobre los batallones como lluvia de matizados colores alumbradas las bayonetas y el bruñido acero de los fusiles por el sol que les hacía reverberar como ascuas marchando al son de marciales músicas, ufano estaba el charro General, engreído con su abigarrado uniforme, recibiendo los honores que tributaban á su majestad soberana.

Veíasele bajo vigoroso y juvenil aspecto, apuesto é intrépido militar, cuyo coraje debía encender la chispa eléctrica que galvanizaría la sangre del soldado en el fragoroso combate.

Daza era, para la alianza, el veterano cuya cimera y flotantes plumas, sobre argentífero casco señalar sabría el rumbo hacia la victoria.

Daza, en la imaginación del soldado, alzábase como el genio encargado del exterminio de los enemigos de la patria y cuya misión debía irresistiblemente revelarse en la victoria.

A la cabeza de la legendaria falange de sus veteranos, con la que realizara hazañas innúmeras é inverosímiles en la guerra civil, el célebre batallón «Colorados», tenido era por invicto, como si él y sus soldados no fueran hombres sino espíritus encarnados en gigantes.

El Presidente del Perú asumió el mando del ejército aliado, en cumplimiento del pacto que estipulaba entregar la dirección de la guerra al Presidente de la Nación en cuyo territorio se encontraran las fuerzas operatrices de las repúblicas confederadas.

Las fuerzas que guarnecer debían el litoral peruano, se dividieron entre Arica, Iquique, Pisagua y Tacna.

El General Daza mandaba las de Tacna; el General Montero las de Arica; el General Buendía las de Iquique y Pisagua, siendo el jefe de la infantería de Pisagua, el Coronel Juan Granier, y de las baterías, el de igual clase peruano, Patricio Recabarren.

Después de algunos meses en que las operaciones de mar prosperaban bajo la habilísima dirección del Comandante del monitor «Huáscar», el ínclito Grau, más que por el poder de su nave, por las inspiraciones de su genio; se sucedieron grandes é irreparables desastres para su marìna, cayendo el monitor en poder de la flota chilena en desigual é inverosímil combate. La «Pilcomayo», en viaje hacia el Callao, no siendo posible á la «Unión» y sus escasos transportes, mal armados, arriesgarse en empresas, por la insignificante fuerza que representaban.

Los chilenos, libres ya de todo temor, dispusieron sus ejércitos de desembarco, para invadir el territorio peruano con la más completa seguridad, poseyendo todos los elementos de movilidad y transporte que habían menester para prevenir las eventualidades y peligros á que se vieran expuestos en regiones inclementes y sin poder contar con recursos en territorios estériles y desiertos y entre páramos inmensos.

Sus trenes, armamentos, caballerías y vituallas, abundaban bajo administración previsora y hábilmente organizada.

Después de la toma de Pisagua, Buendía salió de Iquique, abandonando la plaza para marchar al encuentro del enemigo, que á su vez se internó en la altiplanicie, ocupando la zona salitrera y

posesionándose del Cerro de San Francisco en el campo de Dolores; punto fuerte y estratégico, muy difícil de ser abordado á causa de lo escabroso y áspero de sus flancos paralelos y perpendiculares, sin vías practicables en otros rumbos que el obligado de acceso al sendero trazado por sobre grietas y peñascos ó barrancas.

Daza fué invitado por el Director de la guerra, General Prado, á marchar con la división elegida por él mismo, entre sus fuerzas, para proteger al General Buendía y asumir el mando y dirección del combate, una vez al frente de los invasores, en razón de su autoridad superior á todo grado y categoría militar.

Púsose el Presidente de Bolivia en marcha el 11 de Noviembre, y no llegó á Camarones, sino tres días después, aunque la distancia recorrida apenas sumaba 16 leguas que pudieron haber sido evacuadas en menos de veinticuatro horas.

El día 18, víspera del 19 en que tuvo lugar la escaramuza sobre el Cerro de San Francisco, denominada pomposamente batalla por los chilenos, cerca de la oración, escuchóse en la dirección de Chiza un fuerte cañoneo y al siguiente dia algunos dispersos del ejército aliado daban la noticia de su retirada en dirección de Tarapacá y de la dispersión de las tropas bolivianas después del asalto á las posiciones enemigas.

La orden de retirada impartida por Daza, hacia las reales del campamento de Arica, no se hizo esperar y se operó brevemente.

La indignación de las tropas fué tal, que no pudo disimularse ni aún bajo la rigurosa ley de la disciplina que pone la vida del subalterno á merced del jefe en la campaña.

Clamores de oficiales y descontentos en palabras amenazantes proferidas; murmullos sordos de rebelión y otras protestas llegaron hasta los mismos oídos del General; y la cólera habría estallado produciendo el sacrificio del tirano, sin la idea de una crisis ocasionada á la efusión de sangre y dispersión de algunos cuerpos de la división, apoyado como estaba en las bayonetas de sus adictos incondicionales del batallón «Colorados».

La retirada del General Buendía, al frente de las posiciones enemigas, en el Cerro de San Francisco, y sobre el campo de

Dolores, después de iniciado y comprometido el ataque y la contramarcha de la división que debía incorporarse al ejército mandado por el General peruano, llevada por el celebérrimo Daza, en persona, son dos hechos tan vergonzosos que se disputan en ignominia y criminal pusilanimidad.

Debió haberse formado en el acto mismo del regreso y retirada, operados respectivamente, un consejo de guerra y pasádolos por las armas, como delincuentes de alta traición, ó sobre el mismo campo y para escarmiento de jefes cobardes levantándoles la tapa de los sesos.

La obediencia pasiva corresponde al soldado, máquina humana que los jefes dirigen y envían á la acción.

Pero los de alta graduación y comando obligarse deben, por novedosa que parezca la teoría, al levantar del polvo el santo lábaro de la patria, si temblorosas manos sacudidas por el miedo, la ineptitud ó la traición lo dejaron caer abatido y humillado.

Si la revolución en el orden interno del Estado ó la Nación, la justifica el desorden y el despotismo convirtiéndola en un derecho, cuando su soberanía ha sido, en especial, supeditada por mandatario voluntarioso, ni es insubordinación tampoco la del jefe que en el campo de batalla separa ó derriba al que abusa del poder y pone en peligro la honra nacional. No asumir tal responsabilidad, es más bien faltar al deber y conculcar el derecho cuyo olvido es, si no un crimen, por lo menos un gran error.

Así como el General en Jefe de un ejército no puede declinar su responsabilidad descargándola en el Consejo de Guerra, no tiene disculpa éste, si autoriza la traición ó debilidad del General.

El honor de la bandera exige hasta el heroísmo de sus custodios. El mero sacrificio de la vida es vulgar para que no deba exigirse aún más de sus oficiales y capitanes. Si no pueden vencer deben morir matando, hasta que no les reste esfuerzo que hacer y elemento que utilizar.

Mariano Alvarez, en el sitio de Gerona, sacrificando la ciudad entera de su mando, al honor de España, que el ejército de Napoleón I se proponía dominar con sus formidables y ague-

rridas legiones, es el más elocuente ejemplo del patriotismo en acción.

Churruca en su «San Juan Nepomuceno», combatiendo contra seis navíos ingleses en Trafalgar y cayendo dividido el cuerpo en mitades y ordenando en la agonía clavar su bandera y no rendirse, es la viva representación de la honra, valor y heroísmo militar.

Hundir la «Esmeralda» con el pabellón al tope, es cumplir el deber del marino, á quien la patria le confió, con la nave el honor de su bandera.

Morir como Grau, luchando con su «Huáscar», contra toda una flota de blindados y buques enemigos, émulo de Nelson y Gravina, he ahí lo que constituye la gloria de una Nación. Sucumbir es también vencer, cuando se muere como Moor y como Bolognesi.

Daza salió de Arica victoreado como un héroe que va á redimir territorios hollados y vencer á los conquistadores audaces alardeando gallardo en su brioso bridón de batalla y escoltado por sus veteranos, inspirando confianza á los pueblos; y regresó de Camarones teniendo que soportar, á despecho de su superlativa vanidad, las frases de indignación y desprecio que salían como latigazos de los labios iracundos del pueblo que creíase vendido y traicionado.

Nunca hubiéranse producido con más energía y mayor severidad en las impresiones y juicios populares tan antagónicos sentimientos, teniéndose por motivo á un hombre colocado por el destino á tanta altura, y en el acto solemne de defender la integridad é independencia de su territorio.

Cuando se le vió llegar al campamento aliado cruzada la banda tricolor, en el pecho ornado con la medalla que el Libertador Bolívar legó como insignia de los Presidentes de Bolivia, y la pluma simbólica en el sombrero elástico acompañado de sus tropas, contemplábase en él al paladín bizarro de las nobles tradiciones que en el temple del acero traía la fortuna de las armas y la promesa de las glorias de la alianza.

Cuando regresó de Camarones, retrocediendo ante el peligro y esquivando el compromiso contraído con la aliada de su patria, la República del Perú, que le fiaba á la par de su honra la suya propia, el desprecio y hasta el odio estallaron sin disimulo.

Ya no era el valiente jefe del batallón «Colorados», y el soldado que ascendió hasta el mando Supremo de Bolivia, á fuerza de coraje,—como se decia,—sin conocerse psicológicamente al hombre. Era lo que fué siempre: un vil asesino y un intrigante sicofanta y camaleón disfrazado de héroe, sin fuste para esas acciones que revelan viril corazón y elevado espíritu.

El alzamiento de sus tropas concluyó con el poder de ese hijo espúreo de prostituta revolución, señalándole desde Arica el camino del extrañamiento y proscripción sin que voz alguna se levantara en su favor.

He ahí en boceto la biografía de ese insensato que elevó el *destino* para castigo y expiación de esos pueblos en los que la anarquía amamanta fieras y erige tiranos coronados en las saturnales sangrientas de las discordias intestinas.

SAN FRANCISCO

El hecho de armas que conmemora Chile el 19 de Noviembre, con la pomposa denominación de la batalla de San Francisco, no es, ni reviste las proporciones de una victoria en campal batalla: es una simple escaramuza, aunque de grandes resultados ulteriores para sus armas y de incomparable valor para los asaltantes.

El General en jefe del ejército confederado, esperando por momentos la división boliviana, con la que debía incorporarse el General Daza, en quien resignaría el mando, propúsose operar una explorativa diversión sobre el campo chileno, y por via de espera al caudillo boliviano, desprendió algunos batallones al asalto del Cerro de San Francisco, y comprometió el parcial ataque.

Fué, sin duda, un error de cálculo discreto ó falta de serenidad, obligatoria en el jefe de un ejército, lanzar batallones aislados, al declinar el día y para desangrarlos estérilmente y sin plan ni propósito militar preconcebido, exponiéndose á que luego la oscuridad de la noche favoreciera su dispersión y desbande, una vez rechazados.

Doble é inexplicable error, aun más grave, el de mandar tocar retirada, una vez comprometido el asalto y cuando trepaban los soldados intrépidamente por los flancos del cerro, hasta casi forzar las líneas enemigas que coronaban la cima, en vez de precipitar la masa entera de sus aguerridos batallones sobre aquél cuyo efectivo era inferior al de sus tropas.

Ocho ó nueve mil hombres veteranos y resueltos, es una legión suficiente para aplastar seis ó siete mil de brigadas bisoñas, organizadas apresuradamente y aun incompletas, pues en tales álgidos

momentos se arrimaban todavía tropas provenientes de sus campamentos de la costa.

La operación del General Buendía, inconsiderada é insensata, hasta bajo del punto de vista de sentido común y empírico, sin considerarse ni la pericia y planes de táctica de guerra, causó, como efecto inmediato, la irremediable pérdida de fuerzas que se dispersaron arrojando sus armas y emprendiendo á sus lejanos lares de ultra-cordillera, disminuyendo las fuerzas aliadas en una tercera parte, como después se averiguó y se hizo constar en el parte de la acción de Tarapacá, donde no figuró más cuerpo boliviano que el batallón Loa, al mando de su jefe el Coronel Raymundo González Flor.

Grande debió ser, al día siguiente, la alegría y sorpresa en el campamento chileno, divisando desde su altura el campo de Dolores, sin un solo enemigo con quien combatir;—mustio, silencioso y después de haber pernoctado todo su ejército arma al brazo esperando que se renovara el ataque de la víspera.

Habían contemplado ceñudos, desplegarse en orden de batalla, un ejército ufano y soberbio, y hasta desprender algunos batallones que iniciaron el ataque sobre sus posiciones con arrojo; y al día siguiente las formidables falanges desaparecidas por encantamiento, como esas imágenes que forja el sueño, dejando el campo lleno de despojos y entregando á discreción lo más rico del territorio codiciado, sin sacrificio, ni efusión de sangre, para lograr un resultado que no se habría atrevido á esperar y prometerse aun después de victoria decisiva. Debe recordar Chile, la fecha del 19 de Noviembre, como el acontecimiento de más valía, debido á su incontrastable fortuna, recibiendo las palmas de una incruenta lucha y victoria y sus proficuos y transcendentales beneficios.

Pasaron, pues, en mágicas perspectivas de lienzos maravillosos, por la huraña y recelosa mirada de la soldadesca sorprendida, las adversarias legiones y se desvanecieron en las nocturnas sombras. dejando intensa impresión sobre la cámara del cerebro, luego renovada á la aurora del nuevo día, al columbrar, allá.... en los confines del horizonte, algo semejante al reflejo del acero de armas bañadas por el sol, que en rayos tenues remedaran aristas luminosas flotantes en el aire azul de la lejana lontananza.

Cubrir deben con negros crespones, las Repúblicas aliadas, aquellas páginas luctuosas que corresponden á las tan desastrosas retiradas de Camarones y San Francisco.

Porque, si es cierto que no abrió Chile capítulo alguno, en el libro de su historia, á la gloria de sus armas, por esfuerzo propio, los aliados perdieron la mejor y la más fácil de las batallas, cuya victoria habría sido de una sola vez el término de la guerra.

Vueltos apenas del asombro que les causara tan inexplicable acontecimiento, aplicando á su verosimilitud el natural y común criterio, sin que hubiera mediado circunstancia extraordinaria é imprevista, entregáronse á las manifestaciones más espontáneas de júbilo y alegría.

Rompieron las dianas con el entusiasmo que despierta en el soldado su marcial y alegre eco. Batían marchas las músicas, y tocaban himnos triunfales que les recordaran las glorias de sus armas, como si lícito les hubiera sido añadir en ese día una guirnalda más de laureles, recogida en los campos de sus pretéritos triunfos.

Celebraban la retirada de sus enemigos, sin medir aun todo el alcance y consecuencias del hecho, y con el regocijo que inspira al vencedor la derrota completa del enemigo.

Sin embargo, desprendieron una descubierta, no dando crédito á la misma ilógica evidencia, y presumiendo una emboscada aunque imposible, dominando el gran espacio que desde el campamento se descubría sin obstáculo opuesto por la interposición de las quebradas ó cordilleras muy distantes del dilatado llano de las salitreras de Dolores y Agua-Santa.

Redoblóse el contento á poco, y con él los vítores, cuando de regreso la brigada de exploración, dió la noticia de la apresurada marcha del ejército aliado en completa confusión, hacia Tarapacá, entre cuyos contrafuertes se esconde la Aldehuela que ha dado nombre al departamento del que Iquique es la principal población.

¿Y por qué esa retirada?—¿Daza faltó á la cita de honor?—¿Expuestos quedaban sin los soldados del Presidente boliviano, las del General Buendía?

No, sin duda.

El ejército aliado era superior en número y calidad al chileno:

era todo un ejército aguerrido en las revoluciones y en las pruebas de la anarquía y de la incansable demagogia de ambas repúblicas. Ejército veterano de campañas y cuarteles, cuya instrucción no se ha podido poner en duda, conociéndose sus servicios y aptitudes durante los largos años de discordias intestinas.

Pero el General Buendía era invenciblemente inepto, y no supo aprovechar las excepcionales disposiciones de sus soldados, quienes en un ataque decisivo habrían con robusto brazo cegado los laureles del triunfo. Mientras que sometidos á las penalidades de las marchas y privaciones, preferir debían, en su ignorancia, la deserción y la fuga, sin las claras nociones de la honra y dignidad nacional, ni las vergonzosas consecuencias que afectan y hieren de muerte el patriotismo.

Así concluyó la misión encomendada á esa brillante división veterana, que debía, en San Francisco, ó sucumbir, ó cavar honda huesa á los invasores en esa tierra hollada por sus plantas.

Aquellos hermosos batallones, que en ulterior batalla cubrir debían de laureles el suelo sagrado de la patria violada, la abandonaron, buscando su refugio en el collado y el desierto, y sin abrigo, prefiriendo sufrir los implacables y lentos dolores del cansancio y la fatiga, el hambre y la sed, por no arrostrar la acción en los combates, que si no prometen siempre galardones, no niegan la aureola del martirio y su sacrificio envidiable.

¿Culpar se debe, acaso, al soldado por esa ignominiosa deserción, realizada en masa, del mismo campo de batalla, dejándolo furtivamente, en silencio, con cautela y ocultándose en las tinieblas para asegurar su fuga?

No.—Marcharon las tropas en esa funesta tarde á la voz del asalto, sobre el cerro y las posiciones enemigas, á la luz del crepúsculo luminoso, que se reflejaba sobre las blancas sábanas del salitre, destacándose sus sombras de gigantes, con el ardimiento del valiente, cuyo propósito lo lleva hasta clavar su estandarte en las líneas enemigas.

La prueba de coraje fué espléndida.

¿Por qué en tal momento el toque de retirada sonó en las filas, desbaratando el denodado asalto?

¿La traición, por ventura, se deslizó artera en el campo de la

alianza, mordiendo con el agudo colmillo del reptil venenoso el alma de los jefes?

¿Es que el nefando delito de *lesa patria* asomó su lívido semblante, consumando á mansalva y con alevosía su deshonra?

No, mil veces no.

Fué el miedo, más vergonzoso, si cabe: porque no sólo repugna, por sí mismo, sino que encierra el crimen, cuando el general que manda un ejército, al que está confiada la honra nacional, lo sacrifica á su vitanda cobardía.

TARAPACÁ

Debo los detalles de esta función de armas á informaciones y datos fehacientes.

Los que han descrito la batalla, siempre parciales, ó han dado entonación épica á las hazañas de los vencedores, en la sangrienta jornada; ó han agrandado la figura de los vencidos hasta convertirlos en astros de constelaciones siderales.

Fué porfiado el combate y la derrota cruel, degenerando en bárbara carnicería.

Cayeron los heridos y prisioneros á los golpes de sus perseguidores ensañados y ebrios de matanza.

No se daba cuartel, ni tampoco se rendían los alcanzados en su fuga.

El frenesí del homicidio se hubo apoderado de las tropas, sin que jefe humanitario ú oficial compasivo lograran contener y sujetar esos letales impulsos.

Una brigada chilena, fuerte de cinco mil hombres, conducida por el Comandante José Francisco Vergara, en persecución del ejército peruano que se internó del campo de Dolores, hacia la sierra, suponiéndolo desmoralizado y deshecho, llegó el 27 de Noviembre al punto donde acampaba Buendía, en el mismo pueblecito de Tarapacá, mostrándose en lo alto de la cuesta que desciende por rápida gradiente á la quebrada.

La aldehuela está situada en un recodo que deja sobre ancha barranca respaldada en un tupido grupo de breñales, como en un plano inclinado, y allí se levantan las casas de la escasa feligresía del Curato. La Iglesia Parroquial, Casa Rectoral y unas cuantas cabañas y casas con techo de paja ó teja, rodeadas todas de cercos

vivos y árboles frutales, asomando el campanario por entre las copas de los molles, de verdes y largas hojas que parecen barnizadas y racimos de bermejos corales. Una áspera y pedregosa bajada desciende al lecho del riacho, por entre cuyos menudos y relucientes guijos, corren hilos de agua cristalina, que ya se reunen ó se separan, formando al juntarse, sobre arena límpida, anchas y delgadas linfas que reflejan las nubes y los matorrales de las barrancas.

Ocupaba el ejército peruano el fondo del valle y el ejido del pueblo, extendiendo sus líneas en las cejas de las agrupadas serranías que hacen margen al estrecho terruño.

Cuando asomaron hacia la altura de la pampa las divisiones chilenas, el toque de generala resonó imponente en el campamento peruano, formándose los batallones y avanzando á impedir el descenso de los enemigos.

Trabóse el combate terrible, desde el momento de avistarse los contrarios, teniendo que luchar al arma blanca, sobre las anfractuosidades del suelo accidentado y onduloso.

Caían los batallones chilenos acribillados á balazos, que respondían al nutrido fuego de la artillería é infantería, embistiéndoles por todos sus flancos y envolviendo sus columnas en la masa de sus fuerzas, apartándolas y separando las compañías hasta aislar á sus soldados y obligarlos á la pelea, cuerpo á cuerpo, oponiendo muchos á cada uno postrado y ultimado sin misericordia.

A las cinco p. m., después de seis horas de incesante fuego, y de una encarnizada batalla, el ejército chileno, por completo aplastado, empezó á cejar y batirse en retirada y dejar el teatro del asalto en poder del enemigo, que había sabido defenderlo palmo á palmo.

Todos los que pudieron abrirse paso por entre las tropas que les hacían retroceder, cortándoles la retirada, ganaron la altiplanicie; defendiéndose y reuniéndose alrededor de cada uno de sus estandartes. Pero otros cuerpos, que habían avanzado hasta la misma quebrada, quedaron encerrados y rodeados, y el combate tomó el aspecto siniestro de la desesperación, con toda la energía del suicidio arrogante, reclamado por la gloria de las armas y la honra nacional.

El Comandante chileno, Eleuterio Ramírez, batíase en las orillas del pueblo con las fuerzas de refresco que vinieron en auxilio del General Buendía; y viéndose cortado por todos los flancos, resolvió

apoderarse de una casa del pueblo, donde se hizo fuerte, con los que le pudieron seguir, resolviendo perecer pero no rendirse.

La lucha siguió horrible, hasta que concluídas las municiones y agonizante Ramírez, no hubo resistencia, y los combatientes penetraron al rancho que habían incendiado antes, y que entonces ardía, consumiéndose el techo de paja y trocándose su recinto en el suelo de un horno enrojecido, que devoraba los restos de los moribundos que no pudieron escapar ni ser arrancados de allí.

Cesó el combate á la puesta del sol. Sus rayos postreros alumbraron el cuadro que ofrecía el teatro de la acción.

Los ayes y lamentos de los destrozados por las balas; el relincho de los caballos; los clarines y cornetas y el ruido de los trenes de artillería; las músicas de la infantería y las charangas y fanfarrias de la caballería; la acompasada marcha de las tropas que se reunían y formaban en cada una de sus compañías y batallones, todo era tétrico, y á pesar de que había un ejército vencedor y otro rechazado y deshecho.

Celebra la victoria, el soldado, con estrépito y entusiasmo; pero la de Tarapacá, después de los primeros transportes, apenas dejó impresiones de contento en unos pocos que vitorearon á sus jefes y á su patria.

Cierta tristeza y aspecto alarmante de inquietud, dominaba los espíritus, traduciéndose en el semblante de los jefes con acentuada expresión.

A las 10 p. m., la luna opaca y turbia derramaba rayos de pálida luz que con tibios reflejos alumbraba el campo, donde inmóviles sombras se destacaban sombrías, perfilando bruscamente sus rudos contornos.

Contraídos y lívidos rostros, con ojos abiertos y cristalizados por la muerte; labios crispados por los tormentos de la agonía; carros hechos trozos y caballos tumbados de lomo y con las patas rígidas levantadas al aire; armas desparramadas; moribundos y heridos, arrastrándose sobre sus piernas ó sobre sus brazos, según que unos y otros estuvieran más ó menos ilesos; tal era el espectáculo que á la mortecina luz del astro de la noche, se mostraba sobre el agua de la quebrada, roja de sangre, retratándose los matorrales y árboles con la sombra de las casas y caminos por las barrancas en que se encierran y de las que cuelgan sus ramas.

De pronto el silencio fué interrumpido, y los aprestos de marcha empezaron; y en esas horas, y cuando el descanso, reclamado por la fatiga de la batalla, debió aconsejar la permanencia en el campo, partían los batallones y seguían el camino de la cordillera, á marcha redoblada, y por los solitarios páramos y las cuestas escabrosas, ya descendiendo á los umbrosos senos de madres de ríos de aguas termales ó mineralógicas, ó ascendiendo por precipicios que el ojo apenas se atreve á sondar despavorido.

Peruanos y chilenos, con rumbos opuestos y á las mismas horas caminaban dominados por invencible tristeza y honda somnolencia, dirigiéndose lerda y pausadamente, los últimos á Dibujo y los primeros á Camiña; buscando incorporaciones que aumentaran sus efectivos, para ponerse á cubierto de nuevos encuentros, en la situación en que se encontraban respectivamente.

He ahí la batalla de Tarapacá, que no dió triunfo completo á los peruanos; porque, aunque, rechazaron á sus enemigos, se vieron obligados á abandonar el campo y los trofeos, para confiar su seguridad á su marcha, que más se parecía á fuga del suelo en que cosecharon laureles.

Se apoderaron los chilenos después, del territorio que regaron con su sangre y cuando los peruanos le dejaron desguarnecido y abandonaron sin resistencia su último baluarte.

A los dieciocho días de penosa marcha, flanqueando las agrias serranías que cortan el llano de la altiplanicie, con sus murallas peñascosas y precipicios de profundas simas, llegaron á las playas de Arica los destrozados batallones, hambrientos, desnudos, enfermos y en número tan reducido, que apenas si llegarían á formar un efectivo de escasos tres mil hombres; habiendo quedado rezagados por el cansancio un número bien considerable y cuya reincorporación se hacia muy paulatina y por grupos muy diminutos.

El 18 de Diciembre se recibió el Jefe de Estado Mayor, Coronel Latorre, de la división expedicionaria, por la orden, reiterada con severidad, del General Montero, al General Buendía.

Esa orden revestía la importancia de una protesta contra todos los errores, impericia é inutilidad de ese general, que no supo engrandecerse y dar días de honra y gloria á la alianza.

Los cuerpos que entraron en Arica el 18 de Diciembre de 1879 fueron :

División vanguardia:—Batallones: Lima N.° 8 y Puno N.° 6; jefe Coronel Dávila.

División exploradora:—Batallones: Ayacucho N.° 3, Provisional Lima N.° 3; al mando del General Bedoya.

Primera división:—Cazadores del Cuzco, N.° 5; Cazadores de la guardia, N.° 5; jefe Coronel A. Herrera.

Segunda división:—Yepita N.° 2, Regimiento 2 de Mayo; jefe Coronel Andrés A. Cáceres.

Tercera división:—Cazadores de Arequipa, y 2.° Ayacucho; jefe Coronel Bolognesi.

Quinta división:—Batallones Iquique, Loa (boliviano), Tarapacá, Naval, Gendarmes á pie, y á caballo, Guardia civil de Iquique; jefe Coronel Baltasar Velarde.

Varios jefes y oficiales sueltos, y la maestranza.

Después del desfile, el Contra-Almirante Montero dirigióles la palabra, en los siguientes términos:

« Soldados : — Bien venidos seáis, después de la cruda y fati-
« gosa campaña que habéis hecho, en que la República ha tenido
« que admirar vuestro valor, disciplina, moralidad y entusiasmo en
« favor de la defensa nacional.

« Todos vuestros sacrificios, todas vuestras penurias de tantos
« días de prueba, los toma en cuenta la Nación, os aplaude y os
« admira. Su intérprete soy al felicitaros en su nombre, manifes-
« tándoos que está satisfecha de vuestra heroica conducta.

« Hasta hoy sólo habéis peleado la primera batalla, en que de
« un modo honroso habéis probado que el soldado peruano sólo
« necesita un buen Capitán que lo lleve á la victoria y que por lo
« demás posee todas las virtudes del buen guerrero.

« Muy luego volveréis á un teatro más vasto y á una vida más
« activa en que probaréis vuestro denuedo nuevamente devol-
« viendo á la patria el territorio que por ahora ocupa el usur-
« pador.

« Id de pronto al descanso, que la Nación entera está con vos-
« otros.

« ¡ Viva el ejército ! »

DICTADURA

La noticia de la captura de la cañonera «Pilcomayo», á raíz del desastre de San Francisco, que produjo la dispersión de los batallones bolivianos, cayó en Lima como un rayo, lastimando el amor propio nacional en sus fibras más delicadas.

Enfurecidos é irritados gritos de amotinada multitud, resonaban amenazantes, mezclándose al lúgubre tañido del entredicho de cien campanas echadas á vuelo.

Fué á media noche que apenas logróse despejar el tumulto, no sin hacer jugar contra la airada muchedumbre las armas del gobierno.

Aumentaba, entre tanto, la efervescencia y la excitación, haciéndose más peligrosa cada día.

Se transmitió la noticia de tales alarmas al Presidente, á la sazón en Arica, resolviendo por ende entregar el mando y la dirección de la guerra al Contra-Almirante Montero y embarcarse secretamente á Lima.

Anuncióse en Lima, el 29 de Noviembre, la llegada repentina del Supremo Director de la guerra.

Venía rodeado, desgraciadamente, de la ingrata impresión causada por los desastres de la armada y el ejército, y aun del triunfo de ventaja momentánea militar, conquistada en la sangrienta acción de Tarapacá, convertida en el mayor contraste, con la fuga, más bien que retirada, emprendida por la legión victoriosa entre las tinieblas de tristísima noche y por fragosos y casi impracticables caminos, abandonando ambulancias, heridos, parques, vituallas y artillería.

«El Nacional», diario de filiación civilista, muy acreditado en el estadio de la prensa limeña, en su editorial del día de la llegada de Prado, lo saludaba así:

«Por todos los poros de nuestra organización mana la sangre de nuestra vergüenza y del vilipendio que un puñado de funcionarios indignos por su ineptitud han echado sobre la República.»

Esas verdades, que debían desgraciadamente tener, á los pocos días, deplorable confirmación, con la inverosímil ausencia ó fuga del Presidente Prado, manifestaban el despecho y la exaltación de los ánimos contra la incapacidad de sus conductores.

« Necesidad de procurar elementos de guerra en el exterior y « llenar abrumadoras deficiencias en el material de la marina y el « ejército, fué el pretexto excogitado para cohonestar su partida « clandestina en el vapor de la Compañía inglesa «Paita», el 18 de « Diciembre ».

Honda sorpresa, á la par que justa indignación, causó en el Perú el hecho bochornoso. Las calles de Lima se llenaron de un inmenso gentío, que á voces pedía la renuncia del Gabinete en masa, y Jefe del Poder Ejecutivo.

Agrandóse el movimiento popular, en pocas horas, revistiendo el carácter de una asonada que iba á comprometer, indudablemente, la estabilidad de los mandatarios.

Continuó, al siguiente día, el clamoreo, siendo necesario recurrir á las armas para reducir á los amotinados.

Por fin, el 21 de Diciembre estalló la revolución, proclamando á D. Nicolás Piérola, encabezada por el Coronel Argueda, Jefe del batallón Ica.

El General Lacotera, Ministro de Guerra y Marina del gobierno constitucional, le atacó sin trepidar en su inexpugnable posición y con notable brío, sin conseguir, no obstante, dominarlo, viéndose obligado á reconcentrar sus fuerzas al palacio, por haber anochecido.

Unióse entonces al batallón revolucionario, el que mandaba el mismo Piérola, denominado «Guardia peruana», que á paso de carga, con su efectivo de seiscientas plazas, tomó posesión de los portales de la plaza principal, al frente del palacio, resguardado

por los pilares de sillería y la bóveda de los corredores ó galerías que los forman.

Rompió el fuego y lo sostuvo por más de una hora contra las numerosas tropas de línea del gobierno.

Como no acudieran á reforzarlo otros de los cuerpos comprometidos por el audaz revolucionario, ni el mismo Argueda, había dejado su posición de la tarde, encerrado, siempre, en el cuartel de la Plaza Bolívar, nombrado «Las Carceletas», se retiró por la carretera que parte de Lima al Callao, donde contaba con que se le incorporaría el batallón « Cajamarca », al mando de su conmilitón y partidario decidido, el Coronel Miguel Iglesias; y tomaría el fuerte «Independencia», antiguo castillo del Sol, donde se hallaban otros cuerpos del ejército, que reunidos al batallón traído de Lima, llegarían á formar falange más numerosa que la del gobierno, á quien se le defeccionaron sus jefes, cuando supieron el pronunciamiento del Callao y que la mayor parte del ejército rodeaba al caudillo de la revolución.



General LACOTERA
Ministro de Guerra y Marina

Los jefes de las fuerzas de Lima hicieron presente al General Lacotera, en términos respetuosos, la resolución que habían adoptado de someterse al nuevo régimen, invitándole á retirarse del palacio, que debía ocupar el vencedor con todo el aparato y honores correspondientes á la Magistratura Suprema de que venía

investido, y que se confirió el mismo Piérola, en decreto de 23 de Diciembre, firmado en el Callao.

Abandonó Lacotera el palacio de los Virreyes, erguido, sin manifestar quebranto alguno en su carácter y espíritu, más duro que el acero de su valiente espada, atravesando, con planta varonil, los grupos hostiles y que despreciaba soberanamente, no torciendo su camino, ni verificando un solo movimiento discordante, aun cuando uno de esos cobardes, asesinos anónimos, le hiciera varios tiros de revólver, á boca de jarro, y que no dieron en el blanco venturosamente.

Con el General Lacotera desapareció de la escena del Perú el tradicional militar esclavo del deber, y que dió tanto viso y renombre al viejo ejército de Lamar, Santa Cruz, Salaberry, Gamarra y Castilla.

Piérola, en el solio, dirigióse escoltado por numerosos batallones á Lima, donde hizo su pomposa triunfal entrada de César ungido por su autoridad propia, el 24 de Diciembre de 1879, á las 7 p. m.

Desfiló á la cabeza de su ejército, por la plaza principal, entre el repique de las campanas echadas á vuelo y las aclamaciones de pueblada ebria y turbulenta.

El blanco caballo, bañado en sudor y soportando penosamente la sofocación del gentío, que trabajosamente le abría paso, sacudía con fatiga y enojo sus largas crines, ostentando en su nervudo y ancho lomo al jinete que se destacaba con el uniforme de Coronel de Hulanos, con su casco de acero, botas granaderas y casaca gris recamada de oro.

Ocho batidores abrían la marcha, acompañándole varios jefes y particulares, personalmente adictos á él, y un regimiento de caballería que cerraba á retaguardia el cuadro, á unos cien metros del resto de las tropas.

Desmontóse en el patio del palacio, al pie de la escalera de honor que conduce á sus regias galerías interiores; donde fué recibido en brazos de sus paniaguados y cortesanos, que desde ese momento fueron las mariposas destinadas á girar en torno del astro, cuyo fuego les confortaba y vivificaba entre sus llamas.

El júbilo del banquete opíparo cubrió de rosas y jazmines los crespones que enlutaban la bandera de la patria, en el fatídico y

amargo duelo de sus desastres bélicos. Las promesas de una venganza proporcionada á la magnitud del agravio y humillación de las derrotas, hacía sonreír de orgullo, y alentaba los corazones, acariciados por la esperanza de una próxima reivindicación y revancha, tan escarmentadoras como sangrientas.

Entregóse el Perú, entero, á la ilusión de una segura victoria, suponiendo en el flamante y vanidoso Dictador las condiciones de energía é inteligencia requeridas en situación tan difícil como extrema. Se recordaba, que á bordo del « Huáscar », hizo armas contra dos buques de la marina inglesa, el « Shah » y el « Amethist », que pretendieron su captura en aguas de Pacocha, alzando en alto el pabellón nacional. Ese antecedente de dignidad y bravura daba relieve y confianza en sus aptitudes, para ejercer las facultades extraordinarias de su cometido supremo.

El General en Jefe del ejército peruano de operaciones en el Departamento de Tacna, Contra-Almirante Lisandro Montero, reconoció, sin vacilar, la autoridad del Dictador, y la hizo acatar por todas las tropas aliadas y los funcionarios de las plazas donde tenía sus reales.

El país todo aclamó á Piérola, entregándole sus destinos y su honra.

Piérola, « Dictador », llevó al gobierno de su patria, en su crítica situación, en vez de la austera virtud del modesto republicano y la abnegación personal, que coloca por sobre todo la igualdad y libertad de sus conciudadanos, esa lúbrica concupiscencia de mando, irritada en las acerbas contrariedades del egoísmo y la ambición, desarrollados sin escrúpulos, sobre los peligros de las conspiraciones y las intrigas del que ha acechado incansable y por largo tiempo, y con impaciencia, la hora de tomar por asalto el mando y que logra su intento hasta más allá de lo que hubo podido aspirar, en sus devaneos de la mayor ambición.

El despotismo y desacierto con que gobernó el Perú, así lo demostraron, cuando bañada en sangre y lágrimas cayó la infortunada Nación, en manos de su envanecido y desapiadado conquistador.

Con Piérola, se inauguró el sistema de la adulación y el favoritismo en el gobierno.

Hay en la zoología política de los pueblos un ejemplar de

bípedos implumes, cuya elástica y flexible complexión, se amolda á todas las actitudes imaginables, y que cualesquiera que sean las posiciones en que se encuentre su cuerpo, su alma está siempre de rodillas.

Los novelistas, poetas é historiadores de todos los tiempos, los han descripto, usando los términos más agrios de la indignación y el desprecio, á nombre de la humana honra ultrajada y de la sacrílega degradación de nuestra noble especie.



DON NICOLÁS DE PIÉROLA
Dictador del Perú

El despotismo monárquico, en contubernio con la reyecía del derecho divino, engendraron el raquítico sér que en el cuerpo social es tan peligroso, como el bacterio en los intestinos.

Tiene el genérico nombre de *cortesano;* sea monarquía ó república donde se le encuentre; sin duda por aquello de que en la tibia atmósfera de los palacios perfumados con el incienso de la lisonja, buscó su medio ambiente, y los poderosos fueron el único objeto de sus ardientes solicitudes.

Para esta *especie,* el sol no tiene rayos tan fecundos y brillantes como las miradas cariñosas del magnate, y no hay fruición comparable á la que experimenta ese reptil, si la sonrisa baña el semblante del objeto admirado y enaltecido.

El cortesano, en fin, vive, como la salamandra, dentro del fuego del chisme y la adulación; espiando con mirada celosa el efecto

que produce en el ánimo, si quiere perder á algún rival ó las ventajas que ha de sacar para sí, como gaje de su envilecimiento.

Compadezcamos á los adulones, lebreles mansos que engordan á la sombra del favor, porque es imposible imaginarse nada más cruel que el tormento de verlos condenados á girar en torno del ídolo dispensador de gracias; infelices Sísifos, que llevan sobre sus hombros, sin cesar, la roca de la humillación, á la montaña soberbia, para verla rodar de nuevo á los abismos de la deshonra.

El gobierno del Dictador, gobierno de los cortesanos y los favoritos, puso en manos de los más cobardes, ignorantes é ineptos, todos los elementos de fuerza y energía que debían utilizarse en la resistencia y triunfo de sus armas. Proscribió militares de importancia, estadistas de talento, patriotas probados; y eliminó aquello que le podía causar emulación ó sospecha de algún prestigio, ó importar algún valer propio, sin recibir la luz del astro y girar en torno suyo como su satélite.

Maridaje espúreo que dió á luz el monstruo de la conquista y la sumisión de la república conquistada.

La dictadura y el favoritismo fueron, pues, los aliados más preciosos de los chilenos en la guerra del Pacífico.

ÁNGELES

La Ciudad de Moquegua está situada al pie de un sistema de cerros, flanqueados por agrias quebradas que sirven de cauce torrentoso á las aguas pluviales que se escurren de las altas cimas. Moquegua, tiene viñedos, y una vegetación bastante abundante. Clima suave, y tierras cultivadas aunque su población no sea muy numerosa.—Población vieja con toda la fisonomía de las ciudades coloniales.—Asiento más bien de hacendados y agricultores dependientes de éstos.

En el recinto de la ciudad y su ejido acampó una división de tropas peruanas, cuyo mando le fué conferido al Coronel Gamarra, vulgarmente llamado *Gamarrita*, entre sus parciales y amigos. Hombre de aspecto vulgar, de feo rostro, y de harta fama como valiente y caudillo, sin que hubiera dado más pruebas que algunos actos de arbitrariedad cometidos siempre que tenía algún mando ó estaba empleado en condiciones de poder despotizar á sus semejantes.

Apenas Piérola se hizo Dictador del Perú, revolucionariamente, llamó á Gamarra á Lima, para darle el comando de las fuerzas formadas en el punto antes indicado. Gamarra juró ser el Atíla de los chilenos, arrojándolos del territorio de su patria, escarmentados, y haciendo girones de la bandera tricolor con la Estrella solitaria de los aborrecidos araucanos.

Publicó proclamas, é hizo juramentos de morir ó vencer con el último de sus soldados.

El General Baquedano, que creía de gran importancia destruír todo elemento que quedara á su retaguardia una vez que se pro-

ponía destruir el ejército perú-boliviano, concentrado entre Tacna y Arica, tomó una división de su ejército para conducirla personalmente y batir las fuerzas de Gamarra. La división á sus inmediatas órdenes pertenecía á las tres armas, siendo la de su predilección la de caballería, de la que fué jefe desde su adolescencia.

Apenas Gamarra sintió la aproximación y la supo de la división chilena dejó el pueblo de Moquegua, y trepó con todas sus fuerzas, que pasaban de 2000 hombres, al inaccesible Cerro de los Ángeles, primera estribación del sistema orográfico que tengo antes mencionado. Este Cerro se alza como una pirámide, para casi esconder su cima en las nubes. El cuerpo del coloso está grietado por casi toda la mole y ofrece grandes dificultades en su ascensión no teniendo más que senderos casi impracticables entre las rocas y peñascos que lo forman. En la misma cima se vén y observan ruinas de esas fortalezas primitivas con que los indios y aborígenes trataban de disputar el dominio de su suelo á los conquistadores hispanos, y á los mismos guerreros de los incas que reunieron todas las razas dispersas del Perú y constituyeron la Nación incásica.

El General Baquedano tomó todas las precauciones militares aconsejadas por la prudencia, la previsión y sus inspiraciones tácticas, como general amaestrado en los campos de batalla. Destacó sus cuerpos por diferentes lugares; llevando por las riscosas veredas de las quebradas una parte de su infantería, algunos cañones, y apoyando la división de caballería en algunos piquetes de la infantería bien disciplinada, y cuya costumbre de trepar montañas en las minas, les daba las destreza suficiente para hurtarse al peligro, y hacer uso desembarazadamente de sus armas.

Cuando se enfrentaron las fuerzas de unos y otros, peruanos y chilenos, y se rompió el fuego, el avance de los últimos se hizo casi incontenible, no obstante el riesgo y peligros á que se vió expuesta la división chilena, que en momentos parecía aplastada por sus adversarios.

Si el esfuerzo de las tropas peruanas hubiera sido secundado por el brío verbal de su comandante el célebre Coronel Gamarra, la división chilena estaba perdida, por la posición de las fuerzas de su comando, y logrado habría dejar la retaguardia chilena de los atacadores ó del ejército operatriz de Tacna y Arica, comprome-

tiendo seriamente el éxito de toda la campaña. Pero no fué así. Después de algunas horas de combates parciales, tocó retirada Gamarra, escoltado por fragmentos de sus tropas, sin cohesión, ni disciplina alguna, destruída por el empuje de la derrota.

No hay duda que, aunque no pueda darse el nombre de batalla á este asalto sobre el Cerro de los Ángeles, es una función de armas que honra al jefe que mandaba las fuerzas de Chile, á los jefes que le obedecían, y á los soldados que con tanta intrepidez afrontaron el conflicto, sin medir, ni pensar, en los elementos contra los cuales tenían que luchar.

He ahí, descripta por uno de los jefes, la titulada Batalla de los Ángeles.

El escenario para mí es desconocido, teniendo que valerme de los informes que se me han suministrado, sin que inspirara esta narración en las páginas dedicadas pomposamente por Vicuña Mackenna á la hazaña de la jornada.

Si hay alguna inexactitud en mi relato no me puede ser imputable, pues que mi propósito al intercalar este cuadro entre los demás que tengo trazados, es el de no olvidar nada que pudiera hacer presumir ó dar lugar á la suposición de parcialidad en favor de alguno de los contendientes.

DESTITUCIÓN DE DAZA

Soportó Daza con pasmosa impavidez y superlativa desvergüenza los motes de cobarde y traidor, fulminados contra su inexplicable contramarcha de Camarones, en los momentos solemnes de librarse batalla, cuyo éxito hacíase depender de su presencia en el campo de la acción.

Soberbio é invulnerable á los ataques, no obstante lo indisimulado de su desprestigio, veía con exaltación iracunda, desvanecerse en el ridículo la confianza que al principio de la campaña inspirar supiera su ponderada pericia y valor.

Pedía á gritos Bolivia la inmediata é ignominiosa destitución del soldado cobarde.

En el Perú, las manifestaciones del más profundo desprecio se sucedían contra él, sin consideración alguna.

El ejército de su mando sentía odio, á la vez que recelo, temiendo ser víctima de sus prevaricaciones y felonías. El del Perú considerábale su peor enemigo y serio obstáculo al logro de los patrióticos propósitos de expulsar al invasor del profanado suelo.

No siéndole posible ya debelar la falsa y anómala posición en que habíase colocado, y que se hacía, momento á momento más azarosa, decidióse á conspirar contra la alianza y romperla, una vez que engañado hubiera al jefe del ejército coaligado, mostrándole la simulada conveniencia de su marcha al litoral boliviano, por el interior, para desalojar las fuerzas chilenas é inutilizar las ventajas conseguidas, hasta entonces, por la fortuna de sus armas.

Creía, muy de buena fe, haber paralizado ya, y sorprendido con sus descabellados planes de pueril invención, al Contra-Almirante Montero, en quien recayó el mando del ejército aliado, á pesar de la alta jerarquía del déspota boliviano; y ya se disponía á tomar cruenta venganza sobre los pueblos mediterráneos de la república, que se imaginaba gobernar todavía, y sobre los jefes que no le eran adictos.

La rebosante fruición que llegó á experimentar á la idea de no hallar obstáculo á sus siniestros designios, le hizo proferir indiscretamente en recriminaciones y amenazas, recogidas, con escándalo, por sus mismos favoritos é íntimos consejeros. «Verá recién Bolivia lo que es un tirano»; vociferaba ebrio de rencor y enojo. « Con mis cañones Krupp, desharé barricadas y demoleré ciu- « dades rebeldes». ¡Guay de los revolucionarios y demagogos!, exclamaba. — Y recorría á pasos de hiena la estancia, apretando los puños y mesándose nerviosamente la escasa y recia barba.

Sus edecanes, silenciosos y mustios, le contemplaban atemorizados, y sin atreverse á dirigirle la palabra.

Resolvió, por fin, en la mañana del 27 de Diciembre, despedirse del General Montero, y encaminarse para ello á Arica, y tomó el tren ordinario de la mañana. Acompañáronlo algunos altos empleados del ejército, hasta la estación, y fueron con él su secretario privado Vázquez, ecuatoriano de nacionalidad, y algunos jefes de su particular devoción.

A poco, las revelaciones de la intención y proyectos del tirano imbécil, reunieron alrededor del jefe más prestigioso, el Coronel Camacho, á todos los militares y hombres políticos que formaban parte de la administración, en campaña, de las divisiones militares bolivianas, para deliberar acerca de la gravísima situación por la que atravesaban, y que podía aun culminar y hacerse insuperable si no se la conjuraba oportunamente.

No trepidó nadie, un solo instante, en aceptar, como único remedio, la *incontinenti* destitución del soldado traidor.

Ofreció, cada jefe, la incondicional obediencia de sus cuerpos respectivos, y todos eligieron al Coronel Camacho como Comandante del ejército sublevado; dirigiéndose en seguida á sus cuar-

teles, para formar los batallones y pronunciarlos contra el ignominioso régimen.

Sólo podía temerse la resistencia del batallón 1.°, más comunmente conocido con el nombre «Los Colorados», porque la adhesión á Daza era fanática é incontrastable; pero coincidió con el pronunciamiento, el que el batallón hubiera en esa mañana dejado su cuartel y dirigídose á orillas del río á tomar un baño, y aunque iba armado carecia de municiones, no ofreciendo, por ende, peligro que ocasionara efusión de sangre y la pérdida ó dispersión del mejor cuerpo de línea del ejército.



Coronel ELEODORO CAMACHO
Comandante del ejército sublevado

Hecha la revolución, su jefe les intimó su acatamiento y sumisión, á lo que se prestaron, no sin reclamos y murmuraciones subversivas de muchos soldados, expresados en alta voz.

Refiérese que Daza regresaba á Tacna, al día siguiente, muy satisfecho del resultado de sus intrigas diplomáticas, cuando en el instante de partir el tren diéronle la noticia de la sublevación de sus fuerzas y su caída. Volvió apresuradamente á ver al General Montero, para exigirle que por la fuerza le restituyera en la posesión del mando que la revolución había sustraído á su poder y á su dominio.

El Coronel Camacho, entre tanto, comunicado había al General Montero la destitución revolucionaria del Presidente, que infli-

giera afrenta á su patria con su sacrílego proceder y criminal conducta.

La contestación del pundonoroso y leal Contra-Almirante, aceptando las consecuencias de la revolución, puso el sello al acontecimiento, de ejemplo laudable y de suprema moralidad.

Daza, malgrado su situación, hubo de conformarse con haber siquiera salvado la vida, aunque por la casualidad de haber tenido al tiempo de emprender regreso, noticia de la revolución; de otro modo habría caído en manos del escuadrón «Murillo», que atalayaba el tren, dispuesto á sacarlo del coche y fusilarlo sin conmiseración.

Las comunicaciones oficiales telegráficas que informan del plausible acontecimiento, son las que se transcriben:

« Señor General Montero.—El ejército boliviano ha desconocido « la autoridad del General Daza y se pone á mis órdenes y yo « á las de V. S., para cumplir nuestro deber en defensa de la « alianza.

« El ejército boliviano saluda á V. S., y en su persona al heroico « y valeroso ejército de su hermana aliada.

« Sírvase V. S. transmitir este suceso á S. E. el Doctor Piérola. « ofreciéndole el homenaje de nuestros respetos.—*Eleodoro Ca-* « *macho.* »

« Excmo. Señor Piérola:—Destituído General Daza.—Orden en el « ejército.—Saludamos á V. E.—*Eleodoro Camacho*, Comandante « en Jefe del Ejército boliviano.—*Belisario Salinas*, Secretario « general».

Copio una carta de Daza reclamando al General Montero la devolución de su ejército:—« Arica, Diciembre 28 de 1879.—El Presi- « dente de Bolivia, Capitán General de sus ejércitos, á S. S. el Señor « Contra-Almirante D. Lizardo Montero, Jefe Superior, Político y « Militar de los Departamentos del Sur.—Señor:—Invitado por el « Señor Prefecto Doctor Zapata, para venir á este puerto para una « conferencia privada con V. S., con el objeto de acordar opera- « ciones militares precisas sobre el enemigo de la alianza, vine ayer « en el ordinario de las diez de la mañana.

« La conferencia se verificó entre los tres y en ella acordamos « solamente que V. S., con el ejército peruano, avanzaría sobre el

« enemigo por la vía de Camarones y que yo, como Capitán Gene-
« ral del Ejército, por la vía de Calama, entrando de paso á
« Bolivia.

« Y habiendo observado que V. S. necesitaba de la ratificación
« del Excmo. Jefe Supremo de esta República, para que dicho
« acuerdo se llevase á cabo en el acto, V. S. aceptando mi observa-
« ción, envió ayer mismo un extraordinario á Lima para recabar
« del gobierno esa ratificación.

« En esta virtud, regresaba á Tacna á disponer la marcha; y
« estando ya embarcado en el tren, recibí un recado de V. S. y con
« sorpresa se me participó, al propio tiempo, que en Tacna había
« tenido lugar un motín de cuartel con el objeto de deponerme del
« mando de las fuerzas y poner en mi lugar al Coronel Eleodoro
« Camacho.

« Semejante nueva no la creí por el momento, porque jamás he
« podido imaginarme siquiera que hubiese tan perversos é infa-
« mes bolivianos para complacerse en arrojar lodo al rostro de la
« patria, y tratasen de hundirla en semejante escándalo, por lo
« cual insistí en mi regreso que pudo impedirlo el ilustrado razona-
« miento del cumplido caballero Comandante Maclean.

« Hoy, informado minuciosamente del suceso del día de ayer y
« de la situación en que se hallan tanto el ejército boliviano como
« la población de Tacna; y también en cumplimiento de mi deber,
« así como en resguardo de mis derechos en el carácter que invis-
« to de Representante Constitucional de la Nación aliada, participo
« á V. S. de todo para que se digne remediar los graves males que
« se precipitan vertiginosamente, y que al no conjurarlos en su na-
« cimiento serán de consecuencias sensibles.

« El motín escandaloso encabezado por el Coronel Camacho y
« apoyado por unos cuantos jefes desleales, ha sido sólo una ale-
« vosa sorpresa al ejército y un engaño perverso para sepultar en
« la vergüenza la honra de la nación que me ha confiado sus
« destinos. Todos los cuerpos de infantería se hallaban fuera de
« sus cuarteles en aseo, y por consiguiente sin un cartucho de mu-
« nición para castigar el grito de rebelión que lanzaban aquellos á
« quienes ayer, generoso, en lugar de castigar su cobardía é inep-
« titud que han desprestigiado las armas bolivianas, les estreché las

« manos y los arranqué de la picota de la vergüenza pública en la « que se habian colocado. Y por esto, es que actualmente los « cuerpos de línea, sin tener como hacerse respetar, se hallan, no « acuartelados, sino custodiados por los que apoyan esa turba « embriagada en su infamia y felonía, exasperando así al soldado « que con abnegación y verdadero patriotismo ha venido á defen- « der la honra y autonomía de la nación y no á acechar ocasiones « para desmoralizar y pervertir los sanos instintos del ejército, « porque sus almas son tan mezquinas que no se sobreponen á « ruines ambiciones.

« Así, pues, y conociendo que en este estado en el que se halla « el ejército puede no muy tarde ocasionar un desborde que po- « dria poner en serios conflictos á la población de Tacna, es que « deseo que V. S. con el tino y sagacidad que le caracterizan, res- « tablezca el orden turbado, dejando que el ejército *que clama* « *por mi presencia* obre con absoluta libertad é independencia y « no sugestionado por los traidores á Bolivia.

« Debo también hacer presente á V. S. qne el Gobierno de « Bolivia verá como una resolución traidora el hecho de ayer, « pues él no me ha retirado sus poderes para que delegue el « mando del ejército boliviano, y antes bien, esa Nación me reco- « noce como su legítimo jefe, y sus ejércitos de ella obedecen mis « órdenes.

« ¿Y cómo V. S. podrá consentir un desacato que ultraja al Perú « y que al frente de su ejército se cometan tales escándalos cuya « desmoralización puede ser contagiosa? ¿Reconocerá V. S. al « sedicioso que le falta y amenaza?

« En esta virtud declino sobre esos traidores toda su responsabi- « lidad si por parte del ejército boliviano no se cumple con exac- « titud lo acordado entre V. S. y yo como Capitán General el día « de ayer; y espero, sí, que V. S. tomará las medidas que crea con- « venientes, aparte de las que me he permitido indicar, para la « tranquilidad y seguridad de la población de Tacna, así como « para que los amotinados restablezcan el orden legítimo y no pre- « cipiten al ejército á un hecho más escandaloso.

« Y suplicando á V. S., se digne participarme las medidas que « tome, me suscribo de V. S. atento y S. S.—*Hilarión Daza.*»

La contestación del General Montero no se hizo esperar.

« Arica, Diciembre 29 de 1879. — Señor: Ayer, muy tarde, he « recibido la importante comunicación de V. E. de la misma fecha, « por la que se sirve participarme los sucesos militares que han « tenido lugar en el ejército aliado acantonado en la ciudad de « Tacna.

« El acontecimiento de que me informa oficialmente V. E. es de « suyo tan grave y trascendental que no es posible aventurar cali- « ficativo alguno sin que el Supremo Gobierno de Bolivia, á quien « desde luego lo he participado por conducto del Encargado de « Negocios del Perú, se sirva dar á esta Jefatura Superior las con- « venientes explicaciones sobre un hecho en el que afortunada- « mente para el nombre de V. E. queda por completo excluído de « toda responsabilidad por el acto mismo de haberle negado obe- « diencia el ejército que se ha subordinado al Coronel D. Eleo- « doro Camacho.

« Mientras tengo el honor, pues, de resolver con el Gobierno de « Bolivia y con V. E. en la parte que le concierne, la situación ex- « cepcional en que han venido á colocarse los intereses de la « alianza, he creído conveniente asegurar el orden de la localidad « disponiendo que el ejército boliviano salga á ocupar cantones y « la.... división del Perú se establezca mientras tanto en la ciudad « de Tacna.

« Con el sentimiento de la más alta consideración y particular « estima tengo el honor de suscribirme de V. E. atento y S. S.— « *Lizardo Montero*.—Excmo. Señor Capitán General Hilarión « Daza.—Presente. »

No habiendo logrado nada con el reclamo tan inconsulto como fuera de toda esfera legal, despidióse de los pueblos de Tacna y Arica y del Ejército peruano en un manifiesto que textualmente trascribo por su originalidad.

« Á LOS CULTOS PUEBLOS DE TACNA Y ARICA

« La ingratitud y deslealtad han cortado por ahora mi vida pú- « blica y mi carrera consagrada al bienestar de dos naciones alia- « das.

« Me retiro del centro de las operaciones militares no á vegetar « sino á preparar el manifiesto que debo á estas repúblicas herma- « nas y á las demás que nos miran, sobre el escandaloso motín del « 27 del pasado. En él traeré á la memoria todos los anteceden- « tes y acumularé los documentos que satisfagan.

« Pero al alejarme llevo una deuda honrosa que guarda mi co- « razón y que mis hijos la tendrán como la más sagrada: sincero « reconocimiento á las distinciones y respetos que he merecido « del ejército peruano, así como á la generosa simpatía que me han « prodigado, sin distinción de clases sociales, los nobles pueblos « de Tacna y Arica.

« Bien quisiera ocupar un lugar humilde en las filas peruanas, « porque es digno y honorable combatir entre intrépidos patriotas « que con desprecio rechazan toda traición, porque sus bravos je- « fes no tienen delitos que ocultar con un crimen mayor. Pero « debo alejarme para que la fétida baba que arrojan mis enemigos « en su despecho, les caiga en su propia cara.

« Muy profunda es mi gratitud al ejército y á la sociedad, « pues he visto en ambos un verdadero sentimiento por lo que « sufro en la negra ingratitud, más denigrante que la del *mal* « *apóstol*. Y es porque el primero ama y da real mérito á las « virtudes cívicas, y la segunda es modelo de nobles hijos y vir- « tuosas hijas.

« En la nueva escena que se representa ya ha principiado á ex- « hibir bien sus papeles en la multitud aduladora que forma el cor- « tejo asfixiante de los nuevos personajes.

« Y sobre todo aquellos difamadores de profesión que agotan « los dicterios que fecundizan la calumnia, que idealizan la infa- « mia y que su objeto es tiznar, aunque no produzcan mancha. « Pero es una ventaja que se quiten la careta que los disfraza, « aunque siempre al través de ella se ve la lobreguez de esos es- « píritus ruines y sus solos nombres bastan para arrojarlos al des- « precio.

« Que sigan desgarrándose el corazón aquellos que ayer me « llamaban padre y hermano y con fingidas lágrimas de gratitud « recibían *el pan que les daba;* que continúen despedazando mi « nombre y reputación todos esos escritores *de taberna* que la

« mano de Dios los tiene abatidos y humillados arrastrándose
« sobre su pecho como la víbora maldita; que no cansen los trai-
« dores de mancillar la honra de la patria para que cosechen sus
« frutos.—Sí, esto es valor, es nobleza, es caballerosidad; pero es la
« nobleza y el valor de los réprobos.

« ¡Compañeros de armas!—Mi pensamiento acompaña á vos-
« otros por el sendero del deber cumplido que seguís y de las glo-
« rias que vais á adquirir.—Y si alguna vez mi débil espada la
« reputáis útil para salvar la honra del país ó vuestros derechos
« conculcados, á vuestro lado estaré.

« ¡Nobles peruanos de Tacna y Arica!

« ¿Qué os puedo dejar?—*Las lágrimas de la gratitud* y mi
« anhelo por que lleguen las ocasiones de hacer conocer mi sincero
« reconocimiento por vuestra elevada conducta para conmigo.—
« *H. Daza*».

El documento inserto es, sin duda, una notable pieza en su estilo y en los dislates y el cinismo que ostenta, digno del ignorante y malvado criminal á quien una inmerecida fortuna le hizo persuadir que todos los hombres eran semejantes á él en hipocresía y corrupción y que la mentira debía ser el único y diestro lenguaje de la política en el poder.

Así terminó esa indigna y sangrienta farsa de gobierno, á la que Daza dió relieve funesto y desgraciado.

El Coronel Camacho daba cuenta, al propio tiempo, á su país, del movimiento operado en el ejército y que dió en tierra con la ominosa tiranía del soldado felón;—decía:

« Conciudadanos:

« El ejército de la patria ha salvado el honor que le habíais con-
« fiado.

« La tranquila y pacífica destitución del General Daza, por el voto
« solemne y unánime del ejército nacional, bien lo sabéis, conciu-
« danos, ha obedecido á los deberes ineludibles y á los nobles im-
« pulsos del patriotismo de todos los señores Generales, jefes, ofi-
« ciales y soldados residentes en este cuartel general.

« Los extravíos y absolutismo del General Daza habían sobre-
« pasado el límite de cuanto era posible tolerar.

« La tumba de la patria estaba abierta y junto á ella sólo se alza-

« ba erguida la siniestra figura del que no era ya, ni el hijo de Bolivia, ni el conductor del pabellón nacional.

« Ante tan doloroso espectáculo no podían, no, los ciudadanos « armados para la defensa nacional, los encargados de velar por su « honra, los que han jurado morir antes que verla mancillada; no podían permanecer impasibles haciéndose cómplices con su silencio « y resignación en las desgracias que comenzaban á precipitarse « sobre el país todo con doloroso menoscabo de los derechos é « intereses de la alianza.

« Y no podían, no, los soldados de Bolivia, tornar sus armas con- « tra Bolivia, habiendo jurado morir una y mil veces antes que lle- « var la desolación y el luto al seno mismo de sus hogares, antes de « llevar una muerte infamante al corazón del pueblo consumando « la eterna deshonra de la patria.

« Vosotros nos diréis si hemos cumplido nuestro deber.

« Nosotros sólo sabemos que la patria, su honra y sus derechos « son nuestra vida y nuestro corazón.—Que soldados de la patria, « sólo lo somos de la patria.—Que nuestra conciencia nos señaló « el único camino en el que con paso firme y resuelto y con la fren- « te serena nos encontramos hoy día obedientes y sumisos á la ley « y voluntad del pueblo boliviano.—Amigos: El ejército no tiene « más deber que vencer ó morir en defensa de la alianza.—Os ase- « guro y prometo que este deber será cumplido, contando, como « contamos con vuestro firme y poderoso apoyo.

« Sin la cooperación de todos, absolutamente de todos los boli- « vianos, acaso sería difícil la salvación de Bolivia.—Por fortuna, « cambiada ventajosamente nuestra situación, podemos hoy asegu- « rar el triunfo que debemos esperar confiados del valor y del pa- « triotismo, de la moral y disciplina de nuestros heroicos defenso- « res.—Debéis estar orgullosos de su acendrado civismo y de la « manera digna y noble con que en el día de ayer dieron la más elo- « cuente prueba de su amor á la patria y de las virtudes que hoy « los recomiendan ante nuestro propio país y ante el generoso pue- « blo aliado y hermano y que mañana los harán aún más dignos de « la santa causa que defendemos.—Compatriotas: En tanto que el « Supremo Gobierno Nacional designe al jefe que ha de reempla- « zarme en el puesto en el que inmerecidamente me ha colocado la

« honrosa confianza de mis compañeros y que he aceptado por las « circunstancias del momento; os aseguro que sabré cumplir con « mi deber, para llenarlo después, como el último soldado de Boli- « via en la guerra de la alianza contra Chile.—Os saluda vuestro « compatriota y amigo—*Eleodoro Camacho.*—Cuartel General en « Tacna á 28 de diciembre de 1879.»

NARCISO CAMPERO

He ahí uno de esos hombres que languidecen, sin brillo, en un medio ambiente contrario á su riquísima complexión moral.

Austeridad de costumbres, rigurosa práctica de las leyes del honor y la dignidad; sumisión á los preceptos ineludibles, y por ende, más difíciles de cumplir con el deber en sus múltiples manifestaciones y modalidades, son los principios y elementos que han formado su carácter y la incontrastable energía de su espíritu.



General NARCISO CAMPERO

En un país, azotado por las discordias civiles y consuetudinarios motines de cuartel; donde el patriotismo se quiebra y las virtudes democráticas más firmes escollan; un hombre como el General Campero, es una de esas fisonomías que parece que saltaran de su marco, sin confundirse con aquellas que las guerras intestinas elevan y deprimen

alternativamente. El sereno resplandor del verdadero mérito, que se manifiesta en medio de esas sociedades constituídas sobre las sólidas bases del orden y la paz, desaparecen entre las llamaradas del voraz incendio de las discordias cívicas.

El leal y noble valor, no tiene, sin duda, tan intensas luces, siquiera sean fugitivos meteoros, como las que irradia la ambición y audacia, cuando las corona el éxito y sus resultados solicitados á la casualidad ó á la fortuna.

En Campero todo se equilibra y es, por decirlo así, isocrónico.

Su ecuanimidad es el fiel de la balanza.—Nada ha debido, en su carrera pública, al acaso ó eventualidades de acontecimientos imputados ó suscitados en ocasiones heteróclitas.

Desde su infancia se sacrificó á las exigencias de una educación llena de dificultades, en razón de su paupérrimo estado.

Cuéntase, que hijo de noble prosapia, recibió en sus primeros años las mercedes de la heráldica estirpe, cubierta su cuna de blasonado paño con acuartelados escudos. Agrégase que la abnegación de la familia materna arrancólo al secreto de su nacimiento para prepararlo, más bien, incógnito y desconocido con los sufrimientos y privaciones por la lucha de la existencia, é infundiéndole la firmeza de la resignación.

Mitigó sus penalidades, en la santa consagración al trabajo que le proporcionara los medios de lograr los frutos obtenidos á fuerza de constancia y de conducta.

Un marqués de chapa, negado ha tenido que haber su orgullosa paternidad, favoreciendo al hijo con el disimulo de liberalidad hipócrita, en acto de beneficio doméstico galardonable á condición de antigua servidumbre.

Así transcurrir debían los años de su niñez y de sus preliminares estudios.—Colegial, logró llegar á la adolescencia laureado, alcanzando las borlas de Doctor, en la Facultad de Leyes, mediante penurias que no las calcula la imaginación que mide la impaciencia del postulante, por el tiempo que se paraliza y los minutos que se cuentan en la desesperación de onerosos términos y que es fuerza dejar transcurrir.

El joven abogado vistió el uniforme militar, para procurarse al

servicio de su patria, una carrera de más lucimiento y gloria, en armonía con sus legítimas aspiraciones.

En el cuartel y sometido á las fatigas de la disciplina, obtuvo ascensos y recompensas, debidas á su valor en los combates y á su ilustración y rectitud en el consejo.

Su nombre resonó por sobre el de sus compañeros de armas; y halagar pudo su fama el amor propio más exigente, aspirando al concepto de patriota y militar, capaz de sostener con su espada la honra nacional, la firmeza de las instituciones republicanas y su misma independencia.

Fué á Europa, á estudiar y perfeccionarse en la noble carrera que había abrazado, y visitó los colegios de Saint-Cyr y la Politécnica de París.

Concurrió á las batallas de la «Guerra de la Crimea,» y formó parte de las guarniciones francesas de la Argelia, batiéndose con los africanos rebeldes de la Colonia.

Regresó á Bolivia, en las postrimerías de la Presidencia del General Jorge Córdova, y en vísperas de la revolución de Septiembre de 1858 que entronizó la Dictadura del Doctor José María Linares.

Ocupó, en ambas administraciones, puestos públicos elevados. distinguiéndose por el respeto á la ley y su templanza en el gobierno, hasta ofrecérsele de modelo y predilección en cada vecindario.

Un grandioso ejemplo de su peculiar manera de comprender el cumplimiento del deber militar, que raya en lo sublime, aún sobre el heroísmo de Guzman el Bueno, en el sitio de Tarifa, es el de haber preferido ser fusilado en la ciudad de Potosi, por resistirse á firmar la orden de rendición de la Casa de Moneda, reclamada por una revolución, siendo Comandante General y Prefecto del Departamento.

Estallada la revolución, encerráronse en la casa aludida, que es semejante á una fortaleza, cierto número de soldados y empleados, para resistirla, mientras vinieran auxilios del Gobierno legal.—Campero, reducido á prisión é intimada la perentoria orden de entregar la fortaleza de la Moneda y la fuerza, so pena de ser pasado por las armas, se negó á ello.

No vaciló el General en optar por el extremo de ser sacrificado.

Se levantó el patíbulo, y fué conducido á él con todo el aparato

militar, que le daba el carácter de una formal ejecución. Formóse el cuadro; cargáronse los fusiles en presencia del sentenciado, y dióse la voz ejecutiva de fuego, que resonó simultáneamente con la descarga.

El Coronel soportó la prueba con estoica indiferencia.—Y si el cruento sacrificio no resultó consumado é inmolada la víctima, fué porque se habían propuesto los revolucionarios probar el temple del soldado, con el bárbaro simulacro:—lo fusilaron con *cartuchos de fogueo.*

No desmintió, en ese momento solemne, presumido el postrero de su vida, la energía arrogante de su indomable espíritu.

Levantóse del *banquillo,* después *de fusilado,* sin proferir expresión alguna que revelara la más insignificante de sus íntimas sensaciones.

He ahí cómo se consagra el deber militar con el sacrificio de la vida.

Pero no es ese el solo acto en su carrera, llena de hazañas y abnegaciones.

El General Manuel Isidoro Belzú, cuya tiránica dominación en su patria lo hiciera su adversario, regresó de Europa para encabezar una revolución, fraguada por sus numerosos y fanáticos partidarios.

Cuando se encaminaba á La Paz secretamente, lo supo Campero; y como le eran conocidos los planes que traía para gobernar á Bolivia, y sus ideas administrativas de principios comunistas, pretendiendo sobreponer la canalla á la gente de posición y á los capitalistas, no dudó ofrecer su espada á Melgarejo, cruel tirano, dueño del poder, pero no sistemático, ni capaz de producir el desquicio social y la anarquía de castas, y lo que era más, en su concepto, la confección autoritaria de un sistema de gobierno, montada la máquina administrativa sobre elementos muy fáciles de mantener y vigorizar, dándoles la consistencia de su indefinida perduración, con los intereses vinculados á su resistente organización.

Melgarejo era un Presidente de aventura, al que el embate popular, en el mejor día, y cansado de su estúpida y voluntariosa dominación, echaría por tierra; no así la calculada del tirano, que hacía estudio de los medios que emplear pensaba, para remachar los gri-

llos de fierro sobre los brazos de cada uno y de todos los ciudadanos é hijos de su patria.

En muy pocos días, Campero hizo la marcha de Tacna á Oruro, donde encontró á Melgarejo con su ejército.

Entre tanto, Belzú había llegado y sublevado La Paz, y formado apresuradamente un ejército que debía, tras formidables barricadas, rechazar á Melgarejo y vencerlo.

Los brazos de millares de indígenas y cholos, que adoraban en Belzú, una divinidad política, semejante á los dioses de la teogonía pagana, se empleaban activamente en la construcción de las trincheras y en la apertura de zanjas que dificultaran el paso de las falanges melgarejistas.

Formáronse cantones en las torres de las iglesias y edificios más culminantes.

Los hombres de armas acudían á millares á organizar batallones para cubrir las barricadas.

En las primeras horas de la nebulosa mañana del día 27 de Marzo de 1865, mediada la estación del verano, dulce en ese clima, frío y húmedo, dejóse ver Melgarejo en el alto de la ciudad, desde donde se descubre La Paz, hacia el fondo de la profunda cuenca de accidentado y onduloso suelo, ostentando sus rojos edificios de granito, cual innúmeras colmenas de incalculable cantidad de celdas, á la distancia en que se divisan, diseminadas sobre las torrenteras y madres de las quebradas que se descuelgan de las más elevadas é inconmensurables montañas de la real cordillera, que ciñe la ciudad con la gigante cadena argentífera, formada de las enormes moles del Illimani, el Illampu, Huaina, Potosí y Mururata.

El eco de las campanas, tocando entredicho, llegaba espirante al real melgarejista, y advertíase la agitación y movimiento de la población como la de un hormiguero; pues que desde tal punto, en el plano de la población, apenas divisarse pueden las moradas de sus habitantes como un tablero de ajedrez y á éstos como hormigas.

Hizo Melgarejo disparar un cañonazo cargado con bala rasa, sobre la población, y avanzaron sus tropas por los flancos de la barranca, donde penosamente se arraigan árboles espinosos y raquíticos, casi iguales á los enanos arbustos que penden, sin lozanía, de sus cimas perpendiculares.

Retumbó el cañonazo á la manera de un trueno, é inmediatamente los batallones empezaron á descender hasta el plan. La artillería y caballería tomaron el camino labrado en la cintura del cerro para la carretera.

Desde el Panteón, donde comienza el llano, el tiroteo de avanzadas, de una y otra parte, rompió, hasta que los atacantes se enfrentaron á las primeras barricadas.

Las tropas que llevaban el ataque, sobre las primeras boca-calles fortificadas, después del primer empuje, se rindieron, é hicieron causa común con sus contrarios.

Venían á cada momento más alarmantes las noticias al General Melgarejo, de la defección de sus tropas, que en su mayor parte confraternizaban ya con los belcistas.

No le quedaba nada que hacer.

Solo, á la cabeza de unos pocos coraceros de su escolta, y en compañía del general Campero, expectaba ansioso el lúgubre cuadro de su destino.

Amartilló una pistola, resuelto á hacerse saltar el cráneo de un balazo, cuando Campero, sujetando su diestra, le dijo: « A morir matando, General.—Vamos al Palacio.—Ese es nuestro lugar ».

Melgarejo comprendió la magnitud del consejo, y decidido á seguirlo, se encaminó en su compañía al Palacio, con sus pocos coraceros fieles.

Belzú, desde uno de los balcones que dominan la plaza de armas, ebrio de regocijo, recogía con avidez las manifestaciones de que era objeto.

En esto apercibió á los Generales Campero y Melgarejo, que se dirigían al Palacio.—Saludólos, cual si se apresurara á recibir su pleito homenaje.

Desmontaron en el patio, y empezaron la ascensión de las gradas, para dirigirse al salón donde estaba Belzú, cuando el Teniente Coronel Machicado, edecán de Belzú, se les interpuso, apuntando con un rifle á Melgarejo.—Cogió el arma Melgarejo por el cañón, desviando la puntería, mientras Rufino Carrasco, soldado, sargento de su escolta, inmolaba al militar.

Después, y sin vacilar, abrió la puerta del salón, apareciendo al lado de Campero.—Belzú salió al encuentro de ambos, y abrió los

brazos como para recibirlos en ellos, pero Melgarejo rechazó el abrazo, y descargó su revólver sobre Belzú, que holgaba con sus cortesanos, y lo mató.—Al mismo tiempo tomó en sus hercúleos brazos el tibio cadáver del momentos antes vencedor, y con estentórea voz dijo á la muchedumbre que hervía y se agitaba en la plaza, arrojándolo entre ella:—«He ahí, vuestro ídolo. ¡Viva Melgarejo!»

Un viva proferido por las tropas, tornó en triunfo la derrota.

No de otro modo Don Pedro de Castilla, el Cruel ó el Justiciero, arrojó á los bilbaínos el cadáver macerado por Juan Diente, de su hermano Juan, que por intrigas pretendió hacerse nombrar Señor de Vizcaya, por sobre la real voluntad y en su desdoro.

Melgarejo recibió el homenaje de las tropas, poco antes enemigas, y continuó de Presidente, sin querer recordar la infidencia de sus oficiales y jefes, pero acentuando señaladamente su acto de arrojo inusitado, sobre las calientes cenizas del caudillo más influyente que ha tenido Bolivia, entre la parte de la clase media y el populacho.

Ahora bien: — ¿A quién se debió la hazaña de Melgarejo, digna de ser encomiada entre las más atrevidas que registra la historia de las guerras civiles, como hecho de valor casi fabuloso?

Sin duda ninguna á Campero, que impidió el suicidio de Melgarejo, y le infundió su marcial arrogancia, acompañándole á una muerte, casi cierta, en manos de un enemigo prepotente.

¿Hay algo de más heroico?

Sólo el haber sido *fusilado,* como lo fué años atrás en Potosí, cumpliendo su deber y en honra de su carrera.

Encontraría, sin esfuerzo, aún, hechos notables recientes é igualmente gloriosos en su fecunda vida pública, semejantes á los referidos, pero los creo bastantes para hacer conocer al Jefe de las armas aliadas antes de la batalla de Tacna.

Concluiré este boceto, para ilustración de su nombre esclarecido, con las palabras del mensaje que presentó á la Asamblea de su patria, cuando en el solio repetía á los representantes de 1881, á los dos años después de la batalla de Tacna, las palabras del General Sucre, Primer Presidente de Bolivia, aplicándolas á la guerra del Pacífico: — « Aun pediré otro premio á la Nación y á sus repre-
« sentantes:—que conserven por sobre todos los peligros y sacrifi-
« cios la integridad é independencia de Bolivia ».

BATALLA DE TACNA

A los seis y medio kilómetros de la ciudad de Tacna, en una meseta de la altiplanicie, que gradualmente se encumbra desde la playa del mar hasta las nevadas cumbres de las montañas de la real cordillera, se abre el campo que las repúblicas aliadas en la guerra del Pacífico, eligieron para dar batalla decisiva al ejército de Chile que á etapas cortas avanzaba sobre sus reales.

Dióséle el nombre de «Alto de la Alianza».

La estructura geológica de esta región, entre el gran Océano y los Andes, es por demás rara y caprichosa.

Líneas visibles y fuertemente marcadas por accidentes de la naturaleza, aislan y separan sus distintas zonas.

El valle ameno y suelo fértil, se corta de repente y disputa á las estepas y las sábanas de arena, donde es inútil buscar hasta las yerbecillas parasitarias que la acción del tiempo mineralogiza y que cubren de un verde sin brillo y triste los escasos montículos de tierra que surgen en algunos espacios de esos tan dilatados desiertos.

El arenal perpetuamente sediento y abrasado por un sol de fuego ó envuelto en las glaciales nieblas de la noche, aprieta, entre sus fajas rígidas, las risueñas vegas de Calana, Pachia y Pocollay, que diseminan en sus barrancosas veredas, las huertas alegremente arboladas y regadas por las purísimas aguas del *Huchusuma,* conducidas del corazón de la sierra al través de puentes, canales y calicantos, hasta derramar sus cristalinas linfas en los vergeles y florestas de la vega.

Puede compararse ese territorio, bordado por vegetación inmar-

cesible y perenal, y de peñascosos arenales, á las soledades del Asia, en las que sobre polvorosos médanos revientan oasis en cuyas sombras se abreva el viajero que se aventura en los letales desiertos.

Desde lo alto de la *Portada,* veinte kilómetros distante de la ciudad, última jornada de los viajeros que vienen del interior de Bolivia, y que atraviesan, á esa altura, la cordillera, por el *Tacora,* divísase el mar y el valle, alternada la perspectiva con las playas áridas y las mustias ramblas.

Una brusca abertura de las montañas, desgarradas en sus cuerpos de granito, por las convulsiones terráqueas, pone al viajero al frente de ese sublime espectáculo.

El mar se dilata luminoso, como un inmenso espejo, hasta confundir su movible superficie con el cielo, y formar una sola argentífera lámina inconmensurable, de azulado cristal que se esconde en las líneas confusas del horizonte, hasta allá, donde alcanza la vista en su mayor proyección visual.

Por la superficie sin límites de la bóveda celeste, el mar reverbera y emite luces y relámpagos de claridades, en veces tímidas, ó de intenso deslumbramiento, y se contempla la tierra, orla obscura que engarza en marcos de esmaltes brillantes, las ondas y el firmamento confundidos.

El sol refleja en la tierra y en las aguas prismáticos colores, hasta que mueren sus rayos en las sombras vagas é indecisas del crepúsculo.

Se prosigue el viaje, en un camino accidentado, con estática admiración, bajando á las quebradas; y la retina conserva en su cámara luminosa, por mucho tiempo, la impresión del cuadro que ha dejado de contemplar.

Después, á obscuras ya, se percibe el rumor de arroyos precipitados en cauces artificiales, que las represas obligan á encauzarse en las acequias de mampostería, hasta abandonarlas en la llanura.

Aun hay, por mucho tiempo, que salvar barrancos húmedos y gredosos, tierra suelta y quebradas pedregosas, sembradas profusamente de arbustos espinosos y matorrales que gatean entre las quiebras, entrándose después en una meseta orillada por huertos,

que forman calles de árboles frutales, hasta desembocar en la misma ciudad.

A mediados de Mayo, la proximidad del ejército chileno hacíase cada momento más angustiosa y apremiante.—Establecido había su real, tres semanas ha, en las Jaras, á una escasa jornada del «Alto de la Alianza».

Apenas el General Campero fué reconocido como Jefe del ejército aliado, su primer medida fué elegir el teatro de la acción, buscando en las posiciones estratégicas la manera de equilibrar las ventajas del número de las fuerzas enemigas y su armamento de muy superior calidad, al de sus adversarios.

Dejó el ejército aliado, por orden del Presidente de Bolivia y jefe de sus armas, los risueños valles de clima regalado, para ocupar el desierto y rudo arenal sin sombras y sin abrigo.

Pasó allí revista de sus tropas.—Mandó su castrametación, los ejercicios y evoluciones de batalla, para probar su instrucción y disciplina.

Distribuyó sus fuerzas en divisiones para prevenir y rechazar todo asalto y eventualidad en el crítico momento de la esperada liza.

Nombró los jefes que debían comandarlas, situando la masa de de sus 10 mil hombres en las faldas del Intihorcco, (Cerro del Sol), cuyos ribazos caen por especie de ramblas ó dunas achaparradas á la pampa, donde pudieran desplegarse libremente, resistiendo ó avanzando, según las alternativas de la batalla.

El hasta entonces jefe del ejército boliviano Coronel Camacho, fué destinado al ala izquierda, habiendo confiado la derecha al Contra-Almirante Montero, que mandaba el del Perú; y el centro al Coronel Castro Pinto, boliviano, dejando la reserva al mando del Coronel Ildefonso Murguía, jefe del renombrado batallón «Colorados», guardia pretoriana de aquel Daza, que rehusó, cobarde y traidor, comparecer á la cita que el honor de su bandera le hubiera hecho, emplazándole al campo de Dolores, donde en el Cerro de San Francisco se libró uno de los primeros combates de tierra entre los beligerantes.

Quedó organizado el Estado Mayor General, con su jefe el veterano y valiente General Juan José Pérez.

El amanecer del 25 de Mayo fué fecundo en rumores de próximo combate.

Vióse avanzar el ejército chileno desplegado en columnas cerradas y en orden de batalla hacia el punto de «La Quebrada Honda».

Pasó el día en los preparativos y precauciones de discreta previsión, revisándose el armamento, distribuyéndose municiones, desplegándose guerrillas y desprendiendo pelotones de observación para vigilar el movimiento del enemigo.

Hacia las seis de la tarde tuvo el General Campero la noticia de haber acampado el General Baquedano en las pendientes de la antes mencionada quebrada; posición poco estratégica, pero obligada etapa, donde prepararse podría en refresco el ejército que fatigado no hubiera combatido vigorosamente.

El velo gris de la niebla cubre el desierto y sus tupidos pliegues lo envuelven, quitando á los sentidos su natural ejercicio, apenas el sol desciende al ocaso y las sombras caen enturbeciendo la atmósfera.

El General Campero concibió, no obstante, el plan de sorpresa sobre el real chileno, que habría sido de efecto decisivo, si se logra.

Convocó á Consejo de Guerra y expuso su proyecto, que fué aceptado por unanimidad.

Organizó las divisiones dotándolas de los prácticos ó guías que debían indicarles el camino.

Dióse la orden y rompieron la marcha los entusiastas batallones vivando la alianza.

A poco advirtieron que el camino no tenia rumbo ni seguridad. Las masas de hombres se movían dentro de esa espesa nube que se llama *camanchaca* y que los enceguecía y desorientaba. El frío, entre tanto, congelábales la sangre y entumecía sus miembros entre dolores que sólo puede imaginar el que los ha sufrido.

Más tarde, aun, la embriaguez ó el vértigo de la pampa, que hace girar locos los sentidos, fingiendo horizontes y lugares donde no hay más que el vacío y la soledad, se apoderó de los descarriados; postró sus fuerzas sucumbiendo á la impresión de las grandes distancias recorridas y á la fatiga del arenal que duplica el cansancio en el lecho movedizo de guijarros menudos y arena deshecha.

Frustrado el plan de sorpresa y destrozadas las divisiones de

los aliados, que vagaron toda la noche alrededor de su mismo campamento, sin acertar con su mismo derrotero, por un mar muerto y negro, los jefes agitados trataban de reunir en punto fijo sus columnas. Encendiéronse fogatas para atraer las dispersas falanges, sin tener ni en cuenta el peligro que podría suscitar, siendo mayor aun el que corrían entregados á sus cálculos é iniciativa débil y aislada.

Cuando el alba con sus luces doradas y róseas desgarró la niebla y comenzó á disiparse, viéronse las tropas cerca de su anterior campamento y apenas algunos de sus cuerpos alejados en grupos más ó menos numerosos que no habían perdido su instintiva cohesión.

Fué, á esa hora, necesario mover las masas de hombres y reunirlas encaminándolas á sus posiciones de la víspera, sin darles respiro ni descanso; insomnes, famélicas, sedientas y postradas de cansancio.

Veíase á los primeros rayos de un sol ardiente, el vivo reflejo del acero de los yataganes de las tropas chilenas, que como un torrente de acero derretido que arrojaran los colosales moldes de crisoles en ebullición sobre la roja arena, empujando con fuerza de marea sus azuladas corrientes, se extendían en el campo y avanzaban siempre como impetuosa creciente.

Luego se fijó lentamente el reflejo, dividiéndose en líneas paralelas de fuego que se apagaban ó inflamaban, según que las ondulaciones del terreno las ocultaran ó exhibieran alternativamente.

Alumbrada, al fin, toda la llanura por el sol de una mañana despejada, destacáronse las sombras que parecían agigantarse en la visual de un lente de aumento, formándose en lienzo inconmensurable y movible, cuerpos en marcha, multiplicado su número por la reproducción de maravillosos espejismos.

La visión se producía, así como si una enfurecida sierpe de plateadas y relumbrantes escamas se retorciese, encogiéndose y empinándose ó arrastrando su desmesurado cuerpo sobre el nervioso y agitado pecho, ó extendiéndose ó alzándose sobre su cabeza monstruosa y sus irritadas y formidables mandíbulas.—Espectáculo que hiela y enardece, produciendo todas las emociones del peligro mortal que se cierne sobre los campos de los ejércitos que se aprestan al combate.

Retumbó un cañonazo con estruendo horrísono, y su pavoroso eco repercutió en el cóncavo de las montañas.

La artillería de los aliados enviaba su saludo á las huestes de Láutaro.

Era de obligada cortesía contestar el altanero reto; y desde ese momento las siniestras salvas continuaron en ambos campos durante media hora: unas conmoviendo las líneas de los ejércitos enemigos y derramando torbellinos de arena, donde hervían y se sepultaban los férreos proyectiles; otras haciendo cruentas victimaciones y abriendo claros sangrientos en ambas filas.

Cesó de pronto el fuego, y el solemne silencio no se interrumpió en casi otra media hora, como si el horror de la próxima catástrofe, de antemano presumida, suspendiera los ánimos antes de comprometerse la tremenda liza.

Estrechábase á cada instante más la distancia entre ambas líneas.

El ala izquierda de los aliados rompió el fuego sobre una fuerte división contraria, que acometía de flanco.

Millares de relampagueantes nubes envolvieron á los adalides, y dejóse oír un trueno sordo, cuya indefinida é incesante prolongación manifestaba la energía y continuidad de las descargas.

Dió así principio la batalla á las nueve a. m.

Irradiaban las centellas; culebreaban y se expandían en la longitud de la línea de ambos ejércitos formados en escalones, imitando, el chileno, la figura de una media luna de extremos agudos y gruesa latitud en el centro, donde la reserva acampaba arma al brazo, pero sin movimiento y fuera de tiro.

Arreciaba la tempestad en una dilatada zona, brotando nubes de la superficie y elevándose á la atmósfera, como si invertido se hubiera el orden de la naturaleza y alterado de pronto las leyes que la rigen.

Había el combate llegado, en el meridiano, al período de su mayor algidez é intensidad.

Se arremolinaban los batallones rechazados ó deshechos, buscando su incorporación, instada valientemente por sus jefes y oficiales. Caían columnas enteras sobre la caldeada arena, mojándola con su sangre.

Heridos, dispersos y muertos presentaban en el campo el más

conmovedor de los espectáculos que puede ofrecerse á la humana contemplación.

El ejército chileno, entre tanto, si perdía terreno, lo recobraba en seguida, con la frecuencia y aumento de sus cargas y sus tropas.

Los aliados peleaban y caían sin reemplazo. Sus filas se adelgazaban más, mientras más espesas se hacían las chilenas con sus refuerzos.

El Coronel Camacho, que sostenía la posición más comprometida de la batalla, tuvo necesidad de solicitar auxilio de la reserva.

Vióse entonces destacarse de la izquierda una falange de bravos que fueron el objeto de la admiración de los combatientes.

Avanzó el batallón «Colorados», en irreprochable formación de parada, hasta encontrar las fuerzas enemigas que cargaban victoriosas, en ese momento, casi sobre la misma línea de los aliados, y cual ola incontenible de hierro y fuego que en su vorágine arrastrar debía á sus contrarios, los envolvió en sus filas hasta clavarlos con sus formidables bayonetas.

Parecía que el batallador espíritu de Bolivia, la Nación de las heroicas tradiciones militares, y cuya honra debía representar el afamado cuerpo en ese día, había tomado posesión en cada uno de esos atletas de la batalla.

Llegó, en su empuje, hasta apoderarse de la batería chilena que acompañaba á su división dispersada.

La caballería araucana, en tanto, disponíase á dar formidable carga contra el batallón triunfante, escalonándose y arrojando sus escuadrones con todo el ímpetu de la vertiginosa carrera.

Pero el batallón boliviano evolucionó bajo una nube de metralla y balas, á la manera del campo de instrucción, formando cuadros, y recibió la carga de la caballería bayoneta calada, en la primera fila, y fuego graneado que en su centro reventó como un volcán.

Destrozados los escuadrones, empezó el batallón á replegarse en retirada, sin perder su formación, no obstante haber caído la mayor parte de sus oficiales y jefes, y verse reducido á un simple cuadro por la pérdida casi total de su efectivo de seiscientas plazas.

Ya no había remedio ; la batalla finalizaba.

Sucumbía la alianza al número de sus contrarios, puesto que el valor se disputaba la palma en ambos ejércitos, á tal grado, que si la bravura de los soldados en el campo chileno rayaba en lo inverosímil, el denuedo con que combatían los aliados era asombroso é infundía respeto.

Cuando comenzó el desbande de la pavorosa derrota, el campo quedó sembrado de víctimas de jefes y oficiales chilenos y de peruanos y bolivianos.—El General Pérez, el Coronel Ravelo, el Coronel López, Dr. Vargas Lloza, Mac-Clean, Mendoza, Barriga, Reina, Alcázar, y otros, del ejército aliado, heridos; el Coronel Camacho, que debió su vida á la Providencia; Murguía, y tantos y tantos valientes como éstos.—Del ejército chileno, Martínez, Torreblanca, Arraigada, Santa Cruz, Molina, Bouquet, Jarpa, Olivos, Javar, y la tropa en un número relativamente enorme, cuya proporción no se puede medir por el de combatientes.

Visitando el campo de batalla al poco tiempo después, sentí una emoción tan profunda, que, sin darme cuenta, las lágrimas arrasaban mis mejillas.—Conocía y amaba á muchos de los que cayeron como buenos en la jornada.

¡ Cuánta historia dolorosa se encierra en cada víctima! ¡ Madres que han perdido sus hijos, esposas sus esposos, padres sus hijos!

¡ Qué triste es la contemplación del campo después de la batalla!

La victoria del ejército chileno le dió la posesión de Tacna y la de Arica, que, ó con muchos sacrificios ó nunca, rescatarán los peruanos, sus señores y dueños.

Completaremos el cuadro de la batalla con la descripción que el General Campero hace de ella en el informe que presentó á la Convención de Bolivia:

« Me dirigía—dice, en una parte del aludido informe,—en esos
« momentos al ala derecha, y en una pequeña eminencia me en-
« contré con el General Montero, que venía hacia el centro.—Nos
« detuvimos allí un instante, por ser un sitio á propósito para ob-
« servar en su mayor extensión el campo de batalla. Era grandioso
« el cuadro que se presentaba á nuestra vista, y no pudimos me-
« nos que permanecer absortos en su contemplación.

« Quisiera poder describirlo con los mismos colores y variados

« matices con que se ofreció á mi vista. En nuestro costado dere-
« cho, donde el combate no era todavía muy encarnizado, el ala
« de nuestra línea y la izquierda del enemigo presentaban el as-
« pecto de dos inmensas fajas de fuego como envueltas en una
« especie de niebla iluminada por los tintes del crepúsculo de la
« mañana. El centro, donde obraba con más vigor la artillería
« enemiga, ofrecía el espectáculo de un confuso hacinamiento de
« nubes bajas, unas blancas y otras cenicientas, según que las
« descargas eran de Krupp ó de ametralladoras. En el costado
« izquierdo, donde el combate era más reciamente sostenido, no
« presentaba sino una densa obscuridad, impenetrable á la vista,
« pero iluminada de momento á momento, como cuando el rayo
« cruza el espacio en noche tempestuosa. El tronar era horrible,
« ó más bien, no se oía más que un trueno indefinidamente pro-
« longado. En su conjunto, era arrebatadora la contemplación de
« ese cuadro maravilloso, á pesar de la íntima convicción de que
« su fondo no contenía otra cosa que la desolación y la muerte
« disfrazadas con deslumbrantes ropajes. »

MONTERO Y CAMACHO

Viéronse erguidas en las líneas de la batalla dos bizarras y marciales figuras; el rostro sereno, desafiando fieramente á la muerte:— Montero y Camacho.

Hombres de pecho de acero y corazón de diamante, cuyos músculos de bronce no se estremecían en el peligro. Augusta representación del honor nacional, batíanse impasibles al frente de sus indomables legiones.

Rugían las bombas en el aire saturado de fuego y pólvora. Estallaban las granadas como rayos matando masas de soldados. Retumbaba el cañón con fragor horrísono, ensañándose en las cada instante más tenues líneas del ejército. Era un infierno de destrucción y exterminio. Arrastrábanse los soldados por la fatiga y el hambre. Los heridos agonizaban al llameante sol, en la arena caldeada, rotos los huesos y la carne despedazada y empapada en sangre. Y el espíritu de los ínclitos varones no desfallecía. A la cabeza siempre de sus tropas, salía la voz ronca de la garganta, reanimando la gente y comunicándole ese fuego y brío que transmite el jefe al soldado con su coraje.

¿Quién admirar no supo la majestad sublime de esos leones de la guerra que imponían respeto y entusiasmo?

Ardía como enrojecida fragua el campo. Falanges enemigas pululaban por momentos, acometiéndose furiosamente y ensañándose en los cuerpos palpitantes de los que sucumbían aplastados por los mortíferos elementos. La metralla destrozaba sin resistencia. La consigna de no dar cuartel se cumplía inexorablemente. Ya no se peleaba; se asesinaba. Los dos héroes, entre

tanto, no dejaban el campo. En sus rostros empalidecidos por la fatiga, manifestábase la resolución de no cederlo y morir.

Era la altiva protesta del valor contra la fuerza, de la energía contra el número, cuya consecuencia se llama sarcásticamente éxito.

Ayax enderezando los puños crispados contra los dioses, asido á la roca azotada por la tempestad.

Cambronne, de aquel carnavalesco Waterloo, lanzando al impávido rostro de los conquistadores victoriosos la histórica palabra de supremo desdén y sarcástico despecho que tan bien define la gloria del triunfo inmerecido.

Herido Camacho mortalmente, y arrebatado Montero en el torbellino de la derrota, quedó grabada en la memoria de las generaciones la brillante efeméride, que consagra *ad majorem patriæ gloriam* el nombre de los dos héroes.

ARICA

Está situada Arica en playa desigual y arenosa que afecta la forma de anfiteatro en la parte baja y asciende por rápida gradiente hacia la altiplanicie, desparramando en los escasos paños de tierra que descubre el médano, como si exhibiera un cuerpo á medio desnudar, vegetación de arbustos enanos y leñosos; matorrales que se agazapan y esconden en las barrancas como si temieran á la inclemencia de los vientos del océano y los temporales de la cordillera.

El mar, ora tranquilo ó alborotado, según que lo azote la tormenta ó lo serene y aduerma la calma, desliza sus ondas á la ribera, que la besan amorosas, ó se deshacen en espumas hirvientes sobre los escollos de la rompiente.

Arica no es hoy un pueblo alegre y bullicioso como Tacna, magüer las descripciones ponderosas de la fertilidad de su suelo, su vida y actividad se limitan al comercio de importación para Bolivia.

Forman su población, empleados, proveedores de las salitreras de Iquique, que hacen engordar reses en los valles de Lluta y Azapa, y dependientes de las casas mercantiles de Tacna.

Una gran mole de rocas y peñascos conglomerados se eleva de la línea de los escollos á orillas del mar, verticalmente, hacia la serranía, última estribación de una cadena que se interna hasta encontrar la espina dorsal del continente, en la real Cordillera de los Andes. Es el Morro, cortado á pique, agrietado en partes, bruñido y lucio en otras, que parece, más bien, la obra de las generaciones, á la manera de las Pirámides de Egipto y mausoleos

de los Faraones, que el alumbramiento geológico que lo ha producido. De las grietas ó heridas abiertas en el cuerpo del gigante se desprenden y cuelgan amarillentas y tísicas plantas que el viento, saturado de emanaciones salitrosas, orea, sacudiéndolas y haciéndolas temblar sobre sus frágiles raíces.

Antes del terremoto de 1868, Arica tenía campiñas risueñas; los pámpanos cubrían los techos de las *chimbas*, especie de huertos ó quintas pequeñas de hortalizas y árboles.

La ciudad poseía edificios y cómodas moradas, con jardines.

Pero concluyó aquel cataclismo con todo, hasta transformar en estéril la tierra que dejó cubierta de turbio limo y de arena, arrasando huertos y matando la campestre vegetación.

Los testigos del pavoroso desastre refieren, en expresiones enternecedoras, el tristísimo drama, remontando sus inolvidables recuerdos al amanecer de aquel 13 de Agosto funesto, cálido y bochornoso, raro en el invierno de ese clima.

Avanzaba el día, y se recuerda que una inexplicable inquietud ó presentimiento secreto se iba apoderando, poco á poco, de todos los vivientes.

Se sentía pesada y sulfurosa la atmósfera.

El cielo, que no tiene nubes y es siempre raso y luminoso, se empezó á velar con masas de vapores que corrían, sin que ráfaga de viento las impulsara.

El mar, sin olas, fué retirándose lentamente á horas extrañas al reflujo, en lúgubre silencio, hasta dejar vacía su profunda cuenca, abandonando en seco los peces, que se revolcaban agonizantes.

A las 5 p. m., hora que aún no es la del ocaso y el sol no apaga sus luces en la cristaliua superficie del océano, tiñéndola con los arreboles y matices dorados de sus moribundos rayos, caían las densas tinieblas de una noche anticipada, sin astros y tan negra como el mar.

Un espanto y horror, inconcebibles é inexplicables, oprimía la respiración y erizaba los cabellos empapados en frío sudor.

Las piernas se resistían á todo movimiento y las facultades humanas, que son las armas que Dios ha dado á la humana criatura para combatir con las fuerzas con que la naturaleza amenaza su existencia, desaparecían ó se paralizaban.

Se imploraba á la Providencia y se pedía misericordia, desconfiando del poder de la razón y de la inteligencia, para buscar los medios de salvación dentro de los naturales, contra los fenómenos que sumergir pretendían en el caos el universo.

Pero aún el dolor y la desesperación de la criatura y los efectos del misterioso peligro no se habían exaltado hasta el paroxismo.

Osciló lenta y pausadamente la tierra, primero, repitiendo el sacudimiento con tal ímpetu y violencia, que hombres, animales, edificios, en confuso choque, cayeron en tierra, que se abría y levantaba como si ignoto volcán hiciera fermentar su levadura de fuego en toda su extensión y en todas y cada una de sus moléculas y materias y se partieran en cráteres enconados, ó el espíritu de la destrucción les hubiera poseído, comunicando al suelo su formidable y loca proyección.

A ese sacudimiento sucedió otro, y después otros que desde la playa al mar conmovieron é irritaron el oleaje levantando espumosas montañas sobre la costa oscilante, cubierta de ruinas para completar su obra de exterminio.

Un solo grito de angustia y congoja supremas se escuchó entonces, proferido por millares de bocas y por sobre el espantoso ruido de las olas y los estremecimientos de la tierra,

El mar, el mar..... corramos al Morro!!

El miedo aflojó los músculos y la parálisis é inmovilidad de los aterrorizados seres el instinto de conservación les prestó fuerzas y energía para lanzarse hacia los cerros á buscar asilo contra el demente y proceloso elemento.

Pasó esa eterna noche entre las crepitaciones del suelo y los intercadentes bramidos del océano azotado por el huracán.—Un pálido sol, más bien una brasa de fuego sin reverberaciones reflectivas ni aureolas, apareció al naciente alumbrando con luz mortecina ó esfumando el espeluznante espectáculo de ruinas y hombres idiotizados por el terror.—Cadáveres mutilados y deformes; árboles descuajados y desarraigada vegetación envuelta en el polvo, en la arena y en el limo vaciado de las entrañas del mar; peces muertos á millares; buques tumbados y deshechos y el mar bajo una capa espesa de espuma hirviente y sus aguas

descompuestas como si las hubiera envenenado la cólera de los desencadenados elementos.

Los animales sobrevivientes, mustios, completaban el cuadro.

La palidez lívida y el frío de la sangre eran los síntomas del dolor humano y su pasmo en presencia de esa incomparable catástrofe.

No asomaban las lágrimas á los ojos enjutos, ni subían los sollozos del corazón á la garganta y á los labios.

Parecían los vivos fantasmas y plagios de los muertos, condenados á contemplarse en sus propios mortales despojos.

Esa atonía embrutecedora tuvo sólo fin cuando, restablecido el equilibrio, dejó de temblar la tierra á los tres días y la mar tornó humilde á su lecho, besando obediente la playa en señal de sumisión á la voz omnipotente que le trazó límites y le ordenó no pasar de sus orillas.

Reconstruyóse después Arica por aquella ley superior á toda revisión del peligro, cuando ha desaparecido en una ciudad abatida continuamente por los cataclismos.

Todos los pueblos destruídos al embate de los terremotos ó fenómenos geológicos, resurgen de sus ruinas, teniendo por cuna sus mismos sepulcros. Y es que el amor al suelo atrae y las dificultades de la vida en el extrañamiento del lugar donde se nació, prestan valor para resistir á la timidez de un nuevo siniestro y le comunican el ánimo y la resignación para afrontarlo.

Cuando estalló la guerra, se artilló el puerto, fortificó la playa, los cerros y el Morro, con baterías de calibre mayor para resistir cualquiera tentativa de desembarco.

Después de la batalla de Tarapacá, el ejército aliado que ocupaba la plaza de Arica, se reconcentró en Tacna y se dispuso que una división peruana de cerca de dos mil hombres guarneciera el puerto.

Confiado fué el mando en jefe de la plaza al ínclito anciano, el ilustre Coronel Bolognesi.

En esa legión cúpole ocupar un puesto honroso al marino Moor, jefe que fué de la fragata « Independencia », perdida por él en el desconocido escollo de Punta-Gruesa, presintiendo, sin duda, el homérico fin que le reservaba el destino y que rescató gloriosamente

el nombre y fama de militar denodado de que gozaba en su patria, comprometidos en el desgraciado naufragio de su poderosa nave.

El 26 de Mayo, día de la batalla de Tacna, quedó Arica incomunicada del ejército, de tal manera, que no se supo hasta pasados dos días el desastre del Alto de la Alianza.

El telégrafo enmudeció á la una p. m., después de comunicar que los batallones chilenos se retiraban en dispersión.

Un extraviado del ejército de la alianza llegó al día siguiente comunicando que las tropas perú-bolivianas, desalojadas de sus posiciones, se reunían en Pachia y era inminente una nueva batalla.

El silencio hacía presumir un desastre y así lo estimó Bolognesi, que, desde ese punto, se contrajo á tomar todas las medidas y hacer todos los preparativos de resistencia para salvar el honor de la bandera más bien que con la esperanza quimérica é inverosímil de victoria.

Se construyeron, por la parte de tierra, parapetos en los bastiones ó fuertes, rodeándolos de minas que debían estallar, encandecidas por una red de alambres eléctricos.

Distribuyóse la fuerza entre Moor, que defendía con sus marinos el Morro y los demás jefes.—Se confió á Inclán la operación de cubrir las cortinas de los fuertes dominantes, y á Ugarte las baterías rasantes de la playa.

El 28, á la claridad del día, apareció en su fondeadero toda la escuadra bloqueadora, empavesada y las dianas vibraban causando viva sorpresa en la plaza.

El 5 de Junio aproximóse el ejército chileno comandado por el Coronel Lagos y desplegó cinco mil hombres hacia las lomas y cerrilladas que orillan las quebradas de Azapa y Cacha-Lluta.

Cuando el Jefe chileno hizo montar sus baterías para proteger el avance de su infantería y caballería y se disponía á bombardear por mar y tierra la plaza, envió un parlamentario intimándole rendición.

Presentóse el Mayor Salvo, con el mensaje del General Baquedano, ofreciendo á la guarnición la garantía de la vida si se rendía á discreción, no sin representar la superioridad enormísima de sus elementos de guerra y fuerzas, que hacían imposible todo fracaso,

siendo aconsejada la intimación por el sentimiento humanitario y para evitar la efusión de sangre, tan abundantemente derramada en la batalla de Tacna.

El Coronel Bolognesi reunió un consejo de guerra de todos sus jefes, en presencia del mismo parlamentario, siendo su opinión, manifestada antes de escuchar la de aquéllos, la de resistir hasta el último extremo, acogida sin debate y por enérgica y espontánea unanimidad.



Comandante LA-TORRE

Formuló la contestación Bolognesi con espartano laconismo, en estas expresivas frases: — « Quemaremos el último cartucho».

El 6 de Junio, á las once p. m. poco más ó menos, la artillería chilena, dispuesta en batería sobre las gargantas de los cerros que blanquean el collado, á cuya base está el puerto, rompió el fuego sobre los fuertes y la ciudad, que contestaron inmediata y vigorosamente.

La escuadra, al mando del Comandante La-Torre, que montaba el « Cochrane», de la insignia, desplegóse en dos alas con el frente á las fortificaciones de la playa y al monitor «Manco-Cappac», anclado á la base del Morro y protegido por los fuegos convergentes de los bastiones.

Cesó el bombardeo á las cinco p. m., sin éxito para los atacantes, sufriendo, por el contrario, graves averías en la « Covadonga», que se retiró del combate con dos balazos del calibre de 150 kilos en la línea de flotación, y el « Cochrane », que estuvo á pique de estallar, fulminado por un proyectil de las baterías de tierra que penetró en

el cuerpo del blindado, incendiando tres saquetes de pólvora de una de las piezas de artillería, causando la baja sangrienta de más de treinta hombres de su dotación, aparte del descuadernamiento de algunas planchas de acero del blindado, causadas por otros proyectiles igualmente certeros.

Pasóse la noche en la plaza, arma al brazo, esperándose el ataque por momentos, haciéndose frente sobre la línea férrea que corre al interior, la quebrada de Azapa, y las ramblas ó descuelgues de los cerros que se internan hasta la ciudad, formando barrancos y montículos erizados de achaparrados arbustos.

No se tomaron precauciones para cubrir la retaguardia, considerándose, si no imposible, muy difícil y atrevida toda maniobra intentada por la cumbre de la escarpada serranía.

La división Ugarte fué destinada á cubrir los flancos amenazados y defender las baterías de la playa á barbeta, asestadas alternativamente sobre el mar y la abrupta y desolada pampa.

Aprovechando, entre tanto, de la oscuridad de la noche, el General Baquedano hacía mover sigilosamente su campamento, dejando una fuerza que simulara el ataque por el llano y manteniendo nutridas las hogueras del vivac, lanzándolas á la atrevida empresa de sorprender al enemigo por el peligroso derrotero de las altas faldas de la serranía, que dominaba los contrafuertes y estribaciones donde se construyeron las ciudadelas y fortalezas.

Deslizáronse los soldados chilenos como sombras hacia el pesado y duro camino, por la retaguardia de los lienzos aspillerados; y en marcha rápida llegaron, sin ser sentidos, hasta los dos kilómetros de las obras de la defensa de la plaza.

Se pensó en la sorpresa audaz y valiente hasta rayar en temeraria, viendo como imposible el ataque sobre el mismo plano de sus minas y trincheras y se procedió á realizarla enérgicamente, afrontando sus máximas penalidades y corriéndose el supremo riesgo de ser descubiertos y exterminados sus batallones por la artillería de los fuertes.

La sorpresa, hábilmente ejecutada y astutamente concebida, ahorró la efusión de sangre del ejército asaltador é hizo segura su victoria, una vez lograda, como lo fué, sorteando diestramente los obstáculos de la aproximación cautelosa y callada.

Recomenzó la precipitada marcha á la claridad del alba, acelerada con impaciencia, abandonando la formación en columnas para emprender en orden disperso y á la carrera el ataque sobre cada fuerte, en términos que se hizo imposible la resistencia y defensa de sus posiciones.

Cuando retumbó el cañón de alarma, húbose trabado la pelea al arma blanca y cuerpo á cuerpo, cediendo el valor al número y poder de los enemigos.

Casi simultáneamente fueron tomados los fuertes «Ciudadela» y «Este», corriendo la sangre como río espumoso en el «Ciudadela», para insumirse en la arena y encharcarse formando un humeante lago rojo sobre la misma mina que hizo estallar un cabo de artillería peruano, apellidado Cadenas, que aventó en pedazos una decena de asaltantes, arrojando sus informes restos á los aires y cayendo en lluvia de miembros humanos chorreando sangre sobre sus enfurecidos compañeros.

¡No haya cuartel!... aulló la chilena falange iracunda, degollando sin piedad y apuñaleando sin descanso, hasta que no quedó uno solo de los soldados defensores con vida, y reduciendo el bastión á una fosa inmensa de cuatrocientos cadáveres amontonados con los troncos mutilados y las cabezas separadas de los cuerpos en horrorizantes actitudes, como si una manada de fieras hambrientas hubiérase abatido sobre corderos, destrozándolos, quebrando sus huesos y desgarrando sus carnes entre sus colmillos de felinos y sus garras de alimañas.

¡Espectáculo cuyo recuerdo hiela de espanto al considerar que eran hombres y soldados los autores feroces de la cruel y aterrorizadora hecatombe!

La matanza, en los demás fuertes aunque fué espantosa, era de carácter más humano, pues que la defensa quitábale ese tinte fuertemente pronunciado de barbarie hircana, sólo semejante á la de los caníbales y antropófagos.

La fuerza encargada de la defensa de la playa, apercibida de la espantosa sorpresa, tomó, al paso gimnástico, el camino del Morro, pretendiendo concentrar la resistencia en la fortaleza mejor guarnecida.—Llegaron sólo á su recinto los restos, fusilados en su trayecto y muertos la mayor parte de sus oficiales y tropa.

Ugarte, Roque Sáenz Peña, jefe de uno de los batallones, ensangrentado el brazo herido, y otros que salvaron milagrosamente, ocuparon su lugar entre los heroicos Coronel Bolognesi y Moor, cuando la tropa vencedora, sedienta de sangre y ávida de exterminio, aparecía por todos los flancos en la ciudadela, haciendo fuego á discreción, excitada por las cornetas que no cesaban de tocar á degüello.

Una descarga cerrada fusiló á Bolognesi; Moor cayó con el pecho perforado de más de veinte balas.

Ugarte rompía con sus agudos acicates los ijares de su brioso bruto para precipitarse al mar y hendía el espacio al través de 500 metros, sepultándose en el amargo oleaje. Blondel, de carácter natural levantisco, ebrio de coraje y radiante de altivez, se arrojaba al insondable abismo. Los otros jefes y soldados agonizaban sobre sus cañones.

Quedaron maravillosamente en pie, arrogantes y enhiestos, el Coronel Varela y el Comandante Sáenz Peña, desafiando la muerte.

El gallardo mancebo argentino Sáenz Peña sonreía desdeñoso, y apoyaba su esbelto y airoso talle en el pomo de su espada, cuya punta descansaba en el suelo ensangrentado, sin que una sola y la más ligera contracción de los músculos de su terso y sonrosado rostro descompusiera sus hermosas líneas.

El valor y la serenidad ejercen un verdadero magnetismo, y su poder avasallador obra hasta sobre las naturalezas más ariscas y rudas.

Eso, tal vez, ó la saciedad y ahitamiento de la matanza, ó la victimación en masa de los jefes peruanos, salvó á los dos jefes que fueron prisioneros y conducidos por entre peligros á cada momento renovados, á uno de los buques de su escuadra. — Estupenda y milagrosa acción que parecería increible sin el hecho que la acredita.

Izado el pabellón chileno en el Morro, pronuncióse la dispersión y el desbande del ejército peruano que en su mayor parte fué hecho prisionero ó alcanzado y sacrificado sin compasión en su fuga.

Arica ofreció el cuadro más doloroso que es capaz de concebir la imaginación más caprichosamente creadora.

Por doquier heridos y exangües, rostros lívidos, alterados por la desesperante agonía del tormento infligido antes de la muerte.

Cabezas separadas de sus mutilados troncos, miembros dispersos. Heridos, martirizados por las congojas de la sed que devora al caído en el combate.—Rostros iracundos de soldados inhumanos y feroces.

Las descargas continuaron, no ya combatiendo, sino asesinando por muchas horas, después de tomada la ciudad y las fortalezas.—Crueles hecatombes realizadas por refinamiento de barbarie.

Refiérese que en el atrio de la Iglesia fueron victimados más de doscientos prisioneros á la voz de ¡ Viva Chile ! proferida por una banda de foragidos que conducía un jefe que ordenó la matanza y cuyo nombre no ha sido denunciado á la historia, librándose así del estigma y maldición que habría fulminado contra esa hiena humana, pues que así perpetúa el nombre del valiente y noble guerrero, como condena al escarnio de las generaciones el del malvado y el asesino.

Un arroyo de negra sangre corrió á los pies de los verdugos, que se tiñeron con el caliente líquido, perdiéndose en la arena, que se convirtió en lodo hollado por esas inmundas plantas.

El triunfo y la gloria que es su brillante corona, deben ostentar sus límpidos laureles y reflejar esplendorosas luces en sus acciones de generosidad.

El herido y el prisionero deben ser y son sagrados para el soldado victorioso. Allí donde los laureles brotan en el campo de batalla, se señalan los héroes con actos de magnificencia, dando muerte en el duelo y extendiendo generosa mano en la derrota, levantando al débil y al rendido.

Matar después de vencer es un crimen mayor que el del asesino.

Una fracción del ejército chileno, tal vez la que menor parte tuvo en la lucha, deshonró sus armas con inútiles crueldades.

Los jefes no pudieron contener el furor de los soldados, aún con el rigor de medidas extremas y hasta el más severo castigo impuesto sin trepidación.

Se ha dicho y se repite por todos los que han historiado el terrible asalto de Arica, que el Coronel Lagos, jefe del ejército chi-

leno en esa operación, cerró los ojos á todo sentimiento de humanidad, mandando dar muerte sin misericordia á sus defensores. Pero si no es una calumnia suscitada por el odio, es una antojadiza suposición inventada pérfidamente para enturbiar el brillo del nombre del bizarro adalid que dió pruebas repetidas de su bravura en el combate.

Se batió en Arica como un león; y no puede citarse una sola orden de degüello emanada del héroe en los momentos del conflicto. No se encontró en el fuerte Ciudadela cuando la matanza de los cuatrocientos, ni en el atrio del templo profanado cuando fueron fusilados los doscientos prisioneros.

Antes del asalto intimó rendición garantizando la vida y previniendo lo que llegaría á suceder si se resistían, empleando los medios que trataban de poner en juego en la defensa.

La mina cargada de dinamita que estalla traidora, ignorándose dónde se esconde y en qué momento vomitará la muerte, abriendo su inflamado cráter y despedazando á los hombres, lanzados en los aires con la fuerza de su explosión, es un recurso de defensa atroz que subleva el ánimo más atrevido y más frío.

Las bombas automáticas y las asechanzas prodigadas como elementos de resistencia, ya que no contaran con soldados y armas iguales á la de sus contrarios, es, sin duda, tan cruel, como el mismo alevoso y premeditado homicidio.

El Coronel Lagos no merece el mote que dieron los aliados á su ilustre apellido: — « Lagos de sangre ».

La verdad reclama en favor del valiente la reivindicación de su fama.

Honra á los vencedores en la victoria de una plaza tenida por inexpugnable; — dice la justicia. Gloria á los vencidos, — dice, el sacrificio de sus vidas, realizado con incomparable energía.

Arica fué, pues, un asalto temerario, denodado, y una desigual y heroica defensa.

ESTADOS UNIDOS

MEDIACIÓN

Derrotados los ejércitos de la alianza desde el Loa hasta el Morro de Sama, y saqueados los departamentos de Moquegua, Cuzco, Arequipa y Puno, por el ejército organizado de nuevo en Tacna, resolvió el gobierno de la Moneda destacar expediciones militares ó partidas sobre los pueblos desguarnecidos, cercanos á la costa, é imponerles cupos de guerra y contribuciones capitarias, ó más bien tallas de arbitraria y caprichosa exigencia, afligiendo vecindarios inermes y sin resguardo ni elementos de la menor resistencia, ni aún siquiera por la energía que representa el sexo ó la capacidad rentística que hubieran hecho menos vergonzosa la expoliación.

Ancianas, mujeres desvalidas y valetudinarias, gentes que la ley internacional declara neutrales y que no habían emigrado ó extrañádose del suelo por impotencia, comparecían á la orden del jefe chileno y eran notificadas para entregar en dinero ó especies las cuotas señaladas, so pena de expropiar bienes por la fuerza, compensables, ó en su defecto arrasar las propiedades de los resistentes.

Así penetraron en el valle de Locumba; recorrieron toda la costa hasta los confines del Perú, tocando la frontera del Ecuador.

Los partes de las autoridades peruanas dan á conocer la desolación de los pueblos cotizados, saqueados é incendiados y aún los mismos jefes expedicionarios que no admiten atenuación, dando idea cabal de la manera como llevaron á término la tasa de las

exacciones con pretexto de hacer concurrir al país enemigo en los gastos de la ocupación militar.

Sacaron de Moquegua por el impuesto, cien mil pesos en plata sellada ó labrada, alhajas y pastas métalicas, con más 500 reses, 200 quintales de arroz, 300 de harina, 100 de azúcar, 50 de café, 62,788 soles, requisando minuciosamente hasta los muebles y apoderáronse de cuanto encontraron, incendiando al retirarse, bodegas, viñedos, derramando el vino que no podían beber ó llevar consigo. Se obtuvieron, así mismo, en los varios pueblos y villas ocupadas, en libras esterlinas 29.050, en plata sellada 11,428 pesos, 50.000 en billetes de banco, un poco de oro en barra, considerable carga de mercaderías y de productos agrícolas. 2,500 sacos de azúcar, 600 de arroz, muchas balas de algodón y tabaco.

La división expedicionaria tomó el nombre de: « División de operaciones del Norte ».

El General D. Patricio Linch, jefe de la división, expidió un decreto en la siguiente forma:

« Comandancia en Jefe de la División de operaciones del Norte:
« Vapor «Itata», en Mollendo, Octubre 27 de 1880.

« Con esta fecha he decretado lo siguiente :

« Debiendo darse prolija cuenta al Supremo Gobierno de los « resultados alcanzados por la expedición que me ha cabido la « honra de mandar : — Decreto : — Nómbrase una comisión para « que forme inventario circunstanciado de las especies y dineros « que se han embarcado en los trasportes «Itata» y «Copiapó», « como producto de los requirimientos y contribuciones impuestas « á las poblaciones y haciendas recorridas por las fuerzas de la di- « visión. » — (Sigue el inventario de ocho cajones, ocho barras con un total de 917 marcos y 3 onzas y media de plata, inventario que firma Daniel Carrasco Albano, Secretario General.)

En las haciendas de Derteano, Puente y Palo Seco, establecimientos azucareros, cuyas máquinas importadas de Europa valían más de dos millones de pesos oro, después de separar fuertes cantidades de azúcar, arroz y mercaderías que hicieron embarcar junto con muebles de lujo, caballos de raza pura inglesa y otros objetos valiosos, arrasaron los cañaverales é hicieron volar con dinamita los edificios, oficinas y maquinarias.

Se han echado á relucir, á fin de descartar responsabilidades, doctrinas de las que se deduce la autorización de los ejércitos invasores y de ocupación, para imponer cupos usando de todo rigor contra los resistentes. — Pero tales atribuciones ni derechos los acepta el mundo civilizado, así como rechaza la conquista, sea á título reivindicativo, sea como compensación de caudales y sangre, según lo ha pretendido y realiza Chile sin escrúpulo.

Puede imponerse contribuciones á plazas de guerra; plazas fuertes ocupadas por fuerzas enemigas. Puede expropiarse también vituallas y otras especies de transportes, lo que es distinto, evidentemente, de las expediciones premeditadas á poblaciones indefensas y que no oponen resistencia. La misma debilidad debería ponerlas al abrigo de toda extorsión.

La ley más rigurosa del derecho moderno está calcada sobre los preceptos de la ley natural: no hacer más daño que aquel que justifica la necesidad.

Pasados los conflictos y las imperiosas precauciones que reclama el logro de los planes militares, en pro de la victoria; degollar, incendiar, destruir edificios, es tan criminal, en medio de los horrores de la guerra, como lo es en las condiciones de paz á las que se equipara la tácita tregua sobre ciudades abiertas al enemigo é indefensas.

No se justifican las crueldades de un ejército después de la victoria: los saqueos, las matanzas, los fusilamientos, las sentencias de muerte, flagelaciones, violaciones y despojos de víctimas, son crímenes de lesa humanidad.

La guerra no autoriza el delito, sino y cuando más el uso de la fuerza durante la lucha, permitiendo á los beligerantes apropiarse de todo elemento de resistencia ú hostilidad, porque la guerra que en sí es bárbara como el empleo de la fuerza, la civilización la atempera y cristianiza humanizándola caritativamente en sus efectos depredatorios y desastrosos.

Se alza ante la conciencia universal el proceso de la nación que olvida los principios de humanidad, fallando contra las crueldades y expiaciones inútiles.

En ese período de la guerra de indignas hostilidades y de correrías lucrativas y deshonrosas en las poblaciones apartadas del

teatro de la guerra, los Estados Unidos de la América del Norte, ofrecieron su mediación á las tres naciones, por el órgano de sus respectivos plenipotenciarios: Tomás Osborn de Chile, Isaac Christrancy del Perú, y el General Carlos Adams de Bolivia.

Admitida por los gobiernos y después de preliminares discusiones sobre el territorio en que tendrían lugar las conferencias y extremarse la vidriosa susceptibilidad de los beligerantes, resolvióse celebrarlas á bordo del buque «Lackawana», de la marina Americana, surto en la bahía de Arica.

Chile estaba representada por los Señores Eulogio Altamirano, Eusebio Lillo y José Francisco Vergara.—El Perú por los Señores Antonio Arenas y Aurelio García y García, y Bolivia por los Señores Mariano Baptista y Juan Crisóstomo Carrillo.

Canjeados respectivamente los poderes de los plenipotenciarios, ante los mediadores, se fijó el día 22 de Octubre de 1880, para la primera conferencia presidida por Osborn, quien abrió el acto con palabras conciliatorias, exhortando á los embajadores á buscar dentro de las conveniencias de todos y del sentimiento americano, que es tanto como el de nacionalidad entre los americanos y las inspiraciones cristianas del amor á nuestros semejantes, la paz, poniendo término á la exterminadora lucha que tanta sangre costara y que á tantos sacrificios hubo obligado. Concluyó por manifestar que el Gobierno de su nación se halagaba con la esperanza de que los esfuerzos de las tres repúblicas se dirigirían á tan humanitario resultado, contando con la nobleza y la elevación de cada uno de los distinguidos y altos personajes en quienes tan dignamente habían depositado su confianza las repúblicas beligerantes.

Cúpole al Excmo. Altamirano hacer la exposición de las condiciones del tratado. Manifestó que eran indeclinables; porque las instrucciones del gobierno de Chile no consentían apartarse de ellas, dados los sacrificios realizados y las ventajas logradas con tantos esfuerzos y tanto heroísmo por los suyos. Presentó á la discusión la «Minuta que informa de las condiciones *esenciales* que Chile *exige* para llegar á la paz», en los términos siguientes:

1.ª Cesión á Chile de los territorios del Perú y de Bolivia, que se extienden al Sur de la quebrada de Camarones y al Oeste de la línea que en la Cordillera de los Andes separa al Perú y Bolivia

hasta la quebrada de la Chacarilla y al Oeste también de una línea que desde este punto se prolongaría hasta tocar con la frontera argentina, pasando por el centro del lago de Ascotán.

2.ª Pago á Chile por el Perú y Bolivia, solidariamente, de la suma de 20 millones de pesos, de los cuales cuatro millones serán cubiertos al contado.

3.ª Devolución de las propiedades de que han sido despojadas las empresas y ciudadanos chilenos en el Perú y Bolivia.

4.ª Devolución del transporte «Rimac».

5.ª Abrogación del tratado secreto celebrado entre el Perú y Bolivia el año de 1873, dejando al mismo tiempo sin efecto ni valor alguno las gestiones practicadas para procurar una Confederación entre ambas naciones.

6.ª Retención por parte de Chile, de los territorios de Moquea, Tacna y Arica, que ocupan las armas chilenas, hasta tanto que se hayan cumplido las obligaciones á que se refieren las condiciones anteriores.

7.ª Obligación de parte del Perú, de no artillar el puerto de Arica, cuando le sea entregado, ni en ningún tiempo, y compromiso de que en lo sucesivo será puerto exclusivamente comercial.

La más honda estupefacción y el silencio más profundo acogió su lectura, suspendiéndose la conferencia inmediatamente después de ella.

Pasaron tres días antes de la segunda, que tuvo lugar el 25.

El Excmo. Arenas expresó: Que la minuta presentada como base indeclinable de la discusión, cerraba el camino á todo arreglo. Que la primera cláusula era obstáculo insuperable, equivalente á una intimación. Que las ventajas obtenidas por Chile, en la ocupación de los territorios peruanos y bolivianos, nunca podían transferir dominio sobre ellos y menos títulos de soberanía. Que era incompatible el derecho de conquista con las tutelares instituciones republicanas, habiendo caducado bajo la acción del actual sistema político americano. Que una paz fundada en la desmembración territorial y derecho de conquista, sería imposible, porque aunque fuera convenida por los representantes del país y su gobierno, no lo aceptaría el sentimiento nacional. Que si se insistía en la primera condición, debía perderse toda esperanza de arreglo.

El Excmo. Altamirano replicó: Que aceptó Chile la guerra como dolorosa necesidad y no pensó en los sacrificios que le imponía el triunfo de sus derechos y el honor de su bandera. Que ha perdido á sus mejores hijos y gastado sin tasa sus tesoros. Que el gobierno al aceptar sinceramente la iniciativa de poner término á la guerra, es contando con que podría arribarse á una paz estable, reparadora de sacrificios y que permitiera á Chile volver tranquila á su vida de labor. Su gobierno, que para dar á la paz consistencia y garantía de perpetuación, era condición esencial avanzar la línea de sus fronteras, compensando sus sacrificios y la seguridad de la paz en lo porvenir. Esta exigencia es indeclinable,—dijo,—porque es justa. Los territorios mencionados en la proposición chilena deben en su totalidad su desarrollo y su progreso al trabajo y capital chileno. El desierto ha sido fecundado con el sudor de sus obreros antes de ser regado con la sangre de sus héroes. Retirar de Camarones la bandera y el poder de Chile, sería un abandono cobarde de millones de conciudadanos y volver á las dificultades de la antigua é insostenible situación.

El Excmo. Baptista tomó la palabra adhiriéndose á lo expuesto por el Excmo. Arenas, agregando, que la posesión territorial á título de avance, compensación ó conquista es arbitraria y no se inspira ni en el derecho, ni origen y desenvolvimiento de la vida política de la América republicana. No se fijen,—dijo,—en las fronteras de nuestras repúblicas poderes celosos y suspicaces que se espíen recíprocamente y absorban en su ejércitos y armadas la savia de los pueblos. Vencidos y vencedores sufrirán con ese estado anormal que deja para los unos el sordo trabajo del desquite y para los otros el esterilizador de impedirlo. Chile tiene en su favor los efectos naturales del éxito. Podría, pues, indemnizársele. Posea como prenda pretorea el territorio ocupado y búsquese cómo satisfacer las obligaciones que se imputaron á las repúblicas aliadas.

El Excmo. García y García rebatió también al Ministro Altamirano, refutando la doctrina del dominio atribuído á Chile sobre territorio peruano alegando que brazos y capitales chilenos formaron sus industrias. Aunque fuera exacto lo de la totalidad de brazos y caudales, nunca podría sostenerse que tal fuera título de soberanía. Que lo equitativo era someter todas las cuestiones surgi-

das de los detalles de las proposiciones hechas por el Excmo. Baptista, al fallo arbitral é inapelable de los Estados Unidos, pues á ese papel lo llamaban su alta moralidad, su posición en el continente y el espíritu de concordia revelado en la mediación á favor de la que se encontraban reunidos.

El Excmo. Vergara repulsó perentoriamente todo arbitraje, manifestando que Chile no tenía motivo que le obligara á entregar á otras manos, por muy honorables que fueran, la decisión de sus destinos.

El Excmo. Carrillo insistió sobre el arbitraje, declarándose de antemano el *statu quo* en el sentido de la ocupación chilena. de acuerdo con lo propuesto por el Excmo. Baptista.

Creyó oportuno el Excmo. Osborn hacer constar que su gobierno no buscaba los medios de hacerse árbitro; que consentiría asumir el cargo, por difícil que fuera si le era ofrecido debidamente, pero que sus representantes no solicitaban la honrosa deferencia.

La tercera conferencia celebróse el 27 de Octubre.

Los ministros del Perú y Bolivia se limitaron de consuno á declarar: «que insistiendo los representantes de Chile en la subsistencia de la primera cláusula y no aceptando el arbitraje, nos les era lícito seguir el examen de las demás bases : que haciéndose necesaria la continuación de la guerra, declinaban la responsabilidad de sus consecuencias.)

El Excmo. Osborn clausuró las conferencias lamentando que se hubieran malogrado los fecundos resultados conciliatorios que se tuvieron en vista y juzgaba que igual impresión penosa causaría al gobierno y pueblo de los Estados Unidos la noticia del fracaso de la intentada mediación.

Así terminó la humanitaria y generosa mediación de la poderosa República.

MARIANO BAPTISTA

El retrato moral del insigne tribuno y consumado estadista, lo reproduce en medio siglo, sobre hojas de amianto. la historia de Bolivia.

Los rasgos de su fisonomía política son alto-relieves de bronce.

Tejido habría Plutarco. con hilos de oro, la trama de esa vida para engarzarla en los afiligranados marcos de sus *Viris Illustribus*.

Es una de esas figuras que la distancia y el tiempo enaltecen y magnifican.

Han estallado pasiones de bando en torno suyo; la revolución ha abierto su cráter inflamado derramando copiosa sangre en intestinas discordias; cúpole á la tiranía la brutal complacencia de fulminarle airadas órdenes de confinamientos y proscripciones; las aflicciones amarguísimas de la pobreza en extranjera playa



MARIANO BAPTISTA

y en el triste ostracismo probaron el acerado temple de su espíritu y su altivez patriótica.

Baptista, como esas rocas que azota el proceloso oleaje á orillas del océano, enérgico sin alardes, y consecuente sin jactancias ni claudicaciones, se ha mantenido firme, resuelto é inconmovible dentro de la atmósfera serena de sus principios y creencias en la lucha de las facciones, así como en las cumbres elevadas del poder.

Orador de una facundia y elocuencia insuperables, en el parlamento, en el foro, en la cátedra, en el Club y en los comicios, ha debelado tiranías al poderoso influjo de sus brillantes arengas, defendiendo la libertad contra el insolente autoritarismo militar ó contra la prepotencia ambiciosa de plebe ensoberbecida y adulada.

Las conquistas del derecho, los beneficios de legislaciones adelantadas, las leyes administrativas y constitucionales, la instrucción en todos sus ramos, le deben sus iniciativas mejores. En los negocios internacionales su sagacidad ha suscitado ventajas, corregido errores y desvanecido aprensiones de inminentes y peligrosas consecuencias.

En los más ardientes y exaltados debates del parlamento boliviano, propensos á soluciones generalmente anarquizadoras y de oposición radical y caprichosa, enfrenar supo los desbordantes ímpetus y disipar borrascas deshechas.

Muchas veces las barras enfurecidas, fanatizadas ó asalariadas, pero prevenidas hasta la amenaza y las hostilidades más extremas, después de oír sus valientes discursos pasaron fascinadas á entusiasmos frenéticos vitoreándole y llevándole en popular demostración hasta los mismos dinteles de su poco antes amenazado hogar.

Jamás triunfos oratorios semejantes consiguieron los hombres conspicuos de aquel país, no obstante ser en él vulgar la elocuencia y la facilidad en el uso de la palabra.

Los Olañeta, Dalence, Bustillo, Torrico, Daniel Calvo, Adolfo Ballivian, Valle, La Tapia, Aguirre, Manuel Fernández Alonso, oradores culminantes, algunos de los que alcanzaron renombre merecido aún fuera de Bolivia, dominaron escenarios solemnes é intervinieron en acontecimientos de grande resonancia; pero ninguno hízose dueño del pueblo y auditorio con igual fortuna y suceso,

hasta cambiar el rumbo en la tornadiza política propiciando los intereses de que fuera representante y su viva encarnación.

El orador ha superado siempre en Baptista, al hombre público, al periodista y al diplomático, aunque descollar supiera desde su adolescencia en el periodismo; y sagaz y experto negociador, su representación internacional, tenida fuera en alta valía por su honradez, su inteligencia y la suprema penetración con que domina á los hombres más avisados, no siendo extraño al ejercicio de ese don sus irreprochables y correctísimas formas.

Empieza la carrera pública de Baptista en aquellos días polares de la tiranía de Belzu.

Fracasó en el Prado de Sucre la tentativa de asesinato tramada contra aquel soldado cruel y sanguinario y fué convertida Bolivia en un campamento militar. No se escuchaba más en sus calles y ciudades que el paso sordo del centinela y la patrulla. El Consejo de Guerra y la Ley Marcial sustituyéronse á las Leyes, los Códigos y los Jueces.

El cadalso chorreaba sangre por todos sus extremos y las cárceles eran ergástulas siniestras del presidio ó de la muerte.

Las revoluciones asolaron los pueblos y los saqueos ordenados por el mismo Presidente, á la soldadesca y á la muchedumbre desarrapada profanaron y envilecieron los vecindarios.

Ancianos, sacerdotes, mujeres y hasta valetudinarios magistrados, confinados entre los bosques insalubres primitivos de los valles amazónicos, morían de enfermedades malignas, devorados por las fieras, envenenados por los reptiles ó arrastrados por las torrenciales inundaciones de los afluentes caudalosos del Amazonas, que atraviesa esas regiones salvajes.

La conspiración debía naturalmente tomar toda la importancia del deber patriótico; y el joven Baptista se apresuró á aceptarla con viril entereza. Cúpole apenas la oportunidad de ponerse al servicio de la revolución y alistóse en sus filas.

Fué cuando el General Achá sublevó, á la sazón, dos regimientos de caballería que comandaba, respondiendo á los clamores de la opresión popular, aunque uno y otro estuvieran separados por larga distancia; pues el de sus inmediatas órdenes se encontraba en Potosí, por donde Belzu transitaba en viaje al Norte de la República,

acompañado de la infantería y artillería y el otro regimiento en el departamento de Cochabamba.

Achá tomó la ruta por Chuquisaca para efectuar su incorporación haciendo su entrada triunfal en Sucre, capital del departamento y de la República, entre las aclamaciones de imponderable alegría.

Baptista se incorporó á la Secretaría General creada por el jefe revolucionario á cargo de un ciudadano esclarecido, Don Manuel Buitrago.

La falta de carácter, ó las menos que mediocres facultades y aptitudes de Achá, hicieron abortar una de las más poderosas sublevaciones.

Esos regimientos, flor y nata del ejército veterano de Belzu, obligados fueron á deplorable retirada en el campo de Sutimarca, cerca de la ciudad de Cochabamba, por un solo batallón de infantería comandado por el Coronel Córdova, que después fué yerno y sucesor de Belzu en la presidencia de la República y á quien ascendió á General con motivo de ese hecho de armas.

En Sutimarca cargó Baptista en la primera línea de uno de los escuadrones de coraceros haciéndose notar en el peligro por su serenidad y su estoicismo.

Fugitivo, á consecuencia, reapareció después que Belzu hizo el simulacro de la transmisión del mando al General Córdova, á quien hizo elegir Presidente bajo su influencia, y se fué á Europa.

Esta es, sin duda, la primera etapa en su carrera, ó más bien, en la brillante, aunque asaz *vía crucis,* que el orador recorrió sobre zarzas ardientes, soportando sacrificios y torturas capaces de doblegar organismos de resistencias heroicas y que, sin embargo, forjaron la atlética constitución moral del integérrimo estadista y del político más humanitario y virtuoso de Bolivia.

Surgió, en los comicios de la Capital de la República, casi adolescente, diputado al Congreso, bajo la administración de Córdova, y su estreno en la diputación fué acusar al Ministerio, formulando un capítulo de infracciones constitucionales contra cada uno de los Magistrados que desempeñaban las carteras de las diferentes reparticiones públicas.

Abrióse el debate en presencia de innumerable barra, con el discurso elocuentísimo del joven diputado, produciendo pasmo é

irritación en el oficialismo envanecido y admiración y entusiasmo en la sociedad toda, por el hombre que despreciando su personal seguridad se dispuso á su holocausto en homenaje á la dignidad del puesto y á la severidad de los principios consagrados por la Constitución y las leyes de su patria, alzando la espada del derecho y la justicia sobre esas personalidades hasta entonces inabordables tradicionalmente, considerándoselas irresponsables olímpicamente: los Ministros.

A poco estalló la revolución de Septiembre en el año 1857, en Oruro. El Doctor José M. Linares, jefe de ella, se apoderó del reducto ó fortaleza, especie de arsenal de guerra, en ese tiempo, adueñándose, por ende, de todos los elementos bélicos del parque, de la guarnición misma y de todo lo que podía servirle para el triunfo de su causa. Tomó la ciudad y levantó en ella fuerzas para replegarse sobre la plaza de Cochabamba, donde esperó detrás de barricadas á las fuerzas de línea de Córdova que no tardarían en atacarlo.

Córdova clausuró la Asamblea y declaró el estado de sitio y asamblea, dirigiéndose á marchas forzadas sobre Cochabamba.

Llegó á sus suburbios é intentó cercar el recinto fortificado, mandando *incontinenti* varios ataques á las trincheras. Pero la resistencia de la plaza indicóle las serias dificultades que se opondrían á su triunfo y renunció á la efusión de sangre, emprendiendo retirada á La Paz, en cuyos suburbios disolvió sus batallones anoticiado que no se entregaría la ciudad sin desastrozo combate.

Proclamado que fué Linares, Dictador, en acto plebiscitario, asumió la suma de los poderes públicos llamando al gobierno á los hombres más preparados y respetables, así como á la juventud. Uno de los elegidos fué Baptista.

Pasó rápidamente por los años fecundos de la progresista é ilustrada dictadura de Linares, sin el prolijo examen que merecería una de las épocas más afortunadas de las administraciones de Bolivia, en la que Baptista contrajo méritos muy señalados para recordar el asaz característico rasgo de su generosa y nobilísima índole.

La traición de un Judas, peor que eso, la parricida felonía de un privado, y favorito, hechura del Dictador ilustre; aquel Ruperto

Fernández, de celebérrima memoria, execrada justamente; su Ministro y confidente, dió en tierra con el poder del hombre de Estado, el día 22 de Enero de 1861. Redújole á prisión y con una escolta que le custodió hasta la frontera peruana, arrojóle del país.

Baptista no se separó de él y le siguió á la proscripción hasta cerrarle los ojos, acaecida su muerte en Valparaíso el 6 de Octubre del mismo año.

Repatrióse en seguida de haber cumplido con ese deber sagrado de consecuencia y amistad, casi menesteroso, consecuentemente escéptico de los partidos y de los hombres.

Pero como guarda el pueblo la memoria de sus patriotas y virtuosos hijos, aunque se le achaque de inconstancia é ingratitud, convocada la Asamblea Constituyente por el General Achá, Presidente Provisorio, sucesor del Triunvirato que derrocó á Linares, fué elegido diputado.

En esa Asamblea tomó el primer lugar en la oposición al gobierno. El núcleo de los diputados que la componían reconocieron implícitamente en él al gladiador invencible que en palenque cerrado no reconocería competidor, reservándole las ocasiones más solemnes y de compromiso más oneroso.

Las sesiones de esa Asamblea se recuerdan en Bolivia, como las hazañas de un torneo político en el que lidiaron los más experimentados combatientes y los duelistas más hábiles del parlamento.

El Doctor José María Calvo, miembro del grupo oposicionista, acusó en nombre de la comisión de poderes y en disidencia de la mayoría, los de Bustillo y Aniceto Arce, como nulos é ilegales, en razón de haber recaído la elección en dos personas *indignas de la confianza nacional,* porque hubieran aceptado cargos públicos rentados, durante el receso de la Asamblea, siendo representados signatarios del acuerdo legislativo que les prohibía explícitamente, en un artículo sancionado por ellos mismos, de la carta política constitucional en vigencia.

Desplegando Bustillo toda la energía y fuerza de sus excepcionales facultades y de su innegable numen oratorio, contestó de un modo abrumante la acusación, hasta el punto de que el fuego de

filas en frases y epigramas insidiosos, guerrillaron *en orden disperso* contra ese atleta de la palabra que tan pronto se cubría en su inexpugnable defensa como hería implacablemente á sus adversarios presuntuosos.

Llególe el turno á Baptista y vióse al gigante sacudirse y doblarse como una frágil caña que inclina el ábrego, ó hace quejarse adolorida el huracán.

Asióse Baptista al robusto adversario, como el *Lacoom* de la fábula en la lucha con el monstruo.

Los miembros del membrudo atleta palpitaron y se estremecieron bajo la ruda presión de la mano de acero del orador de la oposición. Lívido el semblante y espumosas las comisuras de los labios, empezó á jadear y perder el aliento hasta caer postrado á las plantas del vencedor. Coronóse de laureles Baptista en el debate, hasta hacer ceder el campo al más esforzado campeón de los paladines del gobierno.

La lucha de Goliat y David, en la que el gigante, rota la frente, cae sin vida, da apenas pálida idea de la estupefacción causada á Bustillo por el triunfo de su arrogante antagonista.

No faltó quien dijera, haciendo el festivo comentario de la derrota parlamentaria, que el mismo Bustillo, fascinado por la elocuencia de su adversario, prorrumpido había incontenib lemente en aclamaciones y aplausos entusiastas.

Lo cierto es que se agotaron las flores en los siempre floridos jardines de la bella ciudad chuquisaqueña, que lleva el nombre inmortal de su libertador é ilustre manumitista Antonio José de Sucre, Primer Presidente de Bolivia.

El modestísimo y paupérrimo diputado por Sucre recibió en ese día las hermosas guirnaldas tejidas por las matronas y señoritas de más viso y nobiliaria alcurnia de la aristocrática ciudad : ovación muy merecida y tributo al talento y de cuya espontaneidad informa el humilde agraciado.

Antes de terminar las sesiones de la Asamblea, estalló la revolución contra Achá, á cuyo frente se puso el General Gregorio Pérez, siendo el grave motivo para su clausura.

Pérez y Achá, jefes, respectivamente, de los ejércitos ; titulado el primero revolucionario y el segundo constitucional, se encontra-

ron en los campos de Paria, casi arrabales del pueblo de Oruro, en San Juan, donde se dió la batalla, y el Presidente Achá obtuvo el triunfo.

No se explica cómo la división revolucionaria, en todo superior á la del gobierno, pudo ser aplastada y deshecha, contando con jefes decididos y valientes y tropas en su mayor parte veteranas.

Se dice que el General Melgarejo tuvo los honores de la jornada. Se dijo también que la caballería que perdió su jefe en la acción, derrotó con su bizarra carga á la infantería y arrolló á la numerosa artillería del ejército paceño; pero es la verdad que contra todas las previsiones y pronósticos optimistas en favor del General Pérez, desparramó Achá la falange guerrera que se decía libertadora, como el viento que castiga las nubes apiñadas por la tormenta.

Fueron perseguidos los opositores, á quienes se denominaba *rojos*, imputándoseles gratuitamente complicidad en el movimiento; no por encono de que era incapaz el Presidente Achá, sino por la necesidad de desalojarlos de las posiciones culminantes que ocupaban.

Pasado algún tiempo volvieron á figurar en la Asamblea convocada á Cochabamba, sosteniendo la candidatura de Adolfo Ballivián al frente y en contraposición de la que prestigiaba el General Achá; la persona del General Sebastián Agreda, especie de General *Tom-Pouce*, por su minúscula é inverosímil estatura, pero de un valor poco común y de corazón entero.

Aunque no cupiera paridad entre Ballivián y Agreda, era entre tanto, un militar respetado y tenía las condiciones, de tal modo que la sucesión de Achá no podía considerarse como *una calamidad nacional.*

Próximo á espirar el período presidencial, comenzó el trabajo de los partidos á enardecerse, afirmándose muy generalmente que la propaganda entrañaba la conspiración y se temía su repentino estallido en el mismo ejército, minado desde tiempo atrás por ambos partidos.

Así las cosas, un buen día, el 28 de Diciembre de 1864, la revolución reventó en el cuartel de rifleros á caballo, encabezada por el Capitán José Avila; pero ni por Ballivián, ni Agreda, sino por

Mariano Melgarejo, general díscolo, desconceptuado por sus vicios y corrupción, aunque fabulosamente atrevido y valiente.

Algunas horas de parciales resistencias, más bien de aparato que de esfuerzo ó deber, bastaron para cambiar la decoración política y dejar los destinos de Bolivia en las sangrientas garras de la más vergonzosa y brutal de las tiranías.

Proclamóse Presidente y organizó una Secretaría General, en vez de Ministerio, encomendándola al Doctor Mariano Donato Muñoz, hombre inteligente é ilustrado, pero muy poco escrupuloso en achaques de moral y dignidad.

Apoyado en las tropas, que tenían fe ciega en su suerte y bravura, dispúsose á la lucha con todo el país que le negó su apoyo, comenzando por marchar á La Paz, ciudad belicosa y la más poblada de Bolivia, tomando la dirección de Oruro, de donde extravió camino á Sucre, contramarchando á Cochabamba, en la que, á su vez, la revolución había armado contra el tirano á toda la juventud que á su aproximación, se puso en camino hacia el sud, á reunirse con las fuerzas levantadas en Potosí y el Departamento de Chuquisaca, por el General Nicanor Flores, con los Secretarios Baptista y Daniel Calvo.

Cuando se libró el combate del ejército del sud, mandado por Flores contra Melgarejo, en la Cantería, acción que á largos rasgos referí al trazar la silueta de Daza, en estos cuadros; Baptista, incorporado al ejército combatiente, corrió grandes peligros en medio de sus deshechas filas, dejando el campo después de la derrota, en dirección á Sucre, desde donde á poco fuese á una hacienda que arrendó en el departamento de Potosí, llamada Tilcara, del Doctor José María Linares y que la poseía su viuda Señora Nieves Frías de Linares, y á cuyo cultivo se dedicó el hombre público, para con su renta mantener á su anciano padre, á una hermana ya provecta y enfermiza y una huérfana que criaba la señora por caridad.

Don Ramón Ovando, opulento minero y de nobilísimo corazón, que poseía grandes labores en explotación hacia el Chorolque y Quechisa, en Santiago de Cotagaita, lo empleó como Abogado de su casa social «Ovando y hermano» y le confió la dirección de sus numerosos asuntos judiciales. La misma casa le envió á Europa, á

realizar una cantidad de metales de bismuto, ensayando su exportación y beneficio.

Así pasó casi todo el tiempo que duró la nefasta época de la dominación de Melgarejo, hasta su caída. Y si no figuró en la Asamblea Constituyente convocada por Morales, vencedor de Melgarejo, fué porque aún no había regresado al país; pero fué elegido diputado á la Asamblea Ordinaria convocada á La Paz, á diferencia de algunos diputados que estimaban inconstitucional la convocatoria, por exigir la Constitución que funcionara en la Capital de la República. Asistió al emplazamiento, no sin dar antes la explicación de su conducta en un manifiesto que publicó en Sucre, del que fué amanuense el que esto escribe.

En La Paz su papel fué el de siempre: abnegado, severo, sin más ambición que la felicidad de su país y el triunfo de los principios que consagran la libertad y el derecho, robustecidos en la paz y el progreso, dispuesto siempre á los mayores sacrificios, afrontando los más graves peligros con desprendimiento y virilidad.

Asesinado Morales, fué designado por la Asamblea para Presidente del Consejo de Estado, lo que equivalía á la Vice-presidencia de la República, en reemplazo del titular Doctor Tomás Frías, quien asumió la Presidencia Provisoria.

Elegido constitucionalmente Adolfo Ballivián, Presidente, confióle la cartera de Gobierno y Relaciones Exteriores, que desempeñó con lucidez y acierto hasta la muerte de Ballivián, que acaeció á los nueve meses de mando. — Pasando el Doctor Frías á completar el período, continuó desempeñando las mismas carteras.

Tuvo lugar en ese interregno la sublevación de la plebe paceña, que aclamó á Casimiro Corral y sitió el palacio de Gobierno, donde despachaban los Ministros Baptista y Daniel Calvo, encargados de las funciones del Poder Ejecutivo, por comisión del Presidente Frías, que marchó con Daza, Ministro de la Guerra, y parte del ejército, á combatir la revolución, también corralista, estallada en Cochabamba y encabezada por el titulado Coronel Miguel Aguirre.

Resistieron los Ministros más de ocho horas de un furioso ataque, llevado por una muchedumbre frenética que pretendía

inmolarlos, arrojando de los techos contiguos de las casas vecinas, camisas incendiarias embreadas, sobre los techos del Palacio.

Eran poco más ó menos ciento los jóvenes empleados de los Ministerios, á quienes en Bolivia dan el nombre de *covachuelas*, y un piquete de gendarmes de la Policía, mandados por su jefe el Intendente de Policía Doctor Daniel Núñez del Prado; total de la fuerza que defendía á los Ministros.

Arrostraron Calvo y Baptista tan inminente peligro, con tal energía y serenidad, que infundieron su espíritu á sus jóvenes defensores.

Lucharon ciento y tantos hombres decididos y valientes, todo el día, en el recinto poco resguardado del palacio, contra más de cinco mil foragidos cholos, beodos y famélicos, que avanzaban por momentos, pero retrocedían rechazados hacia las boca-calles con terribles pérdidas, vomitando incesante lluvia de plomo de sus caldeados fusiles, cuyas señales sobre las piedras de las murallas parecían festones abortados y arabescos rudimentarios de escultura que torpe buril se hubiera propuesto bordar en la soberbia fachada.

Prendió el fuego, varias veces, en los techos del edificio y otras tantas fué apagado.

Declinaba el día y aún el batallón «Colorado», mandado por Granier, no llegaba en auxilio de los Ministros, acantonado como estaba en Viacha, á las seis leguas de la ciudad.

Los jóvenes, entre tanto, agotada la munición, caldeados sus rifles y sofocados en el calor de las llamas del incendio que les cercaba por todas partes y que al fin habíase propagado por la multiplicación de los lienzos arrojados impregnados en petróleo, se sentían desfallecer. No veían medio de salvación. Los lamentos de los heridos y la presencia de los muertos, hacía desesperante la situación de esos adolescentes y abnegados hombres y de los egregios varones á quienes defendían, condenados tal vez, sin un milagro, á ser ó despedazados por la desarrapada canalla que aullaba loca de ira como manada de hienas, amenazando con brutal é implacable venganza.

La sangre fría, no ya resultado de la serenidad suprema del espíritu, sino del estoicismo de la resignación, los decidió á tentar el recurso extremo de romper la espesa masa de bandoleros, á ba-

yonetazos, y encaminarse á procurar su reunión con el esperado batallón, que debía llegar, calculando el tiempo empleado forzando su marcha, una vez recibido el aviso que le fué enviado con la mayor premura.

La salida en grupo de los sitiados, fué arrolladora por la sorpresa y el denuedo de la impetuosa carga:—y á punto de romper el fuego contra una fuerza que le cerraba el paso por una de las esquinas, hácia el lado de la Iglesia Metropolitana y calle del Banco Nacional, oyóse el grito proferido por uno de los cuitados jóvenes, de ¡ viva Frías ! é inmediatamente contestado, lo que valió el reconocimiento de los soldados que venían en su protección y los jóvenes que se creían próximos al martirio y á la muerte, sin retirada posible en medio de la turba enfurecida.

El batallón cargó ciego de coraje sobre la muchedumbre y la dispersó diezmándola á balazos, y así consiguió salvar la vida á los defensores del Palacio.

Horrible fué la carnicería. Las calles, al día siguiente, aparecieron regadas de sangre y sembradas de cadáveres.

La energía, pues, de Baptista, y el valor y resolución de su digno compañero Calvo, el no menos ilustre estadista, poeta, escritor, y el publicista más notable de Bolivia, salvaron á la ciudad del saqueo y la devastación y á la República del ambicioso caudillo que fomentando el desborde de la plebe y desmoralizándola, pretendía con porfía criminal, el mando supremo de Bolivia.

Cayó Baptista con Frías, pocos meses antes de espirar el término presidencial, en la revolución encabezada por Daza, proclamándose Jefe Supremo de la República.

Como Ministro de Relaciones Exteriores, intervino en las grandes discusiones del tratado con Chile, pronunciando los discursos más elocuentes que se hayan escuchado en el parlamento boliviano, defendiéndose de violentos cargos y rectificando intencionales errores ocasionados á estimular el sentimiento nacional en el sentido de su máxima intolerancia.

En las cuestiones de política interna, con motivo de una circular pasada por su Ministerio á las Municipalidades de la República, hiciéronsele agrias acusaciones, calificando la circular de inconstitucional y arbitraria ; pronunció un magistral discurso extreman-

do su elocuencia hasta solicitar las lágrimas de su auditorio en la tocante relación de la agonía y muerte del ínclito ciudadano; aquel Adolfo Ballivián, cuyas virtudes, por sobre todo encomio, alcanzaron la veneración de su augusta memoria.

El que ha oído alguna vez á Baptista, en esos momentos de soberana inspiración, no puede olvidar, ni el timbre lleno, flexible, conmovedor de su voz cadenciosa y musical, ni esas deslumbrantes imágenes que copian sus pensamientos con los vivísimos colores de una retórica tan sencilla como elegante. Se produce, en cada uno, el fenómeno de asimilación absoluta con el orador, que parece traducir los sentimientos de sus oyentes, reproduciéndose en las notas suavísimas de ese sublime instrumento animado y sonoro de la elocuencia que posee, con la fidelidad de sus impresiones y la precisión del melódico mecanismo.

En la tribuna, Baptista se transfigura y transforma. Su fisonomía adquiere un resplandor tal de inspiración y se ilumina tan repentinamente, que sus perfiladas líneas fisonómicas se pronuncian y resaltan, y sus miradas tienen fascinadores relampagueos. No es el artista que pide á la naturaleza el ideal con que interpreta alegrías, dolores y tristísimas escenas de sentimientos y lágrimas; es algo de más arrobador, sin duda, porque eleva el alma en las alas de oro de las concepciones más nobles y que obliga á rendirse á la grandeza de los principios y las leyes que rigen el derecho, postulados del progreso y civilización de la humanidad, por el más excelso de sus descubrimientos é invenciones:—el gobierno.

Daza, Presidente de Bolivia, hizo apartarse á Baptista con repugnancia del escenario político, viéndolo, como lo vió, desde ese momento convertido en ribaldería prostibularia; y por ende, relegóse á su hogar en Cochabamba, al lado de su distinguida y hermosa consorte, saliendo de su morada, cuando la patria en agonía llamó á sus puertas y le señaló el camino del honor y el deber en la guerra extranjera.

Hé ahí, el Plenipotenciario que Bolivia envió á las conferencias de mediación norte-americana, á bordo de la Corbeta de guerra de esa nación «Lackawana».

Debían ser éstos los hombres llamados á regir los destinos de los pueblos.

EL «LOA»

Era uno de esos días del mes de Septiembre, incomparables en el clima de la costa peruana por su dulzura y placidez.

El mar, bañado en las luces de un sol brillante, emitía ígneas reverberaciones sobre una límpida superficie, igual al cielo y al aire que lo cubrían dentro de su cristalina bóveda. Se asemejaba á una plancha inmensa de un verde intenso y luminoso.

El oleaje, sin vibración; ruido apenas imperceptible de alas, formaba surcos de fuertes y bermejos rayos tamizados por las sombras que rápida y con intermitencias caprichosas fluían del seno de las profundas aguas, hasta perderse entre azuladas lontananzas.

En la misma base, casi, de la Isla de San Lorenzo, se destacaba la arboladura y cascos de los buques chilenos, como acuarelas en albo lienzo, con sus fuegos encendidos y humeantes chimeneas, fuera de la zona dominada por las baterías de tierra.

abía echado anclas á la vera casi de los escollos y rompientes de la *mar brava,* siempre agitada é inquieta, la escuadra de los neutrales, como si el mar se irritara con la calma del elemento dormido á su lado como en cuna de cristal.

Algo insólito debía acontecer á juzgar por el extraordinario movimiento de los habitantes del puerto. Los muelles y las azoteas estaban llenas de gente, no obstante el peligro de bombardeo que amenazarles podía, de un momento á otro, presumible en razón de esa afluencia sospechosa y provocativa para un enemigo muy poco escrupuloso en achaques de humanitarismo.

Decíase en Lima, desde la víspera, bajo la reserva más estricta,

que por lo mismo que lo era se divulgó en seguida en toda la población, que un oficial de la casi extinta marina nacional, construído había un torpedo de aplicación infalible para fulminar uno de los buques bloqueadores, contando en gran manera con la glotonería de los conquistadores, que jamás desperdiciaron ocasión de oprimir y dañar cuando se veían á cubierto de cualquier imprudencia que comprometer pudiera la integridad de su armada.



El « Loa, » transporte chileno

Serían las 2 p. m. cuando alcanzamos á divisar desde la azotea del Club Inglés, que domina la bahía y los fuertes de la plaza, una vela semejante á gaviota de rápido y ondulante vuelo, que parecía esforzarse por ganar la costa; la brisa hinchaba el trapo arrastrando la falúa de bolina hacia la corriente, garreando y recostándose sobre las espumosas aguas de la rompiente, á peligro de zozobrar en los arrecifes.

El «Loa», transporte chileno, armado en guerra, que hacía la guardia del bloqueo, observado hubo, sin duda, la maniobra de la lancha, presumiendo el propósito de forzarlo, porque desprendió apresuradamente de su costado de estribor un bote bien tripulado, que lo lanzó á la caza de la lancha, que sin gobierno precipitábase ya sobre el oleaje siempre alborotado aún en los días de mayor calma en esa parte del mar, que se tragó á fines del siglo pasado,—1746,— la antigua población. No tardó, sin embargo, el bote del «Loa» en cogerla con los ganchos de abordaje, remolcándola y aferrándola en la banda de babor, del buque, por frente á la población.

La escena desde ese punto, tomó para los espectadores, del efecto que haría el torpedo, la álgida y enorme proporción de un acontecimiento destinado á producir la catástrofe y pérdida del buque apresador, ó el doloroso desengaño si se frustraba el sangriento ardid.

Comenzó la descarga del bote, entre las aclamaciones y burlas de los marineros del transporte y la anhelante expectativa de los testigos que contenían la respiración, poseídos de la fiebre de impaciencia que hace temblar el corazón angustiado, fija la vista en el anteojo que les hacía asistir y presenciar las operaciones sin perder el menor detalle é incidente.

Lo que sucedió al finalizar el alijamiento del bote, ni espectadores ni actores, podrán nunca explicarlo ó describirlo.

El ciclón y la tromba que estallan con los rugidos atronadores y aullidos de los huracanes y las tormentas, y que se levantan hasta las nubes en sólidas columnas, envolviendo en sus espirales pavorosas todo lo que le opone resistencia; el torbellino y sus corrientes de impetuosos vientos y de giros de fuerza invencible; el volcán que hace estremecer el mar y la tierra, vomitando fuego por sus inflamadas fauces; la vorágine que en dementes círculos se hunde y resurge impulsando sus ondas desde el fondo profundo á más arriba de la superficie, con estrépito espantoso de catarata, no hacen imaginar ni concebir el retumbo fragoroso que produjo la formidable explosión del torpedo. Alzó al buque en una ola monstruosa, por sobre la hirviente espuma del irritado elemento. Lo sacudió en los aires convulsivamente, haciéndole pedazos y sepultándole en sus agitadas entrañas con uno de esos balanceos que con el

furor de las borrascas mueven la líquida y potente masa amarga jugando con sus ensangrentados restos y en otros mil estremecimientos vertiginosos. El mar antes tan tranquilo, deshizo lentamente el remolino abierto por el torpedo en profundos círculos, echando del sombrío cráter los restos del barco inmolado con los sobrevivientes y muertos del equipaje.

Los buques neutrales, con esa diligencia sólo comparable á la oportunidad del socorro y la serenidad en la catástrofe, tan repentina como inesperada, enviaron sus botes al salvataje de los náufragos y recogieron una tercera parte de la dotación.

Sólo quedó en el lugar del siniestro una astilla del fragmentado mástil que como un brazo de la cruz, que es la enseña del sepulcro cristiano, se alzó sobre la tumba del «Loa» y su sacrificada tripulación.

Pasadas las emociones que suceden ante una prevista desgracia. aunque sean enemigos los destinados al holocausto sangriento, apoderóse de los ánimos la alegria ó alborozo de la venganza y las aclamaciones poblaron los aires.

La escuadra bloqueadora, en tanto que se apercibió del terrible acontecimiento, levó apresuradamente anclas, creyéndose amenazada, dejando su fondeadero y ocupando el centro de la bahía abrió el fuego de sus cañones contra la población y arrojando granadas á los fuertes, sin causar daños de consideración, revelaba, empero, por lo nutrido de las descargas, el furor de que se encontraban poseídos tripulantes y jefes.

La lancha-torpedo contenía víveres frescos, frutas, aves y animales domésticos y asido á la pata de uno de ellos el aparato cargado de dinamita que al rozar en el casco ó borda del buque, debía producir la explosión del poderoso agente, al que no resiste fuerza alguna y todo lo destruye y anonada.

¡De cuánto horror es causa la sangrienta y terrible invención!

¡Cuántos dolores encierra ese estratagema alevoso que cautelosamente acecha el traidor momento del descuido y la seguridad, cuando todo reposa y nadie piensa en el peligro; cuando unos ríen, duermen otros y nadie empuña arma de combate ni para atacar, ni para defenderse!

¡Tener el pensamiento lejos, distante del teatro, deleitando la

memoria con los recuerdos de la patria y la familia, fija la imaginación en su cielo, en sus campos floridos y sus montañas, en la imagen de la esposa amada, la novia, la madre, los hijos y hermanos, y ver con espanto de repente abrirse una sima, un abismo y morir destrozadas las carnes y los huesos, deshechos y quemados en palpitantes pedazos, sin dejar ni los restos de lo que fué un cuerpo animado y sensible!

Ah! la guerra! Espantoso aborto del odio y rivalidad envidiosa de hombres y pueblos!

Encarnación, muchas veces, de esa emulación colectiva que se agita como delirio en los mil espantosos fantasmas que forja la fiebre del mal entendido patriotismo; execrable medio, digno de anatema cuando engendra la ambición, la anarquía ó la venganza!

Oh! Sólo es santo el uso de la fuerza y las hecatombes de las batallas, si la enciende el amor á la libertad y la independencia; si derroca tiranías, castiga despotismos ó redime derechos usurpados.

¡Cuándo dejaremos de exclamar el *homo homini lupus*, sustituyendo esas palabras con las de Jesucristo: *amaos los unos á los otros!*

SAN CRISTÓBAL

9 DE DICIEMBRE

El cerro que lleva el nombre de San Cristóbal, domina la antigua ciudad de los virreyes y los valles que la estrechan entre sus floridas y fértiles vegas.

Hendida bruscamente su ancha base en el mismo lecho despedazado del Rimac, que parte la población, se divorcia de la cadena de las montañas de la Cordillera andina que corre por delante y á sus espaldas y se interna en el llano, formando en sus ribazos y sus boscosas quebradas las pintorescas aldeas y alquerías que sonríen entre los árboles regados con los manantiales y vertientes que fluyen de sus entrañas.

Las ruinas de las murallas que defendían antaño el recinto de la orgullosa metrópoli, ahogadas hoy en la recia vegetación que gatea por sus perpendiculares flancos, semeja aledaños y cortinas de fortalezas violadas por sangrientos asaltos.

Cubre la fronda, siempre verde, entre sus diáfanos tules, las villas y mansiones señoriales diseminadas entre paños bordados de vegetación inmarcesible, y empuja sus matorrales y arbustos por empinados senderos que paulatinamente descienden á las profundas cuencas ó trepan á las abras y portezuelos y á las altas cumbres oreadas por las brisas marítimas entregando sus ramas de esmeraldas y el oro puro de los amancaes de su suelo y el blanco de las verbenas y claveles selváticos, á sus amorosas caricias.

El convento de los Carmelitas Descalzos se respalda en uno de sus ángulos, donde columpian coposos frutales de sus huertos y los macizos de sus jardines.

La alameda de los Descalzos, en cuyo fondo se encuentra el convento que le da nombre, espira al pie de la inmensa atalaya y los seculares sauces de sus avenidas, son los abanicos que en las horas en que el sol caldea las arenas y cantos rodados de su anfractuoso cuerpo, le hacen sombra y le dan aire fresco.

Se ven desde su cúspide nacer los pueblos balnearios á orillas del Océano como canastillas de esmeraldas rebosantes en piedras preciosas y perlas al través de los encajes tejidos por la vegetación. Se ve la inconmensurable sábana azul del mar perderse en el horizonte ó ligar con las orlas blancas de la espuma de sus olas en la playa común, á esos pueblecitos, sea desatando su impetuosa corriente, que hace desgarramientos profundos en sus aguas, sea volviendo tersas y reverberantes á su centro, donde cabrillean sobre la espuma las luces polarizadas de la aurora, y del sol en el meridiano ó del crepúsculo.

Vense de la misma cima, descender bulliciosas linfas de derretida nieve del Rimac, en varios brazos que corren sobre las fajas requebrajadas de su lecho.

Por sobre sus rotas barrancas apriétanse los lazos de fierro con que la industria ha ligado las moles sueltas de las rocas, para que sobre ellas ruede, trepe, se precipite el ferrocarril de la Oroya, escondiendo por momentos sus locomotrices que arrastran largos trenes en las negras bocas de los túneles superpuestos, ó ya colgándose de los precipicios con sordos vagidos y arrojando espeso humo como si echara el aire de sus pulmones de acero, en esa fatigosa carrera de cíclopes.

Una mirada al Sur descubre al puerto del Callao, con sus innúmeros barcos, su mar brava, la Isla de San Lorenzo, su dársena monumental, sus fortificaciones y el solitario y sombrío castillo histórico del Sol, en cuyas *casas matas* padecieron muchos años de durísima cárcel los prisioneros patriotas de la Guerra de la Independencia.

Piérola resolvió fortificar el campo limítrofe á la Capital, desde Villa y Monterrico hasta Miraflores y la Magdalena, y combatir al invasor sobre las mismas reales de su ejército. Así, pues, consideró que estratégicamente debía construirse una fortaleza en la plataforma del Cerro de San Cristóbal, cuyas baterías de mayor calibre

abrazarían toda la periferia del campo atrincherado, cruzándose el fuego de sus cañones con las baterías montadas en el Cerro de San Bartolomé, contribuyendo de poderosa manera á su invencible defensa.

Desde que el 19 de Noviembre se supo el desembarco de 5.500 hombres en Pisco, al que inmediatamente siguió el de 3.500 en Cañete, no se dudó que el ataque de Lima sería traído por Lurín, y sin pasar el ejército de la ribera del mar en sus operaciones, bajo la protectriz acción de la artillería de la escuadra.

Comenzóse la obra de las fortificaciones del llano y de los cerros. Ambas poderosas atalayas San Bartolomé y San Cristóbal, debían apoyar al ejército de la defensa y así montáronse poderosos cañones en ejes giratorios de gran circunferencia, á cubierto de todo peligro en esos verdaderos nidos de águilas.

El 9 de Diciembre, aniversario de la batalla emancipadora de Ayacucho, bendíjose solemnemente la fortaleza de San Cristóbal con el sugestivo nombre de *Piérola,* que desde que asumió la suma de los poderes públicos como Dictador, no consintió que se diera otro nombre que el suyo, ni á batallones, ni á baterías, ciudadelas, trincheras, ni fortificaciones.

Negó el mando de tropas á todo militar acreditado del ejército que no le fuera personalmente adicto, así como toda intervención en las obras y planos que exclusivamente y bajo su dirección se construían, creyéndose omnisciente y capaz de dominarlo todo y subordinarlo todo á su poder é inteligencia.

En las primeras horas de la mañana del día 9 de Diciembre, designado para la función religiosa de la bendición del cerro y la fortaleza *Piérola,* veintiséis mil hombres de las tres armas desfilaron por las calles de la empavesada ciudad, para formar en batalla al frente de la inmensa mole.

Las campanas echadas á vuelo volteaban cadenciosa y alegremente, convocando al pueblo alborozado en rededor del ejército de lujosa parada, ostentando fuerza y disciplina y tranquilizando á los desconfiados, aprensivos y temerosos y entusiasmando con los ecos de las músicas marciales, el estruendo del cañón y la marcha ordenada de las caballerías.

Además de hacer bendecir bajo su nombre el fuerte construído

debió proponerse manifestar á los buenos y obedientes súbditos de su Sacra Real Majestad todas sus aptitudes y capacidad de organizador, luciendo un ejército equipado correctamente y armado con rifles de precisión, tenidos por los mejores, y con un tren demás de ochenta cañones de retrocarga, fundidos en la fundición sistema Weahti, así como un buen número de ametralladoras de modernos y últimos sistemas.

Sus jefes, todos jóvenes, militares improvisados, ostentaban sus deslumbrantes insignias á la cabeza de sus respectivos cuerpos.

Un Estado Mayor anhelosamente dedicado á llenar su delicada misión, manifestado había que su propósito alcanzó á procurarse activamente creando un ejército al que días más se fiaría la honra de la patria, y la integridad de su territorio.

Corrían los oficiales en sus bridones de batalla á transmitir órdenes.—La brillante escolta seguía al envanecido Capitán General.—Rodeábanlo Ministros, Generales, Magistrados, Canónigos, y Obispos, vestido el caudillo peruano con el uniforme alemán, decorado el pecho de medallas apócrifas, el bruñido y argentífero casco de cimera blanca y roja, en la cabeza erguida; casaca azul, pantalón corto de ante y botas granaderas con espuela de oro.

El célebre caballo blanco de crin aleonada, de figura hercúlea, ensillado con el chabrá recamado, engreído y brioso como los potros del desierto africano cuya sangre circulaba en oleadas por sus arterias de bronce, llevábale resoplando y salpicándose el ancho pecho y los remos de acero de blanca espuma, como si dado le hubiera sido comprender la importancia de su dueño y señor, la adoración de que era objeto y las esperanzas que fincaban en él aun los que no eran sus partidarios ni le atribuian otra cualidad que la de la entereza de carácter, audacia y valor personal.

Se difundió cierto bienestar en la atmósfera, y apoderóse sensiblemente de los ánimos, ese ardor bélico que se posesiona del espíritu cuando se despliega el aparato militar que revela la fuerza como una promesa de resistencia y elementos de victoria en vísperas de ser atacada la patria y encontrarse en peligro su independencia y libertad.

La religión, por otra parte, con sus ceremonias augustas, pomposa indumentaria, sus príncipes y sacerdotes mitrados y báculos

auríferos entre nubes de incienso, contribuían no poco en dar realce á la solemnidad de la fiesta militar.

El espectáculo fué, pues, imponente y espléndido.

Se asistía con respeto y satisfacción á la fiesta de la Patria, implorando devota y fervorosamente del Dios de las batallas protecciones justicieras para el éxito y triunfo de sus armas.

Terminó la parada á las cinco de la tarde con el desfile de las tropas y las últimas vibraciones de las campanas.

Ahora bien, puede decirse conociendo las intenciones del déspota peruano que esa fortaleza se construyó más bien para sostener su dictadura una vez vencidos los chilenos.

En los ulteriores dramas sangrientos su acción ha sido nula.—Esa y las demás fortificaciones quedaron como testimonios de las dilapidaciones, robos y derroches y de la ineptitud invencible del presuntuoso Dictador.

Piérola puso en la obra de los partidos y en la incompetencia de los conductores políticos la corona de sus desaciertos y fué de espinas sobre la frente de la infortunada Nación.

Perdió á Lima y sacrificó la honra de su patria á la inconsulta y vana ambición de alcanzar para él solo el glorioso título de Libertador.

De buena fe creía en el pacto de la victoria con su fortuna, halagado como habia sido, hasta entonces, por esos ciegos éxitos que no se deben á la previsión, ni al cálculo, sino á la suerte y á la audacia con que se solicitan imprudentemente de la casualidad ó del sino y la aventura.

BATALLAS DE SAN JUAN Y CHORRILLOS

Era el 1.° de Enero de 1881. Hacía algunos días que los ejércitos de Chile y el Perú se hallaban apenas separados por la distancia que media entre Chorrillos y la playa medanosa de Lurin, aldea habitada por unas pocas familias de pescadores, antes de la ocupación de las tropas invasoras.

Habíanse sucedido ya varias escaramuzas con motivo de las frecuentes diversiones de los jefes chilenos para observar las posiciones del enemigo, atrincherado en un campo poco menos que inexpugnable.

Los avances eran pocos al principio, pero después casi sucesivos en todos aquellos lugares que podian flanquear á espaldas del recinto fortificado.

Hasta de las mismas calles de Lima, veíanse dominar en las alturas grupos de caballería é infantería, fuera siempre de tiro, sin dar lugar á abrirse sobre sus cortas brigadas de exploración, operaciones militares que compensar pudieran, siquiera sea la fatiga de la tropa, cuyo refresco se procuraba prudentemente en previsión de batallas que no tardarían en sobrevenir.

Esos ataques encubiertos que de repente traerían sobre los fuertes, con las apariencias de formales operaciones, revestían la proporción de encuentros decisivos en razón á la audacia del asalto y las fuerzas comprometidas: jugando muchas veces divisiones de las tres armas, hasta apoderarse de puntos estratégicos que hacían presumir la realización de cálculos preparados de antemano.

Después de las reñidas acciones procuradas á una resistencia que asumía en veces la forma de ataque y la actitud ofensiva, reti-

rábanse ordenadamente, dejando en el ánimo de soldados y oficiales peruanos la conciencia del incontrastable poder de sus armas y la íntima convicción de la invulnerable línea de resistencia.

La confianza, pues, en sus elementos de guerra, el número de sus campeones y su disciplina, muy distante de ofrecer seguridad, á juicio de observadores neutrales, era completa.

El 9 de Enero, un fuerte reconocimiento fué traído por el General Maturana sobre San Juan, llave de las posiciones del campo de Chorrillos.

Otro igual se practicaba por el General Soto Mayor el mismo día y casi simultáneamente hacia el puente de «Las Verrugas» del ferrocarril de la Oroya, faldeando el Cerro de San Bartolomé.

La división tomó el camino de Santa Clara amenazando ocupar la Capital peruana á retaguardia de sus fortificaciones hurtándose á la formidable agresión del Cerro de San Cristobal, á cuyo pie se recostaba indolente entre verjeles y jardines la voluptuosa Metrópoli del Pacífico.

El 11 fué el reconocimiento hacia la misma villa de Chorrillos, por una fuerte división á las inmediatas órdenes del General en Jefe, atacando las tropas de vanguardia y puestos avanzados con tal ímpetu que en el campo peruano se creyó llegada la hora del desenlace trasmitiendo telegráficamente el Estado Mayor al Gobierno Provisorio de Lima el parte de haber comenzado el ataque y apercibídose para la defensa briosamente y en condiciones de no experimentarse el menor recelo por el triunfo.

Arreció el fuego á las 4 p. m. y varias divisiones salieron de sus parapetos á reforzar y engrosar las fuerzas comprometidas en una acción reñida y seria.—A las cinco y media, sin embargo, empezó sin apresuramiento la retirada de los chilenos que replegaron sus fuerzas operatrices hacia su cuartel general.

Durante las horas del combate la agitación del pueblo de Lima era i ndescriptible.

Se percibia distintamente el estampido ronco del cañón semejante á lejano trueno cuyo eco parecía dilatarse prolongándose de repercusión en repercusión, en los hondos senos del valle que ciñe con su lozana vegetación la ciudad, en un cinturón de oro y esmeraldas.

Festejóse la resistencia como notable función de armas y sus risueños comentarios engrieron el espíritu nacional al grado de entregarse irreflexiblemente á los trasportes de ingenuo júbilo, tomando el hecho como un augurio cierto de la victoria.

Tal era el espíritu dominante en pueblo, ejército y gobierno, el dia 12, alegre víspera del más nefasto que pocas horas después registraría en sus anales la historía de ese pueblo.

No asomaba todavía en el oriente el sol, alumbrando la tierra de los Incas, cuando la ciudad despertó al horrísono estruendo de los cañonazos que retumbaban con eco pavoroso redoblando más y más á cada instante su estampido.

Serían las 8 a. m. y circulaban entre la desolada y despavorida muchedumbres siniestras voces de derrota completa del patrio ejército.

La sólida posición de San Juan había sido forzada; destrozadas las trincheras, clavadas las baterías de grueso calibre y acuchillado el regimiento de artillería, que dejó en las manos enemigas treinta piezas de montaña con sus atalajes y municiones y fuera de combate el total de las fuerzas que defendían tan importante posición. Allí fueron dispersados los celadores de la ciudad, fuerza aguerrida y disciplinada mandada por el célebre Comisario Bustamante, de la devoción de Piérola, y tenido por un valiente y cuya comportación fué muy censurada. Murió como digno descendiente del General Castilla, su hijo, familiarmente llamado por los jóvenes sus compañeros y amigos en la vida galante: *el Cholo*. Muchos otros jóvenes igualmente ardorosos y patriotas fueron heridos y muertos, entre los que he deplorado con la mayor ternura la muerte del hijo mayor del Almirante renombrado Valle-Riestra, á quien me ligaba estrecha amistad y gran aprecio por sus excepcionales cualidades y su inteligencia.

Llegaban los dispersos y heridos, aterrorizados, después de haber corrido cinco leguas á pie en tres horas escasas y pasando como fantasmas y haciéndose invisibles en el campamento de la reserva de sus mismas tropas por temor de ser retenidos.

Oíase ese indefinible, « sálvese el que pueda », de las catástrofes bélicas, que crecía por instantes, apoderándose el miedo y el abatimiento de los corazones, poco antes tan animosos y ensoberbecidos.

De San Juan, la rota se extendió á Villa, rebasando el camino de Surco y los reductos del Morro Solar, San Bartolomé y Chorrillos, ángulos del triángulo isósceles cuyos dos lados se tocan en el Morro Solar y San Bartolomé y el desigual ó la base del triángulo con la angostura que rompe del llano de Ate y estrecha la playa de él y las chacras y alquerías que corren paralelamente á éste y Monte-Rico.

A las diez a. m. y por entre el fuego sostenido sin reposo, librando fieramente tantos combates como barricadas hallaban en su sangriento tránsito, llegaron las divisiones chilenas triunfantes desde Villa y San Juan al mismo Chorrillos donde las esperaba la parte veterana del ejército del Dictador.

Dió principio una nueva y porfiada batalla, doble y formidable por el asalto del campo fortificado y la peligrosísima ascensión al Morro-Solar, en cuya cima, artillería é infantería detrás de los parapetos arpillerados, fusilaba á mansalva y de mampuesta á sus enemigos que en el llano ni tenían reparo alguno, ni el más ligero abrigo. La batalla era cada momento más reñida y encarnizada agravando la situación de las tropas asaltantes, el polvo, la tierra, el sol, el calor canicular y la arena que sujetaba y contenía la acelerada marcha del soldado, entre los quemantes pedruzcos y menudas partículas de su movible lecho.

Los batallones araucanos apelaban entonces á esa indomable potencia que les presta la musculatura de bronce, á prueba de todos los sufrimientos físicos imaginables, y trepaban y trepaban sin cesar y sin intimidarse, por el escurridizo y deleznable cuerpo de la terrible montaña: enterrados unas veces hasta las rodillas, otras saltando de flanco y haciendo fuego de costado bajo la acción protectriz de su artillería que logrado hubo encerrar dentro de una zona de metralla y fierro las valerosas huestes preservándolas de cualquier acometida funestísima en tan crítica y mortal situación.

Momentos hubo, sin embargo, que la energía de la defensa los contenía; pero los movimientos combinados del ejército y la escuadra que no dejaba de bombardear los fuertes comunicaban nuevo ardimiento al soldado, y la marea humana subía sin detenerse y subía hasta hacerse incontenible su irrupción y romper los obstáculos con todo el furor de las inundaciones y el incendio que todo lo

avasalla y domina, sin que haya que oponer coto á la fuerza implacable como el destino.

El bombardeo de tierra, empleando los cañones de acero tan rápidos en la carga y descarga y de tanto alcance en sus proyecciones, y el de la escuadra cuyos proyectiles de tamaños considerables, despedazaban y destruían lo mismo la muralla de granito y la roca viva que cualquier blindaje, anulando el efecto de los parapetos de sacos de arena que rodeaban la ciudadela, despejaban, como he dicho antes, á su vez el camino de sus tropas evitando que fueran detenidas y que los defensores de los fuertes dejaran sus reductos para salirles al encuentro.

Tal es el secreto de esas milagrosas ascensiones que de otro modo serían impracticables; y tal es el de la toma y violento desalojo del Morro-Solar, á despecho de la heroica resistencia y bravura opuesta por los batallones peruanos, que lejos de implorar clemencia, eran diezmados, prefiriendo ser degollados sobre sus mismos parapetos, ya bañados con su sangre y derruídos por los proyectiles contrarios, antes de rendirse.

A las 2 p. m. poco más ó menos, las divisiones vencedoras coronaban las altas cumbres de los morros, destacándose en límpido horizonte y á los rayos de un sol abrasador, disipado en grandes girones el humo de la pólvora las fajas flameantes y la solitaria estrella de su bandera alzada sobre la misma asta y driza donde momentos antes, altivo, entregara al viento los paños rojos y blancos del pabellón del Perú.

Resumen de la jornada:

El ejército chileno ha recorrido más de tres leguas en diez horas de rudo batallar campos accidentados, asaltando fuertes, apoderándose de reductos y despedazando ciudadelas y trincheras.

Millares de muertos, moribundos y heridos diseminados, mojando con su sangre las caldeadas arenas y la tierra oreada por la humeante vegetación.

Batallones fracturados, deshechos en trozos informes, sin cohesión y cubiertas las carnes con los desarrapados uniformes de variedad abigarrada, encerrados en un cuadro de soldadesca victoriosa como en un redil erizado de yataganes dispuestos siempre á herir y á matar.

Ambulancias que cruzaban el campo entre el silbido de las balas de los últimos disparos de fugitivos y perseguidores.

Suicidios gloriosos, renovados continuamente, de aquellos militares altivos que hacían fuego sobre sus enemigos victoriosos afrontando la muerte del valiente en la batalla antes que someterse á la arrogante imposición del vencedor.

Después trofeos sin número.—Armas, cañones y estandartes recamados de oro y exornados con piedras preciosas.

Por fin y como tristísimo desenlace del espantoso drama, jefes y oficiales arrastrándose jadeantes: imagen congojosa de la patria aherrojada á la que la rota de sus armas ha uncido maltrecha, al carro de rudo é implacable conquistador.

Insensata vanidad, orgullo y cruel tiranía y despotismo de la nación á la que la caprichosa fortuna prodigado hubiera sus favores llenándola de palmas y laureles; oprobio, martirio y humillación para la que cayó en el abismo de la inhumana y criminal conquista.

Hacia la tarde, los batallones chilenos entregáronse en la deslumbrante y loca embriaguez de la victoria al desenfreno y la licencia; incontenibles, si se tiene en cuenta la lucha tenaz por 12 horas, sostenida sin alimento ni descanso, esparciéndose frenéticas sus legiones acosadas por el hambre, el calor y la sed, en todas las calles y las casas del pueblo de Chorrillos.

Toda resistencia hallada en su camino solicitaba el furor brutal y la venganza no tardaba induciendo al saqueo y al incendio de aquellos codiciados *ranchos* cuyo lujo en mobiliario podía sólo competir con la suntuosidad de las moradas de la limeña aristocracia y opulencia.

En esa noche funesta la villa balnearia más hermosa del Pacífico, igual á una inmensa pira se quemaba por toda su dilatada y amplia periferia. Elevábanse las llamas por sobre los más altos edificios alcanzando á la mayor elevación de un horizonte cerúleo y tachonado de estrellas: ya saliendo por entre el negro humo de las ruinas abrasadas como en hornaza sus prolongadas lenguas de fuego, ya alumbrando con los vívidos colores del espectro solar, aurora boreal resplandeciente, en un mar de púrpura dibujando sobre sus movibles y agitadas ondas los paisajes enrojecidos en la chispeante fragua.—Satánica reproducción del mismo infierno.

Retratábanse las figuras humanas en el encendido lienzo iguales á fantasmas evocadas por el precito espíritu de la destrucción y la discordia.

Erupciones convulsivas de volcán eran las ensangrentadas nubes que volaban rápidas en el aire, envueltas en penachos negros que brotaban de la humareda cual si las tinieblas soplaran anhelosas sobre los tizones del incendio.

Amarillentos y súbitos relámpagos hacían más lívido el brillo de la colosal hornaza y el calor abrasaba insoportablemente mezclándose con esos penetrantes tufos de las materias inflamadas que hacían el aire asfixiante de la ciudad ofrecida por implacable enemiga á las llamas y á la muerte.

Veíanse desde Lima los fúnebres paños de llamas fosforescentes sometidas á la acción de un flujo creciente y fatal; avanzando embravecidos por sobre sus florestas y sementeras en las direcciones de sus pintorescos villorios, como si debiera ceder todo á la fatalidad del sino, sucumbir en ese día por siempre maldito y hundir en el abismo de la más espantosa catástrofe el desventurado país de las maravillosas tradiciones.

BATALLA DE MIRAFLORES

Al siguiente día de la jornada de Chorrillos, el ejército victorioso permaneció inactivo y en forzosa quietud hasta reorganizar sus batallones dispersados en el furor impío de la persecución y la fatiga enorme del combate.

Vencedores y vencidos no intentaron recomenzar las operaciones bélicas, no embargante hallarse tan próximos, porque sólo les dividía la tostada arena de la estrecha playa del mar por uno de sus flancos y por el otro la vía del ferrocarril y el espacio comprendido entre los cercos de los fundos rurales y las acequias de los ríos que los riegan.

La reserva, resto único del ejército peruano, formada de lo más escogido de los gremios y corporaciones de Lima; vale decir, de lo más granado de su juventud dorada y su aristocracia, acampaba entre el pueblo de Miraflores y el Barranco, sobre paños de tierra sembrados de hortalizas, especie de huertas que las circundan.

Reductos, parapetos y ciudadelas, hábilmente construídas por Ingenieros militares experimentados, protegían el recinto, haciendo invisibles las fuerzas de la defensa para las tropas y armada enemiga.

Murallas de tierra revestidas de musgo y sacos de arena superpuestos, constituían las fortificaciones avanzadas, por cuyas troneras á flor de tierra asomaban las bocas de los cañones.

Las ametralladoras cubrían las barrancas guardando el camino hacia la ciudad de Lima, cuya posesión tan porfiadamente disputada era el término de la cruenta campaña.

Las líneas del ejército chileno destacábanse paralelas á las tro-

pas peruanas, bifurcándose ligeramente la reserva, hacia los ribazos de los cerros que engarzan el valle dentro de sus altas cumbres.

No habían dejado aún el cuartel general de Chorrillos, ni el General en Jefe, ni el Estado Mayor, no obstante estar aun ardiendo de uno á otro extremo, y lanzar el incendio á gran altura intermitentes bocanadas de renegrido vapor, envuelto en llamas que, como centellas, se deshacían en millares de chispas.

Cayó el vespertino crepúsculo cubriendo con sus tétricos y amarillentos celajes el campamento de los ejércitos, preparados á librar el postrimer y decisivo duelo en los albores del día próximo.

Entre tanto, el incendio de la villa de Chorrillos, que á la luz del sol no se manifestaba en toda su espantosa intensidad, presentaba al entrar la noche el aspecto de una hoguera colosal, quemándose en sus brasas el pueblo todo, creado por los esfuerzos de generaciones enteras y sacrificado en momento de cólera sacrílega ó vengativa saña de enemiga gente.

La anterior noche que precede á la ultriz batalla, descendió sombría imponiendo su cauteloso y lúgubre silencio á millares de mortales que hablaban entre sus sombras en queda voz, escuchando sin ruido y espiando cuitados y con sobresalto ansioso las operaciones y movimientos sigilosos de los respectivos campamentos.

Habíanse recién extinguido los marciales ecos de las músicas, cornetas y charangas que tocaran retreta en el campo chileno, apagándose el paso de retenes y patrullas destinadas á velar por la seguridad de las tropas que cabe el enemigo vivaqueaban, cuando el agudo silbo de una locomotora anunció la llegada de un tren con bandera de parlamento, conduciendo una comisión del cuerpo diplomático.

Convenientemente reconocida y con las formalidades militares de estilo, fué llevada á presencia del General en Jefe, que se apresuró á honrarla y recibirla con la deferencia exquisita del hombre culto, escuchando respetuosamente el mensaje, que comunicar debía en su nombre y en el de sus colegas.

Tratábase humanitariamente de interponer buenos oficios á fin de hallar entre los beligerantes medios honrosos y justos para evitar la efusión de sangre y los consiguientes horrores á la batalla furiosa, con angustia esperada por los vencedores y vencidos de la víspera.

Baquedano contestó sin altanería, aunque con entereza: que después del triunfo conseguido y los sacrificios realizados por sus tropas, no le era posible capitular sino exigir la incondicional rendición del ejército peruano y la entrega de la plaza del Callao.

Limitóse la comisión diplomática entonces, ante tales declaraciones, á solicitar un armisticio que diera tiempo para tratar con los Jefes de las Naciones en guerra, condescendiendo sin reparo el Jefe chileno á la insinuación; armisticio que empezaría desde el momento en que fuera notificado al Dictador peruano y que duraría hasta la media noche del 15 de Enero.

Emplazada la comisión diplomática para las primeras horas de la mañana, terminó la conferencia, llevando á la desolada ciudad alguna esperanza de capitulación y la noticia del conseguido armisticio.

Corría, á las ocho de la mañana el tren en el camino de Chorrillos, flameante la bandera blanca de parlamento, sobre la chimenea de la máquina envuelta en albo humo, reconduciendo á los mediadores de la noche, quienes después de notificar al General chileno que se constituiría todo el Cuerpo Diplomático oficialmente en el campamento, de una á dos p. m., revestido de todas las facultades para ajustar las condiciones de una tregua preliminar, se retiró, no sin observar la excitación máxima del ejército, por los numerosos grupos de soldados y oficiales que prorrumpían á su paso en vivas á Chile, calculando, sin duda, que la comisión tenía por objeto directo poner término á la exterminadora lucha.

Advertíase en ambos beligerantes la inclinación decidida á la paz, proveniente, sin duda, del cansancio natural que se apodera del espíritu, después de las emociones violentas infundidas por el peligro inminente, jamás conjurado, de perder en la demanda la vida, pensamiento que con gran esfuerzo cede al instinto de propia conservación, resistiéndose hasta á los estímulos vivísimos del patriotismo.

Una de las condiciones del armisticio pactado se refería á la continuación de las operaciones de ambos ejércitos, preparándose á la batalla, en el caso que no arribaran á un avenimiento ó fueran desechadas las recíprocas proposiciones.

Desde las primeras horas de la mañana, las tropas tomaban po-

siciones de los puestos estratégicos señalados por sus jefes, avanzando respectivamente sobre sus campamentos en divisiones de las tres armas, hasta colocarse en la debida actitud de combate.

El ejército peruano, por instantes, recibía refuerzos de gente que pasaba á ocupar su lugar en las filas de la defensa. Mientras tanto, el de Chile arrimaba batallones y escuadrones de su formidable artillería, evacuando el recinto que fué el teatro de la sangrienta batalla anterior.

Sería la una p. m., cuando el Cuerpo Diplomático con la concurrencia de todos sus miembros, llegó en tren expreso á Miraflores, primera etapa de su misión.

Merendaba á la sazón opíparamente el Dictador, rodeado de un aparatoso cortejo de Mariscales, Generales, Almirantes, Edecanes y Jefes, deteniendo en descortés espera, por ende, en las puertas del comedor al cuerpo respetable, mientras la ceremonia solemne é importante ocupación del Jefe Supremo, se evacuaba con ínfulas mayúsculas de irrisoria majestad y alteza, posponiendo los gravísimos negocios pendientes y que debían dirimirse á favor de la valiosa intervención de los representantes de las poderosas Naciones neutrales.

De repente como si millones de truenos y rayos estallaran de una sola vez, el campo y la villa de Miraflores se conmovieron como sacudidos por una espantosa explosión. — Parecía que el cataclismo que amenaza el desquicio del planeta de sus ejes, abatido se hubiera sobre los pueblos enemigos en castigo de la saña airada y fiera y la sed de matanza que el Dios de las batallas contemplara el día antes desarrollarse entre hermanos del mismo continente, de la misma raza, idéntico origen é iguales tradiciones.

Sintióse el seco y estridente estallido de rifles, ametralladoras y cañones en relampagueantes nubes, con el ruido formidable de la granizada que arremolina el huracán de una deshecha borrasca.

Trabóse la batalla sin orden, sin táctica, ni concierto. — Sin que los jefes intervinieran en sus disposiciones preliminares y sin que aún estuviera el mismo ejército apercibido para el combate, reposando en la seguridad del armisticio. — Batalla informe y sin disciplina.—Lucha ciega, casi á brazo partido.—Alumbramiento pavoroso de la iracundia de dos monstruos de sobrenatural bravura, que se

buscan y se lanzan uno contra otro y chocan con todo el coraje frenético de la desesperación ; sin aspiraciones de gloria ni pretensiones de triunfo y aún sin concebir el entusiasmo patriótico en ese álgido instante. Alimañas humanas, famélicas y preñadas del odio é instinto de la destrucción; gladiadores enloquecidos de circo de fieras que implacables matan y atenacean con el hierro y el fuego, los huesos y las carnes de sus mortales antagonistas.

Al estruendo inesperado corrieron despavoridos los jefes y oficiales de la comitiva dictatorial, completamente desorientados y sorprendidos: quienes á la pelea y quienes al regalado abrigo de las balas que llenaban el espacio, reventando sobre las falanges guerreras.

El mismo Jefe Supremo en el torbellino de sus deshechas escoltas y sus edecanes aturdidos y aterrorizados, no atinaba á cabalgar su corcel enjaezado, hasta coger el primer encontrado ; emprendiendo urgente retirada hacia la retaguardia del campo que creyóse un momento conquistado por los defensores del suelo patrio.

Entre tanto, el Cuerpo Diplomático, que esperaba en los corredores la audiencia convenida, antes de pasar al campo chileno, tuvo que emprender retirada, á pie, en dirección á Lima, desde el promedio del mar y la línea férrea, no habiendo hallado el tren que partió apenas se rompieron los fuegos. — Amarga *vía crucis* por entre tierras accidentadas y cruzadas de cercas vivas y acequias, soportando los proyectiles de la escuadra y campo de batalla que cruzaban en todas direcciones.

Los jefes de la escuadra neutral, bajo el comando del Almirante francés, M. Petit Thauard, que debían asistir también á las conferencias de mediación, iban al lado de las citadas Excelencias, procurando reprimir con sus exhortaciones la excitación nerviosa de algunos de ellos, que obedecían automáticamente al impulso incontenible de sus nerviosas impresiones viendo amenazadas sus inviolables é ilustres humanidades, de caer vulgarmente destrozadas por las bombas y metrallas, muriendo como simples mortales á quienes no cubre la heráldica faja del pabellón de sus naciones poderosas, ni ampara las naves blindadas de sus soberbias escuadras.

El obeso y vigoroso representante de S. M. Guillermo, Emperador de Alemania, de bruces sobre una tapia á medio escalar, recibía el oportuno auxilio del Almirante francés, olvidado en aquel momento de Sedán y de París. llevándole del brazo, azorado y desfallecido; mientras su colega el Encargado de Negocios de Don Pedro de Alcántara del Brasil, salvaba los cercos y vadeaba las acequias como si le hubieran nacido alas en las delgadas y ágiles piernas. Los Ministros Británico, Yankee, Argentino y Francés seguían marcha acompasada y solemne, al lado de los Contra-almirantes, sin alterar estudiosamente su continente natural, temiendo, es probable, perder la dignidad de su elevado rango.

Hanse inventado jocosas anécdotas sobre tal tema, aprovechando el canevas para bordar ponderosas descripciones del inusitado azoramiento de los personajes; pero los mismos actores de la conflictosa escena no han podido darse cabal cuenta de los detalles de índole particular. Lo único que traducía de modo muy significativo el estado de los atribulados espíritus, era la indignación en que rebosaban hasta los más discretos, que sin reserva proferían graves cargos contra uno ú otro de los beligerantes, anticipando opiniones y sin conocer bien los sucesos.

Entre tanto, ¿qué había acontecido en los campos de los ejércitos rivales y por sobre el armisticio? ¿Cuál lo había violado rompiendo el fuego por sorpresa y á traición?

Se han acusado é increpádose respectivamente el cobarde y nefando crimen, ambas naciones; pero sin averiguarse si fué casual ó premeditado el hecho.

La confirmación ó convicción que se formó, sin embargo, después de haberse investigado prolijamente en uno y otro campo, es que ninguno de ambos lo quebrantó con intención delictuosa ó ánimo felón.

Los peruanos cubrian sus puestos de defensa, teniendo tendidas sus avanzadas ó gran guardia; y los chilenos aproximaban sus divisiones de modo angustioso y alarmante.

A eso de las 2 p. m., hora en que el Presidente peruano merendaba despreocupadamente y con opípara grandeza, el General chileno que pasaba revista á sus tropas en sus puestos de combate, acompañado de su Estado Mayor y un gran número de jefes y ofi-

ciales, aproximóse tanto á las líneas enemigas que se creyeron atacadas por sorpresa, y los soldados por sí solos y sin orden superior, rompieron *incontinenti* el fuego para detener el insólito movimiento. Los chilenos después de la descarga trataron de organizarse con rapidez bajo el torrente de balas que los obligó á retroceder en confusión, mezclándose los diversos batallones y reuniéndose en una sola masa sin concierto y casi en dispersión.

Generalizada la batalla y rehechos los batallones chilenos, la energía del combate, por una y otra parte, anunciaba el inmediato, sangriento y terrible desenlace.

Baquedano recibió una bala que le quitó una espuela, hiriéndole su caballo y matándole algunos oficiales de su comitiva. Maturana y Lagos, y especialmente el último, apresuráronse bravamente á reunir las tropas desbandadas, dando como simples jefes de batallón, bizarras cargas á la bayoneta para reanimar el apagado brío del soldado desmoralizado y fugitivo.

Las divisiones de refresco en la reserva fueron apresuradamente conducidas al paso de carga, entrando sin respiro en la comprometida acción.

Dos batallones chilenos se desconocieron á causa de sus uniformes iguales á los del enemigo, peleando encarnizadamente hasta que un viva en las filas los reunió bajo la bandera común, para volver embravecidos contra las fortalezas y trincheras, siendo incontenible su feroz ímpetu y la embestida que les hizo dueños de uno de los bastiones ó reductos donde se parapetaban las tropas, cuya dispersión contagió á otras que se dieron también, aterrorizadas, á la fuga.

La artillería chilena, secundada, entre tanto, con el bombardeo de la escuadra, destruia los reductos y derrumbaba los parapetos, desmontando cañones y ametralladoras de que se encontraban erizadas las obras de la defensa y haciendo espantosa carnicería en sus tropas.

A las 6 p. m. habían triunfado de nuevo los chilenos, pero en esta vez dejando millares de víctimas por un número aun mayor de sus contrarios.

La batalla de Miraflores, cuya victoria fué debida en parte al General Lagos y por completo al valor y la pericia del General

Baquedano, costó, pues, millares de vidas á ambas naciones y los trofeos de los vencedores fueron muy abundantes en armas, bastimentos, municiones y banderas cogidas en el combate.

Terminada la batalla, el día, brumoso y oscuro hasta ese momento, se despejó, apareciendo entre las luces del crepúsculo, faja brillante sobre cuyo fondo reflejaba el espectro solar, los prismáticos colores del iris; espectáculo muy raro en la costa del Pacífico.

Las aclamaciones y vítores entusiastas que se hizo al hermoso parielio por el ejército victorioso, tenían toda la significación supersticiosa que atribuía al fenómeno, emblema para los chilenos de la providencial gloria y protección divina de sus armas, así como maravilloso pronóstico de paz y símbolo sobrenatural y excelso.

Un unísono y postrer viva Chile cerró los sucesos de ese día de dolor para la Nación vencida y de júbilo augusto para la vencedora.

El primer parte por cablegrama de Arica, dirigido por don Eulogio Altamirano desde Miraflores al Presidente de Chile, dice:

« Miiraflores, Enero 16

« Señor Presidente: Ejército chileno se encuentra á las puer-
« tas de Lima y dispuesto á bombardear la ciudad hasta obtener
« su rendición incondicional.

« Para llegar hasta Lima ha librado dos grandes batallas y obte-
« nido dos inmortales victorias.

« El 13 tuvo lugar la gran batalla de Chorrillos; 25.000 peruanos,
« ocupando las más formidables posiciones que sea posible imagi-
« nar, fueron completamente arrollados por la mitad de nuestro
« ejército.

« A las 5 a. m. la división Lynch, formando la izquierda de nues-
« tro ejército, inició brillantemente el ataque contra la derecha
« enemiga.

« Como tres cuartos de hora después entraba al fuego la brigada
« Gana de la división de Sotomayor con el encargo de atacar el
« centro é izquierda enemiga. El combate se mantuvo con ex-
« traordinaria energía. Nuestra infantería, protegida admirable-

« mente por los fuegos certeros de la artillería, avanzaba con valor « extraordinario.

« El general en jefe, con gran oportunidad, mandó tres regi- « mientos de reserva; zapadores, 3.° de línea y Valparaíso, al mando « de su jefe Arístides Martínez, á proteger la división Lynch que se « batía heroicamente en una extensa línea.

« A las 6 y tres cuartos a. m. toda la gran línea enemiga quedaba « en poder de nuestros bravos. En esta vez más de 5000 muertos « peruanos quedaron en el campo en testimonio de que la resis- « tencia vencida era digna del valor de nuestros soldados.

« Las tres armas rivalizaron en bravura. En la caballería, los « Granaderos y Carabineros dieron admirables cargas. Desde « 7 a. m. hasta las 2 p. m. la resistencia quedó reducida á Chorri- « llos. Este combate impuso un cansancio enorme á nuestras tro- « pas, pero el resultado nunca fué dudoso. Nos costó, sin embargo « muchas pérdidas, porque fué preciso tomar el pueblo calle por « calle, y casa por casa, y todavía para llegar á la ciudad era preci- « so pasar por sobre minas que reventaban á cada paso.

« Después de esto no debe extrañarse que Chorrillos haya su- « frido casi hasta desaparecer. Querría decir á V. E. quiénes son « los que más se han distinguido, pero no me corresponde hacerlo « en un parte que puede publicarse.

« Tampoco hablo de nuestras pérdidas porque ellas se consignan « en los partes de los jefes. La victoria del 13 ha dejado en nues- « tro poder más de 1500 prisioneros, más de 60 cañones, y muchas « banderas.

« El número de muertos, ya lo he dicho, excede de 5000; no me « atrevo á decir 7500, porque aun no hay datos exactos, pero ésta « es la opinión común. El hecho es que el campo de batalla está « cubierto de cadáveres.

« El 14 se ocupó en recoger á los heridos, y el General se dispo- « nía á atacar Miraflores en la mañana del 15 y rendir á los diez « mil hombres que allí habían. En la noche recibió mensajeros del « cuerpo diplomático de Lima pidiéndole una entrevista. Se acor- « dó que tuviera lugar la entrevista á las 7 a. m. y á esa hora se « presentaron los ministros de Inglaterra y Francia, y el decano « señor Pinto.

« Trataban de salvar á Lima de los horrores de un ataque, y nos-
« otros contestamos que el único medio de conseguirlo era entre-
« gar el Callao inmediata é incondicionalmente.

« Para conseguir esto, nos pidieron que suspendiéramos las hos-
« tilidades hasta las doce de la noche.

« Bajo la fe de ese armisticio, el General Baquedano salió á visi-
« tar el campamento y á dar sus órdenes para el caso de un nuevo
« combate.

« A las 2.5 p. m. pasaba el General á no mucha distancia de
« las líneas enemigas, y rompieron sobre él los fuegos. Esta per-
« fidia dió principio á la gran batalla de Miraflores.

« Piérola había reunido ahí todo el resto de su fuerza y había
« colocado sus líneas tras de murallas en troneras, para tirar sin
« peligro.

« Nuestro ejército saltó esas tapias, y después de sacrificios in-
« mensos y de crueles pérdidas derrotó completamente al enemigo
« y á las 6 ½ p. m., dormía en las posiciones que había con-
« quistado, teniendo á Lima bajo el fuego de sus cañones; — ya
« no hay cuestión. — Mañana me parece seguro que Lima y Callao
« serán nuestros.

« El ejército chileno, dirigido por el ilustre General Baquedano,
« ha hecho una campaña que llamará la atención del mundo.

« ¡ Qué inmensa gloria ! — Felicito por ella á V. E. y á la
« patria.»

Altamirano. »

El corresponsal de « El Mercurio » describe extensamente las batallas de Chorrillos y Miraflores. Copiaré algunos interesantes párrafos de su correspondencia:

« Batalla de Chorrillos », 13 de Enero de 1881.

« Las armas del país han obtenido el triunfo más espléndido en
« la gran batalla librada ayer, y ganada por nuestro ejército abne-
« gado y bizarro. Su valor inquebrantable no ha sido nunca des-
« mentido, es verdad, desde la primera hasta la última jornada de
« las que hasta hoy han tenido en la guerra; pero puedo asegurar
« con la conciencia plena de los hechos presenciados por mí en

« esta ocasión, que solamente un exceso de valor sobrehumano y
« una adoración ciega y fanática por el pabellón de la patria, ha
« podido conducir nuestro ejército á una victoria que bien pudo
« creerse imposible.»

« Chile debe estar en esta vez más orgulloso que nunca de la ca-
« lidad de sus hijos, y si los manes de los héroes antepasados, que
« ha contado la leyenda y que ha divinizado la poesía, se levantaran
« para contemplar á esta pléyade gloriosa que forma el ejército
« chileno, quedarían asombrados de tan desconocido valor y tan
« sublime heroísmo ! »

« No es esto un mero arranque de un entusiasmo patriótico : es
« la calificación fría y reflexiva de los hechos consumados ; de
« todos los hechos entregados ya á los libros de la historia, para
« ejemplo de abnegación y enseñanza de virtudes cívicas al mundo
« contemporáneo y á las generaciones venideras. . . . »

« El 12 se anunció temprano la proximidad de la marcha sobre
« Chorrillos, noticia que fué recibida con gran satisfacción en todos
« los cuerpos.»

« Los soldados sin más conocimiento que el de *se dice*, empeza-
ron á registrar sus armas y relimpiarlas con afán.»

« A las once del día las cornetas anunciaron orden general, y
« una hora más tarde corría por los campamentos la siguiente
« proclama :

« A los Señores Jefes, oficiales, clases y soldados del ejército :

« Vuestras fatigas tocan ya á su fin.

« En cerca de dos años de guerra cruda, más contra el desierto
« que contra los hombres, habéis sabido resignaros á esperar tran-
« quilos la hora de los combates, sometidos á la rigurosa disciplina
« de los campamentos y á todas sus privaciones.—En los ejercicios
« diarios y en las penosas marchas á través de arenas quemadas por
« el sol, donde os torturaba la sed, os habéis endurecido para la
« lucha y aprendido á vencer. »

« Por eso habéis podido recorrer con el arma al brazo casi todo
« el inmenso territorio de esta República, que ni siquiera procu-
« raba embargar vuestro camino. Y cuando habéis encontrado
« ejércitos preparados para la resistencia detrás de fosos y de trin-
« cheras albergados en alturas inaccesibles, protegidos por minas

« traidoras, habéis marchado al asalto firmes, imperturbables y
« resueltos, con pasos de vencedores. »

« Ahora el Perú se encuentra reducido á su Capital, donde está
« dando desde hace meses el triste espectáculo de la agonía de un
« pueblo. Y como se ha negado á aceptar en hora oportuna su
« condición de vencido, venimos á buscarlo en sus últimos atrin-
« cheramientos para darle en la cabeza el golpe de gracia y matar
« allí, humillándolo para siempre, el germen de aquella orgullosa
« envidia que ha sido la única pasión de los eternos vencidos por
« el valor y la generosidad de Chile. »

« Pues bien; que se haga lo que ha querido: si no lo han aleccio-
« nado bastante sus derrotas sucesivas en el mar y en la tierra,
« donde quiera que sus soldados y marinos se han encontrado con
« los nuestros, que se resigne á su suerte y sufra el último y supre-
« mo castigo. »

« Vencedores de Pisagua, de San Francisco, Tarapacá, Ángeles,
« Tacna y Arica: —Adelante! »

« El enemigo que os aguarda es el mismo que los hijos de Chile
« aprendieron á vencer en 1839 y que vosotros los herederos de
« sus grandes tradiciones habéis vencido también en tantas glorio-
sas jornadas. »

« Adelante! A cumplir la sagrada misión que nos ha impuesto
« la patria! Allí, detrás de esas trincheras, débil obstáculo para
« vuestros brazos armados de bayonetas, os esperan el triunfo y el
« descanso; y allá, en el suelo querido de Chile, os aguardan vues-
« tros hogares, donde viviréis perpetuamente protegidos por vues-
« tra gloria y por el amor y el respeto de vuestros conciudadanos. »

« Mañana al aclarar el alba caeréis sobre el enemigo y al plantar
« sobre sus trincheras el hermoso tricolor chileno, hallaréis á vues-
« tro lado á vuestro General en Jefe, que os acompañará á enviar
« á la patria ausente el saludo de triunfo, diciendo con vosotros
« ¡viva Chile!—*Manuel Baquedano.* »

Sigue el detalle del asalto á las posiciones peruanas de San Juan y Chorrillos, las trincheras y los fuertes del Morro Solar y Morro de Chorrillos y las de Miraflores, en los días 13 y 15 de Enero.—Dice la correspondencia:

« El Morro Solar,—dice,—es un cerro enorme, cortado en algu-

« nas partes á pique, lleno de quebradas y cuchillas que arrancan « de un mismo centro y terminan á corta distancia en desfiladeros « escarpados. Sólo tiene dos subidas que no pueden tampoco « llamarse fáciles en razón de su rapidísima pendiente: la primera « en un camino construído exprofeso para la guerra y en tal ma- « nera que nadie podría subir por él, bajo los fuegos de la cima: « este camino va formando *zig-zags* demasiado largos, pendien- « tes y profundamente simétricos; y en toda su extensión estaba « dominado por dos ametralladoras bávaras y dos cañones de « retrocarga, artillería de campaña que se veían en una parte salien- « te de la cumbre y hacia la derecha.—El otro camino baja desde « la cumbre por sobre el lomo de una cuchilla y va á terminar en « el fuerte de la costa que se llama propiamente el Morro de Cho- « rrillos, situado á la orilla sud del mismo pueblo.—Por esa vía es « por donde habían subido las ametralladoras y cañones de grueso « calibre que tenían en diferentes partes las más dominantes de la « cima del cerro.»

« Era cosa de maravillarse ver cómo habían podido llevar grue- « sa artillería á tanta altura y por pendientes tan rápidas. Yo no « he atinado á explicármelo: he visto el camino ancho y sin curvas « en partes muy poco menos que á pique; de trecho en trecho « este camino tenía en el centro fuertes machos de madera enterra- « dos que apenas dejaban un pie sobre la superficie, destinados sin « duda á servir para la amarra de las cureñas, carros ó vehículos « transportadores de los cañones.»

« El Morro Solar tenía en todo su frente de la derecha, pues el « de la izquierda da al mar, tres ametralladoras bávaras de oscila- « ción, cuatro cañones de acero de campaña y uno de 200; y de la « parte de Chorrillos, en la que forma lo que se llama el Morro « de Chorrillos tenía un cañón de á 500 y uno de 70, ambos aboca- « dos á tierra, pues habían estado haciendo fuego sin cesar á los « nuestros.»

« Hacia el lado de Villa, tenía también una ametralladora báva- « ra que dominaba el frente y los flancos en el extremo Sud del « gran cerro.»

« Defendían la fortaleza nueve batallones.»

« Cinco horas y media de combate incesante y de disputar

« palmo á palmo el terreno y sus fortalezas al enemigo costaron el
« triunfo. »

« Y el triunfo así consumado en el Morro Solar y en sus empi-
« nadas y altas ramificaciones que defendieron los peruanos con
« un valor que parecía desesperación y palmo á palmo, hasta que
« vieron á nuestros rotos frente á frente en las encumbradas cimas
« guaridas donde habían creído ser invulnerables contra todo exce-
« so de arrojo y de valor humanos. »

« Allí cayeron once primeros jefes, ocho segundos y varios ofi-
« ciales de los cuerpos que nos habían peleado con tanta tenaci-
« dad, encontrándose entre ellos el Ministro de la Guerra del Perú,
« Coronel Iglesias, el Coronel Piérola,—hermano del Dictador.—
« Guillermo Billinghurst, Panizo y otros.—Allí tomó el «Santiago»
« un estandarte enemigo, cayendo más tarde otro en poder del
« Mayor Alberto Stuwen, ayudante de nuestro Ministro de la Gue-
« rra, Coronel Vergara: estandarte que pertenecía á los Zuavos de
« Lima, uno de los batallones mejores con que el Dictador prote-
« gió á sus tropas del Morro Solar. »

El mismo describe la batalla de Miraflores.—Tomo de esa correspondencia algunos párrafos.—Habla el corresponsal Caviedes:

« Creo poder decir bien alto que la guerra está concluída. Dos
« espléndidas victorias consecutivas obtenidas por el mil veces
« glorioso ejército de Chile á las puertas de la Capital peruana,
« han dado en tierra con el orgullo de la dictadura, con las espe-
« ranzas del Perú, con el asta que sostenía su bandera, haciéndola
« caer vencida y humillada á las plantas de los soldados de nuestra
« patria. Se acabaron las legiones peruanas, sus ochenta y dos
« batallones, sus reservas de levita y de guante, sus brazos inven-
« cibles, sus fortificaciones marítimas, sus minas de dinamita, torpe-
« dos, fosos y reductos y sobre todo su torrente atolondrado de
« bravatas y de injurias contra las valerosas huestes chilenas. »

« La tumba que aquí se nos tenía con tanto tiempo cavada, se
« ha cerrado envolviendo en su seno el *paladium* del poder
« peruano bajo una capa eterna pisoneada con los proyectiles de
« nuestras invictas armas. »

« La orgullosa Lima, la que había jurado ser un cementerio y una
« hoguera antes que ceder un pedazo de suelo á la planta del

« chileno, se nos ha entregado humildemente, gimiendo y llorando
« y demandando atribulada la benevolencia y la misericordia de
« aquellos á quienes ayer anatematizaba con todo el furor de su
« rabia impotente. »

« Se apagaron todos los tonos de su altivez, rompiéronse por
« junto las cuerdas de sus *retempladeras* ; y abandonada por com-
« pleto de todos los que la engañaron y la sacrificaron, hoy espera
« su salvación de la generosidad de Chile. »

« Nadie ignoraba que así debía de ser. »

« La victoria estaba predestinada desde el principio para nues-
« tras armas, por la virtud del derecho y de la fuerza. »

« Eran las seis y cuarto de la tarde.—¡ Viva Chile !

« Los cuerpos de la primera y segunda divisiones y los de la reserva,
« casi todos confundidos y entreverados, eran dueños absolutos de
« todas las posiciones enemigas, de extremo á extremo de su línea.
« Los peruanos abandonándoles treinta piezas de artillería, seis
« reductos formidables y dejando el campo sembrado de armas y
« de cadáveres, habían huido en dispersión espantosa, sin que
« nuestras bizarras caballerías, Cazadores, Carabineros y Granade
« ros pudiesen perseguirles con éxito por el interior de miles de
« potreros amurallados que se sucedían en todas direcciones hasta
« Lima y sus alrededores. »

« Habíamos triunfado completamente sin que hubiesen tomado
« parte en el combate, ni sido necesario los seis cuerpos de la se-
« gunda división y dos de la primera, que guardaron nuestra extre-
« ma derecha.—¡ Gloria á las armas de Chile, gloria al valor indo-
« mable de sus hijos ! »

« La fuerza enemiga de Miraflores, compuesta también de la
« reserva de Lima, tenía en su seno á la juventud limeña, á todos
« los hombres que se reputaban de educación y de honor y sabien-
« do manejar el arma mejor que el rústico campesino y el gañán,
« han debido hacer todo el esfuerzo posible por alcanzar el triun-
« fo.—Con ese propósito nada perdonaron, nada tuvieron por
« vedado y vergonzoso, esforzándose por descuidarnos y adorme-
« cernos, para clavarnos el puñal de la alevosía por la espalda.

« La impunidad que les aseguraba la naturaleza de sus trinche-
« ras, la excelencia de sus rifles Peabodys, la hidalguía de nuestra

« confianza, todo fué nada ante el valor, la abnegación y el heroís-
« mo de nuestro invencible ejército.

« Dieciséis mil peruanos nos dieron la sorpresa infame de « Miraflores ; y á pesar de las fatigas hechas por nuestros soldados « en el glorioso y memorable día de la antevíspera, á pesar de su « cansancio y de su velada ; á pesar, en fin, de sus bajas numerosí- « simas que redujeron en un tercio á muchos regimientos, bastaron « sólo los cuerpos de la primera y de la tercera división con su « escasa reserva, para derribar hasta la base, la columna del poder « que sostenía orgulloso el pabellón de los que nos obligaron á la « guerra.

« ¡ Es muy espléndido el triunfo alcanzado ! »

« Y si nos ha costado multiplicadas bajas y largo sacrificio, débese « solamente á la intriga y á la sorpresa criminal con que preten- « dieron conseguir lo que no pudieron por las vías legales del « honor en el campo de la lucha honrada. »

« Oh ! si nuestra línea de batalla hubiera estado siquiera tendida « al frente del enemigo, antes de la traición, quince minutos de « combate habrían sido más que suficientes para darnos la victoria « que nos demandó tres largas horas de fuego y de sangre. »

En homenaje á la verdad del cuadro dibujado con la maestría del artista y la severidad del historiador, copio la descripción de los tres días de Enero de 1882, en la Capital del Perú, antes de las batallas del 13 y el 15, debida á la brillante pluma de Julio Jaimes y que publicó «La Nación», con el título de «Guerra á la Guerra.»

« Estamos en los días de Enero que precedieron al gran desen- « lace de la guerra del Pacífico. El sol canicular caldeaba las are- « nas en la planicie accidentada, en donde se hallaban situados los « ejércitos beligerantes, á distancia de 20 kilómetros uno de otro. « Las tiendas de campaña, si daban sombra á los retenes, los aho- « gaban, en cambio, bajo el vapor exhalado del piso y del humeante « vaho, desprendido de los humanos cuerpos. La línea de fortifica- « ciones transitorias, coronada en todas sus prominencias por las « tropas de servicio y las baterías volantes, languidecía y se asfixia- « ba al rayo del sol fulminante. Los ayudantes del Estado Mayor « cruzaban el campo sobre sus jadeantes cabalgaduras, enfundado

« el kepí y extendido el lienzo sobre la nuca como los beduinos
« al través del desierto.

« De trecho en trecho y á lo largo de la línea, alzábanse los pos-
« tes del telégrafo militar, disminuyendo en tamaño hasta perderse
« en el horizonte, en línea paralela, con los faros de señales para
« entenderse durante la noche. Estos eran, á la vez, mástiles, des-
« tinados á suplir con el lenguaje de las banderas las deficiencias
« del telégrafo en constante actividad en cada una de las secciones
« diversas del campamento.

« La inquietud vigilaba; lo incierto extendía melancólica nube
« en los espíritus; se comía de pie y se dormía con un ojo. Nada
« tan triste como aquellos momentos en que se procura con capa
« de entusiasmo patriótico y á la ley de dignidad, ocultar todas las
« contrariedades, las privaciones, el malestar que se sienten bajo
« la conciencia de la muerte, que cierne sus alas y rebulle escogien-
« do sus víctimas.

« En la Metrópoli peruana, todos los hogares mustios, los templos
« abiertos á la oración, á la angustiosa deprecación de las familias.
« Los viejos, las mujeres y los niños, trabajando en los preparativos
« de la legión sanitaria. Los conventos y monasterios, enviando
« signos de salvación santificados por la fe y consagrados por la
« iglesia. Un pueblo, en fin, que se prepara al horrendo sacrificio
« y siente ya el crujir de las armas, el rasgar de la carne, el destro-
« zar de los cuerpos y el olor de la sangre que empapa el suelo
« arrebatando vidas como pedazos de la propia entraña. »

Reproduzco, así mismo, la narración de la batalla de Chorrillos, del mismo Jaimes, que tiene el interés de las revelaciones más íntimas del pensamiento del Dictador peruano, en los solemnes momentos y en vísperas de darse las decisivas batallas entre los ejércitos beligerantes.

« Después de los reconocimientos practicados hasta el día 8 por
« el ejército chileno y que, indudablemente, desconcertaron al Ge-
« neral en Jefe peruano, porque, habiendo recaído sobre tres dis-
« tintos puntos de su línea de fortificaciones, la opinión de los Ge-
« nerales, aunque diversa en la interpretación de los planes del
« enemigo, era uniforme en cuanto á la creencia de que el ejército
« chileno no atacaría, esperando nuevos refuerzos de Tacna en sus

« posiciones de Lurín; después de asegurar la línea contra sorpre-
« sas y resguardada la parte Norte del campo que podía dar acceso
« á Lima, creíamos todos los que formábamos el Estado Mayor Ge-
« neral peruano, que había desaparecido la inminencia del peligro
« y su proximidad, y nos resarcíamos el día 12 de Enero de las pri-
« vaciones de la campaña en una excelente comida, en la cabeza
« del campamento, que era la pintoresca villa de Chorrillos, absolu-
« tamente abandonada por sus habitantes y convertida en ciuda-
« dela. Habíamos recorrido con el General en Jefe la última línea
« de las dos formadas para la resistencia, la primera que, apoyán-
« dose en las fortificaciones del Morro Solar en Chorrillos, se ex-
« tendía, teniendo su centro en San Juan hasta Monte Rico, y la
« segunda que, partiendo del mar en Miraflores y apoyada en los
« fuertes Alfonso Ugarte y del Pino, formaba ángulo agudo con la
« primera, siendo el vértice Monte Rico chico.

« Todo el campamento estaba comunicado y también las líneas
« entre sí, por doble hilo telegráfico en el espacio de tres leguas,
« con oficinas habilitadas á convenientes distancias, sin perjuicio
« de las líneas de mástiles, en donde, por medio de banderas de
« día y de faroles de colores de noche, se daban y recibían partes y
« se comunicaban órdenes. La natural cerranía, formada por altos
« y poco regulares montículos, suaves de nuestro lado y rápidos por
« el frente al ejército contrario, era, con algunos fosos abiertos y
« defensas pasajeras, lo que se llamó por los chilenos las inexpug-
« nables fortificaciones peruanas.

« En las partes más elevadas se preparó el terreno para colocar
« baterías, y entre una y otra, siguiendo las sinuosidades, se exten-
« dían los batallones con una compañía de reserva á retaguardia y
« en seguro. Los parques divisionarios ocupaban el centro de cada
« división, á poca distancia y protegidos por los mismos cerros, así
« como los estados mayores y las fuerzas de artillería de reserva.

« El ejército, que no llegaba á 19 mil hombres, estaba dividido
« en cuatro cuerpos, mandados el primero por el Coronel Miguel
« Iglesias y constaba de tres divisiones; el segundo, á las órde-
« nes del Coronel Andrés Avelino Cáceres, formando igualmente
« tres divisiones; el tercero, mandado por el Coronel Justo Pastor
« Dávila, teniendo á sus órdenes las divisiones 3.ª y 4.ª del centro;

« y, finalmente, el cuarto, mandado por el Coronel Belisario Suárez, « compuesto de las divisiones 4.ª y 5.ª del Norte. Esto conforme « al orden de colocación en la línea. Era Jefe del Estado Mayor « General, el general Pedro Silva. Finalmente, la reserva de Lima, « formada por lo más escogido de aquella ciudad, que envió al « campo magistrados, banqueros, comerciantes, letrados, juventud « dorada, artesanos y propietarios, componiendo una legión de seis « mil hombres, ocupó la segunda línea en los ocho reductos de Mi- « raflores á Monte Rico.

« En esta disposición las fuerzas, saboreábamos tranquilamente « la comida del día 12, presidida por el General en Jefe, el Dicta- « dor D. Nicolás de Piérola, y teniendo entre los comensales á « dos Generales en jefe del ejército del Sur ya vencidos, el uno en « las acciones de Pisagua y San Francisco y el otro en la batalla de « Tacna, Buendía y Montero; á los Generales Echenique y Segura « y á los numerosos jefes de mar y tierra, agregados días antes al « cuerpo de ayudantes del Estado Mayor.

« El bienestar hace comunicativas á las gentes y establece la « confianza, olvidando jerarquías y aproximando distancias. Los ri- « vales de la víspera, los separados por diferentes causas, se unían « allí en la cita común del deber y hallaban pequeños sus enconos « ante la expectativa de los grandes sucesos. Los mismos encarni- « zados enemigos de Piérola antes, comían aquella tarde en su « mesa, que parecía la del día siguiente del triunfo y no la víspera « de la batalla.

« Algún mensajero que había hecho resonar los cascos de su ca- « balgadura á la entrada, se presentó en el salón, avanzó hacia el « General en Jefe y llevando la mano al kepí le entregó un papel « cuya lectura produjo notable efecto en su semblante. Nadie sabía « lo que era; pero un presentimiento vago anubló todas las frentes « y el silencio reemplazó á la amigable algazara. En un pequeño gru- « po el Coronel Montero Rosas, llevando la copa á los labios, dijo á « media voz: «Aseguro que si esta noche no es la sorpresa, el alba « es la batalla; bebamos por los que puedan cenar mañana.»

« Nadie bebió y entonces añadió el Coronel: Por lo visto seré el « único. Al día siguiente faltaba Montero Rosas. Había caído « acribillado de balas, al marchar en comisión del servicio...

« Desde aquel momento todo fué inquietud, aumentada por ór-
« denes dadas allí mismo á diferentes jefes y con la terminación de
« aquel banquete, que debía ser el último.

« Llegada la noche, el telégrafo funcionó sin descanso. El que
« esto escribe, que tenía el doble carácter de ayudante y sub-secre-
« tario en la Secretaría General de Estado, recibió órdenes para
« impedir absolutamente la entrada al despacho del General en
« Jefe y de manifestar al cuerpo de ayudantes que podía reposar,
« quedando sólo dos de guardia y manteniendo hasta la escolta de
« lanceros, ocultándose, á todo trance, la salida que por una puerta
« excusada había hecho el Dictador, dirigiéndose al campamento.

« El mismo Secretario general, Capitán de navío y después Con-
« tra-almirante, Aurelio García y García, dejando ciertas autoriza-
« ciones al que refiere este episodio, se había arrojado á una cama
« de campaña, fatigado por largas y continuas veladas. Sería la me-
« dia noche cuando los centinelas apostados hasta el campamento
« dieron la voz de alarma. Enviamos un ayudante á investigar la
« causa, y regresó acompañado de un prisionero chileno, vestido
« con el traje de los peones de la ambulancia.

« Después de ofrecerle garantías y hasta agasajos, para el caso
« de decirnos toda la verdad y contestar lealmente á nuestras pre-
« guntas, abrimos un interrogatorio que parecía no dar fruto, según
« se mantenía rehacio y redomón, que se fingía poco menos que
« imbécil. Entonces fué forzoso recurrir á otros medios, haciéndole
« comprender que sería pasado por las armas y haciendo el apa-
« rato correspondiente. Merecen citarse las palabras de aquel chi-
« leno, llamado Santiago Ahumada, que habló á medias ante el
« temor de la muerte. Dijo que el ejército había salido de Lurín á
« las cuatro, en tres divisiones; que no sabía cuántos venían, ni si
« venían bien ó mal armados, pero que habían dicho que no vol-
« verían á su tierra sin haber entrado en Lima: — Son muy malos
« *los niños*,—señor,—agregaba,—y puede que la partida sea seria
« y fiera.

« Inmediatamente hicimos jugar el telégrafo en todas direcciones
« y prevenimos á todos los jefes y dependencias del Estado mayor.
« Las reservas se pusieron en movimiento. A las tres de la mañana
« salía de Chorrillos la artillería de campaña. El escuadrón-escolta

« estaba formado y todo el cuerpo de ayudantes salió en dirección « al centro de la línea en donde se suponía al General en jefe. « Oscura todavía la mañana, se oían los primeros tiros lejanos de « las avanzadas. Pusimos al galope nuestras cabalgaduras mar- « chando á las órdenes del General Buendía y del Secretario ge- « neral.

« Diez minutos después estábamos en el *abra de* Santa Teresa y « veíamos los innumerables puntos luminosos del reñido combate « trabado entre nuestra gran guardia formada por el bizarro bata- « llón Callao al mando del antiguo Coronel Rosa Gil, situado en « Villa,—media legua del campamento,—y las vanguardias chilenas « que avanzaban al abrigo de las sombras artificiales formadas por « la *camanchaca*.

« La dudosa claridad del día que alboreaba y el auxilio de los « catalejos nos hicieron descubrir la inmensa masa de treinta mil « hombres que se aproximaba en tres divisiones, para atacar, dere- « cha, centro, é izquierda de nuestra línea, notándose rapidez en la « marcha de su primera división, que se dirigía al punto en que « estabamos situados, más calmosamente la segunda que marchaba « sobre San Juan, y desplegando la tercera por nuestro flanco iz- « quierdo.

« Hasta ese instante y después del combate de nuestras guerri- « llas, el fuego era por demás lento, y entonces tomaron la palabra « las baterías de artillería de ambos ejércitos, comenzando al mismo « tiempo el bombardeo que los buques de la escuadra chilena ha- « cían por elevación.

« A las cinco el fuego se había declarado en toda la línea. El « Sargento Mayor Delorme, jefe de la primera, apoyada por los ba- « tallones Ica y Libres de Cajamarca cayó muerto de los primeros, « siguiéndole varios de la misma y queda por algunos momentos « muda.

« Los soldados chilenos subían y subían sin retroceder, no sin « muchos claros en la línea y sin que rodaran á centenares ante el « fuego nutrido en estrechísima distancia.

« De pronto un grupo de enemigos coronó la cima y la vista de « ese raro uniforme por los soldados del Ica y del Libres originó el « desbande y produjo la ruptura de la línea por ese lado arrojando

« toda esa fracción del ejército sobre Chorrillos, mientras que la « otra fracción dividida cerca de San Juan se replegaba por el pue- « blo de Surco sobre Miraflores.

« Con grandes esfuerzos logramos algunos de los ayudantes, se- « parados también durante la batalla, unirnos al General en Jefe, el « cual después de impartir sus órdenes al Coronel Iglesias á fin de « que resistiera en Chorrillos, se puso en marcha á todo riesgo « hacia el otro lado en que se hallaban las fuerzas de San Juan. « Teniendo al enemigo por medio, fué forzoso descender por el « barranco al mar, seguir las peligrosas orillas de éste, muchas veces « recibiendo las olas, y llegar á la parte más abrupta que corres- « ponde á Miraflores.

« Había una escalera de madera que salvaba el barranco hasta « los baños, y el Dictador obligó á subirla á su caballo, siguiéndolo « todos silenciosamente, sin excusar el gravísimo peligro.

« La batalla había sido sangrienta y no estaba concluida. A las « 11 a. m. comenzó de nuevo con las fuerzas del Coronel Iglesias. « Este valeroso jefe se mantuvo hasta perder toda su fuerza y caer « él y su Estado Mayor prisioneros. Nunca hemos podido saber por « qué no se cumplieron las órdenes del Dictador, referentes al en- « vío de fuerzas en su protección, impartidas al jefe de estado ma- « yor, mientras él partía, preparando la segunda línea de batalla á « lo largo de los reductos, hasta caer desfalleciente en Monte Rico, « á las tres de la tarde, y quedarse profundamente dormido sobre « un banco. Las vigilias y el hambre rindieron al fin aquella orga- « nización de hierro.

« Nuestro regreso á Miraflores fué al caer de la tarde. Los dis- « persos llenaban el campo. Algunos jefes reunían y organizaban « pelotones para dirigirse al nuevo campamento. La ambulancia « situada en San Mateo había sido despedazada y dispersados sus « miembros á balazos. Los heridos yacían aquí y allá, sobre todo « en la orilla de los arroyos, adonde les empujaba la sed. Nume- « rosa cantidad de mujeres, rota la incomunicación con Lima, acu- « día cargada de cestos de provisiones y llorando á lágrima viva, « y todavía se oía de rato en rato, como en salva fúnebre, los caño- « nazos del Pino, de Vázquez y del campamento chileno.

« Las sombras de la noche parecían cubrir ese campo de desola-

« ción, saturado de pólvora y miasmas de sangre, cuando surgió « roja, inmensa llamarada que cubría gran parte del cielo. Era la « pintoresca, la espléndida, la lujosísima villa de Chorrillos que « ardía por sus cuatro costados, reduciendo á cenizas palacios y « albergues que constituían inmensas fortunas. Y cuando se debili- « taban aquellas llamaradas, una nueva hoguera denunciaba el in- « cendio en la preciosa residencia balnearia del Barranco.

« Cuánto sufrió el espíritu en aquella inolvidable noche, sería « imposible traducir al lenguaje humano. Todas las angustias jun- « tas imponían el silencio en el campamento, resguardado contra « imprevistos asaltos. »

LIMA DESPUES DE MIRAFLORES

La luz crepuscular de una aurora mortecina alumbró trémula y penible el día siguiente del desastre de Miraflores. Las róseas y níveas bandas de tul con que se atavía el alba aparecieron empapadas en las lágrimas de la noche.

La tierra de los Incas recogió en su doloroso seno el llanto de los cielos.

Asomaba el sol al través de los pálidos vapores, esparcidos en la atmósfera, emitiendo intermitentes y lívidos reflejos.

El incendio producido en la noche por la soldadesca dispersada en la derrota, humeaba acabando de consumir los últimos restos de los edificios quemados, como humean en los templos las pavesas de los apagados cirios.

Lima, ahogada en torrentes de sangre, esperaba ansiosa el destino que próximamente depararle debía el vencedor.

Lima, la ciudad oriental de los sueños de oro, á la que sus poetas de fantasía tropical jamás pudieron describir en todo el voluptuoso encanto de su real belleza. Lima, que reposara su soñadora cabeza sobre macizos de perfumadas flores, bajo un cielo de turquesas. La reina de los besos de fuego y ledas horas, cuya sensualidad de femenino organismo produce desmayos de lujuria. La ciudad de las mujeres bellas, que en cada una de sus vírgenes se ven reproducir aquella de Rafael y los ángeles que rodean á la inmaculada de Murillo. Lima, el paraíso de la encantadora Eva americana.... Lima, ¡ay!, era en ese día de horror, la ciudad más infortunada, á la que la guerra hubiera escarnecido y humillado. Apretaba sus sienes ensangrentada corona de espinas. Bañaba de vergüenza su altivo y her-

moso rostro. No se erguía con arrogancia ostentando la diadema régia que enamorados Virreyes pusieran sobre su cabeza. Desgarrada la túnica de perlas, mostraba su desnudo y ensangrentado cuerpo. inundada en llanto, cual su cielo mojado en el rocío de sus flotantes nubes. Mesábanse los blondos cabellos y sus hijas rompían por momentos en desesperados sollozos. Escuchábanse por doquier ayes y lamentos; esos ayes profundos, esos hondos y trémulos ayes, que no son gemidos, que no son suspiros, sino sordos ruidos, que hace el corazón al despedazarse.

Plegaban las campanas convocando al templo. El terror imploraba clemencia. Murmurábanse oraciones, en voz queda, con fervorosos acentos, los párpados cerrados, como teniendo la vergüenza de hallarse de hinojos ante el enemigo, en esa actitud del perdón y el servilismo.

Huyó la esperanza del atribulado espíritu.

Las huestes vencedoras del Breno araucano, momentos más, invadirían su sagrado suelo.

Extranjeros serían en sus hogares sus guerreros proscritos, esposas, madres é hijos. Cautivas en sus edenes y esclavas en sus suntuosas moradas y sus palacios. Los defensores de la tierra de los Incas yacían á millares, cadáveres insepultos quemados por el sol de sus mayores, perdidos entre las frondas que les abrigaron en su niñez y en el canicular meridiano.

¡ Cuántos, en esos momentos, se arrastrarían sobre sus mutilados miembros por los fríos riscos de las heladas cordilleras y las playas arenosas é inclementes del mar!

¿ Puede imaginarse nada más aterrador?

¿ Habrá un contraste igual entre el pasado de ese altivo pueblo, y el presente amargo y tan aciago?

Opulencia, belleza, altivez, todo, todo perdido, todo sepultado en el negro abismo de la deshonra!

Alza al cielo las manos la Sion abandonada, demandando un rayo de la luz celestial que le infunda conformidad y resignación, en vano.

Ciega é inexorable como el destino, abatíase la desgracia tremenda sobre millares de esos seres que se esconden temblorosos y huyen despavoridos de sus propios lares.

¡ He ahí cómo entienden los hombres la ley de la fraternidad!

¿ Es esa la justicia de los pueblos y los efectos de la civilización cristiana ?

El que se halló en Lima después de Miraflores, maldice la gloria que autoriza tanta crueldad y martirio tanto.

Vencer no debe ser sinónimo de exterminio. Es algo que debe ser muy grande, y que exige nobleza y magnanimidad aun superiores en heroísmo al valor militar.

Se baña la gloria en los resplandores de un sol sin manchas, deslumbrante de caridad, y haciendo inadvertir el desastre de la derrota por la fuerza de la benignidad y la virtud del perdón en el vencedor.

Matar después de triunfar, es matar sobre seguro y con alevosía, con airado ensañamiento y cobarde premeditación. Obra de fieras y no de adalides, que en todas partes deben representar la templanza y moderación de la patria fuerte, sometiéndose á las pruebas más difíciles, é imponiéndoselas como obligaciones ineludibles. La sangre del prisionero rendido, sacrificio ofrecido á la irritación del vencedor, le inflige la mancha del primer fratricida: Caín.

El 16 de Enero, de tristísima rememoración, llegaba á su término en sepulcral silencio. Las casas cerradas; llenos de asilados los templos, creyendo salvarse entre las bóvedas santas.

La muchedumbre que habitualmente pululaba en alegre y continua jira en la ciudad, habíase ausentado. Parecía una ciudad dejada por sus habitantes, ó un pueblo de sombras.

Flotar se veía en lo alto de sus callados edificios los diversos colores heráldicos de las banderas de todas las nacionalidades, con excepción de la enseña patria, convertida, de oriflama protectriz de sus hijos y símbolo de sus tradiciones guerreras, en mortaja ó sudario de sus mártires.

La Lima, que ajustició á los Gutiérrez, arrancándolos de en medio de dieciséis mil bayonetas de veteranas tropas;—la Lima, de los revolucionarios y de la guerra civil, Monte Aventino de las libertades del Perú, y escudo de su gloria en el 2 de Mayo, cuando rechazó con viril entereza el ataque de la flota Española; se estremecía entonces al menor ruido, creyéndose ver desgarrar en pedazos por el bombardeo y el asalto.

Creció, con la noche y la obscuridad, la zozobra é inquietud ansiosa, estimulada por la imaginación que da proporciones máximas á lo desconocido, y cuya realización se espera y teme con espanto.

Hasta las banderas que flameaban azotadas por el viento, trasmitiendo á la atmósfera sus palpitaciones, se tornaban en ecos sombríos, semejantes á los lamentos de aves de rapiña colosales, que desplegadas sus alas sobre la ciudad, sorbían, iguales á vampiros, la sangre de sus víctimas, produciéndoles la extenuación y la muerte.

Por el Norte, y en el rumbo del campamento chileno, flameaban también horizontes teñidos de púrpura intensa, con reflejos tenebrosos, como si sobre un horizonte de llamas corrieran impetuosas las oladas de negras nubes.

El ejército victorioso, después del descanso, ó más bien, de la invencible fatiga de la batalla, se disponía á avanzar sobre Lima, y romper los fuegos de sus cañones al amanecer del día 17; y cuando ya aproximaba sus baterías para ejecutar su propósito, el Cuerpo Diplomático y el Alcalde Municipal se constituyeron en la tienda del General vencedor á rendir á discreción la Capital peruana, poniéndola al amparo y merced de su generosidad é hidalguía.

Aceptó cristianamente el General Baquedano la rendición incondicional de la plaza, ofreciendo el respeto de propiedades, honor y vidas. En tal virtud, y con la oportunidad que requería impartir las órdenes necesarias, resolvió tomar posesión de la plaza, acampando con una división de su ejército en los alrededores, otra en Lima, y encargar el Gobierno de la ciudal al General Saavedra, de moderación comprobada, y que garantizaría la templanza en el trato de los vencidos.

¿ Hubo, acaso, intimación diplomática para conseguirlo ?

Así se dijo entonces, pero se ignora; y aún más : no se dá crédito á ello.

El 17, de tres á cuatro p. m., aparecieron las primeras columnas chilenas, desfilando por las calles de la Capital, á sus cuarteles, en silencio solemne y rigurosa disciplina, sin que ni las músicas militares fueran, con sus marciales ecos, á mortificar el dolor de los vencidos, ni las angustias de huérfanos y viudas, entregadas á sus mortales y supremas aflicciones. Ordenaba la corneta los movi-

mientos de las tropas, y se sentía, en el silencio, su marcha por la repercusión de ecos y ruidos de trenes de artillería sobre las piedras y veredas, y las pisadas de los ferrados cascos de los escuadrones de caballería.

No asomó nadie ni á balcones, ventanas y puertas, y hasta los mismos extranjeros dejaron pasar, sin participación en el espectáculo, la brigada que tomaba posesión de la ciudad, pagando al país de su residencia, en su respeto y simpatía, la deuda de generosa hospitalidad.

Fué digna de especial y alto encomio la moderación observada por el ejército de Chile y su General en Jefe.

Esa tranquila y severa marcha, en correcta alineación y formación, después de las sangrientas batallas, incendios y matanzas, y de increíbles padecimientos, sin proferir grito de odio ni de triunfo, respetando la desgracia del pueblo vencido, en cuyo recintó penetrara como omnímodo árbitro de sus destinos, merece laudarse y honrarse sin reserva, aunque se hubiera debido, no á las tropas, pero de seguro á los jefes y á su noble é ilustrado General.

Al más poderoso la conquista, dijo Chile seducido por la fortuna de sus armas y la debilidad de esa alianza inconexa y heterogénea de dos naciones émulas y rivales desde su nacimiento á la vida independiente.

Y sin embargo, la conquista es una espada enrojecida al fuego de la venganza, y que jamás se enfría, enconando siempre la llaga del corazón. que comunica y transmite sus dolores al espíritu.

La conquista vela, pero la reconquista y reivindicación no cierran los ojos ni los apartan un punto del conquistador, espiando hito á hito el momento de la esperada y halagadora revancha.

Así terminó el día en que Chile ocupó la Ciudad real, después de las batallas de San Juan, Chorrillos y Miraflores.

Veíanse esa noche desde las azoteas de Lima, sobre el Océano en calma y la oscuridad, que remedaba otro Océano de tinieblas, alzarse en los espacios llamaradas inmensas, por unas que parecían bocas monstruosas y negras, en contorsiones feroces, propias de los relámpagos y los incendios:—eran los buques peruanos, resto de su escuadra, quemados por sus jefes.

Después de algunas horas de arder, volaban las ráfagas de fuego

y llamas, á lo lejos, y se deshacían, como castillos de luces artificiales, en chispas, hasta que, extinguida la última llamarada, la obscuridad venció al fuego y ahogó el incendio.

Todo había concluído.

La Guerra del Pacífico tocaba á su término.

Chile, vencedor, anexó á su territorio el litoral de Bolivia hasta la Cordillera de los Andes, y la más rica y extensa zona del litoral del Perú, invocando *el derecho de conquista como compensación* de vidas, caudales é industria de sus naturales en el suelo peruano, que jamás había sido invocado en América, y que aún en el Viejo Mundo había sido motivo de vergüenza y atentado contra la justicia, sentimientos grabados en la conciencia de los pueblos por Dios.

Julio Jaimes dedica una página conmovedora al recuerdo de ese tristisimo día.

« Las sombras de la noche del 15,—dice,—pusieron término al « acuchillar sangriento y sañudo de la caballería chilena, y replegaron, á raudales en la mayor sobre Lima, á los dispersos del « ejército peruano. Heridos y sanos iban salpicados de sangre é « inconocibles, por las capas de pólvora y tierra que los envolvían. Un gemido universal se escuchaba en las calles, en que « hormigueaba la gente agrupándose al rededor de aquellos hombres desfallecidos y moralmente muertos. Un ir y venir de individuos cargados de maletas y cofres, llevados á seguridad á las « legaciones y consulados; innumerable cantidad de señoras y niñas llenando las salas, los pasadizos y los patios de aquéllos en « busca de asilo, y el estupor flotando sobre toda la ciudad, como « en los momentos angustiosos del terremoto, como en el caso de « una común enajenación mental... »

« Aun cuando el Dictador en previsión de todos los desastres « habia pensado en la posibilidad de la defensa de Lima, con los « restos de los ejércitos apoyados por las fortificaciones del Cerro « de San Cristóbal, del Callao y del Pino; para lo cual estaban « tomadas las medidas del caso y señalados los jefes, Capitán de « navío Villavicencio, Coronel Astete y Coronel Secada, la derrota « de Miraflores fué tan tremenda y el destrozo de nuestras fuerzas « tan espantoso, que era una locura pensar en ello siquiera, siendo

« indudable que no lo acompañarían sus lugartenientes ni habría « fuerza capaz de conducir á la brecha á los mismos que desfalle- « cían después de tres jornadas:—Piérola lo comprendió así, y se- « ñaló á todos el camino de la Cordillera, marcando como punto « de reunión el pueblo de Canta. No obstante, en el Callao el « pueblo y las fuerzas ofrecían la Dictadura á Astete, inci- « tándolo á una resistencia que habría sido la sentencia de muerte « por el fuego de las ciudades del Callao y de Lima, y si bien es « verdad que aquello superaría las más grandes acciones del he- « roísmo histórico, no es menos cierto que es preciso antes arran- « carse el corazón para decretar por mano propia la muerte en » cruento sacrificio de las mujeres, los ancianos y los niños que for- « man la familia y dan calor al hogar.

« La única, la suprema aspiración de aquellos instantes era im- « pedir todo pretexto á las violencias y crueldades del vencedor, « y esperar en el silencio del retiro, con la resignación de los már- « tires, la hora de la prueba. Así se abaten los pueblos más viri- « les; y así se resuelven muchas veces los alardes más sinceros, los « propósitos de sucumbir bajo las minas. El heroísmo es singular, « y Moscow y Sagunto son puntos luminosos en la extensa bóveda « de oscuridad y de nebulosas que presenta la historia del mundo; « sobre todo los grandes abatimientos no se describen por sólo « comprenderlos los que los sienten. De esa manera son ridículos « y verdaderamente petulantes los que desde la tranquila mansión, « á donde no llega el horror de las matanzas, ni el quejido de las « víctimas, ni el apretar de la sed, del hambre y del cansancio, « describen batallas y dan y quitan honras y fallan entregando « como sanción de la historia la sentencia de las injusticias.

« El resto de la noche pasó relativamente tranquilo. El ejército « chileno no avanzó temiendo lo desconocido, las bombas automá- « ticas, los torpedos terrestres y lo que era menos probable, las « celadas y sorpresas de los guerrilleros. Influían para ello, por « un lado la excesiva fatiga de su ejército, su difícil reorganización « en las locuras de la victoria, y el no pequeño temor al Cuerpo « Diplomático extranjero, que tenía una escuadra á sus órdenes, « lo suficientemente poderosa para echar á pique á la escuadra « chilena. Pero como era preciso dar espectáculo en celebración

« del triunfo, prendieron fuego por sus cuatro costados á la risueña
« cuanto ostentosa población de Miraflores. Las llamas enroje-
« cían hasta el cielo de Lima, anunciando con lenguas de fuego lo
« que á ésta le deparaba su resistencia. Obligóse entonces á la
« única autoridad que quedaba en pié, el Alcalde Municipal, á que
« se pusiera de acuerdo con el Cuerpo Diplomático para evitar la
« violenta ocupación. A media noche se envió un tren expreso
« llevando pliegos en ese sentido que no llegaron á su destino por-
« que el tren fué recibido á cañonazos, salvándose sus conductores
« por la rápida vuelta impulsada por el espanto.

« A pesar de ello, en la mañana siguiente, se obligó al Alcalde
« Rufino Torrico á marchar acompañado por los Ministros de Fran-
« cia, de Inglaterra, Almirantes de las mismas naciones, y el Capitán
« Sobrano de la «Garibaldi». Algo debió ocurrir que aun se mantie-
« ne en reserva, cuando el General Baquedano firmó el pacto en que
« se comprometía á enviar *lo más escogido de su ejército* y en son
« pacífico y respetuoso á la ocupación de Lima, comprometiéndose
« el Alcalde á desarmar las últimas fuerzas y entregar las fortalezas,
« debiendo influír, además, para la entrega de la plaza del Callao.

« Mientras estas negociaciones se realizaban en el campamento
« chileno, los dispersos del día anterior, en unión del pueblo bajo,
« se apoderaron del pueblo de Lima y se entregaron á todos los
« horrores de la *comuna*. Durante el día 16, la ciudad se man-
« tuvo bajo el terror, que aumentó con la llegada de la noche,
« en que el desorden producía las matanzas en las calles, el tiroteo
« por todas partes, el saqueo en los establecimientos de comesti-
« bles y bebidas de los súbditos chinos, y después el incendio en
« diferentes barrios, sin que fuera posible llegar en auxilio de las
« víctimas, ni abrir las puertas cerradas y atrancadas con exceso de
« precaución.

« Espantosa noche que como todas aquellas en que la desgracia
« se complace en derramar sus amarguras, pareció aún más larga,
« más interminable que las otras, quedando por mucho tiempo
« latentes en los oídos esos gritos raros, salvajes, que sólo produ-
« cen las muchedumbres ebrias; esos toques de rebato en las cam-
« panas de todos los templos; esos alaridos, en fin, mezcla de fero-
« cidad y de la artificial alegría de las bacanales.

« Los ojos acostumbrados á los incendios de los pueblos, du-
« rante cuatro días consecutivos, debían ver aun las llamas que
« devoraban el mercado central y el magnífico hospicio de Santa
« Sofía, sin contar las inmensas piras de las calles de Zárate, Pol-
« vos Azules y Abajo del Puente, y como si todavía no fuera bas-
« tante y como si ya el azote de la desgracia no cayese sino sobre
« cuerpos inermes, un nuevo terror surgió en todas las mentes á
« una voz esparcida no se sabe cómo. Los depósitos del cuartel de
« Santa Catalina,—se dijo,—están llenos de pólvora y dinamita. Si
« el incendio llega á ese punto, los chilenos no necesitarán entrar
« en Lima, porque ésta habrá volado dejando sólo escombros.

« Así, llegó como nunca esperado el día, pudiendo asegurarse
« que nadie cerró los ojos, excepción hecha de los fatigados com-
« batientes de los días anteriores; porque precisamente provocaban
« el desorden y matanza los que no llegaron á la línea del combate
« ni lanzaron un tiro al enemigo.

« En fin, las colonias extranjeras armadas con mil dificultades
« por el Alcalde Municipal, organizaron la guardia urbana y ayu-
« daron, no solamente á dispersar matando los grupos de saquea-
« dores, sino á apagar con los bomberos los incendios, hecho lo
« cual Lima tomó la forma y el aspecto más solemne que es posible
« decir ó presenciar.

« Retirados todos á sus domicilios, arrancados los badajos de
« todas las campanas, cerradas herméticamente ventanas y puertas
« y colocados sobre éstas escudos y placas con designación de
« pertenecer las propiedades á súbditos extranjeros, y sobre aqué-
« llas banderas de todos los países del mundo, parecía la Metró-
« poli limeña á las tres de la tarde del 17 de Enero, una ciudad
« completamente abandonada, fantástica, en la que los genios
« de la desolación hubieran querido ofrecer el sarcasmo de los
« adornos; entregando á la acción del viento, lienzos con todos
« los colores del espectro solar.

« Ni el más leve murmullo, ni la más curiosa faz asomando por
« puerta alguna; nada en fin que revelase la vida en aquel pueblo
« que semejaba las catacumbas encerrando en sus sótanos á los asi-
« lados cristianos.

« El ejército chileno, vestido con su mejor y más luciente unifor-

« me, entraba, no con aire de triunfo, ostentoso, sino tal vez invo-
« luntariamente impresionado por la solemnidad. Los cascos de
« las caballerías resonaban como sobre el hueco de las tumbas y
« el sonido de sus clarines y músicas militares no recibían sino el
« propio eco que devuelven las soledades.

« Cruzaron la ciudad y ocuparon sus cuarteles, contrariados, y
« con la inquietud que produce lo desconocido.

« Y nada más distante que la idea de causarles daño. En los
« hogares se oraba con fervor ó se lloraba silenciosamente y las
« familias guarecidas bajo los pabellones protectores de naciones
« extranjeras, compartían su alimento, en las efusiones del cora-
« zón, que nada enternece tanto como la desgracia.

« Al día siguiente entraba el General en Jefe vencedor, acompa-
« ñado de su brillante cuerpo de edecanes, y tomando posesión de
« ese palacio engrandecido por los recuerdos de los Virreyes hasta
« el heroico conquistador Pizarro, mandó izar el pabellón de
« la estrella en el asta que hasta entonces había sostenido con or-
« gullo los colores peruanos.

« Al concluír, recordaremos lo que tanto hemos dicho de la his-
« toria; esto es: que al hacer relación de los sucesos enseña con el
« ejemplo del pasado á las generaciones del porvenir, y previene
« á cada pueblo, aleccionándolo con la suerte de los demás.»

En la «Revue Scientifique» de París, apareció al poco tiempo de la toma de Lima un artículo con el título — *Arte militar — Los ejércitos peruano y chileno — En la última guerra.*

« A la terminación de la larga guerra con el Perú, Chile afirmó
« que sólo debía sus numerosas victorias al valor y heroísmo de
« su ejército.

« La prensa de Chile y los partidarios de esta república en el
« exterior exaltaron sus victorias desmesuradamente.

« Hoy es un hecho reconocido que el ejército chileno era supe-
« rior en número y armamento al ejército peruano, lo mismo en
« San Francisco, que en la batalla de Tacna. Es sabido también que

« en todos los puntos donde se presentó en número igual, en Tara-
« pacá, por ejemplo, siempre quedó triunfante.

« Sobre el mar los chilenos quedaron victoriosos desde el principio; pero no pudeiron impedir que los buques de madera del Perú cruzasen sin cesar frente á las costas desafiando impunemente la poderosa escuadra enemiga.

« Vamos á poner en paragón los dos ejércitos según los datos facilitados por los documentos oficiales chilenos. Tomamos estos informes de la memoria que el Ministro de la Guerra, delegado del gobierno en el ejército de operaciones, dirigido puede decirse por él, presentó al Congreso chileno para dar cuenta de la expedición contra Lima.

« Las altas funciones que desempeñaba el señor Vergara como Ministro de Guerra y delegado, debiendo conocer también el ejército enemigo como el suyo, dan á este importante documento que sometió oportunamente al Congreso, un carácter de autoridad incontestable.

« *Ejército chileno*—En un telegrama fechado el 14 de Diciembre de 1879, el Ministro de la Guerra antes de marchar sobre Lima, dió la composición siguiente: 26 mil hombres bien armados y equipados, 4 mil caballos, 100 piezas de los últimos sistemas: —Un material de guerra completo.

« *Ejército peruano*—El Ministro de la Guerra dijo que en el consejo reunido algunos días antes de la batalla, para demostrar la necesidad de no atacar de frente sino de flanco y cercar el enemigo por el lado de San Juan, á fin de caer sobre Lima por Molino y Monte Rico, participó á los varios miembros del Consejo de Guerra que las fuerzas totales del ejército peruano podían calcularse de 25 á 28 mil hombres, casi todos de infantería, con una caballería insignificante y algunas malas baterías de artillería, en todo de 50 á 60 piezas escalonadas entre San Juan, el mar y Miraflores.—Hizo notar que á lo menos dos terceras partes de las tropas peruanas eran reclutas incapaces de maniobrar y que por esta causa y en razón de la poca consistencia de la reserva de Lima, incorporada solamente desde el 24 de Diciembre, el Dictador peruano había resuelto esperar que se le atacase en sus posiciones.

« Está así probado con documentos oficiales, expuestos en un

« consejo de guerra, que el ejército chileno era más superior en « número al peruano y superior también por su caballería y calidad « de las tropas.

« El Secretario del General en jefe del ejército chileno, quien « sobre ciertos puntos contesta la exactitud de la memoria del « Ministro de la Guerra, dijo: « que las tropas de que disponía el « Dictador Piérola en el mes de Agosto, en Lima ó sus alrededores, « *no eran más que reclutas sin disciplina,* y que el ejército que « él había organizado para concurrir á la defensa de la capital, *sólo « tenía de ejército el nombre.*

« La exposición que precede bastaría para persuadir á cualquie- « ra; pero queremos probar que las ventajas de que disfrutaba el « ejército chileno eran más numerosas de las que confesó el mismo « Ministro de la Guerra, si se considera todo lo que constituye un « vasto material de guerra.

« No nos es posible, por el momento, mientras no se pongan en « orden los archivos de los cuerpos peruanos; pero podemos ga- « rantir la exactitud de las cifras que vamos á exponer.

» El ejército que el Perú llamaba de operaciones y que estaba « desplegado todo él desde San Juan á Solar de Chorrillos, no su- « maba más de diecinueve mil hombres.

» Los cuerpos que componían las tropas de reserva de Lima, « formados por ciudadanos de la Capital y que estaban en segun- « da línea desde Miraflores y Santa Rosa, no llegaban á 4 mil hom- « bres. De manera que en lugar de un ejército de 25 á 28 mil « hombres con los que el Ministro chileno creía tener que com- « batir, sólo había en realidad 23 mil hombres para hacer frente « á 26 mil chilenos.

« La artillería peruana desde que perdió la de las baterías « del sur, tanto en piezas de sitio como de campaña y de monta- « ña sólo disponía de 65 cañones.—Los de sitio y montaña eran « todos de antiguo sistema, excepto dos de nuevo modelo; las piezas « de montaña cargaban por la culata, pero la mayor parte eran de « bronce.—Habían sido todas construidas bajo el gobierno de « Piérola en las fundiciones de Lima por los señores Witte et Grie- « ve.—Chile tenía 100 cañones de los sistemas más perfeccionados, « como lo ha afirmado su Ministro de la Guerra.

« La caballería peruana, desde que perdió una brigada entera en « Lurin, en los primeros días de Enero, apenas contaba con 500 « hombres, comprendiendo el escuadrón de la Guardia del Dicta- « dor que tuvo que entrar en línea.—Chile tenía 4 mil caballos y á « lo menos 1600 hombres de caballería.

« El Ministro chileno no nos da el número de soldados vetera- « nos que contaba en sus filas; pero el Secretario del General en « jefe dice que á últimos de Julio, poco después de la batalla de « Tacna, este departamento estaba ocupado por 17 mil hombres « de excelentes tropas, y más lejos agrega, que después del 16 de « Junio de 1880 se había formado un cuerpo de 1897 hombres di- « vididos en 4 batallones.

« Resulta de todo esto que entre los 26 mil chilenos había 17 « mil soldados vigorosos, alentados por sus precedentes victorias, « particularmente la de Tacna, á la que habían concurrido la « mayor parte de las tropas; 7103 hombres bastante instruidos y « sólo 1897 reclutas; pero todos llenos de ardor y embriagados « por el éxito. Nadie ignora cuánto fortalece el éxito á un ejército.

« En cambio, el ejército peruano sólo podía oponer reclutas al « enemigo.—Sus soldados veteranos habían perecido en las derro- « tas del Sud, á donde habían luchado constantemente contra fuer- « zas superiores en número.

« Los pocos restos que habían quedado, pues, se habían replega- « do sobre Arequipa, donde sirvieron de base para formar el nuevo « ejército.

« Cuando Piérola tomó el poder el 23 de Diciembre de 1879, « apenas había en Lima 7 mil soldados, perteneciendo en gran par- « te á la milicia ó recientemente llegados del interior; dos mil de « entre ellos sólo contaban cuatro días de servicio.

« El ejército propiamente dicho sólo se componía de los batallo- « nes Callao, Zuavos, Guardia peruana, é Ica.—Después del bata- « llón Callao, los dos siguientes se habían formado durante la « guerra con el elemento civil de Lima y el último en la provincia « cuya nombre llevaba. Eso era lo mejor del ejército del Perú.

« Quedan aún 12 mil que formaba el total.—Sobre aquel núme- « ro sólo ocho mil estuvieron prontos en los seis meses últimos. « Además, es sabido que el ejército peruano está compuesto, en sus

» cuatro quintas partes, de indios, de los que no puede hacerse
« verdaderos soldados sino al cabo de tres ó cuatro años, porque
« hay que enseñarles hasta la lengua española que no conocen bien.

« Por último, los batallones que habían sido formados durante el
« año, sea en el interior, sea en la costa, hubo que concentrarlos
« en Lima para darles allí su verdadera instrucción y organización
« militar.

« La reserva de Lima no empezó á organizarse hasta Julio.—La
« componían ciudadanos obreros que no podían emplear más que
« dos horas por día en los ejercicios, ni tampoco pudieron acuar-
« telarse hasta el mes de Diciembre, un mes antes de entrar en
« fuego.

« El ejército peruano que defendía la Capital, estaba compuesto
« de reclutas, como lo ha dicho el Secretario del General en jefe y
« como se comprobó en las batallas de San Juan y de Miraflores.

« Chile disponía de diecisiete mil hombres aguerridos y de nueve
« mil bien ejercitados y recibía abundantes municiones de Europa.
« El Perú se veía obligado, para procurárselas, á romper el blo-
« queo, y para transportarlas de los puertos del Norte á lomo de
« mula, ó bien fabricarlas en Lima.

« Además, no tenía parque suficiente para 21 mil infantes, lo que
« había exigido 8.400.000 cartuchos, á razón de 400 tiros por indi-
« viduo.

« Por otra parte, era preciso calcular sobre la posibilidad de una
« segunda batalla, lo que obligaba á economizar la pólvora. No ha-
« bía por eso un soldado que hubiese hecho más de un ejercicio
« de fuego.

« Según las propias palabras del Ministro de la Guerra, el ejérci-
« to chileno estaba provisto de un material de guerra *tan per-*
« *fecto como considerable.* Lo que contribuyó mucho al éxito
« de la expedición dirigida sobre Lima fué principalmente un
« cargamento de *armas y municiones de primer orden*, que llegó
« á tiempo para la operación.

« Chile dominaba por mar: su numerosa escuadra bloqueaba
« todos los puertos del Perú; á despecho de los supremos esfuerzos
« de su gobierno, de la actividad de sus agentes, del concurso de-
« cidido de numerosos ciudadanos, se vió en la imposibilidad de

« procurarse de afuera los socorros que necesitaba. A pesar de esas
« dificultades, logró en último momento recibir fusiles y muuiciones
« Peabody y en cantidad suficiente; pero fué preciso improvisar el
« material de guerra y el equipo que se hizo en Lima en un año de
« los mayores obstáculos y á costa de esfuerzos prodigiosos de tra-
« bajo, voluntad y energía.

« Así, mientras Chile recibía de Europa auxilios de toda clase,
« Lima, con el litoral bloqueado en toda su extensión, fabricaba sus
« cañones, sus proyectiles, sus atalajes, su pólvora, transformaba
« sus antiguos fusiles, fabricaba las lanzas para su caballería y con-
« feccionaba material de guerra, lo mismo que el equipo para todo
« un ejército que había de formarse al mismo tiempo.

« La diferencia de los recursos de que se disponía en una y otra
« parte, basta para dar á conocer de que lado estaba el mejor
« material.

« Queda así establecida la superioridad del ejército de Chile
« sobre el del Perú, lo mismo que el número y la calidad de las
« tropas, que por la artillería, la caballería, el armamento y el mate-
« rial de guerra.—*Luis Boell.* »

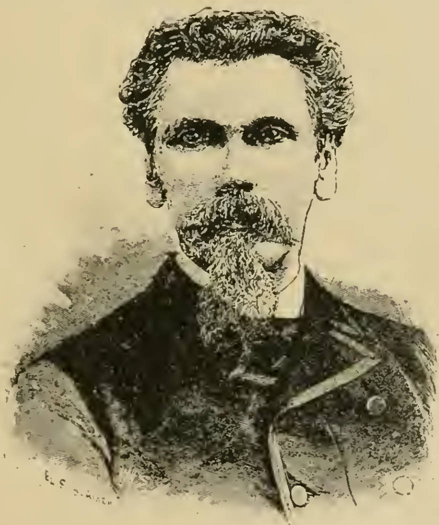
JOSE E. URIBURU

MINISTRO ARGENTINO EN EL PERÚ Y BOLIVIA

Apenas si me es lícito hacer somera recapitulación y reseña breve de los servicios valiosos que el exímio diplomático prestó á su patria.

Me inhibe perfilar esa personalidad brillantísima é igualmente modesta, un doble motivo.

Verdad es que los rasgos característicos de una figura augusta se revelan en los hechos, y la fisonomía moral se esfuma en ese lienzo siempre preparado de la historia que inmortaliza á sus próceres y grandes hombres.



JOSÉ E. URIBURU

Recibióse de Abogado en la Universicad de Buenos Aires, antes de cumplir cinco lustros, dedicándose en Salta, su ciudad natal, al periodismo.—Fundó, en compañía del Doctor D. Pedro Antonio Pardo, la gaceta titulada «El Bermejo».

A poco fué nombrado Secretario de la legación acreditada en Bolivia, por el gobierno de la Confederación Argentina, confiada á su tío don Dámaso Uriburu, en el carácter de Cónsul General y

Encargado de Negocios, conservando el puesto hasta después de la muerte del representante argentino.

El joven Secretario, con el sucesor D. Ramón Alvarado, Senador Nacional por la Provincia de Jujuy al Congreso del Paraná, no desempeñó ya la simple secretaría, sino la misma gerencia de la misión diplomática, de importancia suma en el tiempo en que fué acreditada.

Fué el autor único del primer tratado de paz, amistad y comercio que firmó Alvarado, como Encargado de Negocios argentino en Oruro, estipulado y discutido por Mariano Baptista, asesor, inspirador y consejero del Ministro de Fomento é Industria del Dictador Linares, D. Manuel Buitrago.

Quedó después el Secretario á cargo de la legación por renuncia de Alvarado y resolvió retirarse de Bolivia, una vez que los disturbios políticos engendrados en el alevoso golpe de estado, que concluyó con la dictadura del ilustre Linares, paralizaron los negocios internacionales.

Retornó á su patria, y apenas establecido con su familia en Salta, fué llamado al Ministerio de Gobierno de la Provincia, por su Gobernador el General D. Anselmo Rojo.

Hizo como Ministro y secretario, la campaña de Catamarca contra la montonera del General Peñaloza (a) Chacho, alzado en armas contra el Gobierno Nacional, en la expedición mandada por el Coronel Paz, á la sazón gobernador de Tucumán.

Elegido por Salta Diputado al Congreso Federal, mereció la honra señaladísima de ser designado por el voto de la Cámara su Presidente, en tiempo en que ocupaban las bancas legislativas los Sarmiento, Rawson, Félix Frías, Manuel Quintana, Vélez Sarsfield y tantos otros, prez y lustre del parlamento argentino.

En el orden nacional, ocupó varios é importantes puestos, y el Ministerio de Justicia, Culto é Instrucción Pública, cuando desempeñaba la presidencia de la República D. Marcos Paz, Vice-presidente por ausencia del General Mitre, que mandaba en jefe el ejército aliado en la guerra del Paraguay, acompañando en el ministerio al elocuentísimo orador y reputado jurisconsulto Doctor Marcelino Ugarte, su condiscípulo é íntimo amigo.

Su fama y notoriedad preconizadas y jamás desmentidas le hicie-

ron desde entonces acreedor á la pública consideración que le señaló puesto prominente entre las personalidades más conspicuas del país.

Resolvió relegarse á la vida privada el año 71, convaleciente de la fiebre amarilla que asoló su hogar y se encaminó á Salta; pero el Gobierno de la Nación le confió el cargo de Juez Federal.

La estimación y el respeto más francamente demostrados, le rodearon sin solicitación y esfuerzo alguno; no obstante la prevención mortal de una gran parte del pueblo contra toda su familia, frescos los recuerdos de aquella revolución que tuvo término en las ensangrentadas trincheras de la ciudad, el mes de Mayo de 1864, excluyendo por tal manera de la política provincial á todo lo que fuera ó apellidara Uriburu.

Elevóse, á pesar de ello, sobre el nivel de los mismos directores de la administración local, que continuamente le demandaban luces y consejos.

El desborde de las pasiones y el espíritu de pandillaje, no arrancaron jamás de los labios de los más exaltados enemigos de los Uriburu, la recriminación ó el torpe cargo de insidiosa calumnia contra él; elementos insanos y menguados, que flotan en la atmósfera de las más acrisoladas y mejores reputaciones.

Después de eso, lo que se ha dicho del patriota y hombre público integérrimo, por émulos ó contrarios, porque no conoce enemigos, es que *era inmaculado.* Si se quisiera atribuír ironía al dictado, la virtud sólida del hombre, acreditado habría, *ipso facto*, su exacta y expresiva significación.

Nombrado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Bolivia, el año de 1872, le recibió la sociedad y el gobierno de ese país con exquisita distinción y manifestaciones de especial y espontánea simpatía. El Ministro argentino dió, pues, viso y lustre á su país en aquel mismo teatro en el que su perínclito abuelo, el General Alvarez de Arenales, riñera la homérica batalla de «La Florida», cerca de Santa Cruz de la Sierra y en los campos de Tarabuco, del Departamento de Chuquisaca, donde con milicianos reclutas, derrotado hubo más de una vez las tropas godas, defendiendo después, por largo tiempo, denodadamente, las afligidas poblaciones acéfalas, fulminadas por enemigo implacable.

Con el tino y la sagacidad diplomática de tacto consumado, alcanzó el Ministro el más alto influjo en la sociedad y gobierno extranjero, consiguiendo ser, en medio de los estallidos revolucionarios continuos, un protector discreto de los perseguidos políticos, y su legación, asilo generoso y refugio de los amenazados.

El *suaviter in modo, fortiter in re,* nunca tuvo una aplicación más ajustada y correcta, á casos y situaciones asaz complejas y comprometidas, estableciendo en el desorden y anarquía caótica, los principios y prerrogativas de extraterritorialidad diplomático-internacional.

La Constitución de Bolivia disponía para los casos de acefalia de la Presidencia de la República, por cualquier motivo, sea muerte, destitución ó derrocamiento, que de hecho fuera asumida por el Presidente del Consejo de Estado. Un pronunciamiento del ejército, proclamó á Daza, Jefe Supremo, y desconoció la autoridad del Doctor Frías, legal mandatario de Bolivia; movimiento secundado en Sucre y encabezado por el Doctor Felipe Ypiña, allí donde funcionaba aquel cuerpo. Su presidente Serapio Reyes Ortiz, buscó asilo en la Legación Argentina.

El éxito de la revolución debía considerarse dependiente de la renuncia del Presidente del Consejo de Estado, haciéndose muy importante su captura, y presumible era que los revolucionarios no se detuvieran ante consideraciones ó escrúpulos, mucho más si podían hacer la mental reserva de las oportunas satisfacciones y allanar la legación, como otrora sucedió en La Paz con la de Estados Unidos; pero, el Ministro Argentino, á fin de no renunciar la prerrogativa del derecho de gentes, en un país donde, momento á momento, se producen trastornos, concedió el inviolable asilo y lo hizo acatar enérgicamente, hasta el punto de que el Prefecto revolucionario mandó establecer rígida vigilancia al asilado, alrededor de la inmune morada. El espíritu conciliador y altamente benévolo que hallara siempre temperamento adecuado para disipar conflictos y supeditar obstáculos, se tornó inflexible é intransigente, y el deber fué ley á la que se sometió por sobre todo compromiso y sacrificios. Es por eso que la confianza que inspirar supo su carácter, se ha traducido por la mayor admiración, con

los resultados que dan relieve á los actos de arriesgado y difícil desenlace.

Es creencia harto vulgarizada que la diplomacia no es más que el arte de disimular diestramente la verdad, revistiendo á la mentira y el engaño de todos esos atavíos y obtenerse por tales medios resultados ópimos hasta fabricar á la manera de la araña la sutil é invisible tela en la que es fuerza que prenda ó aprisione el diplomático á sus adversarios ó antagonistas.

La hipocresía, el engaño, la mentira é impostura se creen componentes obligados y hábiles, de una diplomacia execrablemente utilitaria, que sólo se contiene en cerebros organizados imperfectamente.

El hombre de talento fecundo y de experiencia, el diplomático de extirpe, no recurre á semejantes medios, por más que, como se dice, el fin los justifique. La ciencia le proporciona abundante y rico material para las combinaciones que respondan á sus lícitos y honrosos propósitos y planes. Obtener por la intriga y el fraude lo que ha de y debe conseguirse por la razón y la justicia, es de seguro un anacronismo criminal de astucia y artera sorpresa.

Diplomacia de tales quilates no es digna de naciones que fundan sus leyes en los principios de justicia y los derechos de libertad y soberanía del pueblo.

La duplicidad de la moral es un contrasentido. El robo á mano armada, en vano ha de ser proclamado «conquista gloriosa» por la moral política de ciertas naciones y gentes. El saqueo tras el asesinato conduce á los particulares al cadalso: á las colectividades les concede transitorias ventajas, pero nunca la gloria inmortal á la que aspira una nación cristiana en la historia.

Plasmaría lo contrario la diplomacia convencional del aprovechamiento sórdido prodomos de una situación que se descompone y retira de sus instituciones elementos de la justicia y la civilización.

No pertenece el Ministro Argentino á la escuela de la prevaricación y el dolo, consumados en nombre de la conveniencias nacionales. La impostura y la hipocresía repugnan á su conciencia y rectitud; y la zancadilla subleva su noble y generosa naturaleza.

Es uno de esos espíritus honrados é hidalgos, para quienes la moral es la ley absoluta y de formal cumplimiento, aún al precio del mayor y más extremo sacrificio. Quemaría sus manos en las brasas encendidas en que Scébola quemó las suyas, si el deber ó la honra de su patria lo exigieran; pero nunca suscrito habría el despojo ó la expoliación de naciones, por la conquista y ambición injustificada de su mismo país.

Sentida por los hombres públicos de Sud-América la necesidad de uniformar las legislaciones civiles y penales sobre las cardinales materias que deben ser en sus disposiciones homogéneas en aquellos pueblos que viven en estrechas relaciones de vecindad, amistad y comercio, haciendo cesar las dificultades de sus diferencias y que dejan eludir con el simple cambio de territorio los peculiares y especiales preceptos, el Gobierno del Perú tomó iniciativa y convocó un Congreso Americano de Juristas, invitando á cada república á que nombrase su representante con el carácter y facultades de Plenipotenciario.

La República Argentina designó á su Ministro en Bolivia, Uriburu, confiriéndole además, el alto mandato político de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, con retención del mismo empleo y rango diplomático conferido antes, cerca del de Bolivia.

Su recepción solemne en Lima y las especiales distinciones que sociedad y gobierno se apresuraron á manifestarle eran, sin duda, más que la simple simpatía ó propicia cordialidad. Los primeros personajes del país y funcionarios públicos más encumbrados acercáronsele con afectuosa predilección, seducidos por la afabilidad y cultura de su chispeante y ameno trato y su discreción en los asuntos políticos y cuestiones internacionales, tocadas con perfecta ecuanimidad y oportunamente sin que su silencio pudiera en ocasiones acusar de insuficiencia, siendo que sus conclusiones pudieranser citadas y lo eran frecuentemente con la autoridad de un profundo juicio, inspirando la convicción de la verdadera teoría y doctrina.

Pero si en la época de paz y cuando las relaciones de los pueblos limítrofes no se habían alterado, se hizo notar y aplaudir sin reserva;—durante la Guerra del Pacífico creció el respeto y estimación que se le tenía hasta declarar su imparcialidad sin egoísmo, su clarovidencia sin ambages, ni enemigos sistemáticos.

Chilenos, bolivianos, peruanos, y extranjeros, todos teníanle en el concepto que merece la espontánea y leal integridad y la honra sin condescendencias ni flexibilidades contemporizadoras.

En los días críticos de los desastres y derrotas de los peruanos, de los incendios, saqueos, y amenazas á Lima, cuando el ejército vencedor llegaba á los suburbios y se presentía el exterminio de la populosa ciudad, el Ministro Argentino abrió de par en par las puertas de la Legación al incondicional asilo, dispuesto á sobrellevar cualquier peligro y sacrificio, mandando tenerlas abiertas día y noche hasta ver despejarse con la ocupación de Lima, el riesgo que amagaba al vecindario, ocupación que para crédito de Chile tuvo la nota más alta y más noble del orden y la disciplina.

El día de la batalla de «Miraflores» atravesó toda la zona abrasada por el fuego de fusilería y metrallas, con la serenidad arrogante é ingénita en el que sabe dominar sus impresiones y ponerlas al servicío de su energía y su valor, no dejándose sorprender por la excepcional situación creada al Cuerpo Diplomático en la repentina ruptura de hostilidades en medio de la pactada tregua de los beligerantes. No se le oyó musitar recriminación alguna que acusara debilidad por el despecho del peligro.

Interrogado, formuló su juicio con respecto al acontecimiento, del modo más lógico y verosímil. «Ni Chile, ni el Perú, violaron intencionalmente y con conciencia el pacto de tregua,—dijo:—marcharon los chilenos con impávida imprudencia sobre las líneas avanzadas de los peruanos, y los peruanos, muy nerviosos é impacientes, se creyeron acometidos por sorpresa y rompieron el fuego».

El 15 de Abril, tres meses después de la ocupación de Lima embarcóse el Ministro para Buenos Aires.

LOS ALIADOS

Piérola, fugitivo de Miraflores, emprendió su retirada hacia la Cordillera.

Cuando emitía la tarde los últimos destellos crepusculares, el Dictador transmontaba los cerros que rodean el valle de Lima.

La cimera ondeante de rojas y blancas plumas del bruñido casco, no guiaba entonces á la victoria como las blancas de Enrique IV en Amiens, sino el camino de la dolorosa emigración y el exilio.

Huía con sus numerosos jefes é íntimos cortesanos, por entre las serranerías, los precipios y despoblados, vadeando ríos y atravesando nevadas cimas, hacia la ciudad del Misti:—Arequipa.

Ocho días duró la penosa peregrinación. Alcanzaron los proscriptos á divisar las alegres y accidentadas campiñas, con el placer con que verían, sin duda, los Israelistas la tierra de Canaam.

La majestuosa ciudad se levanta sobre playas que nacen en las faldas del volcán y descienden formando huertos y vergeles. Por sus entrañas se vierten las espumosas aguas de un río que entre gruesos cantos y menudos quijos se derrama sobre los flancos del valle de Tingo y Tiabaya.

El clima es dulce y suave, sin tocar en los extremos, ni del calor, ni del frío.

El *Misti* hace, de vez en cuando, estremecer la tierra, elaborando en sus volcánicos antros el fuego que vomitara antaño su negro cráter con llamaradas que, según la tradición, aparecieron en lenguas de fuego envueltas en vapor tenebroso, imitando el cabrilleo de las chispas sobre barras de hierro, hechas ascuas;

hoy sólo una nube tenue flota en la cúspide de su magnífico cono.

Las perspectivas de sus diferentes panoramas ofrecen contrastes admirables.

Vense faldas verdes y barrancos rotos, de los que cuelgan enredaderas desgreñadas y árboles coposos. Las quebradas muestran sus cauces áridos y secos, igual á esos dorsos ó espinazos colosales de bestias antediluvianas.

Se columbran entre los ásperos montes que parece se hubieran petrificado de espanto al huir de las terribles erupciones del volcán, cabañas ornadas de guirnaldas y sombreadas con canastillos de ramas y de hojas pendientes de sus terrosos muros.

No hay un paisaje que se parezca á otro; y el mismo ya contemplado, atrae de nuevo, como si se le observara por primera vez.

Los hijos de esa tierra son sobrios y valientes.—Parece que la naturaleza, al suspender el peligro incesante y continuo sobre sus existencias amenazadas, comunicado les hubiera ese despego ó indiferencia por la vida, que en el organismo humano toma cierto carácter de altivez ó independencia, que les hace simpáticos y atractivos.

Es un pueblo revolucionario y turbulento, no obstante ser muy hospitalario y poseer una sociedad cariñosa, distinguiéndose el bello sexo por ingenua y espontánea amabilidad.

Tuvo el Dictador Piérola la insólita fortuna de no haber perdido de su importancia egregia ante sus fanáticos partidarios, por más que les fuera muy difícil señalarle virtud alguna relevante. Fué, pues, recibido entre palmas y flores cual vencido que en sus derrotas y reveses se levanta por sobre el vencedor, admirando en el héroe el denuedo y bravura del que ha sucumbido en combate desigual, dejando incólume la honra de la bandera.

Es ley del jefe derrotado vindicar su comportación y conducta, teniendo la responsabilidad de la defensa de la patria, y cuando ha visto quebrarse su poderío y su fuerza; pero, el pueblo de Arequipa, no hizo cargos al Dictador considerando los desastres como desgracias sin raíces en los desaciertos ó imprevisiones del man-

datario, que creó las falanges guerreras batidas por acción de la superioridad numérica y de elementos en el enemigo.

Fué triunfal su entrada en Arequipa y festejada por todo el pueblo con entusiasmo y decisión, cubriendo de flores su camino y aclamándolo con todos los bríos de la mayor exaltación partidista.

Propúsose entonces formar un poderoso ejército sobre el plantel del existente en Arequipa, engrosado con los contingentes de Puno, Cuzco, Ayacucho, Locumba, las fuerzas del guerrillero cubano Pacheco Céspedes, que mantenía en jaque la guarnición de Tacna, y el concurso del ejército boliviano, creyéndose capaz de recomenzar la lucha con Chile y reconquistar los territorios ocupados á favor de sus triunfos y su incontrastable suerte.

Resolvió, para lograr la cooperación de la República aliada, trasladarse á La Paz y tomó el camino de Puno y cruzó el lago de Titicaca, sufriendo una tempestad cuya descripción me ha sido hecha por uno de los viajeros, y que la reproduzco con todos sus detalles más adelante.

En los últimos días del mes de Mayo de 1881, despertóse la ciudad andina más populosa de Bolivia, con la impresión novedosa de la visita de Piérola y los pomposos aprestos oficiales para recibirla.

Empavesáronse las calles, los balcones, puertas y ventanas; levantáronse arcos de triunfo con banderas y gallardetes, confundidas y enlazadas las de las dos naciones. Salieron los batallones del ejército y guardias nacionales al encuentro del ilustre huésped. La artillería hacía salvas no interrumpidas. Las campanas volteaban ruidosamente y las músicas marciales poblaban los aires con sus guerreras notas.

Campero, en gran uniforme de general y ceñida la banda tricolor, insignia del mando Supremo, jinete en un soberbio palafren aparamentado ostentosamente, salió á recibir al insigne peruano que desde tan alto descendiera en los campos de Lima sin perder, no obstante, el orgullo de su valer y la vanidad de su importancia. Lo acompañaban Ministros, Generales, jefes, edecanes, altos funcionarios de la administración y numerosa escolta de caballería.

Nutrida salva anunció el encuentro de los Jefes de las Naciones aliadas y confederadas.

Desfilaron ambas comitivas por entre una avenida formada por las tropas que presentaban las armas fraternalmente confundidas.

El gentío que ocupaba las veredas en el tránsito y la gente de las ventanas y balcones, daban al cuadro un aspecto de popularidad que, entre tanto, el observador atento lo traducía por curiosidad y espectáculo extraordinario; pues que los vítores y aclamaciones, que son los signos que la manifiestan, abortaban en la glacial indiferencia de los concurrentes á la procesión de una comparsa deslumbrante en entorchados, medallas, equipos y uniformes.

El entusiasmo nacional federativo no se mostraba ardiente. Pronunciado parecía el desvío recíproco hasta ni recordar siquiera los acontecimientos recientes de la alianza, como si se refirieran á la guerra de las Dos Rosas entre las casas de Lancaster y York, de la historia inglesa.

Evidente se manifestaba la inclinación á la ruptura de la alianza y armisticio con Chile, mirando sin fé al Dictador, en quien no se hallaba ya al hombre capaz de dominar los acontecimientos á fuer de genio y energía. Su petulancia ridiculizaba la importancia atribuída á su puesto, que creía conservar no embargante haber sido expulsado del teatro de la guerra, sin prestigio y repudiado por la censura unánime de Lima, que con razón le imputaba sus calamitosos errores y su invencible incompetencia.

Fácil me sería hacer revelaciones que no han salido á la superficie, ni se han traslucido, pero dejaría de ser narrador y me trocaría en historiógrafo.

Pocos días permaneció el Dictador en La Paz, siendo tratado con política y urbanamente por el vecindario más distinguido, pero sin afecto, ni entusiasmo, ni hacia al hombre, ni hacia su país.

Campero, entre tanto, extremó sus cumplimientos y deferencias en festines y banquetes, que secundó afanosamente el Ministro del Perú, Bustamante y Salazar.—Los brindis y las zalemas deshojaron á manojos las almizcladas flores de la lisonja entre aromáticos licores libados en transparentes cristales en homenaje al huésped, formando votos por que los aliados restituyeran la integridad de sus territorios violados.

El regreso del Dictador á sus lares de Arequipa lo hizo bajo la preocupación zozobrosa de acontecimientos que se observaban despuntar en Lima, suscitados por los hombres de prestigio del Perú, que ante todo ansiaban hacer cesar la ocupación militar de su Capital y sus cruelísimas consecuencias.

Hacíanse ya trabajos electorales para reunir un Congreso, neutralizando una zona del territorio ocupado, próximo á Lima, para que esa Asamblea nombrara al Presidente de la República, con quien se ajustarían tratados preliminares en el sentido indicado.

Una vez en Arequipa, Piérola, convocó á elecciones para formar la Asamblea que debía reunirse en esa ciudad, encargada de regularizar la autoridad de que había sido despojado en Lima.

Así, pues, el Perú tuvo un Congreso en la Magdalena, que después se trasladó á Chorrillos y que eligió Presidente á García Calderón; y el otro en Arequipa, que reconocía por mandatario Supremo á Piérola.

Los chilenos reconocieron á Calderón, con quien abrieron al punto las negociaciones que debían después terminar el Tratado de Ancón, ajustado bajo el gobierno del General Iglesias.

Se hacían trabajos activos en Arequipa para aumentar el ejército y esperar el ataque de los chilenos, que no aguardarían que creciera, temiendo que á la sombra del pendón patrio se organizara para rescatar en las batallas lo que perdiera en sus desastres.

Las agitadas sesiones del parlamento boliviano debieron llamar la atención de Piérola y darle la medida de la manera cómo Bolivia afrontaba la cuestión de la guerra y la alianza. Sin embargo. Piérola tenía seguridad de que respondería á sus planes el Presidente de Bolivia y saldría á campaña inmediatamente de clausurada la Asamblea.

Entre tanto, la situación del Perú solicitaba imperiosamente pronto desenlace, sea violenta y revolucionariamente, ó sea en solución pacífica.

Reconocido el Gobierno erigido en Lima, por Chile, Francia, Inglaterra, Italia y Norte América, tenía sobre el de Piérola primacía incontestable, y el buen sentido de los pueblos hace esperar en situaciones tales, que tomando el partido más prudente, coja la política internacional el más despejado sendero á su restauración.

Así, pues, el ejército y pueblo de Arequipa desconoció la autoridad de Piérola y se unió á Lima, poniendo término á la guerra cuya prosecución era imposible, máxime si Bolivia demostraba sin ambajes su poca voluntad para continuarla.

No quiere decir que el desvío de Bolivia tuviera por causa la desleatad y egoísmo.

No podia abrigar seguridad alguna sobre la perduración del tratado de alianza, porque el Perú, en ningún momento hizo participar á Bolivia en sus acuerdos ó actos internacionales. — Tomaba sus resoluciones por su sola voluntad, holgándose en la más completa independencia.

No hay hecho trascendental alguno, después de las derrotas postreras de sus armas, que no haya revestido esa peculiaridad autoritaria del desconocimiento de la inmixtión boliviana en sus asuntos nacionales, que por el hecho de la federación debían ser tratados conjuntamente.

El tratado de Ancón fué celebrado por el Perú, eliminando del acuerdo á Bolivia, que ni incidentalmente siquiera fué mencionada en el pacto.

El Perú, en consecuencia, era el autor de la caducidad y deshaucio del tratado de alianza defensivo.

Con tales antecedentes, natural parece que Bolivia revelara muy poco interés ó más bien fatiga en continuar sosteniendo la alianza.

Recordaba que después de la acción de Tacna, jefes peruanos y algunos de los diarios de su prensa exaltada, habían atribuido la pérdida de la batalla á la cobardía de la tropa boliviana, cuando los mismos enemigos ponderaban su denuedo.

Otras idénticas causas, no menos graves, por insignificantes que parezcan, contribuían á vigorizar las prevenciones y quejas que se despertaran recíprocamente, notándose la hostil manera de tratarse, salvando sólo las apariencias más alambicadas de la más refinada cortesía.

Los hijos del Perú, de vez en cuando deslizaban la insinuación de los sacrificios á que se habían obligado por Bolivia, dejando deducir la ingratitud con que fueron correspondidos; cargo que nunca aceptó ni debió aceptar Bolivia, persuadida que el Perú no rompió con Chile á causa suya sino que fué Chile quien lo retó á

muerte; y que si los ligaba pacto defensivo, hubiera eludídose sino hubiera sido forzado por la declaración de guerra que le hiciera Chile.

Así, pues, toda jactancia en orden á recriminaciones debidas están fuera de lugar y son temerariamente injustas, por no decir la palabra que corresponde á un veredicto imparcial.

Es sugestiva la justicia de las naciones.—Semejante á la balanza de Themis, que el menor detalle la inclina y desequilibra.

EL LAGO DE TITICACA

Era una tarde del mes de Mayo de 1881.

El «Yapurá,» barco á vapor, conducía al Dictador del Perú y su comitiva, al puerto boliviano «Pérez».

Se desliza sobre las aguas, ligero y airoso como un cisne en un espejo de líquido cristal bruñido por la calma ó un mar de hielo bañado con los resplandores del crepúsculo.

Una que otra nube cruza el horizonte, semejándose á las aves de la Cordillera, que buscan en la noche el abrigo de su nido.

Brotan en el firmamento algunas estrellas: brillantes arrojados al azar sobre un manto azul de terciopelo.

En la elevación de nueve mil pies sobre el nivel del mar, el intervalo de la tarde á la noche es tán rápido, que parece más bien un cámbio escenográfico que un fenómeno cuotidiano.

La luna asoma pálida en el oriente, esparciendo sus tibios lampos entre las luces moribundas de la tarde.

Hácia la altura de la Isla de Cuatí, donde yacen en confuso montón las ruinas del templo de las vestales, consagradas por la religión de los Incas á la adoración de la luna, empieza á soplar fresca brisa de la Cordillera escondida á la sazón entre los tupidos velos de la niebla.

La marejada se mece con fatiga en el intranquilo aliento de la noche.

Es casi imperceptible la paulatina alteración de la atmósfera; pero se condensa á cada instante y se envuelve entre los azulados vapores que se desprenden de las aguas como el humo de un incendio.

El buque cae pesadamente sobre el muerto oleaje ó se levanta para hundirse de nuevo en la superficie elástica de las aguas.

Sin embargo de esa serenidad aparente, se apodera del espíritu desconocida zozobra; algo como el presentiminto ó pronóstico de un próximo peligro.—El frío es intenso.

De repente, como si la poderosa respiración del lago hubiera sido comprimida por fuerza extraordinaria ú oculto miedo é instantáneamente recobrara su libertad, se estremece y hace vibrar desde su profundo seno la inmensa extensión de sus ondas, entre cuyas ondulaciones deprimidas y levantadas, lleva al buque sobre una vorágine. Algo de sombrío y lúgubre se apodera del espíritu. Ya muestra el abismo, ya se encumbra la olada hasta las nubes, sin duda pretendiendo revelar el secreto de esas desconocidas y misteriosas afinidades que tienen los enfurecidos elementos entre sí. La electricidad de la nube atrae á la de la onda.

El viento gime y sus lastimeros gemidos van á mezclarse al ruido seco é imponente de la reventazón.

Chocan en el espacio las colosales masas flotantes, que tiende nerviosa la mano de la tempestad. y brota el relámpago siniestro, á cuya luz mira el viajero el peligro con que cielo, tierra, y agua le amenazan.

Hay, entretanto, un momento en que cielo, tierra y agua sujetan estremecidos el ímpetu de su furor. El buque cruje sobre la palpitante oleada cual águila herida que en su desesperación extiende las alas, para protegerse contra el golpe que desde las alturas le amenaza. El huracán se aplana y los árboles de la isla quedan temblando y paralizados : — « La creación jadeante espera la tormenta. »

Un relámpago seguido de un seco y fuerte estallido rasga en toda su inmensidad el firmamento.—Retumba el lago inquieto como un trueno.—Se ha dado la señal.—El furor y la demencia se apoderan de los elementos.—Huracanes. rayos y olas se confunden en un solo y único movimiento :—la rabia y la destrucción.

Las nubes arrojan torrentes de agua y el granizo brilla en los intervalos alumbrados por los relámpagos, como gotas de fuego.

Las olas se empinan altivas hasta tocar á las nubes, pretendiendo sin duda, en su ciega ira, apagar con su helada espuma el fuego en que las arremolina su vertiginoso y contínuo choque.

Gimen los árboles bajo el látigo de los vientos, sacudiendo desesperados sus desgreñadas cabelleras. El Dios de las tormentas, desde su pavoroso trono de rayos y centellas contempla embriagado á la tierra que se retuerce en las convulsiones de una agonía desesperante.

Ya no es sólo el lago sacudido á impulsos del huracán: es el granizo que arrecia y cae sobre las aguas, produciendo ese ruido metálico y estridente, que despide la esfera hueca de bronce herida por un martillo de acero. Un nuevo resplandor lo ciñe en una cintura de llamas. A su luz se dibujan las imponentes moles del Illampu, Illimani, Huayna—Potosí y Murubata, gigantes de los Andes que avecinan sus nevadas cimas con la bóveda de los cielos, como sus inmobles y diamantinos pedestales.

La tempestad corona sus frentes de nieve y á la luz del relámpago se quiebra y descompone en fantásticos y refulgentes colores que alumbran el espacio y las profundidades del abismo.

Esas imponentes montañas, tan majestuosas á la tranquila claridad del alba ó del crepúsculo, ardían como volcanes en combustión. No era la lluvia de rosas que los crepúsculos hacen caer sobre su inmaculado manto de armiño y azucenas, era un torrente de fuego que teñía la nieve con su fosforescente y rojizo brillo.

El espectáculo sobrecogía y dominaba el espíritu.—La imaginación era presa de un superticioso espanto.

¿Será que Dios cansado de la perversidad de los hombres se levanta airado para abatir su insolente espíritu y domeñar el nécio orgullo de que está poseído creyéndose Señor de todo lo creado? ¿Serán los génios que guardan la morada humana velando por conservarla y sujetándola con diestra poderosa en sus ejes de diamante al planeta empujado á los espacios por los procelosos elementos?

¿Serán los encendidos faros en las tienieblas de la borrasca para que no caiga el mundo en el caos, anunciando al mismo tiempo al mortal acongojado, el próximo equilibrio de los elementos? ¿Será que restablece la calma después del desorden; la clemencia morigerando los impulsos crueles del corazón? ¿Es el secreto que revela la muerte ó la vida, como un elemento generador de la vida?

La tempestad es la fecunda y maravillosa transformación y renovación de la existencia que aniquila vivificando.

El huracán y la lluvia depositan en el surco humeante de la tierra tesoros de juventud.—Cuando los resortes del viejo planeta se enmohecen y gastan, el fuego del cielo les trae preciosos dones que restablecen el perfecto orden de su grandiosa armonía.

El dolor es el fondo de la vida del hombre y del universo.

La nube que lleva en sus entrañas la lluvia y el rocío de la mañana esconde el rayo.—Muere el gusano y de sus informes restos nace la brillante mariposa.

Es el universo un inmenso laboratorio de vida. Surgen del mismo seno el sér y el no sér.—Grandiosa fuerza que crea y que destruye.—Las flores de la vida en los bordes del sombrío sepulcro.

¡Qué noche tan larga!—Pasó la tempestad.—El peligro no dejó huellas en nuestro espíritu aunque aún sentíamos la impresión de la lucha de los elementos.—El lago fué calmándose poco á poco hasta quedar aletargado y dormido.

Sus ondas reflejaban anchos surcos y brillaba sobre su superficie la luz descompuesta en irisados y azules reflejos.

Todo respiraba vida y contento. La atmósfera clara; la Cordillera hace admirar sus colosales cimas coronadas de reverberante hielo. ¡Cuadro sublime!

Allí, el estrecho de Tiquina.—Al fondo y cerrando la decoración el Illimani, el Illampú.

Parecía que las olas respetuosas fueran á besar sus plantas rindiendo homenaje á su majestad soberana.

¡Cuántas emociones desde Puno!

El Lago Titicaca, encerrado en la vastísima cuenca de la altiplanicie recibe los ríos que fluyen de las quebradas de la sierra, descargando sus aguas en la laguna de Pampa-Aullagas.

Su lecho se asemeja á una taza de pérfido rojo y se levanta en forma de una concha aperlada cuyos bordes contienen el caudal de sus aguas.

En esa isla tuvo origen la estirpe incásica: dinastía que comienza con Manco-Capac ó Huira-Cchocha y Mama Occlla y concluye con Huáscar y Atahualtpa.—El Lago sagrado de Titikacka,—(peña de plomo),—era el teatro de las más poéticas leyendas de que están llenas las tradiciones indígenas.

Poseía allí, la nobleza del Perú, termas, palacios y templos.—El

del Sol, el de la Luna, el templo donde los guerreros se preparaban para las fatigas de los combates y las conquistas.

Palacios del Inca, ensenadas, especie de *Sancta Sanctorum* de la nobleza india.

La imaginación puebla hoy esas regiones desoladas rompiendo el sudario que envuelve las generaciones extintas y las ruinas de sus monumentos.—Mírase entonces surgir entre las brumas, el palacio de mármoles y piedras y el vagar en las sombras, de las doncellas coronadas de plumas, sepultadas entre sus fríos muros su existencia por el voto de castidad pronunciado para consagrar sus primicias virginales y ser más dignas por su pureza en las aras de la *diosa de la noche*.—Se figura ver uno entre los riscos, á orillas de los precipicios, al indio, ágil, y esbelto guerrero de morena piel y chispeantes ojos, adornado con hüinchas y ajorcas con brazaletes de oro; cubierto de plumas arrancadas á las aves de los valles y al cóndor de atezadas y metálicas alas y albo cuello que se pierde en las alturas, duerme en las nubes de la tempestad y asienta sus afiladas garras sobre la nieve de las montañas.

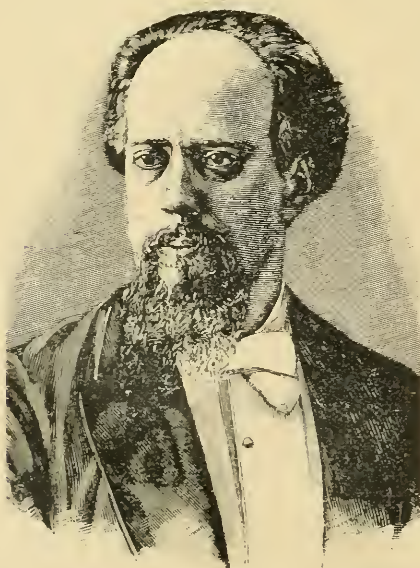
Es fama que al nacer el Imperio de los Monarcas quichuas, tembló la tierra; rugió el lago embravecido; cruzaron rayos y centellas los espacios y los torrentes descendieron de las montañas como cataratas, cuando con sorpresa y de rodillas en actitud de la más rendida adoración las tribus reunidas de *quichuas* y *armaraez* que sacrificaban á sus ídolos, contemplaron extasiados apartarse las aguas y en sus bordes de nítida espuma aparecer dos milagrosos y divinos séres hermosos y fuertes, rodeados de resplandecientes nimbos, con irizados mantos y cabelleras de negros y deslumbrantes reflejos. Bella la mujer como un ensueño de amor, y fuerte el varón, imagen de la virilidad y el dominio, que en nombre del Sol tomaron posesión del Imperio y reunieron los dispersos y anarquizados pueblos (aillos) en una sola poderosa Nación.

Recibieron el nombre que les dieron sus fanatizados súbditos el nombre de *Mama Occlla* y *Huira Cchocha* nombres muy significativos en el dulce idioma de los indios por su ternura y la leyenda: *Madre amorosa y espuma del lago* que repite hoy todavía con santa veneración el peruano que conserva con religioso amor las tradiciones de su raza y de sus mayores.

EL TENIENTE GENERAL JULIO A. ROCA

El Presidente de la República Argentina, es el Teniente General D. Julio Argentino Roca.

Su sagacidad, penetración y carácter le han elevado hasta nivelarlo á los más ilustres próceres de la patria.



GENERAL JULIO A. ROCA
Presidente de la República Argentina

Niño aun, dejó las áulas del Colegio Nacional del Uruguay, en la Provincia de Entre-Ríos, fundado por el General Urquiza, por la veste burda del soldado, despidiéndose de amigos y compañeros, á quienes protegió decididamente. más tarde. formando en las líneas del ejército de la Confederación, y marchando con el vencedor de Caseros, á los campos de Cepeda, el año 1859, contra el Estado de Buenos Aires que pretendía erigirse independiente y soberano.

Desde esa época, hasta su promoción á la alta clase de General, sobre el campo de la batalla de San-

ta Rosa, que debeló una de las revoluciones más poderosas, en la transmisión del mando de Sarmiento á D. Nicolás Avellaneda: desde que al servicio de Avellaneda, igual que al de su ilustre predecesor, peleó las batallas de la guerra civil y las duras y porfiadas de la campaña del Paraguay, ciñendo laureles, no hubo torcido el rumbo que lo empujaba á las alturas. Abrió su camino en línea recta á la cima del poder, aunque por sus accidentados senderos hubiera dejado, en dolorosas jornadas, girones de su cuerpo ensangrentado.

Las etapas recorridas en su difícil carrera, han sido otros tantos jalones de su historia gloriosa.

El peligro en esa época era normal, y contínuo, y la seguridad y la paz casi un milagro; levantando, siempre, el campamento de sus tropas sobre esos volcanes de la anarquía que amenazaban romperse en cráteres de sangre yfuego.

Páginas hay en las memorias de esos años, escritas con indelebles caracteres, honrando las tradiciones de patriotismo y abnegación del ejército, debidas á la constancia y valor de sus generales y á sus sacrificios en la ruda labor de la disciplina y la lucha con las facciones.

Azotaron los vientos abrasadores del desierto sus pálidas mejillas; y el helado cierzo de las nevadas cordilleras quemáronle el rostro y sacudieron sus miembros ateridos, en la penosa campaña contra las hordas bárbaras, desalojándolas de sus tolderías, en sus valles y quebradas, por dieciséis millares de leguas, batiéndose sin cesar y disputando palmo á palmo á la pampa defendida bravamente por sus indomables poseedores.

Esos soles cuyos reflejos parecen incendios y sus rayos lenguas de fuego, le envolvieron, más de una vez, sudoroso y jadeante.

La sed, el hambre, la fatiga y el cansancio, manifestaciones amargas y formas crueles del sufrimiento del soldado, apoderáronse de él sin doblegar ni resentir su organismo, no obstante la apariencia de su débil contextura.

Jefe, igual que soldado, y soldado, lo mismo que General, no se le vió decaer ó desanimarse jamás. Refléjase en su fisonomía la imperturbable sonrisa con que velar sabe las impresiones, sentimientos y emociones más profundas, siendo, entretanto, vehemente

su naturaleza, y que se insinúa en aspiraciones á las altas esferas donde se halla el secreto de la gloria.

Golpear ha podido la envidia en la acerada armadura del hombre público, pero su prepotencia y fortuna, que en él no son factores casuales, le han sacado ileso, enalteciendo sus especiales cualidades.

El favor y el cortesanismo, no apretaron nunca los hilos de esa malla de oro, dentro de la que huelgan parásitos y adulones, reluciendo la plateada escama lacayuna del servilismo y abyección.

Austero y digno ha dominado, sin pretender dominar. Obedece, pero no al capricho y voluntad de las turbas ó exigencias de los partidos, sino á la ley y al deber.

Levanta la oposición grita denostadora, pero su turbulento eco demagógico, espira en el desprestigio de sus contrarios ; y en vez de rebajarle le populariza y enaltece.

Cuando la calumnia no lastima, enaltece.

Pasa hoy y ha pasado siempre, al través de resistencias, con indiferencia, recibiendo sobre su escudo los golpes que le asestan sus enemigos enfurecidos, y camina á favor de sus propias inspiraciones, sin que logre el influjo quebrar la fuerza de sus inalterables principios y convicciones.

Así como en el mármol y en el bronce se esculpen las estatuas de los grandes, que los pueblos inmortalizan, así también se modela por el carácter y el genio, el estadista y el político : — bloc moral tan perdurable y resistente como el bronce y mármol, de los que el escultor saca la efigie imperecedera de sus nobles modelos.

El llamado « pensador silencioso », por ironía, penetra hasta el fondo del corazón, y así, con suprema destreza, lleva el timón del gobierno.

Se ha levantado hasta el solio, por sobre desastres y estragos de intestinas discordias, y con imponderable habilidad se ha creado un partido, aclarando, cada día más, las filas de sus enemigos ; atrayéndose elementos valiosos, y economizando el caudal de la popularidad, que derrochan otros, solicitándola constante y asíduamente.

Las más peligrosas situaciones se despejan por la eximia destreza

con que maneja los resortes más complicados de la maquinaria política.

En veces amenazada la paz por la anarquía y á merced de egoístas y tiránicas ambiciones, por complicaciones otras, de belicosa conspiración internacional, que en su desarrollo rozar pudo la dignidad nacional.

Cuestiones de fronteras con vecinos rencillosos y suspicaces; intrigas de gobernadores que espían los conflictos externos para lograr sus fines proditorios, apiñaron escollos, obligándolo á sortearlos y dar pruebas de su incontrastable firmeza y suma habilidad.

Amante de la ventura y paz públicas atrae la inmigración á su suelo; le cruza de ferrocarriles; establece colonias agrícolas; la instrucción pública y el comercio; postulados de la riqueza y el engrandecimiento del país.

Respeta las leyes y vela por las garantías constitucionales, cuya práctica se manifiesta, harto elocuentemente, en la libertad de la prensa y las demás libertades públicas de que gozan los argentinos.

Con toda exactitud puede aplicarse al gobierno de Roca, las frases de Víctor Hugo: « Destruir es el trabajo y edificar la obra. « Demuele el progreso con la mano izquierda y construye con la « derecha: la mano izquierda del progreso es la fuerza, se llama « espíritu la derecha ».

Cavan las fosas de los tiranos los puntos de la pluma y abren á los patricios las páginas de la inmortalidad.

A esa pléyade de ilustres obreros, que tienen á su cargo la viril tarea de organizar en instituciones sábias, la libertad y la república, pertenece el sucesor de Avellaneda.

Depusuit potentes de sede et exaltavit humiles.

Debíala República Argentina ver, y ha visto, con generosa y magnánima imparcialidad, desarrollarse el conflicto de la guerra americana; magüer quisieran exaltadas cabezas de atolondrados políticos lanzarla aturdidamente en la contienda, sin pensar en que las oficiosas inmixtiones, ó la intromisión, á guisa de arbitraje, en semejantes discordias, traen responsabilidad enorme é irreparable trascendencia.

Sigue Roca la sabia política iniciada por el estadista ilustre que

le precedió; y su propósito es de neutralidad acentuada, sin vacilación ni hesitaciones espectantes.

Pueden las simpatías de los pueblos y de las personas, pronunciarse por las naciones que defienden los principios del derecho y la justicia; pero al gobierno no le es lícito dejarse enternecer hasta enjugar sus lágrimas con el paño ensangrentado de su bandera, arrostrando los horrores de la lucha y atrayendo á su suelo sus injuriosas y vejatorias calamidades.

Ninguna nación juzga y falla aisladamente, ó por propia iniciativa, ni impone castigos ó aplica la condigna sentencia, aunque se rompa por los otros, con los sagrados preceptos de la ley natural y moral universal.

Si poseyeran las naciones, la facultad de intervenir y terciar en sus desavenencias internacionales, alegando títulos, aunque á la sombra de ellas y con su cooperación logrado su independencia, habríase conculcado la ley: el hecho del protectorado es la anulación de la soberanía y libertad de los Estados.

Se han de invocar, en toda declaración de guerra, motivos que atañen y afecten á los propios derechos é intereses.—No cuadra, pues, la intromisión arrogante y antojadiza, á la nación que ama, sobre todo, su dignidad y forma la trama de sus libérrimas instituciones, con los hilos de oro de la fraternidad y la justicia nacionales.

Roca cumple el deber austero de neutralidad en la contienda, sangrando tal vez el corazón y resistiendo con firmeza incontrastable al coercitivo estímulo y generosa sugestión de su patria que contemplara con dolor la agonía de pueblos á quienes colocar supo en la posesión de su autonomía é independencia.

Sin el ejemplo de la tradicional política observada por el gobierno de la Confederación, aun en las épocas de mayor trastorno y desquicio internos; sin la acrisolada lealtad de sus hombres, habría la Guerra del Pacífico escrito con la punta de la espada de sus soldados, dignos descendientes de los veteranos de la independencia, el dogma republicano de la integridad territorial en la América latina, ahogando el contraprincipio del derecho de la fuerza y la pretendida legitimidad de la conquista, entre sus fuertes brazos.

La soberanía de la nación es de proyección externa é interna. La nación es el pueblo en su unidad y su interior organismo, y el pueblo es la nación en la masa de los individuos. El ejercicio de la soberanía obra en el círculo del derecho, reconociendo la propiedad de todos los bienes, de todos los intereses independientes de toda voluntad. La soberanía que expresa el modo de acción de la voluntad, se ejerce inspirándose en la razón y los inmutables principios de la justicia. Atacar la soberanía de un pueblo es renunciar á la gloria de la patria. Y el patriotismo es más que una pasión y más que una virtud: es el alma misma del pueblo. El primer efecto del patriotismo en un pueblo, es su unidad moral. Enseña á considerar á la patria sobre el pueblo y á sacrificarlo todo á su honra. Los principios de la moral republicana no son el medio: son el objeto de la vida nacional. Lo que sólo triunfa por la fuerza ó por la habilidad es efímero; lo que no se apoya más que en las pasiones, en los intereses y en la ambición, perece. La conquista jamás prescribe el derecho de los pueblos despojados.

Rinden las hambrientas legiones sus armas, los pueblos postrados obedecen la ruda imposición del vencedor, y *la justicia,* entre tanto, se yergue por sobre el triunfo de la fuerza é insolente hegemonía, y con irresistible mano arranca de las sienes del vencedor la corona de laurel que le ciñera el éxito, y la arroja marchita al escarnio de la historia.

Roca, pues, al tomar entre sus nerviosos dedos la pluma para suscribir el tratado entre su patria y Chile, y que sellar debía la reconciliación de ambas, llenó sus aspiraciones de estadista, y no cedió á la tentación de recoger el guante con que amenazaba al país la prensa trasandina, con atrevimiento y osadía inverosímiles: dejólo caer desdeñosamente en la caldeada arena de la polémica, sin echar en la balanza de los destinos de la nación imprudente la invicta espada de sus guerreros, y escarmentando á la nación ambiciosa. Influyó, sin duda, en su ánimo, para la magnánima resolución, el muy comprometido y angustioso estado de la nación rival y el respeto por los principios internacionales.

Roca ha renunciado, en una palabra, á la inclinación del militar y guerrero, alejando de su espíritu la visión de la gloria; rindiendo culto al deber, no obstante haberle sido harto fácil afrontar el con-

flicto suscitado por la misma jactancia provocativa de la nación araucana.

La República Argentina fía en el patriotismo de sus hijos, y no teme ver comprometido su porvenir. Velan por su independencia sus ilustres y heroicos progenitores. La bandera azul y blanca, es su *in hoc signo vinces.*

EL GENERAL MANUEL BAQUEDANO

En la historia de la Guerra del Pacífico aparecen en intensa luz y profundamente burilados los perfiles que dan relieve á las personalidades políticas y militares de las repúblicas beligerantes.

Queda grabada en la memoria la fisonomía moral de esos hombres, y los rasgos de su valor, patriotismo y lealtad se destacan en los cuadros sangrientos de las encarnizadas batallas.



General MANUEL BAQUEDANO

Grau engrandeció el nombre de su patria é ilustró su época.

El pincel biográfico ha reproducido al héroe, de pie en el banco de mando de su monitor: marcial la apostura, alta la frente, la bravura del león, y del águila la mirada serena y dominante. Desafió tantas veces á la muerte, que desgraciada y prematuramente le salió al encuentro, pero no para abrir lo ignorado, sino más bien para enaltecer justiciera al mérito, dándole sepulcro glorioso en las ondas del océano, donde cayó en su indomable fiereza de soldado, luchando con su sola nave contra una escuadra entera.

Alzóse Prat imponente en la corbeta «Esmeralda», cuando, acometida por el «Huáscar», hundiéndose con la bandera al tope, saltó á la cubierta del buque victorioso, dando la orden de abordaje, espada en mano, en el supremo momento del naufragio.

Thompson, el temerario marino que desde que comenzó la guerra, ansioso de gloria para su patria, buscaba el peligro, y la suerte envidiosa le relegaba artera, hasta que al mando del mismo «Huáscar», que mandó Grau, atacó las baterías de Arica, y á punto de abordar al monitor «Atahualpa». una bala de 500 libras le alcanzó y partió en pedazos informes, arrojándolos á las inmensurables salobres aguas.



THOMPSON
Comandante del « Amazonas »

Campero, de esclarecida estirpe militar, dejó el campo del « Alto de la Alianza » ó *Intiorcco,* donde libró cruenta batalla, convertida en ensangrentada y aterrorizante fosa, faltándole soldados para la victoria, pero sobrándole mártires y héroes, sacrificados en las aras propiciatorias de la patria.

Montero, el egregio campeón, que en lo más crudo de la pelea releva una y otra vez sus corceles acribillados á balazos.

Camacho, que agonizante y exangüe balbuce el nombre de su amada patria.

Bolognesi, que asido al asta de su sacrosanta bandera, erigido en patíbulo excelso, se cubrió con sus bandas reverenciadas para recibir la muerte y cubrirse con ella.

Moor, que rindió su vida en expiación de la involuntaria pérdida de la «Independencia», encallada en ignota y traidora roca.

Lagos, que ebrio de coraje empuja con el pecho del bruto que cabalga, á sus soldados, cortándoles la retirada en medio de la tormenta de balas del terrible combate.

Jefes y soldados de las tres naciones, que corren al suicidio y se clavan en las puntas de los yataganes y bayonetas, que forman murallas de caldeado acero.

Y allí, al resplandor del fuego, como en medio de nube roja, destacóse bizarro, en blanco y sudoroso corcel, que escarceaba jadeante, el viejo General del ejército de Chile, el noble Baquedano; astro en el centro de los satélites, que eclipsa con su radiante brillo.

Baquedano, con el escudo embrazado y firme el estandarte de la solitaria estrella, en el robusto brazo, dirigió las batallas, pisando con los cascos de su bestia enfurecida, las granadas y bombas que reventaban sobre los despedazados batallones.

Baquedano, que sujetar sabía tan pronto el ímpetu de la carga como desatar el torrente de bayonetas, y á quien la modestia avarienta de su carácter hacíale esconder sus hazañas, sustrayéndolas á la admiración de las gentes.

Baquedano, el primero en el peligro, y en contraste con su arrojo y bravura en el combate, el primero también en la clemencia después de la victoria.

Baquedano, como Wéllington, dejando arremolinarse y caer sus divisiones como las espigas segadas por la hoz del labrador, esperando el momento, con la intuición del veterano de las batallas, de proferir con lacónica voz la orden de: «al arma blanca; paso de vencedores», memorable frase del General Córdoba, en «Ayacucho», y con la que más de una vez el capitán chileno decretó las victorias de Ángeles, Tacna, Arica, San Juan, Chorrillos y Miraflores, y en Lima alzó sobre la misma asta de la bandera blanca y colorada, la enseña de su nación.

Baquedano, que regresó cargado de laureles y trofeos á Chile, con esa moderación que elude los festejos y las ovaciones, acrecentando sus cívicas virtudes en la efusiva gratitud de sus prisioneros, que le hubieron proclamado el más valiente y generoso de sus generales enemigos.

La grandeza del prócer se magnifica si se le contempla rodeado del pueblo que le aclama delirante, hollando con el férreo casco del bruto que le lleva sobre el lomo palpitante, las flores que exornan las calles, derramadas á su paso por el entusiasmo de la gratitud nacional.

Sólo en el altar de la patria se ha rendido la invicta espada que empuñó á los 15 años, en Matucana y Yungay, templada después en la fragua de las civiles discordias, sosteniendo el orden, y cuyos resplandores en la Guerra del Pacífico han obscurecido las de todos sus generales.

BOLIVIA

Surgieron, después de la toma de Lima, dos partidos en Bolivia, denominados, respectivamente, de la guerra, y de la paz.

El partido de la paz, encarnado en considerable número, lo componían acaudalados propietarios, industriales, mineros, comerciantes y hombres públicos de influencia. Trabajaba por hacer cesar la angustiosa situación por la que atravesaba el país; paralizada la industria y abatido el comercio; sustraídos los brazos á las labores de los principales establecimientos mineralógicos; escasos los frutos de la agricultura por el descuido ó perspectivas de inseguridad ó de hostilidades más ó menos próximas, y por ende el empobrecimiento y la miseria de obreros menestrales y labradores. Su objetivo eran los intereses materiales y bienestar públicos, sin postergar, empero, la dignidad nacional, que podía mantenerla incólume por la persuasión diplomática, ya que toda resistencia era ocasionada sólo á grandes sacrificios y peligros, sin la más remota esperanza de expulsar escarmentados de su territorio á los envanecidos invasores.

El partido que se empecinaba en la continuación de la guerra, lo componían los militares, algunos ambiciosos políticos y ciertos hombres de patriotismo y buena fe declarados, que preferir debían caer bajo los escombros y reducir á cenizas sus ciudades, antes de rendirse y acatar la imposición extranjera; figurando entre ellos, y en primera línea, el General Campero, que, como Sucre, el gran Mariscal de Ayacucho, en su testamento político, y al abdicar el mando supremo que se le confirió con carácter de vitalicio, decía á los representantes de la Nación: « Aun os pediré otro premio: que con-

servéis por sobre todo peligro la integridad é independencia de Bolivia.»

Prevalecer debía, sin duda, la opinión del anciano general sobre la continuación de la guerra, en la Convención Nacional, más por la idea de obtenerse un arreglo internacional ventajoso que por haberse logrado dominar el espíritu público y decidir al país á la resistencia extrema y exterminadora.

Por otra parte, la fe que se tenía y la confianza que inspiraba el Presidente, por su lealtad y su hidalguía patriótica, contribuyeron en gran manera á la aprobación de su política y á poner los destinos de Bolivia en sus manos, sin vacilación ni temores suspicaces, ni aun siquiera aprensiones de compromisos ó errores que refluyeran contra ella.

Dije entonces, que las relaciones de Piérola y Campero eran por demás cordiales é íntimas; y que el ex-dictador peruano fué recibido con la elocuente intención de reconocerle su alto carácter político.

Agrego ahora que lo fué solemnemente, discutiendo y aceptando combinaciones condignas á la prosecución de la guerra y desarrollo de planes de iniciativa ofensiva contra las guarniciones de las plazas ocupadas por el ejército vencedor.

Decíase y lo creo, por el fidedigno conducto de la revelación, que Piérola comprometió á Campero, á avanzar con sus batallones mejor disciplinados, sobre Arequipa, al primer amago de invasión chilena, como se anunciaba y aun se pedía sin disimulo por la prensa, y reforzar los cuatro mil doscientos hombres con que contaba para la defensa, caso de ser atacado.

Propúsole también concluir y firmar el pacto federativo perú-boliviano, discutido y acordado en Lima, por los plenipotenciarios de ambas repúblicas.

Si aplazó Campero, *in limine*, y no aceptó las propuestas, fué porque, con motivo de los desastres del ejército peruano en las inmediaciones de Lima y la ocupación de la Capital del Perú, quedando la alianza en precario estado y casi deshecha *ipso facto*, había convocado la Asamblea ó Convención Constituyente en La Paz, para recibir las instrucciones taxativas y precisas, autorizadas por su representación y autoridad soberana, para despejar los

arduos problemas surgidos de la eventualidad de los hechos y sus emergencias asaz comprometedoras.

Abrió el General Campero las sesiones de la Convención Nacional Constituyente, con toda la solemnidad requerida por el acto, el 14 de Julio, y dió lectura de un Mensaje, bien meditado y seriamente concebido, dando cuenta á los representantes del pueblo boliviano, de los actos de su gobierno, sin omitir sus sacrificios, ni los esfuerzos realizados para sostener la difícil situación por la que atraviesa el país, ni disimular tampoco el temor del inminente peligro de su autonomía é integridad territorial amenazadas por la conquista.

Planteó esas cuestiones en proposiciones concretas y terminantes, reservándose sí, y con ánimo resuelto é irrevocable, el derecho de renunciar á la Presidencia, si el resultado de las deliberaciones de la Convención contrariaban el programa político que presentó al ascender á la primera magistratura.

« ¿ Continuará la guerra que la Convención misma le ordenó « seguir contra Chile, en alianza con el Perú, hasta obtener de la « Nación victoriosa condiciones de una paz digna y decorosa ? » Esta era la primera.

La segunda y la tercera se formulaban en los términos siguientes:

« Caso de resolverse la paz, ¿ la solicitaría Bolivia, sola y exvin- « culada del Perú, ó conjuntamente con él; y cuáles serán las bases « que debían proponerse á Chile ? »

« ¿ Cuál sería el gobierno que deberá reconocer Bolivia al Perú : « el del Doctor García Calderón, elegido por el Congreso de La « Magdalena, ó el de la Dictadura ejercida por Piérola y reconoci- « da por una parte de la Nación peruana ? »

El juicio recaído sobre el mérito del mensaje obedecía á la oscilación y fluctuaciones del partidismo, de más influencia en Bolivia que en ningún otro país, entregado por completo á su dominio exclusivo.

Quiénes encomiaban la noble franqueza, ingenuidad y honradez, trasparentadas en los actos del egregio hombre público ;—quiénes motejaban el documento como la obra de un terco, ensimismado y presuntuoso militar cuyas seniles ambiciones eran estimuladas por sus paniaguados y serviles conmilitones.

Entre tanto, la Convención hizo honor á la política del Gobierno y resolvió las cuestiones que le fueron sometidas, en el sentido de los deseos manifestados por el venerable anciano que presidía los destinos de Bolivia.

El ejército organizado por Campero constaba de diez batallones de infantería, cuatro escuadrones de caballería y uno de artillería con nueve piezas Krupp y con un total de cinco mil setecientos hombres armados con rifles sistema Remington y unos ciento cincuenta sistema Peabbody.

Ese ejército fué distribuído en divisiones:—al mando del Capitán General y Jefe de toda la fuerza, la del Norte; Coronel Palazuelos la del Centro; y General Rendón la del Sud. Instruíanse á más, desarmados otros diez batallones de guardias nacionales movilizables y que esperaban armarse de un momento á otro, con el armamento contratado en el exterior y recibido ya.—No tenían parques.

Confirióle, pues, la Convención, como facultades más amplias para continuar con la guerra, ó tratar de la paz en las condiciones que estimase convenientes, reconociendo al gobierno que haya levantado el prestigio nacional en el Perú y consultando para ello su absoluta imparcialidad y patriotismo.

Entre tanto, manifestaciones más ó menos ostensibles de la opinión pública, soplaban sobre las cenizas que apenas encubrir podían el fuego de las antiguas discordias perú-bolivianas, desbordando las rivalidades, é insinuando la conveniencia de romper la alianza y proceder cada una como mejor supiera á sus intereses.

El rechazo del tratado de comercio celebrado con Piérola, durante su permanencia en La Paz, fué el síntoma revelador de ese estado latente de irritación internacional.

Así, pues, todos los esfuerzos empleados por Campero, para estrechar las relaciones entre ambos pueblos, eran contraproducentes, dadas las prevenciones y mutuos cargos que se hacían reprochándose egoísmo ó deslealtad.

La situación interior reagravaba la exterior.—Después de prestar atención asídua y patriótica á la cuestión exterior, se volvió por reacción brusca y rápida, hacia la política interna y se multiplicaron los cargos y acusaciones; no contra el Presidente, á quien cubría el

resplandor de su buena fe é intenciones de rectitud y amor á la patria, sino contra sus ministros que se creían inabordables, por haber compartido con Campero, de sacrificios y responsabilidad en la labor infatigable de la administración pública.

La crisis ministerial estalló, no sin repercusiones que pudieron comprometer la estabilidad constitucional de la Nación sin la prudencia y moderación empleadas por Campero, que supo retroceder atinadamente, aceptando la dimisión colectiva de sus ministros y nombrando otros hombres, que aunque eran de igual filiación política, no habían hecho armas y entrado en la lucha enconosa y resuelta contra los bandos y sus pretensiones absorcionistas.

Así, pues, el proyecto de ley formulado por los dimisionarios, que la Convención estimó como tendencia dictatorial y que constituían las facultades omnímodas, en el receso de sus funciones, se abandonó y salió de la tabla del debate, prenda de armonía entre el Gobierno y el Congreso, no obstante haber comenzado su discusión con destemplanza y acerba fogosidad.

El proyecto incendiario, estaba concebido en los términos más irreverentes y sugestivos; — decía:

« Facultades que ha menester el Poder Ejecutivo como amplia-
« ción del artículo 5.° de los transitorios de la actual Constitución
« política y que sólo deberán regir durante el estado de guerra.

« 1.° Autorización para extrañar, confinar ó someter á juicio ante
« los tribunales ordinarios á cualesquier individuos que se opongan
« á la ejecución de las leyes ó á la política trazada al Ejecutivo por
« la Convención Nacional, ó que induzcan á obrar en tal sentido.

« 2.° Suspender ó suprimir las publicaciones que comprometan
« nuestras relaciones internacionales ó que tiendan á contrariar ó
« debilitar la acción del Gobierno en la defensa nacional; sin
« perjuicio de que sus autores puedan ser sometidos á la jurisdic-
« ción de los tribunales ordinarios, con arreglo al Código Penal.

« 3.° Confinar ó destinar al trabajo á los individuos que por ca-
« recer de oficio, profesión ó renta conocida, constituyen un peli-
« gro para el orden social.

« 4.° Obligar á los ciudadanos á la aceptación de cargos públi-
« cos, sin otra excusa que los impedimentos legales ó físicos debi-

« damente comprobados, so pena de ser declarados indignos de la « confianza nacional.»

Clausuróse solemnemente la Convención Nacional el 6 de Agosto, aniversario de la declaratoria de la Independencia de Bolivia. Nombró en seguida el Presidente su ministerio, confiando sucesivamente las carteras á Don Pedro H. Vargas, Pedro Zilveti, General Rendón y Doctor Aranibar.

Delegó el mando supremo en el segundo Vice-presidente Doctor Belisario Salinas, y marchó á ponerse al frente del ejército, cuya concentración se ordenó hacerse en Oruro, dándole una nueva organización, á causa de la sublevación reprimida, del Batallón «Alto de la Alianza», que estalló en Sucre.

Fusilados los cabecillas del motín, los nuevos comandantes tomaron el mando de las divisiones sin resistencia alguna, arrojando de sus cuerpos los restos viciosos de las tropas que pertenecieron á Melgarejo, Morales y Daza.

Nataniel Aguirre, ex-ministro de la guerra, se puso al frente de la división del Sud: Miguel Aguirre,—su hermano,—se hizo cargo de la caballería; el Coronel Palazuelos siguió al mando de la de Oruro, y el Presidente, Capitán General del ejército, retuvo á sus inmediatas órdenes la división del Norte.

Se dijo entonces, sin que se hubiera traslucido por la reserva de los nuevos ministros, que Campero, en combinación con Piérola, avanzar debía sobre Iquique, mientras el último haría una fuerte diversión sobre Tacna y Arica; Pacheco Céspedes, guerrillero intrépido y que hacía invasiones frecuentes y jaqueaba las fuerzas de Tacna, debía desempeñar la misión de distraerlas, mientras el Presidente boliviano avanzara sobre Tarapacá;—Rufino Carrasco embestiría Calama y Antofagasta;—el General Cáceres sobre Lima;—y el Contra-Almirante Montero sobre Trujillo.

Indudable es que si los aliados consiguen desarrollar el plan, con la audacia y rapidez que requerían operaciones semejantes, se habría visto Chile en conflictosa situación; porque habríales sido fácil poner al frente de las fuerzas de ocupación, otras igualmente numerosas y aguerridas, sin hacerles falta el apoyo de los pueblos invadidos y abrumados por el dominio del conquistador, que les imponía las más crueles humillaciones.

Los hombres de estado del Perú no podían mantenerse en fría reserva y expectativa ansiosa, viendo agravarse cada día más la ruinosa situación de su patria, y aniquilarse material y moralmente los elementos de saludable reparación y de reacción que poseer deben los pueblos, aún después de los más espantosos desastres y horrorosas calamidades.

Desaparecía, manifiestamente, entre las sombras del terror y el egoísmo, el *espíritu público*. Huían cuitados y furtivamente, de la patria, que no les ofrecía más que dolores, renunciando hipócritamente hasta unificar su acción en las solidaridades del peligro, sus angustiados hijos.

Iba, pues, á perderse el sentimiento de la nacionalidad, ahogado por el martirio de las persecuciones y castigos impuestos al patriotismo.

Era llegada, por consiguiente, la oportunidad penible hasta el extremo de las proposiciones y tratados, de las cauterizaciones y aún amputaciones necesarias. Trepidar, ó no consentir, era dejar en agonía á la República, sofocada por el humo y llamas de los *vivacs* del ejército conquistador apoderado de su territorio.

El autoritarismo ominoso de la ocupación extranjera aconsejaba tratar con la urgencia requerida. Resignarse debían á extremo tan desventurado.

También aquel pueblo en cuyos anales registran los siglos la más grande de las revoluciones que han conmovido á la humanidad; esa nación que hizo temblar á los monarcas más poderosos, derrumbando algunos de sus tronos y rompiendo en sus manos sus áureos cetros; esa Francia de Napoleón el Grande y el primer imperio que paseó sus águilas triunfales por casi todo el ámbito de la tierra: también la Francia, igual al Perú, rindióse á la Alemania, aceptando las humillantes condiciones del vencedor.—Ceñida su Capital en un cinturón de baterías y cercada por cerca de un millón de soldados;—París, la maravillosa ciudad de las artes, las ciencias y la industria, abrasada por el hierro de las bombas y las metrallas, después de un prolongado sitio, tuvo que abrir sus puertas á las aborrecidas huestes que desde el Rhin hasta las mismas murallas de la ciudad santa llevaron sus banderas victoriosas. Un tratado inicuo, celebrado bajo la ruda presión de los ejércitos

dueños de casi todo su territorio obligólo á ceder dos de sus florecientes provincias y la indemnización de guerra de millares de millones de francos.

Desvanecidas las quiméricas esperanzas, que hicieran concebir al Perú, la declaración del ministro de Norte América, Mr. Hurlbut, protestando en nombre del Gobierno de su nación contra los desprendimientos ó desmembraciones territoriales, como gajes de la conquista, pensaron, sin duda, en composiciones de linaje conciliador. Así, pues, desaparecidas las ilusiones de atolondrado consuelo, no pensaron en aceptar la intervención de la república poderosa, que les había lisonjeado, olvidando, en el sentimiento de su despecho, el peligro del tutelaje que entrañaría el acto, erigiéndose un protectorado vecino á la dominación exclusiva, sea por anexiones forzosas ó imposición duramente proclamada.

Así, pues, el Perú no hizo más que aquello, á lo que fué obligada la primera Nación militar del Mundo: la Francia.

Por ver desaparecer las fuerzas de los conquistadores y su dominación más que insoportable, celebró el tratado de Ancón.

Bolivia, por su parte, débil y sin caudales para invertirlos en armas, por más que su belicoso jefe General Campero deseara y aun exigiera continuar la guerra con Chile, fué forzosamente obligado á una inacción semejante á la impotencia más absoluta. El pueblo y los hombres públicos de más notoriedad hacían presión sobre el Gobierno para que pusiese término á una situación política cada día más grave, y que de repente podía trocarse en revolucionaria, y amenazar y comprometer los destinos de esa República hasta el grado de entregarla maniatada á Chile, cuya codicia por sus regiones mineralógicas habíase acentuado de una manera bien clara desde principios de la ocupación militar, debida á las inauditas consecuencias emergentes de sus afortunadas victorias.

Clausurada la Asamblea Constituyente de Bolivia, y producida la crisis ministerial en el gobierno de Campero, resolvió éste,—como lo tengo dicho antes,—llevar un plan de guerra contra Chile, encaminándose á Oruro, punto de reunión de todo su ejército;

investiendo del mando al segundo Vice-presidente Doctor Belisario Salinas, con los ministros recientemente nombrados por él, Doctores Zilbeti, Pedro H. Vargas, Aranibar, y el General Rendón.

Salió, pues, Campero escoltado de las fuerzas que obedecían inmediatamente sus órdenes.

El que ésto escribe tuvo la ocasión de hablar con el Presidente de Bolivia la misma noche de su partida, en el pueblecillo de Viacha, donde pernoctó el General con todo su Estado Mayor, yendo acompañado de su familia; y allí me dijo: que era posible conseguir valiosos elementos de guerra, y que él iba á intentar mover por postrera vez y hacer pronunciarse á la opinion pública, infundiéndole su entusiasmo, y que, por lo menos, si no se conseguía vencer á Chile, por los desastres sufridos y que le habían dado mayor poder, se obtendrían condiciones ventajosas después de un pacto de tregua estipulado convenientemente.—Me refirió que Míster Adams, Ministro de los Estados Unidos en Bolivia, había escrito asegurando en nombre del Presidente de la gran República, que no consentiria jamás en que Chile anexara á su territorio los ocupados militarmente en los territorios del Perú y Bolivia; que lo obligaría á un tratado que, consultando la equidad, se sujetase á los preceptos del derecho internacional.—Más aún: se me aseguró qne una buena cantidad de armas y cañones serían remitidos por el Ministro boliviano en Wáshington, Doctor Ladislao Cabrera; para poner á su patria en pie respetable de guerra.

Pero, al poco tiempo, todas estas visiones desaparecieron, y quedó desnudo, á la vista del contrariado patriotismo, ese núcleo de guerreros abatidos por las derrotas, y cuyo amor propio militar bramaba impotente dentro de esas organizaciones formadas en la atmósfera de las hazañas bélicas.

Ni Cabrera podía hacer ese milagro de los *cinco panes,* ni el Presidente de los Estados Unidos pudo haber incurrido en una ligereza, por no decir indiscreción, de hacer tales ofertas platónicamente, pues que no le movía ningún interés inmediato, único exponente que lleva la cifra de sus cálculos y fría aritmética, heredera de la Gran Nación, de las tradiciones y encarnaje político de la Gran Bretaña, su progenitora.

Se dió en Bolivia en la manía de verse rodeados de cuanta alianza podía imaginarse un pueblo débil y que no cuenta con más recursos que los que le sugiere su imaginación caldeada por los reveses de la fortuna.—Entre los aliados con que creía contar á última hora, mutilado como había sido su territorio, figuraba la República Argentina.—El Ministro de Relaciones Exteriores me consta que hizo publicar varios telegramas atribuídos á su Ministro en Buenos Aires, de una posible y probable alianza que sostendría la reivindicación de los territorios conquistados por Chile, haciendo pie en el argumento de haber sido ella, es decir, la República Argentina, la que declaró y reconoció la Independencia de Bolivia, garantizando así su autonomía, sin que desmembración autoritaria ó invasión de conquista pudieran desmembrar la más pequeña parte de su suelo.

Continué viaje á Arica, donde tomé el vapor á Valparaíso para hacer el regreso á mi país por la Cordillera de los Andes, y me establecí en Mendoza.

Pongo, pues, punto final á la tarea que me impuse de referir los Episodios de esa guerra ó escándalo americano, que tanta altivez ha infundido á una Nación que cree tener en sus manos los destinos de toda la América por la fuerza de sus armas, desafiando con una susceptibilidad y suspicacia tan arrogantes, que al escuchar los ecos de su prensa, le parece á uno que se encuentra al frente de una nación de mayor poder que Alemania, Rusia y Francia.

Pero no seguiré adelante entregado á las inspiraciones de una crítica que, entre tanto, sería muy justa, poniendo á esa nación tan verbalmente belicosa dentro de su propio círculo de acción y única esfera, de la que nunca ha de salir; porque los descendientes de San Martín y Belgrano tienen duros los músculos y fuerte el pecho, donde no es muy fácil que penetre la punta de la lanza araucana.

DE REGRESO Á LA PATRIA

Salí de la ciudad de La Paz, al mismo tiempo que el Presidente de Bolivia General Campero se dirigía á la ciudad de Oruro, donde tenía reconcentrado su ejército. Lo escoltaba una fuerte división compuesta de las tres armas. Me despedí de él en Viacha, donde pasé la noche en su compañía y la de sus jefes, oficiales y empleados de alta jerarquía que iban con él, según se decía, á abrir campaña bélica sobre Iquique en combinación con Piérola, que debía atacar Tacna, y una división del Sud de Bolivia comandada por el General Flores, Antofagasta y Calama.

La alarma se produjo; y en mi tránsito por los puertos del litoral peruano, de flamante nacionalidad chilena por derecho de conquista, advertí zozobra y temor de conflictos de difícil resistencia, puesto que no contaban los chilenos con elementos que contrarrestar hubieran podido al empuje de los aliados que se hubieran propuesto una empresa de tan fácil como infalible resultado. En ese plan se hubiera revelado el jefe hábil, valiente y audaz que de un solo golpe y por acción del genio militar recobra la ventaja perdida en desastres sin nombre y sin calificativo en idioma humano.

Creía, pues, ver transformado el destino de las naciones avasalladas y rendidas, molidas y escarnecidas, y esperaba el estallido como se prevé la erupción de un volcán en cuyo cráter se ve flotar el humo negro mezclado con las chispas de fuego y de llamas de la interna y activa combustión. Pero pasó el tiempo; luego se me comunicó que ni Piérola pensaba en revanchas de las atroces derrotas que sufrió, por ineptitud y presunción necia; ni Cam-

pero hizo serio proyecto de llevar á término una combinación digna de un general de talento y experiencia, ó más bien de genio, puesto al nivel del patriotismo, del renombre y gloria, sin que se tuviera en cuenta, lo que valía más, la libertad é independencia nacional recobradas en un solo instante de inspiración y de cálculo de éxito seguro, por lo mismo que no entraba en previsión alguna, descansándose, como se descansa cuando se han postrado y vencido poderosos elementos y las fuerzas de los vencedores y vencidos han quedado exhaustas y aniquiladas por el cansancio y el agotamiento.

Llegué, pues, á Valparaíso, creyendo hallar un pueblo alumbrado por las luces resplandecientes del estusiasmo que se refleja en el contento y satisfacción nacional de glorias cosechadas en los campos de las batallas, donde se cortaron palmas y laureles regadas con la sangre de sus héroes y sus mártires, de sus valientes soldados y guerreros heroicos; pero mi impresión fué distinta. Notábase decaimiento y casi tristeza en la fisonomía moral de ese pueblo, que orgulloso de sus victorias podía entregarse á la satisfacción de su engrandecimiento y aumento de riquezas territoriales y rentísticas, pasando de un estado vecino á la mendicidad, á una opulencia en la que no pudieron haber soñado sus hombres y sus políticos más ilusionados por su patriotismo ó presunción de suficiencia y talento.

No quise detenerme mucho, ni estudiar las causas de ese decaimiento y falta de espíritu, ansiando por volver á aspirar el ambiente de la patria, de que me encontraba ausente tantos y tan largos años.

Emprendí viaje por la Cordillera.

FERRO-CARRIL TRASANDINO

La civilización realiza transformaciones maravillosas. El trabajo y la ciencia, aunados, vencen los obstáculos más grandes de la naturaleza. La experiencia y el cálculo, el valor perseverante y el estudio, de acuerdo con los principios que rigen las leyes en el orden físico, vencen el aislamiento á que fueran condenados los hombres, empleando en su propio beneficio las mismas fuerzas que conspiran y amenazan su existencia. Si el precipicio les sale al en-

cuentro, el puente lo atraviesa sin peligro. Si la cumbre soberbia del cerro les detiene, el túnel horada sus entrañas y le da segura y cómoda salida. Con la misma tranquilidad pasan sobre los torrentes y huyen de las convulsiones de los elementos. La ágil y gallarda locomotora coronada de renegrido humo, arrojando fuego por sus furentes fauces corre vertiginosa sobre sus rieles de acero, sin que la sorprenda el ímpetu de la corriente que se precipita en la profunda y estrecha quebrada y que deshace sus turbulentas aguas en rabiosa espuma sobre las guijas y cantos de su despedazado lecho.

El camino de la cordillera á Chile presenta el aspecto terrífico de sus pavorosos desfiladeros y precipicios. Los ríos torrentosos, los cerros agrios, las quebradas y las tormentas, amenazan continuamente la existencia del cuitado viajero. Millares de víctimas humanas yacen sepultadas entre las quiebras de los peñones y las cuencas de sus hondos valles.

Señales fúnebres quedan grabadas entre las grietas sombrías de los desgraciados que perecieron alcanzados y sorprendidos por las nieves y el huracán; el alud que se desprende de la gigante montaña ó la avalancha que salta de pico en pico y de precipicio en precipicio y arrasa en su choque todo lo que encuentra y lo despedaza, lo sepultó para siempre.

No ha cambiado la faz tétrica y desolada que infunde cierto recelo de un riesgo continuo y desconocido.—La tierra se conserva desigual y rocallosa; los peñascos en partes amontonados y esparcidos en otras, asemejan á grandes fortalezas destrozadas por enemigos implacables.

La mano del hombre ha abierto en uno de sus costados una ancha vía y surco profundo aplanado, y casi recto, por donde se construyen los terraplenes del camino de fierro y se extienden sus rieles;—he ahí todo.

La vegetación se asoma por entre los enormes cantos como asustada de la confusión y desorden del suelo, y como si huyera agazapándose por entre los barrancos, trepa á los cerros y en sus grietas parece descansar fatigada y melancólica.—Muy rara vez se le ve lozana, suspender en los huecos de las montañas sus canastillos de flores.—La niebla se extiende por momentos y cubre el panorama abrupto con su gasa cenicienta, como si la envolviera en el

humo de un incendio.—El frío hace temblar el cuerpo y entrechocar los dientes; la bestia trepa anhelante de fatiga y casi perdido el aliento á las alturas, ó desciende á las profundidades arrebatada por la arena escurridiza de las ramblas que la precipitan irresistiblemente sin hacer sentir el golpe de la caída ó forzoso descenso.

Esto es ahora el camino de Mendoza á Santa Rosa de los Andes.

Lo que será en pocos años más, cuando se concluya el trabajo del ferrocarril, es otra cosa.

El comercio y sus numerosos agentes, las relaciones de dos naciones ricas y prósperas, pasarán por sobre nieves y precipicios, convirtiendo los cerros en establecimientos mineralógicos, las breñas en grandes ingenios de beneficio, las quebradas en risueños sembrados y granjas de agrícultura, y los ríos en motores hidráulicos que por mansos canales llevarán sus aguas para emplear la fuerza dinámica de su volumen en el movimiento de las máquinas fabriles.

El presente es la dificultad, el obstáculo, el peligro; y el porvenir el comercio, la fraternidad, la unión de intereses y de relaciones.

El ferro-carril trasandino está destinado á cambiar la faz del continente, modificando su geografía política y su vida económica. Es por eso que debe celebrarse la obra magna como la más atrevida de las del siglo.

En la perla de las ciudades andinas, en Santa Rosa, la bella ciudad que se recuesta entre pámpanos y sementeras, arrullada por sus torrentes bulliciosos y su ambiente parlero y perfumado con las flores de sus vegas de esmeralda y oro, y á la sombra de sus álamos sonrosos, el Presidente de la República de Chile ha dejado escuchar su elocuente palabra, haciendo la profecía del porvenir, que hoy no es fruto de imaginaciones calenturientas y visionarias; el día para siempre memorable en que se ha puesto la primera piedra y ajustado el primer riel en ese camino del progreso, dice al mundo éstas notables palabras:

« Son éstas las transformaciones de la civilización moderna. La
« naturaleza y la fuerza física ceden el paso á la razón, á la virtud
« y á los esfuerzos inteligentes de la sociedad. Vamos á tender,
« pues, una línea férrea que llegará al Atlántico, que no será una
« celada para pueblos viriles y generosos, sino un prolongado pa-
« lenque abierto á las nobles y legítimas emulaciones del progreso.

« Que ésta obra, bendecida por los corazones de dos pueblos
« amigos, se emprenda con vigor, se desarrolle con activa constan-
« cia y termine felizmente, de manera que los que hoy la inaugu-
« ramos en este valle feraz y risueño, estrechemos nuestras manos,
« pronto y cordialmente, en la línea de las más altas cumbres que
« divide á Chile y la Argentina! »

Desde la línea anticlinial y alta cumbre entre las Repúblicas Argentina y Chilena, vense desarrollar á la vista sorprendida y admirada por el sublime panorama, dos cuadros distintos y dos sistemas geológicos diametralmente diversos. Se tiende la mirada hacia Chile, y se desplega la Cordillera descendiendo gradualmente hasta morir en un llano cortado por avenidas y torrentes que orillan la vegetación, al principio salvaje y áspera de árboles espinosos y recios, que como culebras matizadas trepan y se arrastran en los flancos de los cerros, y después con esas plantas que son el alimento del hombre y sus riquezas más duraderas.

Si se vuelve hacia la República Argentina, no se ve más vegetación que el arbusto que se prende á la peña y brota entre sus intersticios profundos, pero se divisan los cerros azules coronados de nieve como gigantes vestidos de armiño y con caudas de terciopelo azul, velando su suelo, y centinelas de la libertad é independencia.

Un mar de rocas que amenazaran devorar el mundo en un cataclismo espantoso, muestran hoy sus olas bermejas, petrificadas sin duda por una poderosa diestra de omnipotente.—Desde la cumbre de la real cordillera, espina dorsal de dos pueblos, se lee en el porvenir grandioso de ambos, confundidos por el abrazo de la civilización y por los esfuerzos de la ciencia, y unidos por la poderosa acción del hombre, para el que hoy la montaña es una masa que taladra y un medio de comunicación que aprovecha.—El viajero que desciende por su flancos, estremecido de pavor, piensa en que muy pronto el salón abrigado y cubierto de paños y terciopelos lo conducirá al través de la montaña, arrastrado por la locomotora y el vapor.

El cóndor que duerme en sus alas extendidas entre las nubes, es hoy el único habitante de esas regiones que en breve serán un emporio de riquezas.

Los ríos que bajan de los ventisqueros y corren destrenzados por

el cuerpo de la montaña, animan y magnifican el espectáculo. Cascadas que de lo alto dan saltos mortales al fondo de sus cimas. Nieve que se deshace y toma la delgadez del vidrio herido por luces de colores.

Una cascada es el agua viviente; cree uno que tiene alma. Se lamenta por su caída, apesar de la esplendidez con que la viste el sol con su rayos; después, se le acompaña en su carrera tranquila por el llano, como se acompaña en el mundo la existencia de un amigo cuya mañana agitaron las pasiones y reposan en la tarde.

Las ciencias y el trabajo triunfarán, pues, de la naturaleza. La obra está comenzada y muy pronto entregada al comercio del mundo. La República Argentina y Chile no estarán divididas por la naturaleza.

LO QUE SE SABE DEL « HUÁSCAR »

DESDE MEDIADOS DE MAYO HASTA EL DÍA DE SU CAPTURA

Después de proteger al *Talismán,* que condujo armas para el Perú y Bolivia, el *Huáscar* realizó las siguientes operaciones :

1.ª Levantó el sitio de Iquique;

2.ª Echó á pique catorce lanchas chilenas cargadas de carbón;



3.ª Echó á pique un pontón-arsenal, que contenía un magnífico condensador ;

4.ª Protegió el desembarque del parque general y de la artillería;

5.ª Echó á pique la *Esmeralda ;*

6.ª Salvó sus náufragos ;

7.ª Echó á pique en Mejillones, catorce lanchas ;

8.ª Apresó una falúa y dos lanchas con víveres, y alambre para el telégrafo que debía ligar á Mejillones con Antofagasta ;

9.ª Quemó en alta mar y en Mejillones, dos bergantines y una goleta chilena ;

10.ª Envió otra goleta á Arica, como buena presa ;

11.ª Tomó y envió al Callao una barca cargada de cobre ;

12.ª Bombardeó á Antofagasta, produjo un incendio, y apagó las baterías del puerto ;

13.ª Cortó el cable entre Antofagasta y Caldera ;

14.ª Retirándose al Callao, combatió con el *Blanco Encalada* y le causó averías ;

15.ª De regreso á Iquique, maltrató á la *Magallanes* y al *Matías Cousiño ;*

16.ª Apareció en Caldera, Carrizal y Huasco, y destruyó embarcaciones y carboneras ;

17.ª Tomó dos buques cargados de cobre y carbón, cuya presa importó al enemigo la pérdida de medio millón de pesos fuertes.

18.ª Dividió la escuadra chilena, obligando á uno de sus acorazados á salir de su fondeadero á proteger los transportes ;

19.ª Apresó el transporte de guerra *Rimac,* con un regimiento, pertrechos, alimentos, etc., frente al puerto de Antofagasta ;

20.ª Echó á pique diez lanchas en Taltal ;

21.ª Se batió con las baterías de Antofagasta, el fuerte y los buques de guerra surtos en el puerto, cuyos fuegos apagó ;

22.ª Protegió el desembarque en Iquique de cañones y otros útiles necesarios para la fortificación del puerto ;

23.ª Sacó varios cañones de la náufraga *Independencia;*

24.ª Hizo valiosas presas en la costa norte de Chile, cuya importancia se ignora ;

25.ª Y retirándose á Arica, cayó destrozado en poder de la escuadra chilena, después de batirse con ella y oponerle una tenaz resistencia.

HOMENAJES A GRAU

Innumerables y grandiosos fueron los que con especialidad en Sud-América se rindieron á la memoria del ínclito marino Grau.

Consigno el homenaje que el Congreso del Perú le tributó, invitando á sus solemnes funerales.

Creo oportuno también por el mérito del escritor argentino, la publicación de un artículo consagrado á su memoria;—sintiendo no transcribir igualmente el discurso necrológico del Dr. Aristóbulo del Valle, cuya elocuencia ha dejado las más hondas impresiones:

HOMENAJE AL HEROISMO

Señor:

Los infrascriptos, miembros de la Comisión especial del Congreso, tienen el honor de invitar á usted á la ceremonia fúnebre que en sufragio del alma del

Honorable señor Diputado por la Provincia de Paita,
Contra-Almirante D. Miguel Grau,

se oficiará en la Iglesia Catedral, á las 11 a. m. del miércoles 29 del presente.

Somos de usted respetuosos servidores—

J. de la Riva Agüero—Manuel Seminario y Váscones — Pablo Seminario — Romualdo Rodríguez—Manuel R. Raigada—Federico Machuca y Vega—Manuel Yarlequé—Victor Eguiguren.

EL HÉROE PERUANO

La sangre que acaba de teñir las aguas del Pacífico, es sangre vertida por el corazón de América.—Grau era uno de sus mejores hijos, y era, en estos momentos, su hijo predilecto.—Esforzado, generoso, cristiano, aun cuando su cuerpo despedazado por la metralla ha sido sepultado en el mar, su figura contorneada y viril se alza imponente ante nuestros ojos, burilada por el cincel en la Historia.

El marino peruano ha entrado en el templo de la Fama, rodeado de la luz meridiana de la inmortalidad.

Heredar es la acción por la cual se adquiere un bien por disposición legal ó merced á la voluntad de tercera persona:—conservar una herencia, es la acción peculiar de los espíritus ordenados y previsores, que saben labrar la propia y la ajena comodidad.—Grau heredó una parte de la gloria de la Independencia americana, y además de conservarla voluntariamente, ha sabido aumentarla, de tal manera, que ella constituye hoy para su país natal un incalculable dote de honor y gloria.

La guerra que sostiene el Perú y Bolivia con Chile, es una guerra santa, desde que tiene por fin defender la propiedad y la vida de sus hijos, el honor y la independencia de ambas naciones.—Chile inició la campaña por la captura bélica del territorio boliviano, operación que el derecho califica de *conquista;* y prosiguió su nefanda empresa, bombardeando pueblos indefensos, y destruyendo, sin necesidad, las propiedades públicas y privadas del enemigo.

A pesar de que las naciones han establecido el principio de que cuando el adversario procede con demasiada dureza, es disculpable el talión para contener sus excesos, ni el Perú, ni Bolivia, han hecho uso de semejante medio, para castigar los crímenes cometidos por las fuerzas chilenas, cuya conducta, como la túnica de Dejanira, desgarrará los hombros de la Nación que aplaudió semejantes brutalidades.—Grau ha sido el más digno representante armado de la causa del Perú, en todo opuesta á la de su artero adversario, porque representa la integridad del territorio amenazado, y la moralidad en los medios empleados para defenderlo.

En el momento mismo en que llegaba al Plata la noticia del combate de Mejillones, se publicaba en los diarios las bases de un tratado inicuo, propuesto á Bolivia contra el Perú.

Ese convenio, rechazado noblemente por Bolivia, estipulaba despedazar al Perú, valiéndose de la traición de uno de sus aliados.—El Capitán General del ejército boliviano debió haber entregado á la vergüenza al agente de Chile, revelando su nombre, para que todos los americanos que condenan la conquista, execraran del mismo modo á los negociadores de traiciones. — Este nuevo detalle, que favorece la causa de los aliados, pues demuestra que el móvil de sus provocadores consiste solamente en la sed insaciable de la riqueza ajena, engrandece también al hombre que la ha representado con todos los caracteres de un héroe cristiano.

Debemos lamentar que el gobierno argentino, que ha tenido conocimiento de esa y otras miserias, no cambiara de política; y por el contrario, continuara tratando con un enemigo avieso, que ha neutralizado la acción de esta república en la contienda del Pacífico, íntimamente ligada con la cuestión de la Patagonia.—La política de Chile es una política desleal, pero, al fin es una política.

La prescindencia de nuestro gobierno es simplemente una indiscreción perjudicial á los intereses argentinos.—El bien inactivo es tan fatal al hombre y la sociedad como la maldad activa.—Un buque argentino enviado á tiempo á la embocadura del Estrecho de Magallanes, tal vez mantendría hoy la bandera del Perú en los mástiles del *Huáscar*.—La indiferencia gubernativa argentina no ha tenido poca parte en que, cayendo en una celada, haya aumentado el poder de un enemigo común.—Sin embargo, batiéndose uno contra diez, y cayendo con gloria, él ha sacudido con sus estremecimientos las fibras atrofiadas de los que confiaban en sus victorias, no obstante dejarlo abandonado al furor de sus enemigos.

« Si la guerra,—dice un pensador,—ofrece inevitable atractivo, es porque toda exaltación de nuestras facultades determina grandes bienes al lado de grandes males ; si en ella se acrece el crimen, también la virtud se agranda, y el heroísmo, esa facultad extraordinaria de abnegación, privativa del hombre, es el que resplandece en la guerra, dándole ese colorido brillante y sobrenatural que nos seduce y nos arrastra, y ante cuyo resplandor se obscu-

recen los detalles inseparables de horror y de sangre, que tanta repugnancia nos inspiran, si aislados los miramos».

Junto al gran mal de la traición propuesta á Bolivia, para gloria de la América, brilla la aureola que circunda al Contra-Almirante Grau, rehecho por la imaginación, porque el plomo y el hierro del enemigo, despedazándolo, lo esparcieron en la inmensidad del aire y del mar.

Al conocerse en Chile los detalles de la muerte de Grau, sus hombres de Estado, que sabían que el héroe peruano era un mito glorioso en los dos continentes, dirigieron un telegrama al jefe de su escuadra, en el cual se leían estas palabras: « El pueblo chileno, obedeciendo á sus tradiciones, se hace un deber en prestar homenaje al valor y á la honradez. » —Chile, al confesar los méritos del hombre que encarnaba la causa del Perú, ha hecho el elogio de sus contrarios.

El valor de Grau era el valor de su pueblo; la honradez de Grau era la honradez del Perú.—Consistía su valor en no esquivar los combates por la patria, y su honradez en no reivindicar territorios ajenos, ni bombardear pueblos indefensos.

Ese mismo hombre, valiente y honrado cuando no se le teme, fué clasificado de cobarde y menguado, cuando se le temía.—La muerte ha sido en este caso ministro de la justicia, y el héroe podrá repetir desde el cielo de los mártires, estas palabras del Dante:—« La misma lengua que me hirió con el reproche é hizo que mis mejillas cambiaran de color, aplicó en seguida el remedio. De igual modo, la lanza de Aquiles y de su padre, causaba las heridas y las curaba después ».—La posteridad de Grau dirá que la mano que le dió muerte, escribió su epitafio; y que los labios que lo deshonraron, lo bendijeron.

La muerte del Contra-Almirante Grau es un gran dolor, pero no es el desenlace del drama del Pacífico.—La suerte que ha sido adversa á los aliados en el mar, talvez les será benigna en tierra; y sobre todo, antes de suponer que Bolivia y el Perú han de dejarse conquistar, es más digno creer que sus hijos aplastarán á los conquistadores con las piedras de los Andes.

Así como ha dicho Víctor Hugo, que no hay héroes contra la patria, es tan cierto que la sangre de los mártires multiplica los

héroes en favor de la patria. El Perú y Bolivia, y también la Gloria, no ignoran dónde y cómo ha sucumbido Miguel Grau, el hijo del mar; como él, sereno en la bonanza; como él, tremendo en la borrasca; á quien la muerte acaba de repetir las palabras de Dios en el Océano:—*De aquí no pasarás*.

« Al borrarse de todas las lenguas,—escribe un filósofo cristiano,—las palabras *frontera* y *extranjero*, será cumplida aquella profecía de Isaías:—Los pueblos forjarán arados de sus espadas, y de sus lanzas hoces; no alzará la espada una nación contra otra nación, ni se ensayarán más para la guerra. »

Este sueño del pensador, este vaticinio del Profeta, no se cumplirá para Chile, mientras pretenda dilatar sus fronteras y conquistar los pueblos vecinos. Si nó borra del programa de sus ambiciones la palabra *reivindicación*, los arados se convertirán en espadas, y las hoces en lanzas.

Mientras el brazo de Caín esté alzado sobre la frente de Abel;—en las costas y en el mar, en la pampa y las montañas, los soldados de Bolivia y el Perú armados de fusiles y espadas, los agricultores con sus instrumentos de labranza, los pastores con sus hondas, y las mujeres y los niños allegando elementos á los combatientes, verán destacarse sobre la neblina que cubra las ondas del mar de Balboa, al héroe de Mejillones, cortejado por sus compañeros de sacrificio, repitiendo con el lenguaje misterioso de las sombras que hablan á la imaginación ó á la conciencia:—que es preferible la muerte á la cobardía y la esclavitud!

Sí, esto dirá Miguel Grau á sus soldados, pues, aun cuando su brazo ha dejado de esgrimir el sable, su corazón está en medio de las huestes aliadas. El mártir vale más que el luchador, porque la voz de la sangre es para los pueblos que pelean por su independencia, más elocuente que la palabra de los vivos!

S. Estrada.

FUGA DE TRES PRISIONEROS CHILENOS

NARRACIÓN DEL SARGENTO NECOCHEA

I

El sargento del 2.º de línea, D. Manuel Necochea, refiere ese hecho, de la manera siguiente:

En las cercanías del pueblo de Tarapacá nos batíamos con los peruanos de una manera desesperada, el 27 de Noviembre de 1879.

El cansancio natural, después de haber efectuado marchas forzadas, la carencia absoluta de agua, la escasez de municiones y el corto número de nuestras tropas, eran tristes presagios para la división chilena que luchaba con un enemigo tres veces superior en número, bien amunicionado y que peleaba en territorio conocido. A pesar de tantas ventajas, nuestras tropas, sombrías y silenciosas, se batían furiosamente.

No entraré á hacer una descripción del combate por ser tan conocido, y me limitaré á referir las últimas escenas, que muchos presenciaron, pero que por desgracia muy pocos pueden hoy día atestiguar.

Hacía muchas horas que nuestra división se batía con valor desesperado. Hubo un momento en que pusimos en fuga al enemigo, y todos nuestros soldados corrieron á la quebrada á saciar la sed que los devoraba.

Cuando esto sucedía vimos reaparecer nuevas fuerzas peruanas en número muy superior al nuestro, las cuales comenzaron un mortífero fuego sobre nuestros soldados que yacían dispersos y en su mayor parte en la quebrada.

Mi regimiento, llevando á la cabeza al valiente é inolvidable Eleuterio Ramírez, respondió al ataque, menos por el mal que se le podía hacer al enemigo, que por favorecer la organización del resto de las fuerzas chilenas que de una manera tan inesperada eran fusiladas por los peruanos.

A pesar de la desorganización en que el ataque sorprendió á nuestro regimiento, su intrépido Comandante avanzaba frente de él con terrible resolución, haciendo retroceder las columnas peruanas y sembrando la muerte en sus filas.

En la tarde, nuestro regimiento dividido en varias secciones, había perdido casi la mitad de los soldados.

El Comandante Ramírez avanzaba siempre en dirección al pueblo con unos pocos hombres, entre los cuales iba yo. Alcanzamos á llegar á la tercera casa á la entrada de Tarapacá, y viéndonos rodeados por las tropas peruanas, penetramos en ella, y nos atrincheramos decididos á vender caras nuestras vidas.

La casita estaba construida de un material sólido, con techo de paja y tenía al frente una puerta y varias ventanas por donde hacíamos un nutrido fuego al enemigo.

Nuestro querido Comandante Ramírez, herido ya, se encontraba en medio de nosotros, y olvidando sus dolores, nos alentaba á cada momento, diciéndonos :

« Muchachos, las municiones escasean ; calma al apuntar y tiro seguro.»

Y en efecto, á cada tiro un cholo se revolcaba por el suelo, dejando un charco de sangre.

A medida que el tiempo transcurría, sentíamos que fuerzas más y más numerosas rodeaban la casa en medio de una algazara infernal.

« Ríndanse, porque vamos á quemar la casa ; » nos decían.

Y á estos gritos salvajes les contestábamos con una descarga de muerte, diciéndoles al mismo tiempo : « Cholos miserables ! el chileno no se rinde jamás. »

Algunos soldados enemigos, arrastrándose cerca de la muralla, conseguían llegar hasta la puerta, pero al momento eran tomados del pelo é introducidos al interior, donde nuestros compañeros en pocos instantes los despedazaban á bayonetazos.

El sol declinaba notablemente; el interior de nuestra trinchera era un montón de heridos y de cadáveres; las municiones se nos habían concluído, y el techo de la casa principiaba á arder, incendiado por los peruanos.

En ese momento ví por última vez á nuestro heroico Comandante; recostado en un rincón, muy pálido y desfallecido se desabrochaba la casaca á fin, sin duda, de ofrecer su pecho desnudo á la rabia brutal del enemigo.

La resistencia era imposible. En este instante una multitud de cholos penetró repentinamente en el aposento y se precipitó sobre nosotros. Casi todos mis compañeros fueron inhumanamente destrozados por las bayonetas enemigas. Los que quedaron vivos y en estado de andar fueron sacados á culatazos de la casa. Yo fuí recibido en la puerta por un oficialito que se lanzó sobre mí hasta arrojarme al suelo á planazos. En el instante los cholos me rodearon y como perros hambrientos me desnudaron en un momento, gritando con carcajadas de alegría:

« Las botas son para mí........ »

« El kepí yo me lo agarro. »

« La jineta es mía. »

Desnudo y sin poderme mover por los golpes que había recibido, á puntapiés me hicieron levantar y marchar á Tarapacá con mis demás compañeros; era prisionero de los peruanos!

Los heridos y agonizantes que quedaron dentro de la casa, sufrían mientras tanto el mayor de los martirios: sus cuerpos ardían junto con el edificio que habíamos abandonado.

II

El sol ya se había ocultado y nosotros, rodeados por la soldadesca peruana, fuimos conducidos al pueblo de Tarapacá.

No entraré á referir los insultos soeces y el mal trato que recibimos de esos hombres, que necesitaron un día y quemar el techo que nos cubría, para rendirnos, después de rotas nuestras armas y concluídas las municiones; de estos hombres que huyeron cobar-

demente en Dolores, y que resistieron en Tarapacá, merced á encontrarse en la relación de tres de ellos por un chileno.

El aspecto que presentaban los prisioneros, era conmovedor. Casi todos heridos y golpeados, descalzos, con el traje hecho girones, sin kepí y muchos en camisa; extenuados por la fatiga de todo un día de combate bajo un sol abrasador y sin haber podido humedecer los labios con una gota de agua, fuimos encerrados en una pieza rodeados de numerosos centinelas.

El cuadro que presentaba nuestra prisión era harto desgarrador. Ahí sin testigos, sin la presencia de los aborrecidos peruanos, pudimos dar expansión franca á nuestro dolor. El silencio reinaba entre nuestros compañeros: esos hombres que momentos antes habían despreciado la vida, batiéndose como fieras, vertían lágrimas al verse impotentes entre muchos enemigos.

Pasado un rato, se presenta en la puerta de nuestro aposento un jefe que, por su traje, parecía pertenecer á las ambulancias, y preguntó:

— « ¿ Quién se llama María Barmier ? ¿ está aquí ? »

— « Yo soy », contestó una voz femenil, conmovida y llorosa.

— « ¡ Tú aquí, María ! ¿ Cómo ? »

— « Estoy prisionera » contestó llorando.

— « No llores, María ; no te sucederá nada ; serás muy cuidada entre nosotros » : y terminó estas frases afables dándole una pequeña bolsa con maíz tostado, y trayéndole en seguida pan y agua.

María era nuestra cantinera y nos causó admiración que fuese conocida por ese jefe peruano; pero al mismo tiempo nos alegramos de ello porque de esa manera era probable que le guardaran alguna consideración, librándola del duro trato que se nos daba.

Al lado de nuestra prisión se celebraba el triunfo que tan caro les había costado, y se sentía una grande algazara, cantos femeniles y música de piano; ésta era interrumpida de tiempo en tiempo por el sonido de las copas, los huiches y los vivas al Perú.

Nuestro dolor se cambió en desesperación cuando oímos la música y los gritos insolentes de nuestros enemigos. — No era posible sufrir tanto agravio; no era posible soportar que esos miserables

se rieran de nuestra desgracia, ultrajando á nuestros nobles soldados. Nos olvidamos de que éramos prisioneros, y á despecho de nuestro brutal enemigo, gritábamos á toda voz:

« ¿Qué celebran con tanta bulla? — Nos tienen prisioneros; pero muchos cientos de cholos se han quedado sin poder contar el cuento. »

Y ellos nos contestaban:

« Palmo á palmo les hemos disputado el terreno, pues; así como hombres á campo libre, y no atrincherados, pues, como cobardes en una casa. »

Los dichos sarcásticos se sucedían, de modo que no nos era posible tener ni el descanso de que tanto necesitábamos.

Entre los compañeros de prisión se distinguió un soldado de mi regimiento, cuyo nombre no conocía, pero que llamaba la atención por la altanería y desprecio con que trataba á los peruanos, al mismo tiempo que su genio alegre no le abandonaba un momento.

En otro extremo de la pieza había otro soldado, de apellido San Martín, que, cabizbajo y meditabundo, se enjugaba las lágrimas con su blusa de brin. — Me enterneció este último, y me acerqué á él, diciéndole:

« ¿Está usted herido?... »

« No, mi sargento, pero tengo mi alma destrozada. »

« ¿Y por qué? — Tenga más serenidad? »

« ¡Ah! — Usted es demasiado joven y no le toma el peso á nuestra desgracia. »

« ¿Cómo podré jamás conformarme con ver la bandera de mi patria, la bandera de mi regimiento, insultada y en poder de nuestros enemigos? — Le aseguro que daría con gusto mi vida por arrancarla de sus manos. »

Y diciendo esto, me llevó á la puerta de la habitación.

El centinela levantó la culata de su rifle, diciéndonos:

« ¡Atrás! los chilenos; — cabo de guardia. »

« No grite, » — le dijo San Martín. — « Vengo solamente á mostrarle á mi sargento nuestro estandarte. »

Efectivamente; al frente de la casa ví que tenían nuestro querido estandarte, medio doblado y colgado, para que fuera visto por todos.

A pesar de la alegría de los peruanos, se notaba cierto movimiento y sobresalto, y llegó á nuestros oídos que se iba á emprender la marcha por temor de que nuevas fuerzas chilenas vinieran á renovar el combate.

A las doce de la noche salimos con dirección á Pachica, y al amanecer llegamos á este punto.

En Pachica se nos encerró en un corral á toda intemperie, rodeándonos de soldados. La falta de reposo, el cansancio y la carencia de agua, nos tenían en un terrible estado de postración. A las ocho de la mañana, el corral era una hoguera y nuestros soldados carecían, en su mayor parte, de kepí para su cabeza.

A las doce del día delirábamos por una gota de agua, sin poderla conseguir. En estos momentos arrojaron al corral al Sub-teniente Silva Basterrica, que también había caído prisionero.

El agravio que se hacía á nuestro superior, nos causó la mayor indignación. Los prisioneros peruanos habían sido tratados por los chilenos con la mayor atención, con el mayor esmero, y á nuestros oficiales no se les daba siquiera la colocación que por su rango les correspondía, sino que se les hacía seguir entre los soldados. Protestamos de tan vil proceder; clamamos sin cesar: todo fué inútil...

A las seis de la tarde, hora hasta la cual no habíamos tenido otro alimento que insultos y golpes, el General Buendía ordenó que se nos diese de comer y se preparó un fondo con frejoles; pero, como á la media hora se dió la orden de continuar la marcha, fué, pues, necesario comer los frejoles en el estado en que se encontraban y el agua de ellos fué solicitada y bebida con placer por nuestros compañeros.

Emprendimos la marcha en los momentos en que el sol se ocultaba. Toda la tarde caminamos por el fondo de una alta quebrada, y como á las ocho de la noche principiamos á subir elevadísimos cerros por senderos tan pendientes, angostos y arenosos, que sólo permitían la marcha de uno en uno. Tarde de la noche llegamos á una planicie, donde se nos dió descanso, pues los peruanos estaban completamente fatigados.

Nos tendimos en el suelo, sin más ropa que los harapos que nos cubrían y al momento nos quedamos dormidos; y había razón

para ello : desde el día antes del combate de Tarapacá no cerrábamos los ojos.

Nuestro sueño fué una delicia. El estado febril en que nos encontrábamos, hacía viajar nuestra imaginación con agradables ilusiones. Soñé que estaba en mi pueblo organizando ejércitos invencibles ; soñé con mi padre, cuya suerte ignoraba; le veía pelear y destrozar al enemigo. ¡Qué noche tan agradable, tan feliz! ¡ah! jamás la olvidaré!

La diana de los cornetas nos despertó aún entre sueños, me senté buscando á tientas mi rifle y mi cartuchera. Tropecé con el soldado San Martín, y me dijo:

« ¿Qué busca, mi sargento? »

« Busco mi rifle y mis cartuchos, que no los puedo encontrar. »

« ¡ Su rifle, mi sargento !... »

« Sí, hombre; la llamada apura, ya están formando. »

« Hemos soñado, como usted, mi sargento,» —replicó la cantinera María Ramírez : — « ¿ no recuerda que somos prisioneros ? »

La realidad había ahuyentado mis gratas ilusiones; era prisionero, y prisionero del salvaje cholo!

Emprendimos nuevamente la marcha y llegamos á la Mocha como á las doce del día. En ese lugar renovamos nuestras quejas por el tratamiento que se daba al Sub-teniente Silva Basterrica, y al fin fuímos escuchados; se le sacó de entre nosotros y se le llevó al Estado Mayor, donde dijeron que se le iba á proporcionar una cabalgadura.

El General Buendía descansaba en su carpa de campaña á la vista de nosotros.

Un oficial llevó á uno de nuestros compañeros ante el General, para tomarle declaraciones. El elegido fué el mismo soldado que tan alegre y atrevido con los peruanos se había portado en nuestra prisión de Tarapacá y cuyo nombre supe sólo en ese momento. Era fuerte y ágil y se apellidaba Marín.

Divisamos que Marín en la carpa del General tomaba una silla y se sentaba con desfachatada comodidad; pero, algunos minutos después, vimos levantarse al General Buendía y arrojarlo á puntapiés haciéndole rodar con la silla. Había ocurrido lo siguiente:

Llegado Marín á la carpa del General, éste le dijo :

—« Vd. me va á dar algunas declaraciones.»

—« Las que quiera, mi General, pero con su permiso me voy á sentar, porque ya me muero de cansancio. »

—« Levántese el insolente, »—le replicó el General.

—« Pero, señor, si es solo por un minuto y para contestarle con todo gusto. Yo le he dicho que estoy próximo á morir de cansancio.»

El General Buendía no pudo evitar una sonrisa, y exclamó:

—« Está bien. ¿A qué regimiento pertenece? »

—« Al 2.° de línea.»

—« ¿Su jefe? »

—« Mi valiente Comandante Eleuterio Ramírez.»

—« ¿Murió? »

—« Fué herido en Tarapacá y quemado por nuestros enemigos.»

—« No lo he llamado para oirle cargos. ¿ Cuántos chilenos pelearon en Tarapacá? »

—« Dos mil, por todos.»

—« Es imposible; no han peleado menos de seis mil. »

—« Esa es su opinión y no falta quien sostenga que los chilenos éramos veinte mil. La verdad es que no pasábamos de dos mil. »

—« ¿Qué número de soldados tienen Vds. en su territorio? »

—« Cien mil hombres, señor.»

—« ¿Cien mil hombres, dice Vd.? »

—« Y creo que más, señor.»

—« Le prevengo que si vuelve Vd. á pretender burlarse de mí, inmediatamente lo hago fusilar...... Capitán, que vengan cuatro rifleros.»

—« En Tarapacá, señor, me han rasmillado las orejas más de quinientas balas. El silbido de cuatro más no me haría impresión, se lo aseguro.»

—« ¿Qué artillería tienen Vds.? »

—« Cuarenta baterías Krupp.»

—« ¿Krupp? »

—« Krupp, señor, y bien Krupp.»

—« Es imposible,»—dijo el General, pensativo,—y agregó:—«¿ Y con qué caballería cuentan Vds. en Chile ? »

—« Más ó menos, señor, con cincuenta mil hombres.»

—« Mándese cambiar el chileno salvaje»,—exclamó el General arrojándolo á puntapiés,—« antes que lo haga fusilar.»

El soldado Marín no necesitó nueva recomendación, y en un momento se juntó con nosotros, que no pudimos dejar de aplaudir su impavidez, su valor, su genio y su chiste.

Inmediatamente fuí llamado á declarar ante el General; el cual no podía creer que tan escasas fuerzas chilenas hubiesen sostenido el combate de todo un día en Tarapacá. Habiendo sabido el General mi nombre, me dijo al fin de la conferencia:

—« ¿Es Vd. pariente del jefe Necochea, que vino ahora años en la expedición al Perú?»

—« Sí, señor, soy su sobrino.»—Esto era falso, pero quería ver si alegando ese parentesco, me trataba mejor.

—« No lo creo»,—contestó el General,—y me ordenó salir.

En Mocha permanecimos dos días. Allí pudimos comer y reponer nuestas fuerzas extenuadas. Los peruanos nos trataban con el mayor desprecio, de tal modo, que habiéndose ordenado que se nos dieran algunas peras,—fruta que había en abundancia,—se trajo un canasto, y se nos arrojó su contenido desde lejos.

¡Miserables!—nos trataban como á perros!

Al segundo día de estar en Mocha, se emprendió la marcha,—según se decía,—con dirección á Arica. Otros aseguraban, que nos dirigíamos á Tacna. Anduvimos toda la tarde y toda la noche con muy cortos descansos.

Al amanecer presenciamos un espectáculo que nos conmovió muchísimo.—Entre unas peñas yacía el cadáver de un soldado con el cráneo destrozado por un balazo, y á un lado del camino, otro cuerpo atravesado por varias balas. Se nos llevó para que los reconociéramos y tuvimos el pesar de ver que los dos eran chilenos. Uno de ellos, el más joven, había pertenecido á mi mismo regimiento.

¿ Cómo estos soldados se encontraban en ese lugar tan distante del centro de operaciones ? ¿ Con quién habían peleado ?—he aquí lo que no pudieron averiguar los peruanos, ni nosotros.

Juntamos los dos cadáveres y los cubrimos con un poco de arena. Era lo único que podíamos hacer como expresión de cariño y

respeto por la memoria de aquellos dos hermanos que habían dado su vida en tan lejano desierto, por nuestra querida patria.

Muy largo sería detallar los mil incidentes del viaje, los sacrificios, los sufrimientos, y las marchas forzadas, por aquellas erizadas cordilleras. Por fin, después de doce días de marcha, llegamos á Camiña. En este lugar se supo la nueva de que la caballería chilena avanzaba, pero siempre se continuó la marcha con dirección á Camarones.

En Moquella, lugar cercano á Camiña, permanecimos muy poco tiempo, pues llegaron propios anunciando que la caballería chilena avanzaba por dos puntos, por Calatambo y por Zucar, con el objeto de cortar la retirada al General Buendía.

Desde este momento se notó un gran desconcierto en el ejército peruano. Todo era vacilaciones, temores, y desmoralización, provocados por la probabilidad de un encuentro con la caballería chilena.

No podíamos reprimir nuestra alegría, al pensar que estaba cercano el momento de castigar á nuestros salvajes enemigos, aunque fuera á costa de nuestras vidas.

Se ordenó la más severa vigilancia con nosotros; pero ésta no podía llevarse á efecto por la confusión en que se encontraba el ejército. Viendo el estado de nuestros carceleros, se me vino la idea de evadirme.—Ah! qué delicioso pensamiento! huir, encontrarme con el resto de mi regimiento, oír la corneta chilena, y pelear nuevamente viendo ondear nuestra hermosa bandera.

Hice varias tentativas de evasión sin resultado.

Estaba demasiado vigilado y en medio de un ejército numeroso. Esperé con paciencia una ocasión más oportuna. Siempre que pensaba en la fuga hacía figurar en mis planes á Marín, que se había captado mi franca admiración por su valor, su chiste, su audacia y su sempiterna alegría. Su tarea diaria y constante era molestar á los peruanos. Más de una vez, cuando éstos preparaban el rancho, una piedra dirigida por una mano burlona y certera, rompiendo la olla, hacía correr por el suelo la comida. ¿Quién era el autor de aquella diablura? Nuestros enemigos jamás podían descubrirlo ; sólo nosotros sabíamos que aquel proyectil había partido de la mano de Marín.

Continuó la retirada con el mismo desorden y confusión y se prohibió aún la conversación entre los prisioneros.—Llegamos otra vez á Camiña, como á las doce de la noche y al amanecer salimos con dirección á un punto que ellos llaman Esquiña, distante dos jornadas del lugar en que nos encontrábamos.

En la noche pude acercarme al soldado Marín, y le dije:

—« Marín, ¿eres valiente?»

—« No lo sé, mi sargento.—Nunca se me ha ocurrido investigar el punto, y como desearía á qué atenerme sobre el particular, me gustaría que me pusiese á prueba.»

—« Voy á darte gusto ; pero á condición de que guardes el más completo silencio respecto de lo que vas á oír. Se trata de que nos apoderemos del estandarte de nuestro regimiento y huyamos en seguida ; ¿no sería muy glorioso para nosotros librar esa preciosa reliquia de manos de los malditos cholos, que tanto se enorgullecen con ella ?»

—« La verdad es, mi sargento, que me gustaría más que torciéramos el pescuezo á un par de esos gallinazos, les tomáramos sus rifles y largáramos las volandas. Con el sebo de sus capotes tendríamos para alimentarnos dos semanas en el desierto. Este es mi plan; pero, entre el plan del soldado y el del sargento, no se puede trepidar.—Estoy á sus órdenes.»

Quedó, pues, convenido que en la primera ocasión favorable intentaríamos el golpe.

Principiaba á oscurecer; la hora y el aspecto del cielo nos envolvían en una atmósfera de tristeza. Los prisioneros marchaban de dos en dos con un centinela á cada lado ; un silencio profundo reinaba en toda la línea.

Preocupados del intento que meditábamos, tratamos de descubrir en qué parte llevaban el estandarte, y después de mil preguntas disimuladas, supimos que lo guardaba el batallón «Iquique», que acampaba cerca de nosotros.

Después de hecho este importante descubrimiento, le dije á Marín

—«¿No sería prudente buscar otro compañero que nos ayude en la empresa?»

Y él me contestó :

—« Soy de la misma opinión, y donde hay uno, hay otros.—Yo tengo un amigo que se apellida San Martín, y con él teníamos arreglado el plan de prenderle fuego á los diez cajones de municiones que llevan los peruanos, pero, hasta este momento nos ha sido imposible hacerlo. Yo mismo hablaré á San Martín, y será un buen compañero.»

Acepté y quedó acordada nuestra divisa: « ó la muerte ó el estandarte.»

En la noche nos hicieron hacer alto en la falda de un cerro pequeño, cortado á nuestra derecha, por una quebradita cubierta de árboles. En este lugar acampó el batallón « Iquique ».

Esa noche no pudimos cerrar los ojos: en ella debía ejecutarse lo convenido. Tal vez alguno de nosotros, tal vez los tres, no veríamos la luz del día siguiente.

Como á las doce de la noche el campamento estaba en el mayor silencio; todos dormían y sólo se sentía de tiempo en tiempo el alerta de los centinelas.

El valiente Marín se había levantado, y á favor de la oscuridad de la noche, acercándose á mí, me dijo:

—« Ya estoy listo, mi sargento.—Si nos han de matar, que sea luego.—¿Para qué estamos esquivando el cuerpo ?».

—«Adelante!»—le contesté;—«no perdamos tiempo y que el cielo nos ayude.»

Marín se echó á tierra y arrastrándose se dirigió á la quebrada donde estaba el batallón « Iquique ». San Martín hizo lo mismo y se encaminó por otro punto; y yo también caminé arrastrándome con la mayor cautela hacia el lugar donde se guardaba el estandarte.

Hacía como media hora que imitaba á las culebras y ya estaba cerca del «Iquique», cuando sentí la voz de Marín, que decía:

—« Mi sargento, mi sargento, venga á ayudarme; mire que es muy pesado este diablo.»

Al momento me imaginé lo que ocurría: ó Marín se había equivocado tomando en lugar del estandarte un saco de víveres, ó le habían sorprendido con el estandarte en la mano y de rabia había lanzado este grito, denunciándonos por haberlo dejado solo.

A todo correr volví á ocultarme al campamento.

Poco rato después oí llamar:

—«Sargento Necochea, el prisionero, salga...»

Muchas veces me llamaron, pero, no hice caso, ni contesté una palabra. San Martín había huído como yo.

¿Qué era lo que ocurría? ¿Por qué Marín había dado nuestros nombres? Cuando pudimos hablar con libertad con él, nos explicó su proceder. Sorprendido con el estandarte al hombro, fué molido á culatazos por los soldados que lo sorprendieron é inmediatamente iba á ser fusilado; pero él, por ganar tiempo, declaró que lo ocurrido sólo era el principio de una gran sublevación que se tramaba y en la cual había notables cabecillas, entre los cuales figuraba yo.

Los oficiales del «Iquique» cayeron en el lazo, y con el objeto de descubrir la raíz de la conspiración, volvieron al apaleado Marín á su puesto entre los prisioneros, mientras se llegaba al primer pueblecito, se levantaba un sumario y se fusilaba á los culpables.

La sentencia que iba á recaer sobre nosotros, no era muy difícil adivinarla, y ya podíamos prepararnos para el viaje á la eternidad. No obstante, nos quedaba un último recurso: el de la fuga.

Al día siguiente, 10 de Diciembre, tuvimos una marcha forzada durante todo el día, sin encontrar agua.

Al ponerse el sol, traté de hablar con mis dos compañeros, pasando ya adelante, ya atrás de ellos. En nuestra corta conversación les manifesté que era indispensable huir de todos modos, porque al día siguiente era seguro que nos fusilarían.

Hacía días que había tratado de conquistarme la amistad del Cabo 1.° Artesana, de la columna de Tarapacá, con el cual nos tratábamos con mucha amistad.

Se estaba oscureciendo y marchábamos por la falda de una quebrada. La sed nos desesperaba y el agua se había concluído de tal modo, que carecían de ella los mismos peruanos. Entonces me dirigí á mi amigo el Cabo Artesana y le supliqué que me diese permiso para ver si había agua en la quebrada, á poco trecho del lugar por donde marchábamos. El Cabo se negó á mi pedido, diciéndome que estaba aun muy claro y que podía ser reconvenido por su jefe, por la confianza que depositaba en mí.

Cuando estuvo completamente obscuro, renové mi pedido y el buen Cabo me concedió el permiso, no sin recomendarme que

volviera pronto. Marín, que había presenciado la conferencia, manifestó deseos de acompañarme, á lo que Artesana accedió después de algunas negativas.

Al momento nos salimos de la fila y nos hicimos á un lado, marchando en la misma dirección del ejército, pero bajando á la quebrada.

En estos momentos, oímos que San Martín decia á Artesana :

« Mi Cabo, yo también voy á la quebrada ».

« No », — respondió el Cabo,—« ya son muchos ».

« Seremos tres solamente....... no desconfíe de sus amigos ».

« He dicho no ...... á la fila ».....

Aun no había Artesana pronunciado la última palabra, cuando San Martín dió un salto de la fila y tomó una veloz carrera. Nosotros hicimos lo mismo y nos lanzamos volando á la quebrada.

—« Agárrenlos, que se van », — gritó Artesana...... —« por aquí.. ..... por allí. ... son tres! » .....

Pero los soldados peruanos con mochila, rifle y municiones, no podían tener la agilidad de estas tres avecitas chilenas que volaban por su libertad, sin más plumas que un roído pantalón y una blusita de brin.

Habíamos corrido como una cuadra, cuando sentimos tiros de rifle y el silbido de las balas que pasaron muy cerca de nosotros. Dimos más vapor á las piernas. Los tiros se sucedían cada vez más distantes y por fin doblamos una puntilla que nos ponía á cubierto de las balas; pero no por esto dejábamos de correr. El cielo había favorecido nuestro plan : éramos libres. ¡Viva Chile!

III

Corrimos mucho tiempo por quebradas y senderos desconocidos, tratando únicamente de alejarnos de los peruanos. Cuando nos creíamos enteramente seguros, nos sentamos á descansar y á concertar nuestra fuga. Ya no estábamos en manos de los peruanos; pero, desnudos y descalzos, teníamos que atravesar un enorme desierto, sin tener una gota de agua, ni una galleta que comer.

Teníamos, además, que pasar forzosamente por pueblecillos enemigos donde seríamos tomados y fusilados. En fin, no quisimos pensar más bien en nuestra situación y resolvimos emprender la marcha y desafiar la muerte, hasta donde nos lo permitieran nuestras agotadas y débiles fuerzas.

Anduvimos toda la noche y sin saber por dónde, trepando y trepando cerros con el fin de alejarnos lo más posible de los peruanos.

El amanecer se anunciaba, porque iba disminuyendo la densa obscuridad de la noche; cuando hubo luz bastante para ver los cerros y las faldas, se nos heló el alma de susto: estábamos en el mismo punto de donde habíamos huido. El ejército había acampado en la quebrada pocos momentos después de nuestra fuga y nosotros nos encontrábamos en la cresta de la altísima montaña que formaba la quebrada. Pronto nos tranquilizamos: ningún tiro de rifle podía alcanzarnos en esas alturas, y pretender tomarnos habría sido una empresa disparatada, una locura, porque el cerro casi estaba cortado á pique en ese lugar.

Mientras tanto, Marín había concebido un plan, y cantando la canción de Yungai, corría loco de gusto en busca del lanza-fuego,—según decía,—y exclamando:

« Ahora me la van á pagar estos cholos mugrientos; gallinazos, maricones ».

« ¿Qué vas á hacer? » — le dije.

« Voy, mi sargento, á dispararles un cañonazo de á tres mil ».

Y al momento se puso á excavar la tierra y á sacar las piedras en que se apoyaba una enorme roca para hacerla correr cerro abajo.

San Martín, que vió la operación de Marín, le apostrofó, diciéndole:

« No es posible que por tus locuras vayamos todos á perecer. Aquí nadie nos ve, y el diablo mismo no podría tomarnos. Quedaremos libres tan luego como el ejército se ponga en marcha. No botes la piedra ».

« Es usted un dije, hermanito », — exclamó Marín.—« ¿Con que ahora que tengo la oportunidad de reventar á quinientos ó á todos estos gallinazos, ladrones, sinvergüenzas, no lo hago porque el

Señor San Martín tiene miedo? A mi hermano le vendrían muy bien las polleras ».

Excitado San Martín con estas palabras, tomó un pedazo de quisco, y tirándolo á la cara de Marín, le hirió con él.

Marín saltó como un tigre furioso y la lucha se habría trabado, si al momento no me hubiera puesto de por medio.

Les hablé con energía, calmándolos y reconciliándolos, y por fin, después de una corta disputa, Marín se apaciguó, y me dijo:

« Mi sargento, yo no soy hombre de guardar mala voluntad á nadie, menos á los cholos. Todo lo olvido con tal que me dejen prenderle fuego al cañón que ya revienta de ganas de disparar ».

En este punto no fué posible hacerlo ceder. Tuvimos, pues, que resignarnos á que ejecutara su deseo.

Inmediatamente se puso á cavar la tierra con el lanza-fuego que era una piedra puntiaguda que le servía de barreta. Mucho rato trabajó hasta que la piedra quedó sin apoyo.

Hizo esfuerzos para hacerla rodar, y como no lo consiguiera, nos dijo:

« No me dejen solo; venga todo el regimiento de artillería.... ¡Ya está.... á la una, cholos bribones!.... á las dos, gallinazos sinvergüenzas!.... á las tres, que el diablo se los lleve! — ¡Viva Chile!

Y la piedra rodó, despacio al principio, pero, como á la media cuadra, llevaba una enorme velocidad, arrastrando consigo una multitud de piedras de todos tamaños.

Cuando iba por la mitad de la pendiente, era tal el ruido que hacía, que parecía efectivamente un fuego graneado lejano.—El polvo que se levantó nos impidió ver el efecto causado en el ejército enemigo por aquel enorme proyectil.

Inmediatamente continuamos nuestra marcha, y después de andar todo el día, sedientos y sin comer, llegamos á una gran cordillera que debíamos atravesar, compuesta de tierra suelta y arenosa.—Subimos á la cumbre con mucha dificultad, y desde allí bajamos, dejándonos rodar, sistema inventado por Marín para ganar tiempo y ahorrar fuerzas, aun cuando no magulladuras y golpes.

Continuamos nuestra marcha andando de día y de noche, ya por

terrenos arenosos y calientes, ya por ásperas montañas erizadas de espinas que desgarraban nuestros descalzos pies.

Estaban mis fuerzas tan agotadas, que me era difícil sostenerme, pero la energía admirable, la alegría y el chiste de Marín me reanimaban.

Era el segundo día de nuestra fuga, y como á las once de la mañana, el calor, la sed, la fatiga y el cansancio, me rindieron; me senté sobre un peñasco con la resolución de morir ahí.—La falta de agua había secado mi garganta de tal modo, que la respiración me parecía una llama que me devoraba.—Me era imposible hablar, porque la voz moría en mis labios. El infatigable y generoso Marín me animaba, diciéndome:

« Mi sargento, ya estoy por creer que usted se quiere volver gallinazo.—Anímese y marchemos: » y viendo que no caminaba, agregó:

« Mi sargento, yo no dejo que se lo coman los pájaros ».—Si se le ha metido en la cabeza morirse, muérase luego, para enterrarlo antes de irnos y rezarle un rosario...... »

A pesar de mi estado deplorable, me hacían reír los dichos de ese noble soldado; pero, al fin se convenció de que no podía resistir y de que me moría.—Quitándose el kepí y dando una patada en el suelo, exclamó:

« Era lo único que me faltaba, que tenga uno por fuerza que meterse de pechoño! »—y dirigiéndose á San Martín,—le dijo:

« Vaya, San Martín, arrodíllate junto conmigo, que voy á hacer una manda por que hallemos agua ».

Efectivamente, los dos se arrodillaron y parecía que clamaban al cielo con verdadero fervor.

Terminada la oración, se levantó exclamando y mirando al suelo:

« Lo que veo aquí son pisadas de guanaco, ó son las del diablo que nos quiere llevar! San Martín, marcha por este lado buscando agua, y yo iré por el otro ».

Ambos partieron.—Las fuerzas me abandonaban rápidamente.—Haría media hora que me habían dejado, cuando ví á Marín que en medio de grandes carcajadas, decía:

« Mi sargento, mi sargento, no se muera todavía.—Aguárdese un poco, que le llevo agua...... »

Y efectivamente, un momento después este generoso soldado, mi salvador, me pasaba su kepí medio lleno de agua.—La tomé y la bebí con ansia, con delirio. Ah! el agua debe ser la vida, pues sentí renacer mis fuerzas y reconquistar mi vigor. San Martín llegaba contentísimo al saber nuestro hallazgo.

« ¿ Qué te parece, hombre ? »—exclamó Marín.—« Hemos hecho mandas como si fuéramos beatas, por tener agua, cuando estaba casi á nuestros pies.—Esta es trampa que nos han hecho los santos, yo estoy por buscarles camorra...... »

« No, Marín, »—respondíle ;— « el cielo nos protege ».

« Así será, mi sargento ; pero yo le aseguro que no volveré á hacer mandas sin haber recorrido antes los alrededores.—Para evitar cuestiones, cumpliré mi promesa ; conque, Virgen de Andacollo, lo dicho, dicho ».

En seguida nos fuímos á la aguadita, donde bebimos hasta hartarnos.

Seguimos andando, y despnés de muchas horas de marcha, divisamos muy á lo lejos y hacia el lado de la costa, un pueblecito que después supimos era Miñimiñe.

Principiamos á discutir qué haríamos : Marín era de opinión de ir al pueblo, y San Martín y yo de pasar lejos de él.—Esto dió lugar á acalorada disputa.

« Me está pareciendo que á ustedes se les ha ablandado la mollera »,—decía Marín.—« ¿ No ven que ya nos cortamos de hambre y que en ese pueblecito hallaremos que comer ? »

— « Mejor es aguantar el hambre »,—le respondimos,—« antes que nos tomen y nos fusilen ».

— « Me está pareciendo que ustedes no son chilenos, sino gallinazos. — ¿ Quién nos va á fusilar ? — ¿ Esos cholos imbéciles ?—Ninguno es capaz de hacernos frente...... »

En esta conversación llegamos á un punto de donde partían dos senderos, uno que iba al pueblo y el otro que pasaba lejos de él. Como no quisiéramos aceptar la opinión de Marín, se despidió de nosotros y nos dijo que fuéramos por donde quisiéramos ; pero, que él iba á comer al pueblo y á beber buen vino antes de continuar la marcha, y partió resueltamente.

Esperábamos con San Martín que, viéndose solo, renunciaría á

su empresa; pero le vimos alejarse de nosotros, fresco y determinado. Cuando ya estaba á mucha distancia, le gritamos haciéndole señas de que nos esperara; habíamos resuelto acompañarlo y seguir su suerte: no era posible abandonar solo á una muerte segura á un compañero tan esforzado y generoso.

Cuando llegamos al pueblo entramos gritando:

«Los chilenos, los chilenos!—Bravo!—¡Viva Chile! nos tomamos el pueblo; no hay que tirar un tiro; listo el puñal!»

Los pocos habitantes que había, salieron de sus casas, y huyeron á la quebrada.

Marín se posesionó de una de ellas y nos sentamos á descansar.

Pocos momentos después, persuadidos los peruanos de que no había fuerzas chilenas en las inmediaciones, principiaron á volver á sus casas. Marín levantó entonces la voz, y con tono enfático, dijo á los dueños de casa:

«Tráigase un vaso de agua, pronto, muy pronto; porque si no....»

Al momento le trajeron el agua, y me pasó el vaso, diciéndome:—

«Beba usted primero, mi sargento.»

En seguida golpeó la mesa, y agregó inmediatamente:—

«Un vaso de agua con harina y azúcar; pronto, ligero, que no estoy para esperar.»

Mientras preparaban lo que pedía, entró á uno de los cuartos vecinos que tenía el techo de paja, y habiéndole agradado, arrojó á las mujeres que lo habitaban, nos hizo entrar, y atrancó la puerta. Las mujeres se fueron llorando.—Marín estaba como en su casa.

«Mi sargento,»—me dijo en seguida,—«es necesario que usted se reponga y duerma un poco; yo haré de centinela.»—Y tomó un palo y empezó á pasearse por el cuarto.

Era imposible conciliar el sueño, pues tanto San Martín como yo, temíamos que nos hicieran una descarga al través de la quincha del cuarto ó que nos tomaran presos. Sólo Marín estaba tranquilo como en el cuartel.

Pero poco rato después se sintió cerca de la puerta ruido de armas.—Nuestro centinela la entreabrió, y dijo:

« En vano me hacen sonar los cencerros: no me dan susto. Tengo bastante para todos con mi revólver y mi puñal.»

Y volvió á atrancar la puerta.

Como sabíamos que era inútil recomendarle prudencia, nos resignamos á esperar el resultado de tanta audacia.

Como á la media hora se sintieron fuertes golpes en la puerta.— Marín preguntó:

« ¿Qué gallinazo es el que golpea? »

« Abra usted inmediatamente, porque si no,echo la puerta abajo.»

« ¡Qué guapo ha salido!—¿Quién es este gallinazo tan valiente?»

« Si usted no abre al momento, hago incendiar la casa ».

Abrimos la puerta y entonces supimos que, el que golpeaba era nada menos que la autoridad del lugar.—Nos dirigió varias preguntas, y por último nos intimó prisión.

Resistir era imposible, desde que estábamos desarmados.—No dejamos de advertirle, sin embargo, que las consecuencias del paso que daba, corrían sobre él y sobre todos los habitantes del pueblo.

Un italiano llamado Francisco Rieta, que se encontraba presente, sabedor de que las avanzadas chilenas estaban cerca, rogó al Alcalde que no nos tomara presos, ni atentara contra nuestras vidas, porque los chilenos vendrían pronto al pueblo y tomarían venganza del agravio hecho á sus compatriotas. El Alcalde se quedó pensativo, y al cabo de un momento, le dijo á Rieta:

« Está bien: lléveselos usted; pero usted será responsable de las bribonadas que hagan .»

Nos fuimos á la casa del italiano.

Durante el camino, Marín entonaba á gritos:— « Cantemos la gloria del triunfo marcial.... que el pueblo chileno obtuvo en Yungai ».— Unos cuantos cholos nos seguían con ademanes amenazadores.

El pobre italiano, que tenía un miedo enorme, nos atendió y sirvió en su casa, dándonos una regular comida y un vinillo no despreciable.

En seguida abandonamos el lugar, al compás de la canción de Yungai, cantada á grandes gritos por Marín.—Al pasar por frente á la casa del Alcalde, el alegre é incorregible soldado se cuadró é hizo la venia al peruano, que no pudo contener una carcajada.

Tomamos la dirección de Tacna, donde se decía estaba la caballería chilena.

Cerca de Chiza nos alcanzó un chileno mandado por Rieta, á quien tanto le debemos. Este compatriota se llama Francisco Vergara, y habitaba el pueblecito que acabábamos de abandonar desde hacía muchos años.—Con él seguimos nuestra marcha hasta Zúcar.

Anduvimos toda la noche, y en la tarde del siguiente día llegamos á Tana.

En este lugarcito descansamos poco tiempo.

Antes de salir de la pequeña aldea, Marín se dirigió á un rancho donde había varias mujeres bolivianas y un muchacho, y les dijo:

—« Bien las podría degollar á todas ustedes; pero no lo hago.—Necesito que prontito me den un correo de buenas piernas que lleve una carta al jefe de la avanzada chilena. »

El muchacho no quería presentarse á la avanzada por temor á los soldados; pero nosotros le aseguramos que, lejos de recibir daño, sería recompensado.—Listo el boliviano, me dijo Marín:

—« Escriba usted el parte, pues, mi sargento, anunciando nuestra llegada, mientras yo hago un fusil, para mandarlo conforme á ordenanza. »

En efecto, buscó un palo, le rajó la punta y metió el papel que contenía el aviso de nuestra llegada; hizo que el boliviano tomara el fusil al brazo, y que partiera.—Detrás marchábamos nosotros.—El boliviano corría como un gamo, y pronto le perdimos de vista.

Algunas horas después, divisábamos una polvareda á lo lejos; era la avanzada chilena que venía á nuestro encuentro, dirigida por el Capitán García.—Había sucedido lo siguiente:

El boliviano, con el fusil al hombro, corrió hasta encontrar nuestra caballería; comunicó al Capitán que venían tres chilenos fugados del campamento enemigo, y le entregó nuestra carta.

El Capitán García se negó á creer que esto fuera efectivo, y temiendo una celada del enemigo, ordenó á sus soldados que tomasen á la grupa al boliviano, previniéndoles que lo ultimaran si sus temores llegaban á confirmarse.

Marín, que á toda carrera y loco de gusto, se había adelantado á encontrar la caballería, fué recibido por el Capitán García, que lloraba de emoción.

—« Capitán, Capitán, »—le dijo Marín al verlo,—« bájese un momentito; »—y en el acto, tomando la estribera, se trepó sobre el caballo y empezó á correr y á revolverlo en todas direcciones.

El Capitán hizo que al instante partieran algunos soldados, para encontrar á San Martín y á mí, que nos habíamos quedado atrás.

¡Qué momento tan feliz!

Verme salvo entre mis compañeros, después de tantos peligros y sacrificios; estar bajo mi bandera; volver á ver á mi padre y á mi querido general; eran emociones tan agradables, que me embargaban y no me permitían hablar.

Al otro día montamos en buenos caballos, llegamos á Tiviliche, y de aquí á Dolores.

En el camino me había impuesto de todo, y supe que mi querido padre se encontraba herido y me lloraba por muerto.—Inmediatamente fuí en su busca á la ambulancia.

El inolvidable Doctor Ramos le previno mi regreso, para aminorar la fuerte impresión que iba á recibir.—Un momento después era completamente feliz, estrechándolo entre mis brazos.

En seguida fuí á ver á mi General, acompañado de Marín y San Martín, y le narré lo que acabo de referir en desórdenes y sin ninguna pretensión.

El Supremo Gobierno ha tenido á bien premiar mis servicios con el grado de Sub-teniente del bravo regimiento 2.° de línea.

Vuelvo, pues, á la guerra á pelear por mi patria querida, bajo las órdenes de mi bizarro General Escala, y vuelvo tranquilo porque dejo á mi padre convaleciente de sus heridas, y rodeado del cariño y el respeto que merece.

A título de complemento de la narración anterior, transcribo las dos cartas siguientes:

«Pisagua, Marzo 20 de 1880.

« *Señor D. Benjamín Vicuña Mackenna.*

« Considero un deber comunicarle que el Supremo Gobierno ha « tenido á bien honrarme con el ascenso de Sub-teniente de mi re- « gimiento.

« En esta inteligencia y estando próximo á tomar parte en las « glorias de mis compañeros, me permito repetirle la promesa que « le hice en su honorable casa.

« No quiero que sea otra la espada que por primera vez tenga « la honra de empuñar en un combate, que la que Vd. me pro- « metió.

« Prometí á Vd. devolvérsela después de la campaña, sin ningu- « na mancha, y sí con gloria.

« Y lo cumpliré.

« Sino, los arenales de este inculto desierto me cubrirán á mí y « á mi espada.

« Mucho temo, Señor, que esto lo tome Vd. por una baladro- « nada.

« Estoy dispuesto á la prueba, y ella está próxima.

« Fuí á su casa por dos veces, á ponerme á sus órdenes ; pero « no lo encontré y me fué imposible hacerlo por tercera vez.

« De Vd. mi afectísimo Señor.

« *Manuel Necochea.*

« P. D.—En este momento marcho al Norte».

«Santiago, Abril 3 de 1880.

« *Mi apreciable Necochea :*

« Tengo mucho gusto en cumplirle la palabra que le empeñé « cuando vino á comer conmigo bajo mis árboles.

« Le envío esa magnífica espada de batalla, completa con sus « tiros, que me ha obsequiado un amigo expresamente para Vd.

« No necesito decirle la lleve con honor, pues la envío por con- « ducto de su padre, y éste le ha enseñado ya lo suficiente, en el « hogar, y en el campo de batalla con su ejemplo.—Que su divisa « sea siempre el valor en la pelea, y la humanidad después de ella, « sin tomar ejemplo de la barbarie de los enemigos de Chile.

« Notará Vd. que la vaina de la espada es metálica y plateada; y « esto se lo digo para recordarle que los primeros que trajeron á « Chile esta clase de armas, fueron los granaderos á caballo de San « Martín, y haciéndola sonar en el combate de las Coimas, derrota-

« ron sólo con el ruido de las vainas á las fuerzas que atajaban el
« paso á la vanguardia de Chacabuco.

« Pero no olvide tampoco que, el que mandaba los escuadrones
« de las Coimas se llamaba el «Comandante Don Mariano Neco-
« chea,» el mismo que como su padre en Tarapacá, recibió más
« tarde veintidós heridas en el campo de batalla de Junín.

« Yo sé entre tanto que la espada es digna de Vd.

« Ahora toca á Vd. hacerse digno del nombre que lleva.

« Con este motivo tiene el gusto de saludarle su afectísimo amigo
« y S. S.

« *B. Vicuña Mackenna.*

« P. D.—Espero que Vd. haya *traspasado* su gineta de Sargento
« á su alegre y valiente compañero Brígido Marín, y como no es
« fácil mandar desde aquí esta insignia, le incluyo los cinco pesos
« ofrecidos para que Marín la costee ó la haga él mismo, como sas-
« tre y hojalatero de profesión, y capaz, por lo mismo de hacerse
« más tarde sus charreteras en el campo del honor.—En cuanto á
« su compañero San Martín ha estado hoy aquí enfermo y más
« pobre que los Cholos de Camiña y Miñimiñe; pero, siempre en-
« tusiasta y decidido á volverse á su querido 2.º de línea. »

———

LA LOCA

I

Es una historia muy triste la que voy á contar, cerrando así el tétrico cuadro de la desastrosa batalla de Miraflores.

La historia de dos almas enamoradas, á las que la guerra hirió, aun antes que el lecho conyugal se abriera, como un nido de palomas, para confundirlas en dos llamas celestiales que se abrazan y vivifican, y dos gotas de rocío que forman una sola, cristalina y pura.

Me he propuesto no alterar la verdad, que en su sencillez conmovedora la revelan con sus pristinas y amargas consecuencias.

El marco engarza el cuadro sin adornos que afiligrane la mente creyendo hacerse más interesante el detalle de la agonía é infortunio de las víctimas.del destino que el espíritu fuerte de los filósofos desconoce cuando no caen destrozados bajo su implacable y acerada garra.

El interés que inspira el fiel relato de los padecimientos de esas almas gemelas, cuya mansión debería ser el cielo, sin duda, desde que se amaron y ligaron su existencia á la promesa de un matrimonio, que es la santa consagración de sus aspiraciones ha de ser mayor, sin beberse en la fantasía el pensamiento en que quisieran envolvérselos para darles más colorido y atracción más edificante.

II

Se alza la fachada monumental de transparente y amarillenta verenguela alternada con mármoles y bronces de una opulenta casa

solariega en la « Alameda de los Descalzos »; morada del Conde de Torre, noble español que había rozado en su orígen con la dinastía más esclarecida de reyes godos, y cuya descendencia, más de una vez, en sus garridas doncellas vieron ceñida la frente con la real corona de los virreyes, tan resplandeciente en joyas y perlas como la de las mismas majestades que el trono de España, esperaba y recibía el pleito homenaje de sus súbditos coronados.

III

Los condes de Torreblanca tenían una sola hija; pero tan hermosa, como las más hermosas entre las doncellas españolas, ponderadas en todo el mundo por su ineclipsable belleza.

Nada más hechicero que ese rostro.—Pretender comparar el azul de sus ojos, con el cielo sin nubes, ó con las estrellas que al caer de la tarde ó al alumbrar el alba brillan en el horizonte, sería quitar á los ojos de María el dulce y animado tinte que no tiene el cielo, ni los luceros, ni las estrellas, por la suprema ternura de sus miradas y la bondad que, como relámpagos, emitían por momentos.

Sus cabellos como hebras doradas de seda desflocada; sus labios, del color del fuego; y perlas sus dientes, de una igualdad maravillosa.

Su torneada garganta, en la línea más pura que se hunde en el seno y la espalda, hacía adivinar tesoros de hermosura, y que, sin embargo, no provocaban ideas de lascivia y sensualidad en los que la admiraban ó la adivinaban. Elevado tamaño, de infantil cintura, de una delgadez suma, no obstante su robusto desarrollo, descansaban con inmutable gracia sobre las anchas y abultadas caderas. Pies brevísimos, y conjunto plástico de tal naturaleza gentíl y curioso, que tomada cada una aisladamente en cada una de sus perfecciones y trasladada al mármol, por el cincel del escultor, habría hecho su fama inmortal.—*Posseuse* del ideal, al verla surgir del cincel, como Venus de las aguas del mar, habría realizado reputación engrandeciendo á los artistas con la poesía de

su excelsa concepción. La naturaleza desafiada, rompe con mano desdeñosa las hormas y moldes de ese arte admirable, como deshacen las abejas el panal de miel que elaboraron con el jugo de las flores ; se embriaga con su amor y no resiste á la esperanza del gratísimo deliquio de inefable dicha que le fascina y absorbe.

El arte que se aparta del sublime modelo de la naturaleza y no se acerca al original, no es arte; y aun menos, *artista*, el que se propone corregir en su obra lo que la presunción le hace imaginar en su orgullo, defectos ó incorrecciones, creyendo más perfecta su intención con el mayor caudal de esfuerzos de supremas inspiraciones y labor desesperante.

Rodeaba á María, como un nimbo la aureola de una inocencia tan ingenua y espontánea, y desprendíase de todo su sér el incomparable perfume de la castidad, que es á la mujer lo que la luz al día y la tristeza y palidez encantadora de la luna, que en vez de alumbrar esboza, y esbozando alumbra con una melancolía que embebe, por decirlo así, al que la contempla sin la embriaguez del libertino ó la perversa asechanza del malvado y el criminal.

No mimaban los condes á María, porque la adoraban : prueba material de la existencia del paraíso y de los inmaculados seres que deben poblarlo.

A su entrada al mundo, pisando dinteles de oro y terciopelo de las mansiones encumbradas, entre la admiración y las adulaciones más halagadoras, despertó el entusiasmo de todos, sin producir la envidia de nadie, por su ingénita ruborosa candidez. Se apresuraron á rodear en ella, no á là rica heredera de los condes de chapa y escudos nobiliarios, sino á la belleza incomparable y á la virtud innata, que no la enturbian, sino que por el contrarío la abrillantan las pasiones.

De entre los apuestos mancebos de lo más dorado de la juventud limeña, la ciudad de la gracia, la gentileza tradicional, aunadas á una cultura sin amaneramientos y de una espontaneidad muy atractiva y enajenante, el joven Ricardo Goyeneche interesó á María vivamente desde que le vió por vez primera; apuesto, fuerte, hermoso, con esa belleza varonil que deja traslucir el alma rebosando energía y dignidad, sin reticencias, ni condescendencias lagoteras y el valor heroico, sin jactancias ni

provocaciones arrogantes, que dominan la índole de los engreídos donceles, sino que por el contrario la templanza y moderación dieron relieve á movimientos propios de su dócil naturaleza, era para una tan exquisita organización el sér único en quien podía depositar sus esperanzas, y á quien debía entregar sus destinos y el tesoro de su nunca apetecida felicidad.

Ricardo era uno de esos jóvenes con quienes puede rivalizarse, pero á los que no se les pierde el respeto y la más esmerada consideración, so pena de sufrir el inmediato castigo ó la reparación nunca tardía del agravio. Esas cualidades que no se ocultan entre las hojas de los personales méritos, por más que puedan esconderse como las violetas de los jardines cuya flor se la ve buscándola por el perfume que exhala, era, pues, el único que podía aspirar al amor de esa delicada criatura que, como la sensitiva, creía morir si atrevida ó antojadiza mirada la bañaba en sus raudales de voluptuosidad y sensualismo.

Se amaron..... Saludaron conmovidos y extáticos de dicha á los ángeles,—como ha dicho V. Hugo. Siempre el alma de ambos estaba de rodillas cualesquiera que fuera la posición de sus cuerpos en los altares de la adoración y el amor.

Se amaban tan tierna y confiadamente, como debe amarse en otro mundo mejor, donde no ha de penetrar en esa esfera de poesía y pureza otra luz que la que se derrama en el camino de la virtud y de las ilusiones. Ensueños de las almas que tienen alas azules y blancas qne las preservan de manchar sus pies en el polvo que pisa la humanidad convulsa y agitada, dando traspiés, precipitados buscando el placer y las satisfacciones de la materia, y dejando al espíritu abatido y humillado por la voz severa de la conciencia, encogido y asustado debajo de la capa del cerebro, resistiendo al violento impulso de la materia.

Se amaban........ He ahí un poema de sensaciones, un idilio, un canto de querubines de suavísima entonación, aun más melodiosa y dulce que las arpas eólicas que vibran al soplo del aire, dejando en la atmósfera vibrar las notas más tiernas y que flotan en los espacios como si brotara de los dedos celestiales de las potestades divinas y excelsas.

Sí; se amaban, y se amaban tanto, que en los más sublimes es-

pectáculos de la creación no veían sino el libro escrito por el dedo de Dios, dedicado á sus entusiasmos y alegrías.

Ricardo besando la flor que enviaba á María, creía besar los labios adorados; y María besando la flor enviada por su amado, sentía en sus labios el fuego abrasador de los de aquel que nunca habían osado rozar los suyos.

Se enviaban en vez de cartas, flores, como se envían los demás declaraciones cálidas y que excitan haciendo latir el corazón á impulsos del deseo y la concupiscencia.

Era para Ricardo, María, algo que no es tangible ni puede ser objeto de pensamiento atrevido alguno, que la hiciera descender á las condiciones de una simple mortal.—María era algo mitológico para su espíritu soñador y de austera virtud; y Ricardo, para María, un encantador de las «Mil y una noches», que creía con angustia verlo desaparecer robándole su alma y dejando entregada al tormento la frágil materia.

En esta calma deleitosa de los espíritus, respirando el aroma de los parques y jardines y alternándose en los cariños paternales de los ancianos duques, cuando se aproximaba el día solemne del codiciado enlace instado á porfía por la joven pareja, y que la etiqueta cortesana y tradiciones de familia dilataban, esperando el regio consentimiento de España y el de la egregia familia de los condes, estalló como un rayo la Guerra del Pacífico.

Ricardo, peruano de sangre patricia, no iba nunca á separarse de la conducta que le imponía el deber y el patriotismo; ni María, alma fiera y de altiva estirpe, consentiría jamás en que una mancha de cobarde debilidad empañara el escudo de bruñido acero de la honra de su prometido esposo. La descendiente de don Pelayo y la reina Gandiosa, consentido no hubiera en la deshonra del ser amado, por el vil egoísmo de su propia felicidad.

Entre tanto, las horas del dolor aceleraban sus horribles vibraciones.— Ricardo debía partir al Norte del Perú, en uno de los primeros contingentes y divisiones que eran enviados á guarnecer sus costas y esperar la invasión de las enemigas huestes. La juventud tomaba plaza de soldado raso, bajo las órdenes de hombres prestigiosos por *su viso social*, su fortuna y méritos personales. Formáronse los batallones de voluntarios, que reconocían

por jefes á D. César Canevaro, opulento comerciante y de elevada alcurnia, el acaudalado dueño de una extensa región salitrera en el Departamento de Tarapacá; y otros distinguidos y abnegados patriotas, organizando cuerpos á sus expensas y con sus propios recursos.

Ricardo fué elegido Capitán de una de las compañías del batallón «Lima», comandado por Canevaro, que tenía el grado de Coronel y le cupo en suerte ser el primero escogido para marchar á Tacna, donde el General Prado, General en Jefe de las fuerzas aliadas, organizaba el ejército.

La marcha debía efectuarse en un buque-transporte de los de la armada y verificarse el embarque de noche, para evitar en lo posible el espectáculo conmovedor de las despedidas y la aflicción que en esos momentos se sobrepone hasta al patriotismo, impresionando desagradablemente al pueblo, cuyo entusiasmo se ahoga en lágrimas, y cuyas lágrimas debilitan la energía y el valor que sin presenciar las escenas del sacrificio por sobre lo más caro que existe para el hombre, la familia, mantienen la integridad del carácter y la virilidad del espíritu.

Ricardo pretendió hacer ignorar á María su marcha; pero la recelosa criatura, desconfiada y suspicaz, espió empeñosa los preparativos de marcha, y burlando la vigilancia de sus padres, venció su timidez y sola se deslizó por entre la obscuridad de la noche, caminando apresurada y nerviosamente á la Estación de Los Desamparados, que es la que calculó que debía llevar las tropas al puerto del Callao, donde debían embarcarse.

Al llegar anhelante y temblorosa, púsose en acecho, esperando, á la pálida luz de los faroles, ver dibujarse la gallarda figura de su amado, á quien quería estrechar en sus brazos antes de su partida, sin revelar á la inmensa muchedumbre que se apretaba alrededor de la tropa, su incógnito, cuyo descubrimiento habría producido verdadera estupefacción. Quiso la casualidad que le viera á su lado y con una voz que más que voz era un sollozo, llamólo y asiéndole de ambos brazos unió sus labios á los de su amante y desaparcció protegida por la concurrencia que por momentos aumentaba. Ricardo corría de uno á otro lado, pretendiendo encontrarla, pero fué en vano, y loco de dolor se dirigía á la casa de su amada, cuando

sonó el clarín recordándole su deber de soldado, y mesándose los cabellos y dejando correr á torrentes sus lágrimas, fué á tomar su colocación en la filas, profiriendo la tristísima palabra: ¡Adiós!

Rompió la música en una marcha casi lúgubre. Los vivas se repetían y alternaban entre las tropas y el pueblo; pero esos gritos que los profiere el júbilo y que comunican desconocido brío al que los escucha, no son los de la despedida, aunque la resolución más heroica del soldado haga inquebrantable el propósito de rendir su vida y derramar su sangre en los altares de la patria amenazada. Partió el tren, y la gente que victoreaba á los batallones comenzó á retirarse, dejando sumido en el silencio el escenario de tantas emociones, pesares y desesperación que momentos antes caldeaban la atmósfera y vibraban en los aires. A la sombra de un árbol veíase una figura angelical vestida de negro que había permanecido oculta presenciando el desfile, hasta que todo terminó, y caminando lentamente se internó hacia la calle que por el puente viejo conduce á la Alameda. Llegó á la reja de la casa de los condes, abrió un postigo y entró en el parque. Los ancianos dormían sin imaginarse los riesgos arrostrados por la tierna y tímida doncella, hija de sus entrañas, en la pavorosa excursión llevada á término con un esfuerzo de voluntad más bien magnético por ser superior á sus fuerzas, jamás puestas á prueba, que fruto del valor del alma, en una aristocrática niña, que casi nunca había pisado el duro pavimento de las calles, con esos pies de hada acostumbrada á mecerse en la carretela de quince resortes, haciéndose arrastrar por los fogosos andaluces de sus troncos ó las yeguas inglesas de sus tiros, admirados y codiciados en los paseos de la ciudad.

Vino el nuevo dia radioso y alegre en contraste con la profunda melancolía de la niña sin ventura. Un sol de primavera derramaba con profusión sus rayos sobre las plantas y árboles del suntuoso parque de la señorial mansión. María, entre tanto, pálida y mustia, recostada en el diván del retrete, de tapices riquísimos, no había pensado ni en sus macizos que le debían su cuotidiano é incansable cuidado, ni sus platabandas de exótica y resplandeciente vegetación. Los canoros pajarillos, que al verla agitaban las alas saltando á la reja de bronce casi capilar de sus jaulas y entonaban sus dulcísimas canciones, como la orquesta celeste que rompe en

marchas de homenaje al aparecimiento de su soberana, mudos esperaban con sorpresa la venida tardía de la querida joven. Su madre, que se deleitaba en la contemplación matinal de la hija de sus entrañas, descubriéndola al través de la hojarasca ó á la sombra de los coposos gomoteros de la alameda, cansaba su vista buscándola, sin darse cuenta de tan extraña ausencia. Hasta que, dominada por la inquietud más punzante, envió á saber de su María, siguiendo ella misma con paso tardo á la mensajera. María, con el rostro mojado en lágrimas, las enjugó, aunque la ahogaban los sollozos, y salió á recibir con sobrenatural esfuerzo á la condesa, la que, al verla lívida, no pudo contenerse y abrió sus brazos entre exclamaciones de pesar y abrazó tierna y amorosamente á su hija, que cayó en ellos y escondió su rostro en el seno maternal, uniendo sus labios ardientemente á los de la anciana.

No referiremos, por no exprimir del diálogo que sucedió al abrazo, esa miel de los sentimientos más nobles que hacen palpitar el corazón humano: el amor maternal y filial. Sólo dirá el narrador á quien le fué hecha esta relación, que las caricias de la madre y las esperanzas y consuelos que supo infundir á su hija; la unción religiosa tan sincera y tan penetrante y comunicativa, calmó la tempestad de ese corazón de ángel que sentía despedazársele y helársele la sangre en las venas, tiritando de frío.

Todos los días de ese lapso de tiempo que los ejércitos beligerantes emplearon para prepararse á la sangrienta lucha de las tres naciones, con excepción de las maniobras de las escuadras y las sangrientas batallas marítimas, cuyas ventajas obtenidas por Chile se debieron siempre á la enorme superioridad de sus medios de combate y elementos de poder incontrastable, comparados con los del Perú, aunque sus marinos no reconocieran inferioridad en la calidad de personal y pericia de sus jefes, sí que más bien una absoluta diferencia en el carácter y pericia de los marinos peruanos con Grau, Moor, Villavicencio y otros; permanecían madre é hija, horas y horas en el jardín ó en la terraza, con la vista fija en la reja, esperando las contínuas misivas de Ricardo, esas cartas cuyas líneas de palabras enamoradas y ardientes caían á los ojos de María, de los labios de la condesa que las leía, porque la niña no podía leerlas, nublada la vista con la nube de esa sangre del corazón que

la enturbecía, como perlas en un vaso de cristal de Bohemia, sonido claro y melódico que aumentaba el interés de la expresión.

Terminada la lectura y aun no enjugadas las mejillas, cuyas rosas habían empalidecido, pero, sin robar su inmaculada lozanía, se dirigía la encantadora pareja con tardo paso y apoyadas la anciana y la niña en los hombros ó en el seno, alternativamente de una y otra, al Oratorio y en un solo reclinatorio las dos rezaban á los pies de un Cristo milagroso, según las tradiciones, que en relieve sobre un paño de negro terciopelo, parecía agonizar verdaderamente entre las angustias del dolor que produce la ingratitud de los mortales redimidos de la esclavitud y de la muerte.

Pasó cerca de un año, y los contrastes de las armas aliadas dieron grandes ventajas á Chile, que cada día se vigorizaba debilitando las fuerzas de la alianza. Esos contrastes eran puntas de agudos puñales que se clavaban en el nevado seno de la desventurada María, pero no llegaron aun con su filo agudo hasta las fibras más íntimas de su organismo. Su Ricardo había salvado de grandes peligros y ascendido por su valor tan ponderado como sereno, y creía en la intercesión de la Virgen de su nombre, persuadida que lo seguiría preservando con su manto salvador.

Ya debían darse en esa sazón las batallas de Tacna y Arica. Los ejércitos veían tendidas sus líneas. María presintió el desastre y no pudo resistir á la enfermedad que de pronto la agobió, sin que su energía triunfara de su mortal preocupación y desesperante cuidado. No tardó en propagarse por todo el pueblo de Lima la noticia de la derrota del ejército confederado en «El Alto de la Alianza».

No llegó á María la terrible nueva, no obstante lo que hizo su desesperación más cruel, porque el llanto no humedecía sus párpados. Su mirada, siempre fija, parecía esperar algo que le revelara la mayor de las desgracias: ¡la muerte del sér idolatrado!

Pasarían 15 días después de la derrota de los peruanos, y María no dirigía pregunta alguna; cuando una mañana viósela aparecer en el jardín esmeradamente vestida y casi sonriente. Su madre fué á su encuentro, y aun antes de interrogarla, se apresuró María á darle la razón de reacción tan milagrosa: «Mamá,—le dijo,—he soñado con él, y espero que hoy se halle entre nosotros. La Virgen se me ha apa-

recido conduciéndole de la mano.» ¡Ah, Ricardo mío! ¡Qué felíz voy á ser viéndote después de tanto tiempo de esta odiada ausencia!—No había acabado de pronunciar con trémulos labios la última palabra, cuando vióse dibujarse al través de la reja el marcial continente de un oficial, vestido aún con el uniforme polvoroso y desgarrado del campamento y de la batalla.

María palideció de emoción hasta la lividez, y quedó desmayada. El joven Ricardo la alzó en sus brazos, unió sus labios á los labios de su amada, y esa descarga eléctrica del corazón volvió el conocimiento á la delicada doncella, que cruzó sus brazos alrededor del robusto cuello de su amante.

Escena presenciada por la condesa conmovida, y los ángeles del cielo, testigos de la pureza de esa íntima alegría del corazón y del alma, que sólo puede compararse á los pensamientos de veneración y adoración de los querubines.

Desde ese día, la vida de la pareja enamorada era un continuo idilio. No querían..... y tácitamente, sin verbal convenio, hablar de la guerra. María dejaba á Ricardo en las horas del servicio, extendiéndole una mano y poniendo su frente de jazmín en los labios del felíz mancebo.

Las tropas peruanas, entre tanto, se disciplinaban sin descanso. Todas las clases sociales, sin distinción, formaban en las filas del ejército de la defensa de Lima, esperando el desembarco, ya anunciado, del ejército de Chile.

Una fuerte división que desembarcó en Pisco, se puso en camino sobre los valles de Lima, y otra amenazaba la costa, hasta que desembarcó en Lurín, donde se reunieron ambas divisiones, estableciendo su campamento en ese punto angustiosamente próximo á la Capital del Perú, y Sede antigua de los Virreyes. Los peruanos tenían fortificado todo el campo y los cerros que ciñen entre sus vegas y haciendas la ciudad, por caminos cortados en grandes acequias de riego y las líneas de los ferrocarriles que la unen á la costa y á sus puertos.

Las operaciones y escaramuzas de exploración comenzaron en ambos campos. Desde ese día volvieron con terrible recrudescencia los sufrimientos y cuidados. Cada cañonazo ó estampido de armas la hacía temblar, y permanecía estremecida todo el día, hasta

ver llegar á Ricardo; saliendo á recibirlo con ese alborozo vecino á la demencia.

Cada momento, más angustiada; las rosas de sus mejillas tornáronse, como si el marfil hubiera sustituído al coral; sus ojos, cada día más agrandados por círculo negro que los engarzaba, se asemejaban á dos luceros de tan poética luz, cuyos relámpagos deslumbraban. Su hermosura, de terrenal habíase hecho divina. Ricardo, á su vez, sufría con igual intensidad; y esa plástica organización y gentil gallardía iban, poco á poco, convirtiéndose en una apostura arrogante y de austero carácter, que involucrar parecía el ánimo altanero del que acaricia con vehemencia una venganza implacable contra la nación enemiga que así amenazaba el honor de la bandera de su patria y la integridad de su suelo, como conspiraba contra la vida del ángel del hogar soñado, ó del paraíso vislumbrado ya y después desaparecido entre nubes de sangre.

El 13 de Enero despertó á los habitantes de Lima el estampido del cañón, que en lontananza dejaba escucharse como un trueno. Librábase la cruenta acción de San Juan, preludio de la derrota de Chorrillos. Miles de soldados corrían por los campos y las sierras en completo desconcierto y pavoroso terror. Ricardo, que se había batido con admirable valor, logró salir ileso del campo de la batalla, y se apresuró á tranquilizar con su presencia á la pobre María, que agonizaba de dolor.

Después de estrechar con frenesí á su prometida entre sus brazos y unir sus labios á los labios amados, fué á ocupar su puesto de honor en la reserva del ejército peruano, que, arma al brazo, esperaba la renovación del sangriento combate del día anterior y la reconcentración de las divisiones veteranas, que defendían los primeros baluartes.

Pasóse la noche, y pronto se propagó la voz en el campamento de Miraflores y la ciudad, de un armisticio negociado por el Cuerpo Diplomático y la probable celebración de la paz, pues que ya desarmado el Perú, no podía más que prolongar la guerra, sin éxito alguno, recrudeciendo sus horrores.

Lima estaba amenazada de un bombardeo, que la habría hecho desaparecer del mapa, dada la construcción fragilísima de sus edificios, en su mayor parte de madera ó de materiales aun más débiles

y de más fácil combustión. Así, la noticia fué un bálsamo para los agitados espíritus y se concibieron esperanzas de ver restañarse la sangre que corría de las heridas abiertas por los yataganes araucanos, aunque fuera desesperante el sacrificio.

Ricardo logró ver una vez más á su María, para llevarle ese tristísimo y desolante consuelo. Separáronse de nuevo los amantes, cuando á las pocas horas el eco del cañón y el no interrumpido de las descargas, anunciaba la nueva batalla. Las causas las tengo ya explicadas en la descripción de la batalla de Miraflores. Fué la consternación tal, cuando se supo que el triunfo había favorecido á Chile, que desapareció casi del todo la población, buscando asilo en templos, conventos, legaciones y consulados.

María, desde la terraza de su palacio, veía al campo de Miraflores sembrado de cadáveres, pero ignoraba á quién pertenecía el triunfo de las armas. Un presentimiento de su desgracia la asesinaba con los mil tormentos de la duda y el terror. Así permaneció extática y sin movimiento hasta que la noche tendió su obscuro manto. Cubrióse con un abrigo, y furtivamente y acompañada de un joven esclavo, á quien le ordenó la siguiera, se puso en camino en busca de Ricardo. Recorrió la gran distancia que media entre Lima y Miraflores, sin sentir que los pies se le desgarraban en las guijas, vadeando acequias, subiendo tapias y aproximándose con la luz de una linterna que traía el negro, al rostro de los cadáveres. La casualidad inaudita no la hizo tropezar con los soldados y los dispersos. Al atravesar una ondulación rápida del campo, fijóse en que el número de muertos era mayor aún, denunciando lo recio del combate; y entonces vió tendida de espaldas, con el rostro bañado en sangre, la apuesta figura de un hermoso oficial, que lucía el uniforme de Coronel. Corrió á reconocerle, y un grito de dolor, que no tiene posible traducción en el lenguaje humano, resonó en el campo. Echóse sobre el cadáver, enjugando con sus besos la sangre que ya había coagulado la muerte. Por un momento quedó inerte y fría como el mismo cuerpo del valiente oficial sacrificado. Volvió después á recobrar la razón; contempló muda el cuadro horrible á la luz del incendio del pueblo, cuyas llamas alumbraban una periferia inmensa, hasta verse como en panorama la distante Ciudad de Lima y el Puerto mismo del Callao, y con un valor sobre-

humano pretendió alzar en sus brazos el cadáver de su amante, cayendo con él como el Redentor con el madero en que fué crucificado. No pudo la débil niña resistir á prueba tan superior á sus fuerzas, y cayó de nuevo. El pobre negro, lleno de congoja y de desesperación, corrió en busca de algún auxilio. A poco dió con una patrulla chilena que recorría el campo. Refirió al oficial que la mandaba, el suceso, con esas frases en las que la verdad y el sentimiento se transparentan, y el joven oficial, hombre culto y humano, presintió en la historia uno de esos dramas de pasión que tanto atraen é interesan. Acompañó al negro al punto donde yacían la cándida niña y el cadáver del Coronel. Y ese joven de corazón se compadeció tan profundamente de María, ignorando aún su alcurnia, que, no obstante su hermosura, juró conducirla al través de todo peligro, y aun entrando á la misma ciudad enemiga, haciendo conducir el cadáver del Coronel y á la infeliz María, que besaba sus manos de gratitud.

La ambulancia vino en auxilio de los desgraciados, solicitada por el joven oficial, cuyo nombre ha guardado el incógnito más riguroso, y tanto María, como el cuerpo de su amante, fueron conducidos, no sin dejar de arrostrar peligros inminentes, á la casa condal, donde el trastorno era indescriptible con la ausencia de la niña, en momentos tan solemnes y de tanto peligro. Salieron los ancianos padres de María hasta donde la luz de los faroles y los hombres que conducían al muerto y á la heroina de tanta abnegación y valor, que no temió caer despedazada por las balas ó por el furor de una soldadesca ebria de matanza y de licor, engreída con la victoria y la ira del combatiente que arrostra la muerte y le sorprende haber salido con vida de ese infierno de hierro y fuego, por entre cuya atmósfera atravesó famélico y sediento, hasta chocar con la masas enemigas que deshizo con su incontenible empuje. La madre de María la recibió en sus brazos y al anciano le revelaron la terrible verdad de lo acontecido. Con una energía que no era de suponerse en el octogenario conde, ordenó conducir el cuerpo de Ricardo al salón de las grandes recepciones, mandó enganchar un coche y por entre medio de las llamas del incendio de la ciudad quemada, por los mismos del ejército derrotado, fué á la casa del médico de la familia, que no vaciló en acompañarlo.

María, en el regazo maternal, se reía y lloraba alternativamente, y de sus labios apretados salía con la voz quebrada por un continuo sollozo, el nombre de Ricardo.

Se incorporó, de repente, y altiva como una reina fuese á la cámara mortuoria.

Se conserva la memoria de aquella escena, con una desesperante claridad. Se siente, como entonces, oprimido el pecho y anudada la garganta. Como entonces zumban los oídos y un círculo de bronce oprime la cabeza.

Esa tierna criatura que asomó apenas la cabeza por los dinteles del mundo, iba y venía sin cesar, desmelenada, con el rostro desencajado y empapadas las mejillas en lágrimas, semejante á esas rosas blancas azotadas por la lluvia de la tempestad.

Al acercarse al lecho mortuorio, una agitación nerviosa la sacudía; demencia que el dolor comunica á los movimientos de la criatura en el exceso de sus amarguísimas tribulaciones. Parecía aquella infeliz un astro desquiciado de su órbita y perdido y separado de las leyes naturales en los espacios del infortunio.

Pálida como el cadáver y tan rígida y helada como él, le contemplaba al través de ese tinte de profunda melancolía que es la única protesta del alma que se rebela contra la ley fatal de la muerte del sér amado. Los ojos, como dos estrellas fijas, arrasados en llanto y esclavos de una magnética obsesión, no se apartaban del muerto.

Se advertía la vida en ese sér, por los movimientos rápidos que á intervalos estremecíanla y sacudían su cuerpo con el intenso frío de la desesperación. Gotas de llanto resbalaban por sobre su marmóreo rostro, reflejando en su cristalino oriente las luces de las lámparas funerarias.

Los hachones de amarillento reflejo rodeaban el catafalco. Paños negros cubrían las paredes y tapizaban el suelo. En los corredores de la casa solariega vagaban como sombra los de la servidumbre procurando apagar el ruido de sus pasos, cual si la muerte impusiera silencio á la vida, ó la vida callara temerosa de despertar el sueño de la muerte.

Era la noche oscura, y por momentos relámpagos azulados surcaban el espacio, trasmitiendo á los árboles su luz y prolongando

fantásticamente sus tamaños. En lontananza retumbaba ronco el trueno, perdiendo paulatinamente su eco en el seno de las montañas. Se escuchaban quejidos y sollozos desgarrantes, todo en armonía con el cuadro de la muerte y el dolor de los vivos.

Pasó la noche y asomó el día, tétrico y con una aurora sin rosas, ni brillantes, como una virgen macilenta y moribunda. No salió el sol; los vapores de la tierra, la humedad de la vegetación, hacían fría la atmósfera envuelta en la gasa opaca de la niebla.

La madre de María consiguió reducirla al fin al reposo. La pobre niña cayó en una especie de insensibilidad muy semejante á la catalepsia.

El médico, entre tanto, después de un examen de la interesante enferma, declaró que estaba *loca* y que el agotamiento físico y moral no permitía abrigar la más leve esperanza de salvarla, ni de la locura, ni de la muerte.

Comenzó la agonía de María, con un delirio conmovedor. La voz de la criatura era tan flébil y tan dulce, pero tan penetrante é inteligible, que ninguna de las notas de esa especie de cadenciosa y armónica melodía de la recitación y modulada frase se perdía en los aires, sin herir antes la sensibilidad de los que la escuchaban extasiados y suspensa el alma de sus labios exangües, hasta parecer blancos como el cristal esmerilado. Una estatua no tenía la inmovilidad de su rostro y la rigidez de ese cuerpo, poco ha tan flexible y atractivo. Oyóse su voz como un soplo que resbala sobre las cuerdas de las liras qne pulsa el aire y á las que rompería la mano más delicada y cuidadosa. «Es el cielo azul,—dijo,—el valle florido, las montañas cubiertas de bosques; los ribazos verdes; y por las quebradas de sus simas corren manantiales cristalinos más blancos que la nieve. Las estrellas rutilan y la luna, esa lágrima de dolor que la noche vierte sobre los espacios, alumbra el paisaje con honda melancolía.

«Una emoción inexplicable se apodera de mí. Presentimientos sobrenaturales hacen estremecer mis carnes. Mis párpados se cierran pesadamente. El sueño me roba toda percepción material; me abandona sin voluntad á sus misteriosos é inexplicables caprichos.

«Se puebla, de repente el aire, de sombras que vuelan y cuyas

alas de luz no hacen el menor ruido. Un soplo vivificante circula en esa deleitosa atmósfera.

«Un bienestar inefable penetra en mi sér y se difunde produciéndome consuelos y alegría exentos de las inquietudes y zozobras. Tales impresiones ¡oh! en nada se parecen á las que se experimentan en el mundo.

«Dicha y arrobamiento reunidos en una sola manifestación de gozo, hacen la felicidad de mi espíritu sometido á este mágico y singular magnetismo, que quita de la sensación hasta la última gota acibarada del turbio cáliz de la terrenal existencia.

«Voces dulcísimas cruzan el espacio y muchas sombras me rodean, se aproximan á mí impalpables y siento en mis labios besos que me sumergen en un éxtasis celestial.

«He ahí que una sombra empieza á destacar las lineas y contornos de un cuerpo humano. Sus cabellos son negros y el color de la vida refleja su varonil semblante. De sus ojos serenos y grandes, dos estrellas que miran con ternura, caen lágrimas de piedad infinita; bautismo regenerador de culpas y pasiones. La mano caritativa contiene y sofoca los latidos de mi corazón y seca las lágrimas que pugnan por brotar en mis ojos. ¿Por qué lloras? ¿Sufres por volverme á ver? ¿Habéis creído que cuando caí á la tumba no me volveríais á encontrar? No, María, os habéis engañado.Velo por ti. Asisto á tus ensueños y sufro con tus pesares. Existe una morada donde empieza la purificación de nuestro espíritu por las transformaciones que experimenta al abandonar la materia; y nos remonta de astro en astro hasta penetrar en las etéreas salas donde habita el alma despojada de pasiones y sentimientos egoístas, aquellos seres que como los rayos del sol atraviesan los cuerpos transparentes sin tocarlos: estrellas que reposan en el seno de las aguas sin humedecerse; seres dichosos que se aproximan á la luz perenal, origen de toda existencia, con el único deseo y aspiración de elevarse y acrisolarse con el amor.

«Son ciegos, créeme, María, los que no creen.

«Ay! ¡Madre mía! va á desaparecer el espíritu y me deja oprimido el pecho y apretadas las sienes con una corona que, con sus espinas, rompe mi frente.

«Veis, madre? Se oscurece la atmósfera y se apaga la luz de las

estrellas. Siento brisas heladas y esos espíritus que en alas refulgentes hienden el espacio, dejan surcos que, como un relámpago, iluminan la tierra. Escucho un suspiro. ¿Oís? Un espíritu en raudo movimiento pasa por mi lado rozándome las sienes y moviendo la mano en señal de llamamiento. La nube que le cubre rasga sus encajes y aparece en nimbo de gloria. ¿Quién creéis que es, madre? Es Ricardo, que pega sus labios á los míos en un beso de delicia infinita; vente,—me dice,—pronto, ahora mismo. La tierra es un caminal de abrojos. Este es el lugar de la dicha y de la paz. —Ven, María.—Aquí no llegan las olas amargas de las pasiones como espumas enfurecidas.»

Las últimas palabras eran y sonaban como un quejido.

Voló el alma de la cándida doncella á reunirse con su Ricardo, muerto por su patria en la batalla de Miraflores.

El tálamo nupcial de los amantes : fué una tumba.

LA CESIÓN DE ARICA A BOLIVIA

OPINIONES DEL ILUSTRE PATRICIO DOCTOR FÉLIX FRÍAS
LA CUESTIÓN EN 1845 Y 1896
EL PORVENIR DE BOLIVIA ESTÁ EN EL PLATA

Hemos obtenido copia de una carta dirigida por el Doctor D. Félix Frías al Gobierno de Bolivia, en 1845, discutiendo los grandes problemas que sirven de epígrafe á estas líneas.

El Doctor Frías, emigrado argentino, era entonces Cónsul de Bolivia en Chile.

Es un documento interesante por su oportunidad, por la solidez de los argumentos que el tiempo ha confirmado y por el prestigio diplomático que más tarde diera renombre al Doctor Frías.

Helo aquí, extractado, pues su grande extensión nos impide publicarlo íntegramente:

«Consulado de Bolivia, Santiago, Julio 9 de 1845.

El asiento principal del pueblo boliviano se encuentra entre los desiertos que lo separan del Pacífico, y los que, habitados por tribus indígenas independientes, lo dividen del río Paraguay, el Beni, el Mamaré, el Pilcomayo y Bermejo, afluentes del Amazonas y el Plata.

Antes de la época de la actual administración de Bolivia, la atención de los hombres que sentían la necesidad de salir de una posición tan desventajosa, se había dirigido hacia el poniente, con el doble objeto de hacer de Cobija un puerto capaz de satisfacer todas las exigencias de la República ó de conseguir una parte de territorio peruano sobre la costa del Pacífico, en el caso de ser

imposible superar los obstáculos que impiden convertir á Cobija en un mercado, donde pudieran fijarse las casas de comercio europeo.

La experiencia ha demostrado dos hechos: la imposibilidad de vencer á la naturaleza, que ha negado á la costa boliviana los recursos indispensables para alimentar poblaciones regulares; y la de obtener por medios pacíficos cesiones de territorio peruano.

Los datos estadísticos que recientemente ha publicado el «Restaurador» sobre el puerto «La Mar», demuestran sin necesidad de comentario, que no habría esfuerzo suficiente para sacar á esa población de sus mezquinas proporciones actuales.

Las campañas de Santa Cruz al Perú, que bajo el pretexto de corregir la situación geográfica de Bolivia, fueron únicamente emprendidas por el interés de una ambición insensata, ha comprobado que el Perú no consentirá jamás en ceder parte de su territorio á pretensiones apoyadas en las armas; y además, las rivalidades nacidas de las continuas luchas entre ambos países, y el celo exaltado de los pueblos americanos en favor de su integridad territorial, advierten del mal éxito que tendrían demandas semejantes, aunque fueran solicitadas por los medios más pacíficos y razonables.

Pero, aún suponiendo posibles esos dos hechos, es fácil demostrar que ellos no remediarían las necesidades reales de la República.

Un puerto no tiene importancia, sino en cuanto él sirve tanto de depósito á los efectos extranjeros que una sociedad consume, como á la fácil exportación de sus productos. En ningún caso Cobija disfrutaría de esas ventajas, por hallarse situada á 170 leguas de Potosí, el pueblo más inmediato de los que trafican por esa vía. Entre las ciudades principales de Bolivia, como V. G. sabe, y el puerto de Cobija, no sólo se encuentran los Andes, como un obstáculo á su comunicación, sino un vasto desierto de asombrosa esterilidad. ¿Qué podría prometerse Bolivia de su puerto, desde que hay que atravesar tan largas distancias, desnudas completamente de recursos naturales y sobre terrenos que no responden á la industria del hombre? Las clases consumidoras se hallarán siempre notablemente perjudicadas mientras sea ese el camino de las importaciones extranjeras, y éstas no penetren en medios más cómodos y económicos de transporte que los lomos de llamas y de burros.

La adquisición del puerto de Arica, supuesto el caso de ser realizable, tampoco satisfaría otras necesidades que las del solo departamento de La Paz, nada á propósito por su posición al pie de la Cordillera y sobre las fronteras del norte, para servir de mercado á los otros puntos de la República.

Resulta lógicamente de las consideraciones anteriores, que Bolivia debe apartar su vista del Pacífico, pues no es del mar de donde ha de venir su porvenir comercial. Ese porvenir ha de nacer por el Oriente.

El sabio naturalista D. Tadeo Haenke, en el luminoso informe dado en Cochabamba en 1799, al Gobierno de esa provincia, demostró del modo más convincente la conveniencia para Bolivia de abandonar el *camino retrógrado*,—por valerme de su feliz expresión,—que conduce al Pacífico por la Cordillera, y de preferir los conductos naturales, que dan fácil salida á las producciones de ese país por los ríos que llevan sus aguas al Amazonas, fertilizando de una manera prodigiosa los terrenos que atraviesan.

La emancipación de las colonias americanas, puestas hoy en relación con el comercio de todos los pueblos del Universo, y la existencia independiente que resultó para Bolivia de la victoria de Ayacucho, han multiplicado el valor de los argumentos en que Haenke apoyaba sus opiniones, tanto más cuanto que, desprovista Bolivia de puertos en el Pacífico, debe preferir la vía del Oriente, no sólo como la mejor, sino como la única.

Topográficamente considerada, Bolivia tiene cerca de 300 leguas de latitud en el centro, con igual ó mayor frente sobre sus fronteras del naciente, mientras que su límite sobre el Pacífico, no alcanza á la tercera parte de esa extensión. Del lado del poniente, Bolivia tropieza en el departamento de Potosí con el desierto, y en los de Oruro y La Paz, con los Andes peruanos; mientras que de esos mismos y de todos los otros puntos de la República se puede marchar directamante al naciente y al norte, por terrenos que pierden gradualmente su aspereza y su esterilidad, hasta convertirse en los lugares pingües de Mojos, Chiquitos, Santa Cruz y el Chaco, limitados todos por ríos navegables.

Podemos, pues, considerar á Bolivia dividida en tres regiones: La primera es la región occidental que tiene al norte el Pacífico y

en el centro el inmenso desierto atravesado por la Cordillera de los Andes, incapaz de cultivos, y que llega hasta el departamento de Potosí. Esta región es llamada en la división política de Bolivia, el Distrito litoral, y sus límites en la costa son el Loa al norte y el Paposo al sud. La región central se extiende desde Tarija hasta las fronteras del norte sobre los desiertos comprendidos entre el Amazonas y el Madera, y abraza los departamentos de Tarija, Potosí, Chuquisaca, Cochabamba, Oruro y La Paz. La tercera región es la oriental, que comprende los departamentos del Beni, Santa Cruz y Chaco Boliviano.

La región occidental es sin duda la menos valiosa y por lo mismo la menos habitada. El punto más poblado de toda ella es el Atacama, que apenas cuenta mil habitantes, siendo la población de Cobija de poco más de la mitad. Estos lugares son tan escasos de agua, que se encuentran en ellos travesías hasta de treinta leguas.

Las minas de cobre y el guano han dado hoy á las costas de Bolivia alguna importancia, pero son completamente áridos los terrenos de ambos lados de los Andes; así es que la población se halla diseminada en esta dilatada región, en pequeñas familias que habitan los puntos llamados Postas, y á los que es preciso traer de largas distancias el alimento de los viajeros y el forraje para los animales. Desde que esa región por su sequedad no basta á alimentar las primeras necesidades del hombre, mucho menos susceptible es de abrigar ningún género de industria agrícola.

La región del centro sirve de asiento á la mayor parte de la población boliviana. El departamento de La Paz produce la coca, este pan de la clase indígena que forma las masas de Bolivia. Los otros departamentos de Tarija, Potosí, Cochabamba, Chuquisaca y Oruro, aunque provistos de todos los productos destinados á satisfacer las necesidades físicas del hombre, y que abundan en sus valles, no han sido sin embargo tan favorecidos por la naturaleza que puedan sostener la industria agrícola, la verdadera industria americana. Exceptuando la cascarilla de La Paz, no tengo noticia de que en los demás departamentos prospere ninguna otra industria á más de la minería.

....

Pienso, además, que no sólo los departamentos del Beni y Santa

Cruz de la Sierra, pueden comunicarse directamente con los ríos tributarios del Amazonas y el Paraguay, sino que todos los de la región central llegarían cómodamente á los canales naturales que rodean la del Este. Los departamentos del Beni, La Paz y Santa Cruz están en relación inmediata con el Beni, el Mamoré y los demás ríos tributarios del Madera. La provincia de Chiquitos, en el departamento de Santa Cruz, tiene, además, el Jaurú y los otros brazos originarios del Paraguay. Cochabamba, por su posición central entre La Paz y Santa Cruz, podría valerse de las vías de ambos departamentos, para comunicarse con los ríos que cruzan en opuestas direcciones las provincias de Mojos y Chiquitos. Los departamentos de Chuquisaca y Tarija tienen sus fronteras orientales sobre el Gran Chaco.

....

El Gran Chaco es digno, ciertamente, de su nombre; es,—dice, un distinguido escritor de estos países,—la joya más preciosa de cuantas forman á la corona de la América Española. Los conquistadores de nuestro continente, tantas veces calumniados por la cólera irreflexiva de los que lo emanciparon del yugo colonial, estuvieron siempre dominados por la pasión ardiente y tenaz de investigar los misterios de estas regiones admirables. Los libros impresos y manuscritos inéditos sobre viajes y expediciones al Chaco, de que un solo autor de noticia, llegan á ciento; mientras que en treinta y cinco años de nuestra vida independiente, sólo ha tenido lugar un viaje en el Bermejo, y dos exploraciones en el Pilcomayo, ordenadas por el gobierno de esa República, y otras dos expediciones, sin objeto económico, ni científico, producidas por la guerra civil de la República Argentina.

El Chaco en toda su extensión de 11 grados de latitud austral, desde el 19º hasta el 30º, y 6 de longitud en su parte más ancha, es una gran faja de territorio limitada al oriente por el Paraguay y el Paraná, que pueden recibir en sus aguas buques de alto bordo, y atravesada diagonalmente por tres ríos, de los cuales se sabe con certeza ser el del centro, el Bermejo, navegable. Los terrenos comprendidos entre las provincias de Chiquitos al N., el Paraguay al E. y el Pilcomayo al S., forman el Chaco Boliviano.

El Chaco es un país cubierto de bosques, en los que se encuen-

tran muchos y variados árboles frutales y en ellos aves preciosas; el suelo está sembrado de la vegetación más florida y lozana y regado abundantemente por lagunas y ríos numerosos. Prescindiendo de los infinitos informes que existen sobre la asombrosa fertilidad de ese territorio, bastaría demostrarle el crecido número de tribus salvajes que lo habitan, alimentándose de la caza y de la pesca.

La guerra civil de la República Argentina ha presentado no ha mucho un hecho que basta citar para dar idea de la sólida riqueza de ese suelo.

A fines del año 41, una división de más de 400 hombres, huyendo de la persecución del ejército, que había batido aquel á que ellos pertenecieron, penetraron en el Chaco con el designio de dirigirse á Corrientes, cruzando terrenos desconocidos y sin la menor idea del itinerario de su viaje. Todos ellos llegaron montados á la margen derecha del Paraná, que atravesaron en frente á la Capital de aquella provincia argentina. El diario redactado por uno de los jefes de esa división, aunque incompleto, hace ver cuán fundado es el crédito de que goza el Chaco, como uno de los países más ricamente dotados por la naturaleza.

Los dos departamentos de Chuquisaca y Tarija, que, como he dicho, se tocan por el naciente con el Chaco, podrán pretender una rápida prosperidad material el día que extiendan hacia esa región su población y sus fronteras.

Basta echar una ojeada sobre la carta de Bolivia, para notar que la Capital de la República se halla situada á menor distancia geográfica del fuerte de «Coimbra», colocado en la misma latitud sobre el Paraguay, que el puerto de Cobija en el Pacífico, con la notable diferencia en favor de la vía del Chaco, de ser el camino que conduce á la costa, lleno de tropiezos por la fragosidad de la senda sobre cerros y montañas de difícil acceso, mientras que á poca distancia de la capital al E., en el punto en que se hallaba situada la colonia militar del Coronel Lafaye, empieza ya la sección oriental, rica de aguas, de campos pastosos y de bosques con maderas de todo género.

El camino que más ó menos tarde tendrá Chuquisaca que recorrer para llegar por la derecha de la frontera de Chiquitos á Coimbra, posesión brasileña en terreno usurpado á Bolivia, será preferi-

ble por mil razones, á la travesía penosísima que la separa del Pacífico.

El departamento de Tarija está destinado á participar de las ventajas del de Chuquisaca y aun de mayores, por su proximidad al Pilcomayo, que aún supuesta la imposibilidad de su fácil navegación, será siempre un atractivo poderoso para las poblaciones bolivianas que se funden en el Chaco.

El celo infatigable con que el Gobierno de Bolivia ha perseverado en la exploración de ese río, á pesar de haberse malogrado las dos primeras tentativas emprendidas sobre él, y que sólo han cesado en presencia de inconvenientes por ahora insuperables, honra ciertamente la elevación de sus miras.

A pesar de los informes dados por los dos últimos exploradores de ese río, yo considero allanables los obstáculos que la naturaleza opone á su navegación, si se recurre, sobre todo, á los auxilios del arte. En la exposición de los productos de la industria del año pasado, se ha presentado en Francia una máquina destinada á aumentar de un modo sumamente eficaz el fondo de los ríos, y á superar dificultades mayores que, las que se han observado en el Pilcomayo. Sin embargo, y aunque la arquitectura naval construye buques de muy poco calado, cuales convendrían para surcar ríos como éste de escaso caudal, yo he pensado, Señor Ministro, que la navegación de ese canal es ahora y será en adelante de una importancia subalterna.

Y ciertamente que vale poco el uso de un afluente de un río considerable, para quien tiene la posibilidad de servirse del cauce principal. Puesto que la margen derecha del Paraguay es boliviana desde la altura de la Asunción hasta su origen, nada es, á mis ojos, más razonable que buscar el contacto de ese gran río, capaz de recibir fragatas sobre sus aguas, en vez del de uno de sus tributarios, del que no se tiene más tradición que la de haber sido surcado por pequeños botes un siglo atrás.

El Chaco es, pues, no sólo por su virgen fertilidad, sino por estar colocado sobre el río más importante de Bolivia, la región que, á mi juicio, debe llamar preferentemente la atención ilustrada del Gobierno boliviano.

La República Argentina ganará inmensamente con ser la vía del

comercio de Bolivia, sea que este país abra sus puertas en el Paraguay al comercio europeo, ó sea que busque sus mercados en las provincias argentinas del Norte, destinadas á adquirir una rápida prosperidad, desde que la navegación del Bermejo las libre de sus costosos y difíciles transportes terrestres. La distancia que separa á Potosí de Jujuy, provincia argentina limítrofe de Bolivia, es una cuarta parte menos que la de Potosí á Cobija; y es de notar, sobre todo, que la primera distancia atraviesa los terrenos más estériles de esa República, mientras que abunda, por el contrario, todo lo preciso para conducir mercaderías por la vía segunda, en la que el territorio argentino es susceptible de caminos carriles. Me parece inútil entrar en mayores detalles para probar que los efectos de las fábricas europeas pueden llegar á la margen boliviana del Paraguay, ó al Norte de la República Argentina, por el Bermejo, con mayores facilidades y por lo mismo menores costos que lo que exigen su conducción desde los puertos de Europa por la larga vía del Cabo de Hornos hasta Valparaíso, que es hoy el mercado de Bolivia.

Un gobierno ilustrado y conocedor de los verdaderos intereses del país no podrá prescindir en el Estado argentino, de adoptar relativamente á Bolivia una política de atracción hacia los canales que comunican á esa República con el Plata. El Señor Arenales ha emitido las más sensatas ideas en su preciosa obra sobre el Chaco, acerca de la mutua conveniencia para los pueblos boliviano y argentino, de celebrar pactos de comercio sobre bases que serán tanto más provechosas, cuanto más liberales ; y yo no dudo, Señor Ministro, que ese sistema sabiamente aconsejado y fundado en razones tan poderosas, prevalecerá al fin, y servirá á ayudar eficazmente los altos designios de engrandecimiento comercial para su país, que preocupan la atención del Gobierno de que V. G. hace parte.

FÉLIX FRÍAS.

A S. E. el señor Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia.

Oficios pasados por el cuerpo diplomático al contra-almirante chileno, con motivo de los bombardeos á los puertos desartillados é indefensos de la costa de Lima.

Lima, le 17 Avril 1880.

Les soussignés, ayant pris connaissance de la réponse adressée par Monsieur l'Amiral Riveros au Corps Consulaire du Callao, sont convenus que, conformément à ses déclarations, le Chef de l'Escadre bloquante saura tout en usant des droits les égards dûs aux personnes et aux propriétés des neutres.

Néanmoins la correspondance échangée entre Monsieur l'Amiral Riveros et le Corps Consulaire, laissant quelques points indécis, ils croient devoir dans l'intérêt de leurs ressortissants aussi bien que pour couvrir leur responsabilité au-près de leurs gouvernements respectifs, faire les déclarations suivantes :

1.° Ils font toute réserve pour les dommages qui pourraient être causés sans nécessité militaire aux personnes et à la propriété des neutres.

2.° Ils font notamment ces réserves dans le cas du bombardement d'une localité ouverte et sans défense.

3.° Ils les font également dans le cas du bombardement d'un centre de population qui n'aurait pas été expréssement désigné dans une notification préalable.

Les soussignés espèrent que Monsieur l'Amiral commandant l'Escadre Chilienne voudra bien leur donner acte de ses réserves, et ils profitent de cette occasion pour lui offrir les assurances de leur haute considération.—

Ministre du Salvador.	Signé :	*J. de T. Pinto.*
Ministre de la République Argentine.	»	*José E. Uriburu.*
Ministre de France.	»	*E. de Vorges.*
Ministre des États-Unis.	»	*J. P. Chistiancy.*
Ministre de la Grande-Bretagne.	»	*Spencer S. John.*
Ministre d'Allemagne.	»	*Gramatzki.*

Chargé d'affaires d'Italie. Signé: *J. B. Viviani.*
Chargé d'affaires du Brésil. » *Mello y Alvini.*

Monsieur le Contre-Amiral Galvarino Riveros,
Commandant en Chef de l'Escadre Chilienne.

Rade du Callao.

Lima, 21 Septembre 1880.

Amiral:

Le Doyen du Corps Diplomatique vient de nous communiquer la lettre que vous lui avez adressér pour lui notifier votre intention de bombarder les ports de Chorrillos, Ancon et Chancay.

Vous indiquez comme motif de cette mesure, la destruction de la «Covadonga» et le refus du Gouvernement péruvien de réparer ce dommage en livrant deux bâtiments de guerre, l'«Union» et le «Rimac».

Notre devoir nous oblige, Amiral, de vous faire remarquer que le bombardement des localités ouvertes et non défendues est contraire aux usages de la guerre pratiqués par les nations civilisées. Sans doute, de telles mesures peuvent être exceptionnellement autorisées contre des populations qui ont violé elles-mêmes le droit international; mais ce motif ne pourrait être invoqué ici puisque la perte de la «Covadonga» est le résultat d'opérations régulièrement usitées dans les guerres.

Prenant donc en considération que, sur les points signalés il existe des propriétés neutres considérables, nous venons appeler votre attention sur la nécessité de différer une mesure, qui n'a été sans doute prescrite par le Gouvernement chilien que par suite d'une appréciation inexacte des faits.

Nous sommes persuadés que mieux informé le Cabinet de Santiago, jugera à propos de retirer une résolution qui dans les circonstances actuelles ne peut que lui nuire dans l'opinion, et éloigner les chances de la paix. Un retard de quelques jours vous suffira pour

consulter votre gouvernement et ce délai serait d'ailleurs indispensables pour que les familles qui habitent Chorrillos puissent se mettre à l'abri.

En tous cas, nous devons faire les réserves les plus formelles au sujet des biens des neutres, notamment de ceux qui habitent Chorrillos, ville absolument sans troupes et d'où aucune attaque n'a jamais été dirigée contre la flotte bloquante. S'il est, en effet, impossible d'éviter que les neutres épreuvent des dommages en conséquence des opérations régulières de la guerre, le Gouvernement chilien ne saurait décliner la responsabilité de pertes occasionnées par un acte que nous ne pouvons envisager que comme contraire au droit des gens adoptés par les nations modernes.

Les soussignés, etc., etc.

Monsieur le Contre-Amiral Galvarino Riveros.
Commandant en Chef de l'Escadre Chilienne.

Rade du Callao.

EJÉRCITO CHILENO

CUERPOS DE QUE CONSTABA.

Cuatro Divisiones con un total de 23.589 soldados, que se descomponían de la manera siguiente:—Artillería dotada con 1.364 hombres; Infantería, con 21.074; y Caballería, con 1.251.

La 1.ª División constaba:

De la 2.ª Brigada de artillería con	437	hombres
Regimiento Granaderos	462	»
Idem 2.º de Línea	924	»
» Atacama	1078	»
Batallón Malepilla	400	»
Regimiento Colchagua	773	»
Idem Talca	1054	»
» 4.º de Línea	882	»
» Chacabuco	923	»
» Coquimbo	891	»
Artillería de Marina	377	»

2.ª División

Artillería	374	»
Cazadores	401	»
Buin	984	»

Esmeralda	966	hombres
Chillán	1032	»
Láutaro	1111	»
Uricó	968	»
Victoria	569	»

3.ª División

Artillería	519	»
Carabineros	388	»
Batallón Naval	877	»
Regimiento Aconcagua	1064	»
Santiago	972	»
Bulnes	479	»
Valdivia	493	»
Caupolicán	416	»
Regimiento Concepción	665	»

Reserva

3.º de Línea	1079	»
Valparaíso	828	»
Zapadores	703	»
Batallón Quillota	500	»



El ejército del Perú constaba de 28 mil hombres, incluso la reserva. El nombre de cada uno de los batallones y regimientos no viene al caso; es por esto que no los consigno.

Como dato que puede revestir alguna novedad, doy el nombre de los jefes y oficiales que acamparon á las puertas de la Ciudad de Lima, después de las batallas de San Juan, Chorrillos y Miraflores; á saber: TENIENTE CORONEL, Rafael de la Rosa; SARGENTO MAYOR,

Eugenio Pérez; Capitán Ayudante, Nestor F. Ramos; Capitanes: Javier Pérez Font, Roberto Benítez, Luís Fenwick, Braulio Lorca Alberto Prieto, Arturo Givovich, Santiago Benítez, Enrique Pérez, Randolfo Goñi; Tenientes: J. M. García, Benjamín Puerta de Vera, José A. Tornero, Manuel Carmona, Eduardo Rojas, Carlos Redoles; Sub-tenientes: Pollmann, Zélis Marín, Daniel Tornero, Saldivia, Valenzuela, Dueñas, Escalada, Maldini, Santiago Pollmann, Ferrari, Garín, Del Pozo, Herrera, Condell, Fres y Manterola.

Heridos:—Saldivia, Gajardo, Astorga, Baraona, Baignol, Pérez, Zelaya, Silva, Lanyón, Pérez y Jullán.

Resultaron muertos:—Comandante Marchand, Díaz, Gañan, Warning, y 360 de tropa.

Batallón Naval

Ilesos:—*Teniente Coronel*, Fco. Fierro; *Mayor*, Fuensalida; *Capitanes:* Vega, Martínez, Escobar, Carballo, Opazo, Geanneres y Döll; *Tenientes:* Lemme, Larrain, Prieto, Gatisa, Reingifo, Irarrazabal, Astorga, Sota, Burriola, Renard, Beytia, Vizcaya, Rodríguez.

Heridos:—*Capitanes:* Pedro A. Dueñas, Roberto Simpson; *Tenientes:* Carlos Escobar, Miguel Valdivieso H., Santiago Blackley; *Sub-tenientes:* Máximo Cardemil R., Arturo Alvarez, Neftalí Beytia.

Muertos:—*Teniente:* Manuel A. Guerrero; *Sub-tenientes:* Ramón Lara, Carlos López.

Artilleria de Marina

Ilesos:—*Tenientes Coroneles:* José Ramón Vidaurre, Maximiano Benavídez; *Sargento Mayor:* Francisco Carvallo; *Capitanes:* Luís Sánchez Gálvez, Pablo A. Silva Prado, Gregorio Díaz, Antonio Hurtado, Pio Guerrero B., Arturo Ruíz, Francisco Amor, Luís Fierro; *Tenientes:* Eduardo Moreno, Benjamín Gómez; Ricardo Ekers, Ramón Patiño Luna, Ciro Miranda; *Sub-tenientes:* Juan Pablo Suazo, Belisario Ibañez, Nicanor Aravena, Amador 2.° Montt, Lorenzo 2.° Beytia, Antonio Sánchez Masón, Mariano 2.° Lorca, Alejo 2.° Santiago, Luís E. Campillo.

HERIDOS:—*Sub-tenientes* Leobardo Fernández, Eduardo 2.° Zegers, Guillermo Lorenzo Hidalgo.

MUERTOS:—*Sub-teniente* José Aravena.

La lista de los jefes y oficiales peruanos hechos prisioneros en las antes mencionadas batallas, fueron:

MINISTRO DE LA GUERRA, *Coronel* Miguel Iglesias.

Coroneles: Guillermo Billinghurst, Carlos Piérola, Manuel R. Cano, Justiniano Borgoño, Miguel Valle Riestra, Juan Benavídez, Fco. Mendizábal, Miguel Cegarra, F. Marino, y Arnaldo Panizo; *Tenientes Coroneles:* Benjamín Novoa, Juan Fajardo, José Rubio, Pablo González, Guillermo Mercado, Arístides Mejía, Juan M. Raygada, Manuel Descalzo; *Sargentos Mayores:* Federico Bautista, J. Vicente Villarán, Manuel Arce Funes, José H. López, Lorenzo González, Medardo L. Lozada, Manuel Hurtado Aza, Manuel Alegre; *Capitanes:* José G. Angulo, Luciano del Castillo, Moisés Mondoñedo, Fco. Larrosa, José Manuel Echenique, Isidoro Benavídez, Manuel R. Cornejo, Santiago González, Andrés I. Campo; *Sub-tenientes:* Samuel Bautista, Carlos E. Bustamante, Carlos B. Mendizábal, German Ortiga, Juan F. Valera, Guillermo Zelada, Bernabé Mondoñedo, Fernando Calvo, y Alfredo Rodríguez.

En cuanto al número de muertos, en el Ejército del Perú, no se tienen datos alguno seguros, pues no existe parte militar, ni los jefes divisionarios, ó los del detall de los cuerpos han pasado parte alguno, ni se ha hecho publicación, que dé una cifra exacta, del número de sus heridos y muertos.

Lo que sí se puede afirmar, es que la cifra es pavorosa. De sólo heridos, que se curaban en hospitales y casas habitadas para recibirlos por las Señoras matronas, y la mayor parte de los extranjeros avecindados en Lima, no eran menos de 3.000.

Los muertos, más, por el desaparecimiento de los que concurrieron á las batallas de San Juan, Chorrillos y Miraflores, y por el reconocimiento de los cadáveres que yacían en esos campos, se calcula en el número de 4.000, habiendo perecido en Miraflores en

los cuerpos de reserva formados por la juventud de Lima, y lo más granado de esa sociedad, hombres de notable importancia y de figuración, ya política, ó social, entre los que se cuentan jurisconsultos, abogados, banqueros, hacendados, hombres de opulencia, y comermerciantes de grandes fortunas.

Excusado sería dar el nombre de cada una de estas personalidades, removiendo el doloroso recuerdo de la terrible inmolación y rompiendo en el seno de sus deudos y amigos las heridas que les produjo la muerte de los seres queridos, y cuya llaga la está cicatrizando el tiempo transcurrido, á lo que contribuye también la gloria que rodea el nombre de cada uno de estos héroes que rindieron su vida, ofreciendo su sangre á su patria.

Los batallones peruanos, que defendían la fortaleza del Morro Solar, y el pueblo de Chorrillos, pertenecientes al ejército del Perú. eran: Guardias de Lima núm. 1; Cajamarca núm. 3; Ayacucho número 5; Trujillo núm. 7; Callao núm. 9; Jauja núm. 13; Ica núm. 15; Libres de Trujillo núm. 17 y Paucarpata núm. 19.

CONSTANCIA DE UN DEPÓSITO

El Señor Sandoval, expatriado del Perú, me dirigió la carta que transcribo á continuación, para dejar constatado de que la bandera enarbolada por el jefe de la «Unión», señor Villavicencio, se salvó de ser el trofeo de Chile y de su marina:

Libertad 412,
su casa, Marzo 18 de 1886.

Sr. Dr. D. Dámaso Uriburu.
P.

Distinguido amigo: Era usted Secretario de la Legación Argentina en Lima, cuando en Febrero de 1881 deposité en ella la bandera que fué del fuerte «San Cristóbal,» y esto á consecuencia de haber sido registrada mi casa por un oficial y soldados del ejército de Chile, que entonces ocupaban, por desgracia, la Capital del Perú.

Como la situación ha cambiado en mi patria, es tiempo que yo devuelva esa bandera que fué la que ostentó la «Unión» cuando entró y salió de Arica, haciendo así ilusorio el bloqueo que de dicho puerto sostenían los blindados de Chile; por esas razones solicito una constancia del depósito, tan generosamente guardado por usted.

Lo saluda su amigo —

Julio F. Sandoval.



Terminé de esbozar los cuadros ó bocetos de la Guerra del Pacífico el año 86. Debí darlos entonces á luz; pero, circunstancias que no me es dado mencionar, me obligaron á evitar su publicación.

Esperé una oportunidad que pudiera sin compromiso alguno, juzgarse que no era, ni la pasión nacional, ni la adhesión ó simpatía, la que determinaban mis juicios.

Creí que serenados los ánimos y acalladas las pasiones fueran recibidos con indulgencia é imparcialidad. Pero, el giro que llegaron á tomar las cuestiones suscitadas por la delimitación territorial y la discusión que se hizo alrededor de cada uno de los tratados que parecían haber puesto sello á la resolución de estas cuestiones, me convencieron que no podían ser bien recibidos por la vidriosa susceptibilidad de la República de Chile, é infatuada por las victorias alcanzadas por sus armas, y la arrogancia con que pretendía imponer lo que creía sus derechos, á mi país. Me abstuve, pues, entonces, de dar algún pretexto que fuera tenido como opinión pública argentina, desafiando el espíritu y la prepotencia que desde luego pretendían que se les atribuyera sin debate, y sin crítica posible.

Aplazada, pues, la publicación de estas páginas, esperé que toda dificultad entre ambas naciones cesara, y sólo se viera en esos cuadros, la pintura exacta de opiniones esencialmente personales.

A poco tiempo recrudecióse el debate; y las comisiones nombradas para realizar el deslinde de las fronteras de ambos países, fueron de nuevo un tropiezo que no quise agrandar de modo alguno.

El publicista y perito chileno Barros Arana, tomó un sistema de opos ción á todo medio conciliatorio, aunque la razón no estuviera

de su parte, ni la iluminara con las proyecciones de su indudable talento, y el mérito incuestionable de su competencia.

En vano los publicistas argentinos, sus diplomáticos y sus hombres de ciencia, se propusieron demostrar la justicia de la causa que defendían, y los derechos de la República Argentina á los grados geográficos que cubrían su territorio; — el sofisma en todas sus formas y la interpretación capciosa de cada una de las palabras de los tratados, vino á perturbar hondamente la armonía que se creía asegurada por la buena fe con que habían sido redactados. — Se habló del *divortiæ-acquarum* por sobre la línea anticlinal que debía ser, como en efecto lo es, el límite arcifinio considerado en el Derecho Internacional, como único límite positivo entre los países vecinos y fronterizos. Se pretendía por Chile que el *divortiæ-acquarum* obedeciera á todas las fluctuaciones y desvíos del gran tronco de la Cordillera, ó de esa espina dorsal que separa á ambos países. Las altas montañas y sus cimas, únicas de las cuales se desprende el sistema orográfico que debía corresponder á la una y á la otra de las naciones, no fué tenida en cuenta por Chile. Pretendía Barros Arana que el sistema de las aguas que se derraman de una ú otra parte de la Cordillera, descargándose en el Pacífico y hacia el Atlántico, no constituía el *divortiæ-acquarum,* y que todas las estribaciones subalternas de la gran Cordillera, bastaba que vertieran sus aguas en una ú en otra parte, para que ese fuera tenido por el límite y sus fronteras.

En ese estado de la cuestión, y sin poderse entender, aunque se entendía intrínsecamente la significación de lo pactado en los tratados, la prensa de Chile tomó á su cargo, ya no la discusión científica en la que desde luego se encontraban perdidos, sino la declamación y amenaza de una guerra que debía dar la razón á la fuerza de las armas, alucinados por las fáciles victorias obtenidas sobre dos naciones casi inermes y anarquizadas.

Comenzó entonces á armarse tanto la República Argentina, como Chile, poniéndose en pie de guerra ruinoso; formando escuadras, comprando toda clase de elementos bélicos, y arruinando sus tesoros.

La moderación de la prensa argentina contrastaba con la intemperancia de la chilena. La palabra GUERRA caía, enfurecida, de

todos los labios, hasta trastornar la siempre meditada y fría reflexión de sus hombres de estado.

Entre tanto, la República Argentina, si bien no desatendía la manera de ejercitar su fuerza y poderío, y rechazar con energía cualquier ataque ó agresión con que se hubiera querido sorprenderla, esperaba arma al brazo, que el atolondramiento del contrario la pusiera en el caso de salirle al encuentro y escarmentarla.

La política en la República Argentina llegó á hacer necesaria la renuncia de uno de sus mandatarios, dejando su puesto al Vicepresidente, que le reemplazó en el gobierno. Esta fué otra de las contrariedades experimentada por el autor de estas páginas, pues que, estando vinculado al que entró á ser Presidente, pudo haberse creído que habían sido inspiradas por él, comprometiendo así su alta imparcialidad, y ninguna pasión en el sentido de ser juzgado enemigo del pueblo que provocara el conflicto, y diera lugar á esas sospechas que tanto daño hacen á las cuestiones internacionales.

Me abstuve, por consiguiente, otra vez más, de dar á luz este imperfecto trabajo.

Hoy que las relaciones de Chile y la República Argentina se han reanudado fraternalmente, no tengo ya motivo alguno que me impida su publicación, pues que así soy el único responsable de mis opiniones y afrontaré cualesquiera contradicciones, y aún más, hasta la discusión sobre la exactitud de mis relatos, que indudablemente han de ser protestados, siempre que se crea lastimado el amor propio de esa nación, que no admite que haya otra, ni más valiente, ni más patriota, en el mundo entero; considerándose capaces hasta de medir sus fuerzas con la más poderosa, como pretendió hacerlo cuando los Estados Unidos enviaron una comisión después de la Guerra del Pacífico, para mediar y obtener que el triunfo de las armas chilenas, les diera la posesión territorial conquistada á las naciones vencidas.

Aún ahora mismo da bufidos y gruñe en su prensa repentinamente, por cualquier incidente que podría pasar desapercibido, puesto que no es fruto de hostilidad manifiesta, desafiando siempre y queriendo nerviosamente quitarse el guante para arrojarlo en la arena, por si encuentra igual susceptibilidad en la que considera su

rival, y lo recogiera para devolverlo tinto en sangre, sobre la faz de sus provocadores.

La Puna de Atacama fué un pretexto, y hasta se calumnió al Ministro Norte-Americano, árbitro dirimidor en la justicia del fallo, pronunciado por las dos comisiones nombradas respectivamente por la República Argentina y Chile, tildando su conducta de parcialidad, y su fallo de inarcertado é injusto.

La República Argentina es un pueblo que empieza á vivir y respira en la atmósfera saludable y vigorosa de la industria y el trabajo: — no piensa en la guerra. — Comienza á explotar las riquezas de un suelo feraz y pródigo, cultiva sus campos, atrae inmigrantes á su territorio, y lo cruza de ferro-carriles:—no piensa en la guerra. — Procura engrandecer su exportación y enaltecer sus caudales, á los que el comercio les presta sus favores; camina en alas del progreso por un sendero fácil: — no piensa en la guerra

Pueblo joven y viril, ha sentido en sus arterias correr oleadas de sangre ardiente; pueblo belicoso y libre cuando se le provoca: — no teme la guerra.

La República Argentina, cuya historia está escrita por la gloria y el martirio de sus hijos que han contribuído á la Independencia de cinco naciones : — no teme la guerra.

No desea ensangrentar el suelo de su patria, ni de la ajena; ni provoca, ni quiere cubrir de luto y llevar la desolación y el horror, al hogar propio, ni al extranjero.

La guerra le es odiosa, porque siente en su corazón el amor por la humanidad ; pero, así como aborrece sus bárbaros recursos, así como considera un brutal extremo contra el derecho,—si la insolente provocación azota sus mejillas, si la altivez lastima su honra : — no teme la guerra, y el coraje y la sed de combatir, se despierta en su espíritu.

La paz es la sombra que se extiende en su horizonte y la Bandera de Mayo flota en el espacio, flameando gallarda sobre sus buques; pero, si el Sol grabado entre sus fajas resplandecientes, hace brillar sus rayos, y la guerra oír su grito altivo, si alguien se atreve á ella; — ese Sol alumbrará los senderos del sacrificio, como alumbró en el camino de las victorias conseguidas por el esfuerzo de nuestros ínclitos mayores.

INDICE